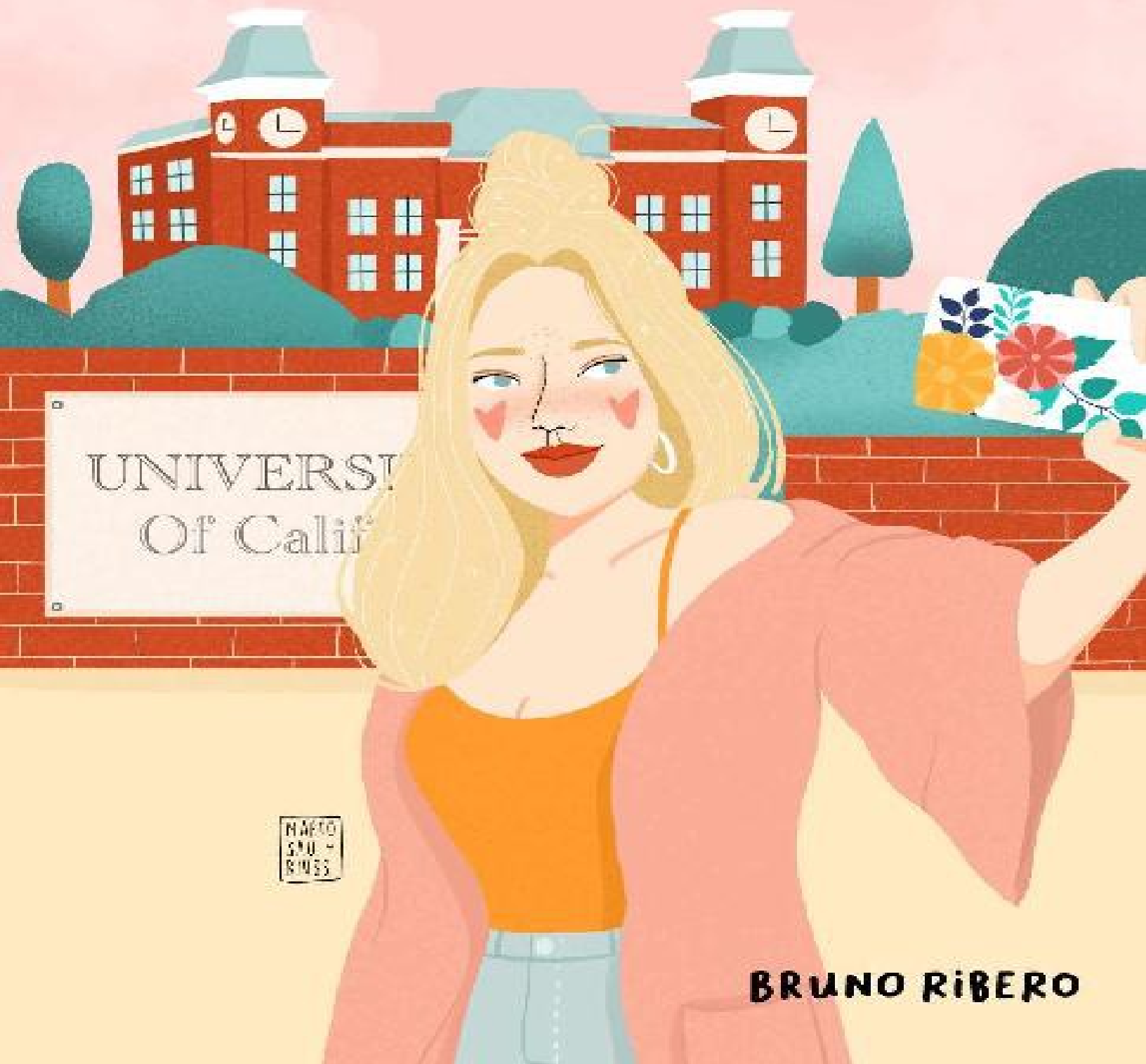


# AMOR...

## PARA SEPTIEMBRE



MARCO  
SUN  
RINGS

BRUNO RIBERO

Copyright © 2021 Bruno Ribero

Título original, «Amor... para septiembre»

1ª edición: julio 2021

Todos los derechos están reservados, incluida la reproducción parcial o total de esta obra sin permiso de su autor, así como su incorporación a un sistema informático, su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

**AMOR...**  
**PARA SEPTIEMBRE**

**BRUNO RIBERO**

Para Nika, por su amor incondicional.

# ÍNDICE

[PRÓLOGO](#)  
[CAPÍTULO 1](#)  
[CAPÍTULO 2](#)  
[CAPÍTULO 3](#)  
[CAPÍTULO 4](#)  
[CAPÍTULO 5](#)  
[CAPÍTULO 6](#)  
[CAPÍTULO 7](#)  
[CAPÍTULO 8](#)  
[CAPÍTULO 9](#)  
[CAPÍTULO 10](#)  
[CAPÍTULO 11](#)  
[CAPÍTULO 12](#)  
[CAPÍTULO 13](#)  
[CAPÍTULO 14](#)  
[CAPÍTULO 15](#)  
[CAPÍTULO 16](#)  
[CAPÍTULO 17](#)  
[CAPÍTULO 18](#)  
[CAPÍTULO 19](#)  
[CAPÍTULO 20](#)  
[CAPÍTULO 21](#)  
[CAPÍTULO 22](#)  
[CAPÍTULO 23](#)  
[EPÍLOGO](#)

## PRÓLOGO

El ser humano es así: envidioso y ruin. Materialista. Avaricioso... Creo que es algo innato en él, como si estuviese escrito en su código genético y no se pudiese hacer nada por evitarlo.

Quizás estéis pensando que exagero, que no sé de lo que hablo, e incluso puede que os preguntéis quién narices soy yo para afirmar algo así de un modo tan contundente.

Muy sencillo.

Mi nombre es Annie Richmon, y soy la que cada fin de mes se avergüenza de las actitudes horrendas de su familia y pierde un poco más la esperanza en la humanidad. Y hoy es fin de mes: el día que más detesto, con diferencia.

Las estrictas normas familiares han pasado de un Richmon a otro generación tras generación y, a pesar de que los años han diluido algunas de ellas, mi padre se empeña en conservar las que considera de vital importancia para nuestro crecimiento personal.

Termino de arreglar mi pelo frente al tocador que tengo junto al inmenso ventanal que da al jardín, y me veo ridícula, como cada maldito fin de mes. Por ese motivo suelo ser de las últimas en bajar, total, la bronca de la abuela y sus miradas de odio infinito me alcanzarán por cualquier otro motivo, así que lo mismo me da.

—No se lo tengas en cuenta —me repite papá una y otra vez desde años inmemoriales.

Pero me resulta imposible. Son tantas sus manías que a veces me planteo si ha sido poseída por un ente tocapelotas que lo único que quiere es divertirse a nuestra costa.

La campana suena desde abajo, y el rebaño empieza a acudir al gran evento. Escucho a mi hermana, Violet, bajar la escalinata de madera de antiguo roble, y la reconozco por el sonido que producen los tacones cortos que utiliza para la ocasión. Logró convencer a la abuela de que eso no son tacones, y de que le permitiera usarlos. No sé cómo lo hace, pero Violet siempre logra todo lo que se propone. En ese sentido me da mucha envidia. Ama nuestro estilo de vida a niveles que no soy capaz de explicar. No tiene aspiraciones en la vida más que la de ser la comidilla de todos y todas. Se mueve como hurón en madriguera, y no alcanzo a entender cómo ha logrado vivir de las rentas de papá sin dar un palo al agua. Imagino que usar ese tonito de voz que tanto detesto —infantil y pijo a partes iguales— la ha hecho vulnerable a ojos de mi padre. Frágil y delicada, así es como debe verla, sin duda. Pero nada más lejos de la realidad. Mi hermana puede ser una víbora si se lo propone.

La campana vuelve a sonar, recordándome por qué odio tanto los últimos de mes. Me siento asfixiada, quizás más que de costumbre, pero aun así me levanto. Me miro en el espejo de pie que hay tras el parabán decorado con la portentosa imagen del Taj Mahal, y me veo horripilante. Si estuvieran grabando una serie de televisión en mi jardín sobre una familia Amish, podría colarme por el fondo y pasaría desapercibida. Esto que llevo puesto se parece más a un saco de patatas que a cualquier otra cosa, aunque tras el último London Fashion Week, bien podría ser una prenda de alto *standing*. En fin. Me resigno —como siempre—, y me decido a acudir al «velatorio». Abro la puerta y escucho a mis sobrinos en el piso de abajo. Eso significa que Gregor ha llegado, y me alegro mucho. Gregor es mi hermano mayor, y probablemente, quien

más y mejor me escucha y comprende. A veces pienso en la edad que nos separa y me abrumo: podría ser mi padre. Pero esa diferencia de edad no es obstáculo para nosotros. Tenemos un gran *feeling*, y por eso siempre quiero sentarme a su lado en la mesa. Él lo sabe, y procura guardarme el sitio. Soy su amiga y confidente, a la que recurre para contarle las cosas que a nadie más se atrevería a contar, como por ejemplo, que siempre quiso tener una niña. Por eso tiene seis monstruitos a los que adoctrinar, porque buscando, buscando... la cosa se le fue de las manos. Mi cuñada ha metamorfoseado su cuerpo tras tanto embarazo, y ahora su físico es un mal chiste comparado con lo que fue. De ahí que me atreva a decir que soy su ojito derecho, porque después de tantos años al fin se ha resignado, y soy lo más parecido a la hija que nunca tendrá.

Bajo las escaleras algo más motivada y, al verlo en la cocina, me relajo.

—Hola, enana —saluda como siempre.

Voy hasta él y le propino un fuerte abrazo. Este mes ha viajado más de lo habitual y no lo he visto casi nada.

—¿Qué tal? ¿Cómo estás? —tantea, al ver mi cara de desagrado.

—Pfff... yo qué sé...

—Vamos... —dice con cariño—, es solo una cena al mes. Podría ser peor —dice bajito—, imagina esto todas las semanas.

La asistenta nos escucha, pero no dice nada. Cada día tengo más claro que es una santa. Puede que sea la única que conoce todos los trapicheos de cada uno de nosotros. A veces imagino que es una enviada de arriba cuya misión secreta es la de combatir las fuerzas del mal, representadas —cómo no— en la figura de mi abuela.

Gregor me sonrío, pero no estoy animada para seguirle.

—Ve con los Gremlins, anda, yo le echo una mano a Gabriela en la cocina.

—No es necesario, Gregor, muchas gracias —dice la mujer con una sonrisa de oreja a oreja.

—Es la misma conversación de siempre, Gabri —insiste mi hermano, mostrando sin ningún pudor el cariño que siente por ella—. Sabes que no me voy a ir, ¿verdad?

La mujer deja de remover el guiso que humea en la olla y que, por cierto, huele superbien, para mirar a mi hermano con ojos brillantes. Ojos que muestran una gratitud inconmensurable. Podría decirse que Gabriela fue la encargada de criarnos, y estoy convencida de que este tipo de gestos que suele tener Gregor con ella, hacen que la mujer sienta que el esfuerzo mereció la pena.

—Eres un sol. Gracias...

Gregor me guiña un ojo y es la señal para que vaya con los enanos. Entro en el salón y no me sorprende que ya estén todos en la mesa. Los peques, cuyas edades van desde el añito hasta los diez, sentados unos frente a otros; mi hermana Violet junto a mi padre —para hacerle la pelota, como siempre—, y mis padres, uno a cada lado de la abuela, que preside la mesa con la campanita de marras en la mano. La mujer me fusila con la mirada nada más atravesar la puerta doble del gran salón —el de los actos oficiales—, y casi me agacho de forma involuntaria por si me alcanza un proyectil. Le devuelvo la mirada de odio, y la mujer alza la campana de nuevo y la hace sonar una sola vez, como diciendo: «¿Eres sorda? ¿No has oído la llamada?».

—¡Hola, pequeñajos! —saludo, tratando de ignorar a la abuela.

—¡Hola, tía! —contestan todos con la educación que los caracteriza.

—¡Brandon me está dando golpes con los pies! —dice uno de ellos.

—¡A mí también! —suelta el pequeño, el mono repetidor.

—¡A ti no te he dado, mentiroso!

—¡Pues sí!

—¡Pues no!

—Chicoos... —dice mi padre con voz suave, tratando de calmarlos, lográndolo al momento.

—Hola, papá. Hola, mamá. Hola, abuela.

—Estás muy guapa, vida mía —dice mi madre.

—Mamá... no hace falta mentir... —suelta la estúpida de Violet. Claro, como ella está increíble con lo que se ponga...

—Violeeeet...

—Es broma, papi... ya lo sabes —dice arrimándose a su hombro y sonriéndole como una idiota—. Estás «supergucci», hermanita —suelta con esa sonrisita cínica en la cara. No llego a entender en qué momento empezó a tenerme esa manía que siempre trata de demostrarme de modos tan sutiles como éste. Pero ya no le hago ni caso. Saludo a la mujer de mi hermano, que trata de controlar a los peques a pesar de que se comportan mejor que muchos adultos, y Jack entra en el salón. Al verlo, maldigo el haber nacido mujer. A ellos les permiten acudir a la cena con camisa y vaqueros, zapatos y, eso sí, corbata. ¡Ah! Y recién afeitados, que no se me olvide. Le miro a él, después me doy un vistazo a mí misma, comparo, y la diferencia es arrolladora. Además, Jack es atractivo. Siempre ha tenido éxito entre las mujeres y nunca ha sido de una sola. Le gusta picotear, como él lo llama. Y por todo eso le envidio, además de porque papá le da manga ancha. Creo que, de entre todos, es su preferido. Puede que por su afición a los deportes, no lo sé.

—Rubia... —Jack es un chulín. Tiene la costumbre de cambiarme el mote constantemente, y rara vez repite. Tiene gracia, lo admito, y además, es ágil y sagaz.

Gregor y Gabriela entran en el salón portando cada uno una fuente bastante grande. En una hay un caldo de pescado y marisco variado, y en la otra, un asado de carne. Y lo sé porque cada fin de mes se repite el menú, por orden, claro está, de la madre superiora.

—Abuela —dice Gregor, adelantándose a ella—, lo hago porque considero que debo hacerlo, y si no le gusta, lo siento.

Gregor siempre le ha hablado de usted a la abuela, y gracias a Dios, esa costumbre es una de las pocas que ha ido diluyéndose a lo largo de los años hasta extinguirse. Cosa que la abuela no se cansa de recordar, y motivo por el cual, a Gregor le permite ciertas licencias que a otros nos estarían vetadas por completo.

—Se le paga para que haga su trabajo —reclama la anciana delante de Gabriela, importándole bien poco que esté presente.

—Claro —contesta Gregor—, y lo hace de maravilla. ¿No lo huele, abuela?

La Sargento mira con impasibilidad a su primer nieto, pero no añade nada más, solo un leve gruñido. Gregor acude a mi lado, da la espalda a la abuela con disimulo y me sonrío sin ser detectado. La campana suena de nuevo, y esta vez con ímpetu: Liam ha agotado su corta paciencia, como siempre. Es el último en bajar, y el más raro de todos los presentes. Pasa casi la totalidad de su tiempo encerrado en su habitación, frente al monitor de su ordenador. Es un experto en informática y, en los últimos años, en la bolsa, donde parece que se gana la vida con bastante soltura. Tiene ojo para los negocios, y sabe dónde invertir y cuándo vender. Los test de inteligencia a los que nos sometían de pequeños revelaron que, de todos nosotros, él es el más inteligente, pero nunca ha querido estudiar. En cuanto a la sociabilidad... bueno, eso es otra historia. No tiene amigos en la vida real, y solo se comunica con el exterior a través de su computadora. Un friki, vaya.

Cuando Liam entra en el salón, se cruza con Gabriela que regresa a la cocina a por el vino blanco. La saluda con la cabeza un poco gacha, y entra directo a su asiento, el único que queda libre. «Ya estamos todos», pienso. «¡Que empiece la fiesta!».



—Llegas tarde —señala la abuela. Liam asiente, pero no dice nada.

—Liam...

Papá tiene un don para lograr imposibles usando solo una palabra al hablar, alargándola hasta la extenuación y empleando una tonalidad que nos advierte de un comportamiento incorrecto.

—Lo siento —se disculpa Liam al fin, levantando la cabeza.

—Bien, estamos todos —dice mi padre—. Empecemos. Gregor, tú el primero, como siempre. ¿Cómo ha ido?

—Bien —contesta—. Hemos ampliado el mercado europeo, tal y como teníamos previsto. Llegaremos a diez nuevas ciudades durante los próximos doce meses, entre las que se incluyen Valencia o Niza. Esto supondrá un gasto inicial de unos dos millones de dólares, que recuperaremos en un tiempo estimado de dos años.

Gabriela aparece con la botella de vino, y la desconcha junto a mi padre. Es una experta haciéndolo. Las leyendas cuentan que mi abuela estuvo a punto de despedirla el día que empezó a trabajar con nosotros por no saber hacerlo del modo correcto. Ahora podría ir a un concurso y proclamarse vencedora sin derramar una sola gota de sudor.

—Suena bien, Gregor —le motiva mi padre—. ¿Algún problema con el que pueda ayudarte?

Gregor niega con la cabeza.

—En principio, no.

—Perfecto, como siempre. Mantenme informado de los avances.

—Claro.

Gabriela comienza a servir el vino en las copas, y mi abuela la observa con detenimiento. La pobre ha forjado a su alrededor una coraza que, en su mente, la vuelve invisible, porque de lo contrario se hubiera vuelto loca.

—Violet, ¿qué hay de ti?

—He quedado esta tarde con Julia, iremos de *shopping*.

—No hablo de tu vida personal, sino profesional.

—¡Ay, papi, no me agobies, en serio! Tengo tiempo de sobra por delante. Déjame vivir.

Papá carraspea y se contiene.

—Tienes que centrarte, ya lo sabes.

—Sí, papi, ya lo sé —contesta, empleando un tono infantil bastante ridículo—. Estoy pensando en el mundo de la moda.

Mi padre enarca una ceja.

—¿La moda?

—Claro. No hay nada en el universo que me guste más y se me dé mejor. ¿No te parece?

—¿Y qué has pensado en concreto? —pregunta Gregor, mientras Gabriela comienza a servir sopa en los platos.

—Pues... ya sabes... diseñar vestidos... confeccionarlos... todo eso.

—Sí, ya, hasta ahí llego. Pero para eso hacen falta muchas cosas. Lo sabes, ¿verdad?

—¡Pues claro! ¿Te crees que soy boba!? —exclama Violet muy ofendida.

—Yo no he dicho eso, pero montar un negocio como ese, al nivel que tú deseas... no es fácil. Solo quería que lo supieras.

—Necesitaré un diseñador digital, un taller de costura con varios expertos en el tema, difusión por redes sociales...

—Bien —dice papá—, ¿y cuándo piensas empezar con el proyecto?

—Buf... no lo sé. Últimamente he ido muy liada.

—De fiesta en fiesta —suelta Jack sin previo aviso. Violet le mira a los ojos sin titubear, y le

contesta alzando la voz:

—¡El que no ha salido de fiesta este último mes!

La campana suena, y todos vuelven a sus posiciones iniciales. Saben que la abuela manda, y que hay que respetarla. Gregor siempre hace de mediador, y esta vez no iba a ser menos.

—¿Y tú, Jack? ¿Ya estás matriculado?

—Sí. Pero he dejado un par de asignaturas para el curso que viene.

—¿Y eso? —pregunta papá.

—Por aquello de lo que hablamos, el negocio que estoy montando con mi compañero. ¿Recuerdas? Me está quitando demasiado tiempo para otras cosas.

—¿Al final va para adelante? —pregunto sin saber. Hace mucho que no se menciona nada del tema, y pensaba que habría caído en saco roto.

—Sí, eso parece. Estamos bastante emocionados, creemos que puede funcionar.

—¿Hablas de la cervecería? —pregunta Gregor, interesado.

—No será una cervecería —contesta Jack un poco ofendido—. Será un lugar creado por y para los jóvenes. Frente al mar. Con un pequeño escenario para ofrecer música en directo. Iluminación tenue, música de ambiente...

—Suena bien —digo sin pensar demasiado.

—Gracias. El lugar es idóneo.

—¿Dónde? —indaga papá.

—Cerca del puerto marítimo, en una zona bastante exclusiva. Queremos ir a lo grande.

—Cuanto más subas, más grande será la caída —le aconseja Gregor, a lo que Jack responde volteando los ojos y dejándolos en blanco.

—Conozco vuestras monsergas. Las he escuchado un millón de veces en estas cenas, tranquilos. No soy un pardillo.

—Discrepo —suelta papá, tajante—. Es lo que eres, y no te creas ninguna otra cosa. Los negocios son muy serios, y hay que tener la cabeza muy despejada para saber separar la ilusión de la realidad. Y si fueras tan listo como te crees —añade a modo de estocada final—, hubieras hecho un estudio de la estructura antes de comprar. De ese modo, ahora no serías dueño de un local dañado, y no necesitarías más dinero mío para solucionarlo.

—¿Estás diciendo que no nos vas a ayudar económicamente?

Mi padre, que está a punto de llevarse a la boca una cucharada de sopa, frena a medio camino para mirar a mi hermano Jack a los ojos de un modo bastante duro.

—No. Lo que digo es que quiero conocer a ese amigo tuyo. Hablar con él en privado. Si voy a darle mi dinero a un desconocido, lo mínimo es que se presente ante mí, y me explique su proyecto y sus objetivos.

—Es *nuestro* proyecto —le espeta Jack.

—Sí, y *mi* dinero, y *mis* normas. Las tomas o las dejas.

Jack asiente, pero no se atreve a replicar ni una palabra más. Y me percató de que mi abuela ya tiene la campana preparada de nuevo. El silencio se hace presente, generando una sensación desagradable y rara en el ambiente.

—Está deliciosa, ¿verdad cariño? —Mi padre le habla a mi madre en un tono de voz que nada tiene que ver con el de hace un instante, como si no hubiera sucedido nada. Ella todavía no ha dicho ni una palabra. A decir verdad, no suele hacerlo. Los negocios de la familia nunca le han interesado demasiado. Prefiere mantenerse al margen y dejar hacer a mi padre. Al fin y al cabo, siempre se le han dado de maravilla. Dicen que el dinero llama al dinero, pero como no tengas buen ojo, el dinero se esfuma de un plumazo por mucho que tengas.

—Sí, muy rica —contesta sonriendo.

El más pequeño de mis sobrinos se tira la sopa por encima en un descuido, manchando parte del mantel, la tapicería de la silla en la que está sentada mi cuñada, y la alfombra persa que tenemos bajo los pies.

—¡Esta familia es un desastre! —protesta la abuela.

—Abuela... —le increpa con cariño Gregor—, es un niño... ha sido un accidente...

—¡Si la asistenta le diera de comer estas cosas no pasarían!

—Abuela... —insiste Gregor—, queremos que el pequeño coma con nosotros. Si ensucia, pues lo limpiamos. No pasa nada.

Gabriela entra en la estancia nada más escuchar el barullo.

—No se preocupen, yo me encargo de todo —dice la mujer un poco angustiada, recogiendo la sopa que hay volcada sobre la mesa a toda prisa, tratando de evitar que caiga más de ella sobre la alfombra.

—¡Tardas demasiado! —le grita la abuela.

—Mamááá... —Mi padre hace uso de su don, y surte efecto de nuevo. Es increíble.

Cuando el desastre se ha solucionado, la cena continúa y le llega el turno a Liam. Siempre sucede de la misma manera: uno a uno, y por orden de llegada al mundo, nos preguntan/interrogan por nuestros avances en el mundo en general. Como si de un mes a otro nuestras vidas fuesen a cambiar de forma radical.

—¿Qué hay de ti, Liam? ¿Algún cambio?

—Alguno... —contesta Liam sin demasiado entusiasmo. Todos aguardamos, pero no dice nada más.

—¿Y bien? —insiste mi padre. A Liam hay que sacarle las palabras, y nunca lograré entenderlo. Mira que he conocido a gente rara en esta vida, pero lo de mi hermano es de otro nivel. Como si viviera en un mundo paralelo al nuestro y se dejara caer por aquí solo para alimentarse e ir al baño.

—He ganado mi primer millón.

Todos los que en ese momento estábamos sorbiendo sopa, la echamos por la nariz. Sin excepción.

—¿¡CÓMO!? ¿¡HAS DICHO UN MILLÓN!?

A mi padre no le sorprende que alguien pueda ganar un millón de dólares. De hecho, él superó esa cifra hace mucho. Lo que le sorprende es que uno de sus hijos, sin su ayuda, lo haya logrado.

—Sí, un millón.

—¿¡Cómo lo has hecho!? —pregunta mi padre.

—Invirtiendo aquí y allá. En una de esas, ¡bingo! Sonó la flauta.

—¿Cuándo fue eso? —pregunta Gregor.

—Hará unos quince días —contesta Liam.

—¿¡Y cuándo pensabas contarlo!? —preguntamos Gregor y yo al mismo tiempo. A veces nos ocurre, estamos casi conectados.

Liam se encoge de hombros.

—No pensaba. Pero si preguntáis...

—Quiero saber cuándo ingresaste ese dinero, y a qué cuenta. Tengo que llamar a Michael, debo informarle de...

—Papá...

Liam interrumpe a mi padre, en cuya cabeza solo hay cabida en estos momentos para la evasión de impuestos. Mi padre mira a Liam, y éste habla cuando tiene su atención:

—No quiero que hagas nada. Es mi dinero.

—Pero hay que moverlo. Tenemos que hablar con...

—No tienes que hablar con nadie. Me has hecho una pregunta, y la he contestado. Fin de la historia. Sigue a lo tuyo, si no te importa, y yo seguiré a lo mío.

Mi padre se queda boquiabierto, y es mi abuela la que se entromete.

—¡No son formas de hablarle a un padre!

Liam, que no es tonto, sabe cuál será la forma más rápida para salir de esta discusión.

—Tiene razón, abuela. Le pido disculpas si la he ofendido. Y a ti también, papá. Pero siempre has tratado de inculcarnos la importancia de valernos por nosotros mismos, de salir adelante sin la necesidad de usar tu apellido, y de convertirnos en hombres y mujeres de provecho. Y eso es lo que he hecho. Seguir tus pasos por mi cuenta y sacarme las castañas del fuego. ¿No estás orgulloso?

Todos enmudecemos. No habíamos escuchado tantas palabras juntas de boca de Liam en la vida. Mi padre se queda petrificado, y no le queda más remedio que asentir con la cabeza y añadir un escueto «enhorabuena».

Y al fin llega mi turno. Normalmente lo hace durante la carne, pero hoy, con el lío de los peques, la cosa ha acelerado el ritmo y aquí estamos, esperando el vendaval.

—¿Y tú, Annie? —pregunta Gregor—. ¿Vas a matricularte en Medicina? —Sabe cuánto odio estos momentos estilo Gestapo, y siempre que puede sale en mi auxilio.

—Pues... no lo sé... la verdad...

—¿Cómo que no lo sabes? —Salta mi padre al instante—. ¡Claro que vas a matricularte! ¡Faltaría más!

—Papá... no estoy segura de querer sacar esa carrera...

—¡Tienes unas notas excelentes y no puedes desaprovecharlas! Eso sin contar con la ayuda de Clint.

Clint es el rector de la universidad a la que mi padre está empeñado en que vaya y, además, es amigo suyo, por lo que tengo la plaza asegurada. Es la universidad más prestigiosa del estado de California, y a ella acuden los hijos de celebridades muy importantes. El hijo de Tom Hanks, por ejemplo, estudia allí. Bueno, el normal, el drogadicto no.

—Pero es que...

—¡Pero es que nada! ¡Mañana le diré a Theodor que te lleve!

—Papá —se entromete Gregor—, deberías escucharla.

—Es su oportunidad, Gregor. No puede dejarla escapar. ¿Sabes las notas que tiene tu hermana?

—Claro que lo sé, papá. Fui el único de toda la mesa que tuvo el detalle de invitarla a cenar para celebrarlo.

Gregor se ha puesto serio. Soy su muñequita, y no deja que nadie juegue conmigo.

—¿Intentas decirme algo?

Gregor traga saliva. Sé que tiene miedo a mi padre. A fin de cuentas, fue el primero en llegar a esta casa y es el que más ha vivido aquí. Y al principio las cosas no eran como ahora, sino mucho más difíciles. Los años han suavizado la vida dentro de estas cuatro paredes, lo sé por todo lo que Gregor me ha confesado en nuestros momentos privados, y por todo lo que sus ojos me han omitido.

—Pues sí, papá. Annie es mayorcita. Y sensata. Lo ha demostrado durante toda su vida. De todos los presentes, es la que mejores resultados académicos tiene. Y nunca incumple las normas. Os respeta como ninguno de nosotros, quizás incluso más que yo. ¿No crees que merece

un respiro?

Mi padre y mi madre me observan en silencio, y mi abuela hace unos sonidos extraños que casi suenan a insultos.

—Si la asfixias, podría ser peor. Quizás solo necesite ver con sus propios ojos que estás en lo cierto. Nada más.

Gregor ha suavizado el mensaje final. Tampoco es tonto, y sabe cuándo mi padre es capaz de ceder en una toma de decisiones. Al fin y al cabo, es el único de sus hijos que ha terminado en la empresa familiar, y es el que mejor lo conoce en ese sentido.

—Mañana Theodor te llevará a la universidad. No hay más que hablar —sentencia mi padre.

Gregor aprieta los dientes y agacha su mirada al plato. No me mira, creo que se siente mal por no haberlo logrado. Después le enviaré un mensaje dándole las gracias. Como siempre, es el único que me echa una mano cuando la necesito. Yo también regreso a mi cuenco de sopa, y los ojos se me empapan. Había imaginado mi futuro en una universidad donde no me conocieran por mis apellidos. Donde los alumnos fueran de clase media, y pudiera moverme con tranquilidad sin esa necesidad de tener que aparentar delante de los niños de clase alta. Ha habido noches en las que he llegado a soñar que eso ocurría, y me he despertado con la sensación de haber vivido la experiencia de forma real. Y la sensación era gratificante. Pensaba que lograría cumplir el sueño, que sería capaz de llegar al corazón de mi padre y convencerle... pero no.

—En la mesa y en la vida no se llora —dice mi abuela de un modo desagradable, y me doy cuenta de que lo dice por mí, porque por mis mejillas resbalan lágrimas que caen a la mesa. Al parecer, eso también es de mala educación. Lo que no sabe mi abuela es que son esas últimas palabras las que me insuflan de valor. Respiro hondo, paso mi servilleta de trapo por mi rostro con toda la delicadeza del mundo, y sonrío mientras pienso para mis adentros: «No me detendréis».

# CAPÍTULO 1

## *MATRÍCULA*

Los nervios no me han dejado dormir en toda la noche. Llevo desde las tres de la madrugada pensando en el modo de eludir a mi padre y a Theodor. Necesito inventar una excusa para no ir a la universidad a recoger el sobre de matrícula, y me siento repleta de ira por ello. Estoy harta de callar y tragar. Hablamos de mi futuro, y debería tener todo el derecho del mundo a decidir por mí misma dónde estudiar.

Bajo a la cocina dándole vueltas a la cabeza, sin poder pensar en otra cosa. A las nueve llegará el chófer y tendré que subir al coche para dejarme llevar. Y llegados a ese punto, será demasiado tarde. De modo que me sirvo una taza de café del que ha dejado mi padre antes de irse a trabajar, y lo bebo en cuatro sorbos. Compruebo que las llaves de casa están en mi bolso, y salgo hacia el jardín. Atravieso el estanque, la pista de pádel y la piscina, mientras rezo para no ser detectada.

La gente se maravilla cuando viene por primera vez a casa a tomar un baño o a una barbacoa, y es comprensible. Nosotros estamos más que acostumbrados, pero el lugar es único. Vivimos en un complejo cerrado construido expresamente para nosotros, es decir, un total de seis casas de auténtico lujo —una para cada miembro de la familia—, en cuyo espacio central descansa un semiparaje natural abarrotado de vegetación y fauna de muy distintos lugares del mundo. Mi padre asegura que es legal, aunque yo albergo mis dudas. Pero lo que de verdad sorprende es que, de todas esas casas, solo mi hermano Gregor ocupa la suya. Bueno, Violet y Jack usan las suyas para sus fiestas privadas y para echar sus polvos, pero para nada más, continúan viviendo con el resto de la familia en la de mis padres, y no llego a entenderlo. Debemos de sufrir algún tipo de síndrome de Estocolmo o algo parecido, porque no tiene ningún sentido.

La cuestión es que cruzo el inmenso jardín tratando de ocultarme detrás de árboles y plantas, sobre todo al pasar frente a la casa de Gregor. Los horarios de los peques podrían hacerme coincidir con mi cuñada, y no quiero tener que dar explicaciones a nadie. Alcanzo la estrecha abertura entre los cipreses que da al merendero, plagado de pinos, donde solíamos pasar las tardes de verano Liam y yo, y oigo ruidos a las tres. Giro la cabeza, y Gabriela y yo nos miramos.

—Buenos días, señorita Annie. ¿Dónde va tan temprano? —pregunta extrañada la mujer.

Me quedo un poco petrificada, aunque en realidad ya contaba con esto. La casita de invitados pasó a ser de Gabriela hace ya mucho, cuando mi abuela la dejó para instalarse con nosotros. Papá lo vio apropiado porque la mujer se hacía mayor y empezaba a necesitar más cuidados. De ese modo la casa quedó vacía y Gabriela pudo habitarla, estar más cerca de nosotros y de paso, ahorrarse el alquiler del apartamento donde había vivido hasta ese momento.

A pesar de haber ensayado una y mil veces la respuesta correcta, no me sale nada.

—No diré ni pío —sonríe Gabriela—, pero por lo que más quiera señorita, no se meta en problemas.

—¡No, no... para nada! Lo único que quiero es que el día termine pronto, nada más.

—¿Ha decidido no hacer caso a su padre?

La miro unos segundos mientras mascullo la respuesta.

—Mmm... bueeenooo...

La sonrisa vivaracha de Gabriela pasa a convertirse en otra bien distinta, triste y apesadumbrada tal vez.

—Me alegra que haya decidido tomar las riendas de su vida, señorita, aunque para eso deba esconderse.

La mujer hace un gesto con la cabeza y avanza hacia los cipreses, dirección a casa de mis padres.

—Gabriela, ¿estás bien? —pregunto, tras detectar algo distinto en ella.

La mujer frena en seco, pero no da la vuelta. Aguarda unos instantes en esa posición y para cuando gira, ya no hay tristeza en su mirada, solo rabia.

—Estudia lo que quieras y donde quieras —dice, hablándome de un modo rudo y directo y además, tuteándome, cosa que no había hecho en toda la vida—. Tienes un mundo de posibilidades al alcance de tu mano, de modo que no permitas a nadie pisotearte, sea quien sea. Alza la cabeza y sé honesta contigo misma, porque de lo contrario llegará un día en que tal cosa será imposible. Y en esta vida, señorita, no hay nada imposible.

Después se da cuenta de cómo me ha hablado y, como si de una hipnosis se tratara, hace un gesto con el que me da a entender que se ha sorprendido incluso a sí misma. Se avergüenza, da la vuelta y se marcha con rapidez, sin ni siquiera despedirse. Como si, de ese modo, esta conversación no hubiera tenido lugar.

Llego a la puerta trasera con las palabras de aliento de Gabriela todavía revoloteando en mi cabeza. Esta entrada es la que suelen utilizar jardineros y veterinarios casi a diario para acceder al recinto, y al cruzarla y salir al exterior, me doy de bruces con el coche de Theodor y claro está, con Theodor, que apoyado sobre la carrocería del coche, lee un periódico con tranquilidad.

«¡Coño!».

—Buenos días —saluda mi chófer, sonriendo como un crío travieso. Parece que la expresión de mi cara le hace gracia, porque añade—: ¿No te alegras de verme?

Mi padre se me ha adelantado, como siempre. No sé cómo narices lo hace, pero siempre va un paso por delante.

—Sí... —contesto con desgana—. Vamos...

El hombre se separa del vehículo, dobla el periódico con calma y se dirige hacia la puerta del conductor. Ya no hace uso del amplio abanico de protocolos que tenemos a nuestra disposición, al menos cuando mis padres no están presentes. No me abre la puerta para acceder al interior, ni me habla de usted, ni cosas por el estilo. Hace demasiado tiempo ya que le sugerí que dejara de hacerlo. Al fin y al cabo, es casi como un segundo padre, siempre esperando a que su niñita le llame para ir a recogerla al fin del mundo si es necesario. Ha cubierto mis espaldas en más de una cogerza y, de no ser por él, hubiera recibido unos cuantos castigos extra.

Cuando Theodor arranca el motor, un suspiro sale de mi interior: ya no hay vuelta atrás. El hombre me escruta con la mirada a través del espejo retrovisor, y pregunta:

—¿Todo bien?

—Sí —digo con desgana, dejando claro que no tengo fuerzas para iniciar una conversación trascendental.

Visualizo con detenimiento el recorrido que nos lleva hasta la Universidad Estatal de California, en la que mi padre se ha empeñado que estudie. No está demasiado alejada y aun así,

hace ya un rato que dejamos la civilización para adentrarnos en una carretera de montaña ascendente y que, se supone, nos llevará directos a ella.

El edificio comienza a formarse frente a nosotros, y me maravilla su grandeza. Tanto, que empiezo a entender a mi padre y los motivos que le empujan a obligarme a que estudie aquí. El sitio es precioso. Perdido en el pico del monte, rodeado de vegetación, tranquilo...

Bajo del coche cuando este se detiene frente al edificio de estilo victoriano que, según tengo entendido, hace la función de secretaría, entre otras muchas cosas. Lo observo con detenimiento mientras varios alumnos enfundados en uniformes con los colores oficiales, cruzan de un lado para otro. Hay mucho movimiento, y me siento un poco abrumada.

—¿Quieres que vaya yo? —se ofrece Theodor con tono burlón desde el interior del coche. Lo escucho perfectamente porque no he cerrado la puerta. Creo que todavía albergo la esperanza de que ocurra algo, no sé, por ejemplo, que un meteorito entre en estos momentos en la atmósfera terrestre y dé a parar justo sobre el edificio. ¿Eso le valdría a papá como excusa?

—No, no... —contesto—. Para nada.

Cierro la puerta del coche con resignación y respiro hondo antes de dar el primer paso hacia el majestuoso edificio. En muy poco tiempo, estoy de vuelta con el sobre de matrícula en la mano.

—¿Ya está? —pregunta Theodor, sorprendido.

—Sí... podemos volver a casa...

Tiro el sobre con rabia en el asiento trasero, apoyo la cabeza en el cristal tintado, y cierro los ojos. No me gusta que me vean llorar. Me hace sentir vulnerable, y mi madre siempre ha tratado de inculcarme la importancia de la fortaleza femenina, consejo que nunca he llegado a comprender viniendo de alguien que casi es una marioneta en manos de su marido. En fin. Siento rugir el potente motor del mercedes y, a continuación, estoy meciéndome gracias a su suave tracción trasera. No entiendo de coches —nunca me han interesado lo suficiente—, pero una vez escuché a Jack y a mi padre hablar sobre este. Al parecer, pertenecía a un político importante, y mi padre pudo hacerse con él en una subasta. Costó mucho dinero porque está blindado. Según Jack, podría atravesar una furgoneta si chocáramos con ella de frente. Increíble.

Pierdo la noción del tiempo dentro de mi mente, y cuando abro los ojos, no reconozco las calles.

—Theodor, ¿dónde estamos?

Pero mi chófer no contesta. Se limita a sonreír, nada más. La curiosidad me hace despegar el lateral de mi cabeza del cristal, y observar con detenimiento el exterior. Avanzamos por una avenida bastante amplia, con bloques de edificios anaranjados a ambos lados, y una retahíla de árboles cítricos que llegan hasta donde alcanza mi vista. Hay multitud de gente joven formando grupos, hablando, riendo... Unos se entretienen con sus *skates*, otros rapean en un banco... Un grupo de chicas vestidas bastante ridículas, hablan y ríen entre sí. Y me doy cuenta de que todas llevan un sobre como el mío bajo el brazo.

—¿Qué es esto? —pregunto intrigada.

—Tu padre me dijo que te llevara a la Universidad Estatal, y esa parte ya la he cumplido. Pero no dijo nada de lo que debía hacer justo entre ese instante, y el de regresar a casa.

Vuelvo a mirar al exterior tratando de asimilar sus palabras.

—¿¡Estamos en la pública!?! —pregunto, estupefacta.

—Eso parece —contesta, sonriendo con gesto amistoso.

—¡Mi padre te matará!

Theodor frena a un lado de la calzada y pone los *warnings*. Da media vuelta sobre su propio eje, apoya su brazo izquierdo sobre el reposacabezas del copiloto y comienza a hablar con una



serenidad pasmosa:

—Tengo mis años, bonita, pero soy veterano de guerra. Tu padre lo sabe, por eso me contrató. De hecho... sabe cosas de mí que nadie más sabe... cosas que hice... de las que no me enorgullezco. Créeme cuando te digo que tu padre no se atreverá a intentar matarme.

Theodor nunca me había hablado de su pasado pero, ahora que lo hace, comprendo muchas cosas. El hombre sonrío de nuevo, disipando esa mirada perdida que se había instalado en su rostro, y añade en un tono jovial:

—Además, yo te he dejado en el centro comercial que hay aquí al lado, y te he recogido tres horas después. No puedo saber qué has estado haciendo durante ese tiempo. ¿No crees?

La emoción me obliga a actuar, y me abalanzo sobre el asiento delantero para plantarle un beso en la cara. El hombre se sonroja, y yo también.

—¡Gracias, gracias, gracias! —digo como una loca.

—No me las des a mí. Dáselas a Gregor.

«Lógico», digo para dentro. Theodor no podía saber nada de todo esto. Gregor es el único a quien he confesado mi sueño de estudiar enfermería, no medicina, y hacerlo en una universidad de clase media, fuera del alcance de toda esa gente pija y repelente de la que trato de huir últimamente. Me gusta el lujo, claro que sí, he vivido rodeada de él desde siempre. Decir lo contrario me convertiría en una falsa de mierda, y nunca lo he sido. Pero cuanto mayor me hago, más y más comprendo que no todo en esta vida es el dinero. Hay otras cosas mucho más importantes, o al menos así debería ser. Estoy deseando vivir fuera de mi burbuja perfecta, rodearme de gente natural, gente real, que no te miren por encima del hombro o se acerquen a ti por quién eres. Estoy, en definitiva, deseosa de aventuras, y algo en mi interior me dice que éste será el lugar perfecto para vivirlas. Para empezar de cero.

—Entonces... ¿nos vemos después?

—Sí —contesta—. No olvides usar la tarjeta en el centro comercial. Cómprate un modelito, un pintalabios... ¡yo qué sé!

Me hace mucha gracia este nuevo Theodor que acabo de conocer. Parece más risueño que el anterior, siempre atento a todo y sin posibilidad alguna de sonreír o extralimitarse.

—No te preocupes. —Abro la puerta del coche y, antes de salir, añado—: Te debo una.

Sonríe de esa forma ruda que le caracteriza y salgo del vehículo con una sensación extraña dentro de mí. Empiezo a sentir miedo. Estoy solo a un paso de mentir a mi padre como no lo he hecho nunca, y si me descubriera, puede que jamás volviera a confiar en mí. Y me dolería en el alma.

Aun así, doy el primer paso hacia mi destino.

—¡Annie!

Theodor baja la ventanilla, y me acerco para ver qué quiere.

—Imagino lo que pretendes viniendo a este lugar, así que... ¿por qué no dejas ese bolso de tres mil dólares aquí? Si quieres pasar desapercibida...

«¡Ostras, es verdad!». Voy a parecer la protagonista de *Una rubia muy legal*. ¡Solo me falta el chihuahua! Cojo mi cartera, mi monedero y el iPhone, y lanzo el bolso al interior del coche.

—Gracias, Theodor. De verdad.

Él sonrío a su manera.

—Pásalo bien.

Atravieso el campus —si es que se puede llamar así a estas cuatro calles peatonales mal adoquinadas que hacen de nexo entre los distintos edificios, por cierto, viejos y deteriorados hasta decir basta—, y llego a secretaría. La cola es inmensa, y me sitúo en último lugar. El chico

que hay delante de mí me mira de arriba a abajo.

—Hola —digo, tratando de romper el hielo.

—Hola. ¿Nueva por aquí?

—Sí, eso me temo... —contesto un poco nerviosa. El chico es guapo—. ¿Tú también?

—No. Para mí es segundo curso. Ingeniería.

—¡Muy bien! ¿Algún consejo?

—Sí, claro. No te fíes de los tíos. Van todos a lo mismo.

Noto que me sonrojo, porque intuyo que se incluye en ese «todos» y, por tanto, quiere lo mismo que el resto.

—Lo tendré en cuenta —digo como puedo.

De pronto, una morena despampanante vestida como una poligonera surge de la nada, y le mete la lengua hasta la tráquea. Desvío la mirada porque me resulta bastante incómodo y cuando terminan de intercambiar fluidos, la chica se encara conmigo.

—Búscate otro, zorra.

Me quedo petrificada y sin saber qué decir.

—¿Ahora te has quedado muda, zorra? Con mi novio sí que hablabas, ¿verdad?

—Yo no...

—Tú no, qué —dice acercándose tanto a mi rostro que noto su aliento a tabaco.

—Nada...

—Si vuelves a acercarte a mi...

De pronto, una mano estira a la chica hacia atrás, apartándola de mí. Miro a mi salvador, y no puedo creerlo.

—A mi hermana ni la mires.

Jack ha aparecido de la nada, salvándome la vida. Tengo ganas de llorar, pero me reprimo: sería un suicidio público.

—¿Hermana? —pregunta el chico con el que estaba hablando en la cola.

—Correcto, así que cuidadito con ella, ¿os ha quedado claro?

Jack está increíble. Nunca lo había visto así, tan... rudo.

—Largo de aquí —les dice a ambos, que sin dudar un segundo, obedecen. Después me arrastra del brazo un par de metros y cuando considera que no nos escucha nadie, comienza a hablar.

—¿Qué coño haces aquí?

Siento un frío intenso recorriendo mi espalda. Llevo menos de quince minutos mintiendo a mi padre, y ya serán tres miembros de la familia los que lo sepan.

—Matricularme, ¿tú que crees?

—Pero... ¿qué coño dices? ¡No puedes matricularte aquí!

—¿Por qué? ¡No quiero ir donde papá diga!

—¿¡Pero es que no lo ves!? ¡Esto para ti es como una cárcel panameña, joder! ¡Te van a comer por los pies!

—¡De eso nada!

—¿Que de eso nada? ¿Qué crees que hubiera ocurrido si yo no llego a pasar justo por aquí delante? ¿¡Eh!? ¿¡Dime!?

—No lo sé... —digo cabizbaja, asumiendo que tiene razón.

—Esto está lleno de gente así. Los niños ricos son drogadictos y gilipollas, sí, pero aquí hay gente peligrosa. Y cuando digo peligrosa, es peligrosa. Sobre todo para alguien como tú.

Sus palabras me duelen muchísimo, él lo sabe y por eso, antes de que empiece a llorar, me

coge del brazo y me separa de la fila para llevarme a un rincón un poco más apartado.

—¿A qué viene esto? Cuéntame...

Su tono ha cambiado al darse cuenta de cómo me siento. Jack siempre tuvo buen corazón, aunque vaya de tío duro.

—Estoy harta de papá. De sus normas e imposiciones. De ser una marioneta. Quiero vivir, Jack. ¡Vivir de verdad!

Mis palabras llegan a él de forma rápida, demasiado para mi sorpresa.

—Llevo cuatro cursos estudiando aquí —confiesa—, y... bueno... no saben quién soy, ya me entiendes.

—¿¡CÓMO!?! —pregunto atónita. ¡Eso es justo lo que quiero!

—Ya me has oído, no me hagas repetirlo —dice mirando a ambos lados con preocupación—. Entiendo lo que dices, porque yo me sentía igual que tú. Por eso engañé a papá y vine aquí a estudiar.

—¿Y no te ha pillado?

—No... bueno... —dice sonriendo, orgulloso de su hazaña—, tengo mis recursos. Liam hace unas notas falsas que parecen reales. Les inserta hasta el cuño de la Estatal, y papá cree que estudio allí. Ni se entera. Pero han sido cuatro años de mentiras, excusas y cubrir mis espaldas. Constantemente. No es fácil.

—¡Pues yo también quiero! —digo emocionada.

—¡No estás preparada!

—¿¡Cómo que no!?

—¡Como que no! —asegura tajante—. ¡Pero si has venido con diez mil dólares en ropa, joder! Tienes suerte de que esta gente no sepa diferenciar un Tommy Hilfiger de un Tobby Hilfinger, ¡hostia! Y me niego a que te cargues en dos semanas lo que con tanto esfuerzo he construido.

—¡Lo dices como si fueras el autor de la Capilla Sixtina!

—¡Lo digo como alguien que ha logrado crear una doble vida, y vivirla como si fuese real! Todo lo que he sido aquí durante este tiempo, lo he sentido de un modo que no eres capaz de entender. Ha sido más real que mi auténtica vida. ¿Entiendes? Con independencia de todas y cada una de las mentiras que me he visto obligado a urdir. Las horas que paso aquí a diario, son... son...

Pero Jack no puede acabar la frase, se emociona y me muestra una faceta suya desconocida para mí.

—¿Auténticas? —termino yo por él.

—Únicas... —dice de todo corazón—. Aquí he vivido cosas increíbles, de verdad. Pero no sé si tú...

—¡Puedo hacerlo! ¡Puedo mejorar! Lo de la ropa tiene explicación, no sabía que vendría. Ha sido de sopetón.

Jack me analiza minuciosamente, y la emoción que desbordan mi voz y mi mirada lo irradian por completo.

—Joder... —acepta resignado—, pero con condiciones.

Freno el impulso de chillar y saltar, y aguardo mientras mi cabeza asiente una y otra vez como una idiota.

—Cuando te pregunten por mí —que lo harán—, no contarás nada. Dirás que el pasado es pasado, y punto. Eso avivará la curiosidad de la gente aún más.

—¿Curiosidad? ¿Y eso?

—Pues porque con el tiempo he forjado una pequeña leyenda sobre mí que, al pasar de boca a boca, ha crecido y se ha magnificado. Bueno, por eso y por más cosillas... —dice usando una sonrisa pícara—, pero ya te enterarás, tranquila. A lo que voy: no hablarás de mí con nadie. Bajo ningún concepto. Y harás marcha por tu cuenta, no puedo estar haciendo de niñera. ¿Entendido?

Asiento, y continúa:

—Comprarás ropa para la ocasión. De la que usa la gente normal y corriente, ¿me sigues? De esa que parecen disfraces de Halloween. ¡Ah! Y lo harás en metálico. No quiero pagos de tu tarjeta en tiendas de ropa cutres, y mucho menos por cantidades ridículas de dinero. Papá no creerá que has gastado menos de quinientos dólares en ropa.

—¿Por qué quinientos?

—Porque por más que compres no gastarás esa cifra en las tiendas a las que voy a enviarte, créeme.

—Vale... —digo un poco aterrada—. ¿Algo más?

—Sí. Tus uñas, tu pelo, tu manicura, tu pedicura, tu depilación...

—Nooo...

—Sí.

—¡No puedo renunciar a eso, y lo sabes! ¡Es lo que me convierte en mujer!

—Error. Es lo que te convierte en mujer atractiva.

—¡Pero no puedo renunciar a eso!

—No digo que dejes de depilarte, ¡por Dios! Pero córtate un poco. Esas uñas que llevas cuestan trescientos dólares. Aquí hay gente que trabaja todos los fines de semana del mes para ganar seiscientos, ¿comprendes?

—Sí... claro que sí...

Jack respira hondo y aprieta la mandíbula con fuerza.

—Tú a la tuya y yo a la mía —dice tajante—. Y por lo que más quieras, Barbie, no me jodas el tinglado.

## CAPÍTULO 2

### *DEXTER*

Hoy, el día es especial. Corro las cortinas y la luz entra a raudales por el ventanal del balcón de mi habitación. Salgo fuera a respirar el aire fresco de la mañana, y compruebo que el cielo está más despejado de lo habitual, que los pájaros cantan con una gracilidad inusual, y que me siento mejor que nunca tras haber dormido a pierna suelta durante toda la noche. La verdad es que lo necesitaba, y no me refiero al hecho de dormir. Hablo de lo «otro». Cuando pienso en todo lo que dijo Jack ayer... en lo que ha creado él solo, sin ayuda de nadie, y de lo que ahora estoy a punto de formar parte, me invade la emoción. Estoy ilusionada, alegre y motivada como no lo había estado nunca. Pero eso lo sé ahora. Estos sentimientos tan intensos son completamente nuevos, y tendré que hacer un esfuerzo por ocultarlos o mis padres sospecharán. Ahora que lo pienso... creo que es la primera vez en veinte años que hago mi cama y ordeno la habitación. Eso siempre ha sido tarea de Gabriela, pero hoy, sintiéndome eufórica y rebosante de energía, algo me ha impulsado a hacerlo. Si alguien pregunta, diré que «estoy nerviosa por la universidad». Eso no es mentir, ¿no?

Salgo al amplio rellano donde dan todas las puertas de las habitaciones, y descubro que la casa está en completo silencio. Bueno, casi. Alcanzo a escuchar las teclas del ordenador de Liam a toda velocidad, como siempre. Es increíble la agilidad que tiene, capaz de transcribir una conversación en tiempo real mientras se toma un café con tostadas. Tiene una mente prodigiosa, la verdad, pero cuesta mucho llegar a él, y cuando lo pienso, me entristece. Estoy tan eufórica que incluso me planteo la posibilidad de llamar a su puerta para intentar un pequeño acercamiento, pero entonces recuerdo lo raro que es, y se me olvida. Espero que Jack se encargue de hablar con él sobre la falsificación de mis notas y le convenza. De lo contrario...

Bajo las escaleras y sigo el olor del café hasta la cocina, igual que en los dibujos animados, cuando uno de los personajes sale flotando por el aire tras oler un buen guiso. La puerta está entornada, y hay murmullos de voces dentro. Abro sin llamar, y me encuentro con Gabriela y Gregor, que charlan con discreción. Él, sentado en uno de los muchos taburetes de diseño que hay a lo largo de un lateral de la isla, y ella, de pie frente a él. Rara vez la verás sentada tomando un verdadero descanso. Ambos me miran, y sonrían.

—Buenos días —dicen casi a la par.

—¡Buenos días! —contesto con una jovialidad digna de un musical—. ¡Gregor! ¡No contaba con verte hoy!

—Ya, bueno... en realidad estoy aquí por interés...

Le miro mientras saco la leche de la nevera, y aguardo.

—Necesito ayuda con los críos... bueno, yo no, tu cuñada, ya me entiendes...

—Es que si no fueras un semental...

Los rostros de Gregor y Gabriela muestran un gran asombro.

—¿Perdona? —dice él, a punto de reír.

—Que hay una cosa que se llama vasectomía, hijo mío. Que a este ritmo nos faltan mansiones en la parcela.

—¿Quién eres y qué has hecho con mi hermana pequeña? —pregunta, sorprendido por mi buen humor.

—¿Yo? Soy la de siempre. Pero hoy estoy un poco más contenta.

Gregor sabe de sobra a qué se debe, pero aun así, indaga:

—¿Y eso?

—La universidad... que me tiene emocionada.

Veo a Gabriela sonreír con disimulo mientras me sirvo el café, y deduzco que Gregor le estaba hablando de la «travesura» de ayer con Theodor.

—Entonces... ¿todo bien? ¿Recogiste el sobre de matrícula sin problemas?

Doy media vuelta, rodeo la isla para llegar a él, y le planto un besazo enorme en la cara.

—Todo perfecto —digo, mientras le doy las gracias con la mirada—, y sí, yo me encargo de la tribu. Bueno, menos del enano. Que tu mujer se encargue de sus cacas. Desde que habéis empezado a darle entero, eso se ha convertido en terreno pantanoso.

—Gracias.

—Me voy a mear que no me aguanto.



Unas horas después me encuentro en medio del salón de mis padres, atada de manos y pies a una silla del siglo dieciséis, mientras varios críos disfrazados de indios dan vueltas a mi alrededor y simulan quemarme en una hoguera. «Educativo...», pienso, mientras chilló a causa de las quemaduras de primer grado. Leonard, el segundo de los hermanos empezando por arriba, aparece de pronto con una jarra de agua.

—Leo... —digo tratando de mostrarme calmada—, ¿dónde vas con eso?

—A apagar el fuego.

—No, Leo. No me estoy quemando.

—Sí —contesta riendo—. Estabas gritando.

—Pero era mentira. Estamos jugando —digo alzando la voz. Los nervios que siento son directamente proporcionales a la distancia que me separa de mi sobrino.

—No quiero que mi tía se queme —dice con sorna mientras desaparece detrás de mí.

—¡Leo! ¡Leo!

Pero Leo ha puesto la directa, y cuando lo hace, no hay quien lo frene. El agua de la jarra cae de repente sobre mí, y descubro que es la de la nevera.

—¡JODER! —grito a la desesperada al sentir su gélido contacto. La blusa se empapa por completo y se me pega al cuerpo, lo cual me provoca más frío todavía—. ¡LEOOO!

Pero Leo y el resto de los niños corren espantados por mis gritos de lunática fuera de sí. Atraviesan el gran salón tropezando unos con otros hasta que salen de la estancia en estampida,

estilo velocirraptores en *Jurassic Park*, pero más peligrosos. Y cuando los observo desaparecer, me percató de que Jack está de pie, justo en la puerta, disfrutando del espectáculo.

—¡Jack! ¡Ayúdame!

Pero su sonrisa me indica que eso no va a ocurrir.

—Suerte, bombón. La vas a necesitar.

Jack se dirige hacia las escaleras que van al piso de arriba, y no puedo evitar suplicar. Al fin y al cabo estoy maniatada y, por tanto, prisionera.

—¡Jack! ¡Por favor! ¡No me dejes aquí! ¡Me estoy congelando!

Pero ya no le veo, ha desaparecido de mi vista. En cambio, un chico endiabladamente guapo asoma la cabeza con cautela y cara de asombro. No lo conozco de nada y, al verlo, me vuelvo muda de golpe.

—¿Estás bien? —pregunta.

—Eh... sí... —Me pilla con la guardia baja, lo admito, y no sé ni qué decir.

—Espera.

Viene hasta mí, se asoma para mirar mis manos, y observa las ataduras.

—¿Eso te lo han hecho los críos? —pregunta sorprendido.

—Sí... —digo avergonzada.

—¿Sabes que te han atado las manos con una brida?

—¿Con qué? —pregunto sin saber de qué me habla.

Él se ríe, y Jack le grita desde arriba.

—¡Dexter! ¿¡Qué haces!?

—Soltar a tu hermana —le responde mientras observa la atadura—, ¿tú que crees?

—Ya es mayorcita...

—Le han cogido las manos con una brida, tío. Es imposible que se libere.

Jack aparece de nuevo y atraviesa el umbral de la puerta con cara de pocos amigos.

—¿Necesitas un cuchillo? —pregunta con desgana.

—Alicates mejor, pero bueno. Lo que sea que corte.

—Ahora vengo.

Jack se marcha en busca de algo para liberarme, y Dexter entra en mi campo de visión. Su pelo, corto y moreno se me antoja suave y fino, y el azul de sus ojos le otorgan una mirada única. Él sonríe, y como si de un estriptis se tratara, comienza a desabrochar los botones de su camisa uno a uno. Mi libido entra en erupción y un escalofrío que nada tiene que ver con el hecho de estar calada hasta los huesos, me recorre la espalda.

—¿Qué... qué haces? —pregunto nerviosa, odiándome a mí misma. Tengo enfrente a un tío tremendo, fuerte, alto y guapo a rabiar, desnudando su cuerpo para mí, y solo puedo pensar en mi abuela y, en que como aparezca en este preciso momento, al chico le va a faltar jardín para correr.

—Estás tiritando —dice, retirando el último de los botones.

Y es cierto. Mi ropa y mi pelo están empapados de agua helada, y tengo mucho frío. Entonces, el tal Dexter se quita la camisa y, para decepción mía, debajo lleva una camiseta de manga corta. Ceñida, eso sí, por lo que puedo ver su marcado abdomen. Es un chico deportista, de eso no hay duda. Ese cuerpo no se consigue sin ejercicio.

—Toma —dice envolviéndome con su camisa de un modo cariñoso. He de admitir que el gesto me encanta.

Aparece Jack con las dichosas tijeras y cuando está lo suficientemente cerca, exclama:

—¡Uuuuouuuuhhh...! ¿Tienes frío o es que te alegras de verme?

«¡Dios!», pienso al instante, y bajo la mirada a toda velocidad deseando que Jack esté de guasa. Pero me temo que no. Mis pezones se han puesto más duros que un pedazo de barro secando al sol, y la vergüenza se apodera de mí: a estas alturas va a ser difícil que me deshaga de ella.

—Toma, anda —dice Jack entregándole las tijeras a su amigo—. Salva a tu damisela y vamos a lo nuestro.

El chico empieza a trabajar, y siento el roce de sus manos contra las mías. Noto cómo las separa con delicadeza, y busca la forma para romper lo que sea con lo que me han atado, sin hacerme daño.

—Voy a cortar —dice al fin. Jack no deja de mirar mis tetas y poner caras de pervertido estilo Jim Carrey. Ese es su humor, no se le puede exigir mucho más. De pronto suena un ¡chac!, y mis manos se liberan, acudiendo a toda velocidad a cubrir mi cuerpo con la camisa.

—¿Te duelen? —Se interesa el chico tras soltarme.

—Pues sí, la verdad.

Miro mis muñecas y están marcadas allá donde el plástico ha entrado en contacto con ellas. Él se acerca a mí y coge una de mis manos para ver la marca de cerca. Después sonrío.

—Dile al chaval que le enseñaré a hacer nudos marineros. Así no tendrá que atarte usando bridas —dice mostrando los restos de lo que sea eso.

—¿Podré escapar de un nudo marinero? —pregunto sonriendo.

—Te puedo enseñar.

Nuestras miradas se cruzan en ese instante, y conectan. Hablan en un idioma en el que no hacen falta palabras y que en contadas ocasiones es más directo y claro. Como en esta. Aquí acaban de saltar chispas, y Jack se percata.

—Vamos, Romeo... tendrás tiempo de pedir la mano de la princesa al Rey.

—¡Jack! —le regaño, ofendidísima. Pero hacer eso en público con Jack resulta peligroso.

—Que sí, que sí... que puedes ir a abrir alguna lata de bonito con tus nuevos abrelatas... —dice señalando mis pezones—, que nosotros tenemos lío. *C'mon, everybody!*

Jack comienza a andar, y noto que su amigo se ve obligado a seguirle.

—Bueno... soy Dexter —dice—. Encantado.

—Annie —digo tras alzar el culo de la silla y sonreírle como una boba.

Dexter da un paso al frente, apoya su mano en mi cintura, y me besa en una de mis mejillas. El beso es cálido, y me reconforta. Me resulta muy agradable. Después se retira, y sigue a Jack.

—¡Eh! —le grito—. Tu camisa.

Él da la vuelta sin dejar de andar y contesta:

—No sé dónde está tu habitación, pero después paso a recogerla.

Mis ojos se abren de par en par y maldigo por no ser capaz de contestar nada oportuno estilo «allí estaré» o «es la del fondo a la derecha», yo qué sé.

Conforme oigo que cierran la puerta de la habitación de Jack, subo corriendo para darme una ducha y ponerme mona. No sé de cuánto tiempo dispongo, así que lo hago rápido. Bueno, rápido en mi idioma significa inferior a tres horas, pero en esta ocasión bato un récord. En cuarenta y cinco minutos estoy duchada, maquillada y peinada. Me he puesto un pantaloncito corto que deja al descubierto casi la totalidad de mis piernas. Es muy de andar por casa, pero resultón. Y mi camiseta de tirantes más de lo mismo. Es ceñida, mis pechos resaltan bajo ella, y creo que en conjunto estoy apetecible, que es de lo que se trata.

Su camisa está seca porque la he colgado en mi balconcito, al solete. He perfumado la estancia con un ambientador de fresa que me encanta, y he recogido las pocas cosas que había



por el medio. Y cuando termino, me tumbo en la cama a ojear una revista de moda que lleva tirada por ahí un par de meses y que me sé de memoria. Pruebo varias posturas para ver cuál resulta más natural, y después de una hora, me duele todo de mantenerla.

Cuando estoy a punto de tirar la toalla, suena la puerta.

—Adelante... —digo tras ponerme en situación.

Se abre despacio, y Dexter se asoma tras ella.

—¿Se puede? —dice, ojeando la habitación con ojos pasmados.

—Claro, pasa. —Intento que mi voz suene natural, pero no tengo claro si lo he logrado.

Él lo hace, y cierra después.

—Bonita habitación —dice.

—Gracias. La más bonita de la casa —puntualizo.

—Y bonita casa, sí. No había visto nunca nada igual.

—¿Es tu primera vez? —pregunto.

—Sí —contesta mientras deambula con cautela, observando cada detalle—. Tu hermano no hablaba nunca de su vida... ahora ya sé por qué.

—¿Vas con él a clase?

—No. Estudiamos carreras distintas, pero coincidimos en el equipo.

—¿Equipo?

—Sí. Fútbol americano. ¿No sabías nada?

—¿¡Yooo!? ¡Si hasta ayer pensaba que iba a la Estatal!

—Ya... eso me ha contado. Que tú también estás pensando matricularte.

—Sí...

Dexter se detiene en mitad de la habitación tras darle la vuelta completa y me mira directamente.

—¿Y? ¿Has tomado la decisión?

—Quiero hacerlo, ¿sabes? Pero me da miedo mentir a mis padres. Sería la primera vez... al menos en algo tan grave.

—Entiendo.

—No te ofendas, pero lo dudo. No sé cómo son tus padres, pero los míos...

—Algo he oído de boca de tu hermano.

—Aparte de que, si te soy sincera, ayer me asusté.

Dexter pone cara de sorpresa y se acerca hasta la cama.

—¿Puedo? —pregunta señalándola.

—¡Claro! Perdona —contesto, sentándome al borde de ella—. Te he visto curioseando y no lo he pensado.

—Tranquila. —Se sienta y pregunta—. ¿Puedo saber por qué te asustaste?

Me gusta su forma de preguntar. Lo hace con cautela... con educación. No quiere resultar grosero.

—Una chica vino y casi me parte la cara, así sin más. Y no se lo he confesado a Jack, pero tuve miedo. Y si soy sincera conmigo misma, no sé si podría aguantar un curso entero con gente así.

—A ver... varias cosas. Uno: no todas las personas que hay allí son así. Hay de todo, como en todas partes. Y dos: si te decides a ir, me comprometo a ayudarte. Soy bastante conocido por allí, y tu hermano más. Si vas con nosotros no se atreverán a tocarte.

—Pero Jack dijo que una de las condiciones era que él por su lado y yo por el mío.

Dexter sonrío.

—Si vas conmigo tampoco se atreverán a tocarte. —Mis mofletes arden de repente—. Y no estarías incumpliendo ninguna de las condiciones de tu hermano, ¿no te parece?

Dexter se levanta de la cama, acude al balcón a por su camisa y, una vez allí, queda embelesado por la belleza del paisaje.

—Es bonito, ¿verdad?

Da la vuelta y su expresión es la de cualquiera que nos visita por primera vez.

—Bonito se queda corto. Esto es otra cosa. ¡Tenéis un maldito parque natural dentro de casa! ¿¡Es una broma!?

Me río porque estoy acostumbrada y ya no me resulta ostentoso, pero comprendo su reacción.

—No sé qué decir. Mi padre... bueno... gana bastante dinero. Creo que sería estúpido decir lo contrario.

Dexter está asombrado. Regresa al interior de la habitación mientras se pone la camisa, y comienza a abrocharla.

—¿Y qué hacías con Jack? —pregunto, no porque me interese la vida de mi hermano especialmente, sino por rascar minutos con Dexter, porque me da la impresión de que está a punto de marcharse.

—Pues estamos montando un negocio a medias.

—Aaahhh... o sea que tú eres el amigo del negocio... muy bien. El otro día lo mencionó durante la cena.

—Sí, ya me lo ha dicho. Que tu padre quiere hablar conmigo.

—Cuando llegue el momento avísame, trataré de allanar el camino. Es un hueso duro de roer.

—Tranquila. Creo que cuando le explique lo que tengo en mente, le convenceré.

Aprieto los dientes y me callo. No quiero ponerle nervioso de forma innecesaria, pero es más que evidente que no conoce a mi padre y lo complicado que es trabajar con él.

—Estoy muy a gusto charlando contigo, Annie, pero me tengo que ir —dice Dexter con pesar en la voz.

—Ya me imaginaba.

—¿Llegará a mis oídos tu decisión cuando la tomes? —pregunta con avivado interés—. Me gustaría saber si volveré a verte.

El chico es directo y seguro de sí mismo. No siente vergüenza, y eso me gusta: me convierte de modo automático en una chica más fuerte.

—Tome la decisión que tome —contesto—, no influirá en que volvamos o no a vernos.

Dexter sonrío, pero esta vez acompaña al gesto una expresión de felicidad inusitada.

—Me alegra oír eso.

Viene hasta mí, y vuelve a darme un único beso en la mejilla.

—¿Siempre saludas y te despidas de este modo? —pregunto cuando se retira.

—¿A qué te refieres?

—Nadie da un único beso.

Él sonrío de nuevo.

—Dos besos se los das a cualquiera. Digamos que esta es mi manera de saludar y despedirme de alguien que me resulta interesante.

Sus palabras me dejan muda y con cara de niña tonta.

—Hasta pronto, entonces —se despide tras terminar de arreglar su camisa.

—Claro.

Sale de la habitación sin mirar atrás y le sigo hasta el inicio de la escalera sin que me vea. Mientras baja a la planta principal me percato de que tiene un físico potente, y un andar que me

deja babeando. Es atractivo como ningún otro chico al que haya conocido antes, y he de reconocer que provoca en mí una sensación extraña. Estoy emocionada a la par que intrigada. De repente necesito saber más de él: cuántos años tiene, dónde vive, número de hermanos, fecha de nacimiento... ¡TODO!

Doy un gran suspiro, giro para regresar a mis aposentos —como ha llamado Jack a mi habitación toda la vida—, pero la voz estridente de mi abuela, proveniente del piso inferior, me frena en seco:

—¿¡QUIÉN HA MOJADO EL SUELO DEL SALÓN!?

## CAPÍTULO 3

### PRIMER DÍA

Primer día de clase y estoy hecha un adefesio. Tengo la sensación de haberme disfrazado y de no ser yo misma, y eso provoca que no me sienta cómoda. Pero reconozco que Jack tenía razón, y ahora me camufló mejor que Lucchino, el camaleón que papá trajo de su viaje a Madagascar. Parezco una más, con esta camiseta de tirantes de seis dólares sin estilo ninguno —no es más que un rectángulo con agujeros para sacar los brazos—, y unos vaqueros que me tiran por todas partes porque, por su ridículo precio, es imposible que se adapten a la fisionomía de nadie. Las deportivas, al menos, son Adidas. Ahí reconozco que me he dejado llevar y me he gastado casi doscientos dólares. Pero es que son taaan bonitas... en tonos rosas y morados, con el símbolo en color negro... ¡Me encantan! De modo que ninguno de los presentes —creo—, podría imaginar que la habitación en la que dormo cada noche casi es más amplia que la sala en la que estamos ahora mismo los cerca de doscientos alumnos que formamos el grupo. Bueno, igual he exagerado un pelín, pero por ahí anda la cosa.

Estoy sentada en quinta fila siguiendo los consejos de Jack: «Las primeras tres filas son para los más empollones, los *retarders* o como quieras llamarlos. Es gente estilo Liam: no se relacionan demasiado y son raros por naturaleza. La zona central suele estar ocupada por aquellos que no quieren destacar demasiado, son estudiosos y se lo toman en serio, pero también quieren disfrutar de alguna buena fiesta por el camino. Para mí, lo más sensato sería que te sentaras por ahí, entre la quinta y la décima. Y por último, la zona de detrás, que bueno... ahí te puedes encontrar de todo. Desde camellos que quedan con alumnos para venderles material, hasta parejitas manoseándose, así que cuidado. ¿Está claro?».

De modo que aquí estoy, en mi primera clase de Anatomía Humana, esperando a que el hombre de pelo canoso que acaba de entrar en el aula comience a hablar. Alzo la cabeza y la volteo para ver a la gente. La sala está plagada, la verdad, pero casi nadie habla. Es nuestro primer día en un lugar desconocido, y la mayoría no nos hemos visto nunca. Me pregunto si habrá alguien interesante por aquí, y descubro el sonido de la voz del profesor, que me resulta agradable:

—Bien, señores y señoras. Comencemos —dice, mientras se da la vuelta y escribe en la pizarra «Salvador Martín». El hombre parece hispano. Se vuelve a poner de frente a nosotros, y comienza:

—Bien, mi nombre —como pueden observar—, es Salvador Martín. Seré su maestro en la materia que hablará sobre la Anatomía Humana. Espero que no estén aquí por nota, sino por amor y respeto a esta profesión. Porque sin ese amor y respeto, la profesión de enfermero no vale un carajo.

La clase entera comienza a reír por su expresión, y el hombre puntualiza:

—Me van a perdonar si empleo expresiones que me son innatas, que vienen arraigadas a mi ADN tanto como el color de mis ojos o la mancha de nacimiento que tengo en mi espalda, pero

como habrán podido deducir por mi nombre, soy latinoamericano, y a menudo ocurre que mis alumnos no entienden según qué cosas digo. Si esto ocurriera, alcen la mano y trataré de aclarar la duda lo mejor posible.

»Lo primero que deben tener claro es que esta es una asignatura diseñada en base a conceptos de análisis de conjunto de la estructura y función del cuerpo humano —el hombre da la vuelta y añade en la pizarra *análisis morfo-funcional*—, como fundamento de los cuidados y procedimientos propios de la enfermería. Es imprescindible...

El hombre se queda en completo silencio y todos le observamos del mismo modo. Pero los segundos pasan, y es evidente que algo ocurre.

—No sabía que había sido agraciado este año con un grupo repleto de mentes prodigiosas —dice con sorna—. ¡APUNTEN!

El revuelo se forma en la sala y todo el mundo empieza a sacar blocs, libretas, etc. Me pongo nerviosa porque el hombre arranca a hablar de nuevo y no nos espera. Creo que nos está dando la primera lección del día. Veo que la mayoría de gente ya está escribiendo cuando yo todavía no he logrado encontrar el maldito cuaderno. Y es entonces cuando una hoja aparece delante de mí, flotando en el aire. Levanto la cabeza y comprendo que no flota, sino que una mano la sujeta. Es la mano de una chica morena bastante mona.

—Toma —dice bajito—, no pierdas comba.

—Gra... gracias.

Acepto su hoja y empiezo a anotar como una posesa, qué se le va a hacer. Nos pasamos así la hora entera, y no tengo tiempo ni de despegar la vista de la hoja, que por cierto, está abarrotada. Cuando parece que el hombre se relaja un poco y nos da algo de tregua, puedo mirar a la chica con calma. Su pelo es negro azabache, brilla de un modo que envidio al instante. Abro nota mental: «Averiguar qué champú y acondicionador utiliza». Cierro nota mental. Su perfil me muestra unos rasgos griegos muy característicos: nariz recta y poco pronunciada, mentón cuadrado pero fino... Sus labios carnosos no necesitan estar perfilados para resultar seductores. Es una chica que, sin ser explosiva, tiene su público. Sin duda.

—Gracias por el cable de antes —digo, tratando de ser amable.

—De nada. Te he visto agobiada, la verdad —dice sonriendo.

—Sí... demasiados cambios...

—Soy Olivia —dice la chica.

—Annie.

—Bonito nombre.

—Gracias. Lo mismo digo de tu pelo, qué envidia...

—¿Has visto el tuyo? —pregunta sorprendida—. Parece de revista. Debes tener una cola de tíos esperando solo para olerlo.

—¿Yooo? Qué vaaa...

—¿No tienes novio?

—No —contesto escuetamente.

—Si he tocado hueso, lo siento.

—No, no, qué va... para nada... de hecho, hay un chico por ahí... ya sabes.

Olivia sonrío.

—Tienes ojitos de estar pillada, ¿me equivoco?

—Buah, es que el chico es supermajo... y está... Dios bendito, cómo está...

—¿Sííí? Cuenta, cuenta... —dice arrimándose más a mí. La chica es muy agradable, me siento cómoda con ella, y la verdad es que necesito una amiga cuanto antes por aquí, de lo

contrario me sentiré muy rara deambulando sola por los pasillos y las zonas exteriores.

—Pues... estudia aquí, en cuarto curso.

—¡Y por eso has venido a esta uni! ¡Dime que sí! —suplica juntando las manos y poniendo ojitos llorosos—. Sería tan bonito.

Me río y contesto.

—Pues... digamos que sí, ha sido el detonante para que tomara la decisión.

—¿Y os habéis liado o algo?

—No, qué va... me dio un beso en la mejilla.

—¿¡Cómo!?! —pregunta poniendo una expresión en su rostro que denota extrañeza—. ¿En la mejilla? ¿Qué pasa? ¿Es un viajero del tiempo y viene del siglo quince?

Su broma me hace gracia, lo admito, pero debo corregirla.

—Pues ese gesto me encantó. Al principio también me sorprendió, igual que a ti. Pero le pregunté por qué lo hacía. ¿Y sabes lo que dijo?

—¿Qué? —pregunta intrigada.

—Pues dijo que dos besos se los das a cualquiera, pero que uno, suave e intenso, se lo das a alguien que te resulta interesante.

—¡Hala...! Qué bonito, ¿no?

—Ya te digo... y desde entonces no lo he vuelto a ver. Y tengo unas ganas...

—Lógico...

—En fin. Espero verle por aquí pronto. A ver si coincido por la cafetería.

—¿No sabes qué bloque le pertenece?

—No, la verdad.

—¿Forma parte de algún club?

Lo pienso un instante, y enseguida asiento.

—Juega en el equipo de rugby.

—Bien, pues ya tenemos destino para el almuerzo. ¿Qué te parece?

Miro a mi nueva amiga, veo su mirada repleta de ilusión y fuerza, y me dejo llevar.

—¡Vale! ¡Pero no me lo robes, que eres muy mona!

Olivia se parte de la risa.

—Tranquila, estoy pillada desde hace años por el chico perfecto. Se llama Matt y pienso terminar mis días con él, no tienes de qué preocuparte.



Llegamos a las gradas del estadio y nos sentamos en ellas a almorzar tranquilas. Aprieto la mano con suavidad tratando de que la sangre circule, porque la tengo anestesiada de tanto escribir. El tal Salvador Martín es una bestia escupiendo información valiosa por la boca, y apenas nos ha dado un respiro.

—¿A ti no te duele la mano? —le pregunto a mi nueva amiga al ver que no se ha quejado en ningún momento.

—Qué va... —contesta sonriendo—. Tengo algunos trucos para no escribir todas las palabras del profesor y que después se entienda. La tarde que quieras te explico cómo lo hago. Verás cómo te será mucho más fácil tomar apuntes.

Todavía no nos conocemos, pero siento que eso no tiene importancia. Es una chica simpática y graciosa, y me alegro de haber coincidido con ella. Dejo mi mochila en el suelo y la abro en busca de mi zumo de uva cien por cien biológico, y mis palitos de queso que tanto me pirran. Ella saca un sándwich vegetal y comenzamos a comer mientras vemos el entrenamiento de los chicos.

—¿Cuál de todos es? —pregunta interesada.

—No lo sé, con el casco es imposible.

—¿Sabrías reconocerlo por el culo? —dice riendo.

—Mujer... pues un poco sí, para qué te voy a engañar. Veamos...

Empiezo a fijarme en los culos de los tíos, pero no lo veo nada claro.

—Es que con esos pantalones casi no se les marcan.

—Ya, la verdad es que no les favorecen demasiado. Tendremos que acercarnos cuando terminen. ¿No crees?

—¿¡Acercarnos!? —pregunto exaltada—. ¿¡Estás loca!?

—¿A quién pretendes acercarte tú, zorra?

Recuerdo la voz, pero aun así ladeo el cuerpo para poder ver quién me habla desde atrás.

—¿¡Qué coño hacéis aquí? —nos increpa la chica que casi me parte la cara el primer día, usando un tono amenazante—. Esta es nuestra zona —asegura mientras desciende las gradas hacia nosotras con demasiada chulería. La siguen —como no podía ser de otro modo— cuatro chicas más, todas cortadas por el mismo patrón: minifaldas vaqueras ajustadas, tops de colores estrambóticos con palabras estampadas en ellos a modo de mensajes positivos, y demasiado maquillaje barato en la cara y mal implementado, por cierto. Alguien debería darles una pequeña charla sobre *labios vinilo* y la importancia de una buena manicura, pero no seré yo.

—Os estoy hablando a vosotras, zorras —añade al llegar a nuestra altura y situarse justo frente a nosotras.

—Te hemos oído a la primera —contesta Olivia totalmente calmada—. Sería imposible no hacerlo con esa voz estridente que usas para hablarnos.

Su reacción me deja perpleja. Olivia sigue en la misma posición, masticando su sándwich sin inmutarse lo más mínimo. Yo, en cambio, estoy temblando.

—¿Qué coño has dicho, zorra?

Olivia está a punto de dar un bocado más a su almuerzo cuando se ve obligada a frenar en seco y a utilizar una mirada gélida con la que petrifica a nuestra enemiga.

—Vuelve a llamarme zorra una vez más, y te meto la cabeza en el culo.

No doy crédito a lo que oigo, y admito que mi nueva amiga me deja perpleja. Bueno, a mí y a todas las que forman parte del grupito, incluida su líder, que traga saliva mientras asimila la situación: o se retracta, o como se atreva a dar un paso más, parece que Olivia cumplirá su promesa.

—A vosotras os voy a tener que bajar los humitos —dice, tratando de aparentar seguridad en sí misma.

—Vámonos, anda... —le digo a Olivia. No me gustan estas situaciones. Soy de las que se marchan con el rabo entre las piernas antes que acabar tirándose del pelo con una cualquiera.

—¡De eso nada! —me contesta—. ¿Acaso esto les pertenece? —dice, refiriéndose a las gradas del estadio.

—¡Claro que nos pertenece! ¡Desde hace cuatro años, payasas!

Tanto Olivia como yo nos damos cuenta de que no ha tenido valor para llamarnos zorras de nuevo, pero aun así me da lo mismo.

—Quiero irme, Olivia... por favor...

Olivia me mira con rabia, da un gran bocado a su sándwich con muy mala leche, y se levanta de golpe. Al hacerlo, a la líder se le escapa una pequeña reacción asustadiza que alcanzo a ver en su rostro, pero que disimula con mucho arte. Olivia y ella se quedan quietas, observándose la una frente a la otra, a una distancia demasiado corta. Tanto, que se masca la tragedia. Por eso estiro la camiseta de mi amiga, para recordarle que no quiero escándalos. Más aun teniendo en cuenta que no hemos llegado ni al meridiano del primer día. Sería batir todo un récord: expulsada de la universidad a las tres horas de pisarla por primera vez. Lo mismo nos hacíamos famosas.

—Haréis bien en iros —asegura la estúpida arrogante.

—Sí —contesta Olivia de un modo muy seco—, haremos bien.

Recojo mi mochila y comienzo a caminar sin decir nada. Compruebo que Olivia me sigue —



aunque a regañadientes—, y continuó un poco más antes de hablar.

—Lo siento —digo.

—¿Tú? ¿Por qué?

—Porque tuve un lío con esa chica el día de la matrícula. No le hice nada, pero se puso hecha una furia porque su novio habló conmigo. Desde entonces me la tiene jurada.

—Bah... es una cobarde. ¿No te has dado cuenta?

—Sí. ¡No se ha atrevido a llamarte zorra de nuevo! —digo riéndome a carcajadas, pero sin sentirme tranquila todavía—. ¡Has estado genial!

—No ha sido nada...

—¿¡Cómo que no ha sido nada!? ¡Les has plantado cara tú sola y ni siquiera has pestañeado! ¡Yo casi me orino encima!

Olivia se ríe de esto último.

—Yo también estaba asustada, Annie, pero una buena amiga me enseñó el modo de tratar con gente así. No debes mostrar debilidad delante de ellas, porque la huelen. Se alimentan de los miedos ajenos, y si detectan el tuyo, estás perdida. Así que hazme caso y si te vuelve a pasar, planta cara de la mejor manera posible.

—Ya, pero me da miedo que me la partan.

—¿Prefieres que te humillen? —pregunta sorprendida.

—No... en realidad no.

—Pues plantéate la posibilidad de tener que actuar la próxima vez.

—¿Próxima vez?

Olivia frena en seco, y por tanto yo también.

—¿Crees que esto ha acabado? —Su pregunta hace que me plantee en serio la posibilidad de tener un problema grave que persista en el tiempo—. No te has enterado de nada, ¿verdad?

Me encojo de hombros porque, al parecer, no lo he hecho.

—Volverán. Pero la próxima vez esperarán a que yo no esté. Porque tú eres la presa. Hoy has tenido suerte de que estuviera contigo.

Las palabras de Olivia hacen que mis ojos se empapen y, cuando ella se percata, cambia el tono de voz duro y honesto que estaba usando por otro mucho más humano y vulnerable.

—Eh... no llores... no pasa nada... ¿nunca habías tenido un problema así?

Niego con la cabeza.

—¿Dónde estudiabas?

Estoy tan abrumada por el miedo a ser acosada por esas chicas que, sin darme cuenta, contesto a su pregunta olvidando proteger mi identidad secreta.

—En el Saint James.

Olivia enarca una ceja y pregunta sorprendida.

—Dirás el Saint Louis...

—No. El Saint James —corrijo sin pensar, pero conforme lo digo, caigo en la cuenta y mis manos corren a toda velocidad a tapar mi boca, en un gesto involuntario.

—A ver, a ver... que me estoy perdiendo... —dice Olivia con cara de haber visto un espectro—. ¿Me estás diciendo que has estudiado en el Saint James? ¿En un colegio que cuesta la mensualidad tres mil dólares?

Trato de pensar una respuesta que suene mínimamente convincente en apenas un segundo, pero mi estado de ánimo me impide lograrlo. Lo único que consigo es aceptar el hecho de haber sido descubierta a la primera de cambio.

—Hay muchos bulos sobre el Saint James... —contesto un poco dubitativa—. Cuesta cuatro

mil al mes...

Siento la mirada de Olivia ojeando cada rincón de mi cuerpo, y su expresión de asombro comienza a incomodarme.

—No soy un bicho de zoológico...

—Disculpa —reacciona Olivia—, no pretendía... solo que... ya sabes... no me esperaba algo así...

—Soy una idiota —digo abatida mientras me dejo caer de rodillas al suelo, estilo princesa Disney tras la muerte de la madre, porque no sé qué pasa pero las madres siempre mueren en sus pelis.

—¿Por qué dices eso?

Por el tono de su voz siento que de verdad quiere ayudar. Parece muy maja, creo que podríamos convertirnos en muy buenas amigas, y acaba de estar a punto de partirse la cara con esa estúpida por mí, de modo que me arriesgo con ella y me sincero.

—Yo no tendría que estar aquí. He mentido a mis padres, que querían que estudiara en La Estatal. De hecho... tenía una plaza reservada. Pero decidí venir aquí...

—¿¡Cómo!? ¿¡Me estás diciendo que has rechazado la Estatal por esto!? ¿¡En serio!?

—Sí...

—¿¡Me lo podrías explicar!?

 Porque así, a bote pronto, no tiene demasiado sentido...

—Quería escapar de mi vida. Conocer gente que no se interesara por mí por el hecho de ser «la hija de», o por mi dinero... quería vivir la vida de un modo real... como cualquier persona...

Olivia asiente y parece que comprende.

—¿Y qué tal la experiencia...? —dice sonriendo—, ¿los plebeyos se portan bien con la señora?

La miro con mala cara por su broma, pero pone sonrisita de niña boba y me hace sonreír.

—Empiezo a arrepentirme de haber venido...

—¿Tan mal estoy tratando a mi reina? —dice, complementando la parida con una reverencia bastante ridícula y exagerada.

—Gracias, de verdad. De no ser por ti ya estaría muerta.

Olivia se empieza a reír a carcajadas.

—¿De qué te ríes?

—Veo que no tienes ni idea de cómo funcionan las cosas por aquí. Podemos quedar después de clase y te doy instrucciones de cómo actuar y desenvolverte.

—¿En serio? —pregunto sorprendida.

—Claro, ¿por qué no?

Sus palabras me reconfortan y me dan fuerzas, de modo que me levanto y le doy un fuerte abrazo.

—Me alegro de haberte conocido —admito, resquebrajando mi coraza ante una desconocida.

—Todavía no te he salvado la vida, así que no cantes victoria.

—Vale, sí, tienes razón —digo, apartándome un poco de ella y limpiando mis lágrimas, que han vuelto a resbalar por mis mejillas, pero esta vez de la emoción.

—¿Por qué no vienes a casa esta tarde? Podemos darnos un baño —digo convencida.

—¿En septiembre? Hace calor, pero no sé yo si para un baño...

—Ya... bueno... —digo sonrojándome—, mi piscina es climatizada...

Los ojos de Olivia, de pronto, se asemejan más a los de un búho.

—No jorobes. ¿En serio?

—Y tanto —contesto, sonriendo hasta el punto de mostrar mi dentadura blanca e impoluta.

—Eres una caja de sorpresas, Annie.

—¿Eso es un sí?

Olivia asiente con la cabeza.

—Suena interesante de narices.

## CAPÍTULO 4

### OLIVIA

California es un lugar en donde la climatología es casi siempre la misma, es decir, un calor asfixiante once meses al año. Sin embargo, el destino ha querido que hoy, el día no haya salido muy claro. El cielo está gris, y las nubes que se dibujan al fondo transmiten la sensación de tormenta. Aun así, el plan sigue en pie. Estoy preparando una macedonia de fruta para merendar, y así de paso, hago tiempo a que Olivia aparezca. De pronto, la sensación de que alguien me observa viene a mí, y me veo obligada a echar un vistazo rápido hacia la entrada de la cocina. En lugar de un psycho killer, descubro a Gregor apoyado en el marco de la puerta.

—¿Todo bien? —pregunta, haciendo referencia de forma indirecta a mi primer día de universidad.

—¡Superbien!

—Me alegro por ti —dice de corazón.

Sonrío mientras le doy las gracias sin omitir sonido alguno, por si alguien nos escucha. Él hace un gesto con la cabeza con el que le resta importancia a su hazaña, y viene hasta mí para propinarme un beso en la cabeza.

—Te quiero mucho —susurra muy bajito—. Espero que te vaya bien.

Cierro los ojos y saboreo el momento. En mi familia no son muy dados a expresar lo que sienten unos por otros de esta manera. Quiero creer que todos se quieren, al menos a su manera, pero Gregor es el único que se molesta en mostrar sus sentimientos. Al menos conmigo, y es algo que le agradezco hasta límites casi infinitos. Mi forma de ser requiere, de vez en cuando, de este tipo de gestos para poder fortalecerse y continuar. Y él es el único que lo tiene en cuenta. Siempre él.

El timbre de la entrada suena y, a través del monitor que hay encastrado en la pared de mi derecha, veo que se trata de Olivia. No es necesario que vaya a abrir porque siempre es Gabriela la encargada de hacerlo, pero esta vez me lavo las manos a toda velocidad y contesto con rapidez por el interfono:

—¡Hola! ¡Voy enseguida!

—¿Quién es? —pregunta Gregor—. No me suena esa chica.

—Es alguien a quien acabo de conocer.

—¿De la universidad?

—Sí —contesto emocionada.

—¡Annie...!

Su rostro se endurece, y Gregor vuelve a acercarse a mí para poder hablar sin alzar la voz.

—Como papá se entere...

—Olivia es buena chica, de verdad. Me salvó de unas que querían pegarme.

—¿¡CÓMO!?

—Nada, tranquilo —digo, restándole importancia—, está solucionado. De no haber sido por

ella no sé qué habría pasado.

Gregor asiente como siempre, comprensivo.

—Tú sabrás, eres mayorcita. Pero si esto salta a la luz negaré tener conocimiento de tus acciones, igual que en esas películas de agentes secretos. ¿Está claro?

—Cristalino.

—Pues venga. Ve a abrir que aún le pillaré la lluvia a tu amiga.

Le suelto un besazo en la mejilla —poniéndome de puntillas, por supuesto—, y corro al exterior de la casa para abrir el portón principal. Tenemos un pulsador a unos cien metros de él, pero prefiero ir hasta allí y hacerlo manualmente.

—¡Buenaas! —saludo al fin, mientras compruebo de primera mano cómo su expresión de estupefacción se acrecienta a cada centímetro de más que abro la puerta—. Adelante.

—¿Pero qué...?

—Cuando viene alguien por primera vez me da hasta vergüenza... —admito sin tapujos.

—Esto es... es...

—¿Bonito?

Ella me mira perpleja.

—No —contesta—. Bonito sería en una realidad paralela a esta. Esto es surrealista... No estoy muerta, ¿verdad?

Su pregunta me hace reír porque no era su intención hacer un chiste.

—No te quedes ahí, anda. Pasa.

Ella recoge una mochila que ha dejado en el suelo, y da un par de pasos hacia delante. Su cabeza no para de mirar hacia arriba, en dirección a las palmeras que decoran la entrada y que deben de medir, al menos, treinta metros cada una.

—¿Eso es un loro? —pregunta, señalando con el dedo a Gabbana.

—Sí —contesto—. Es casi como un hermano. Lleva con nosotros muchos años.

—Wow...

—Vamos, sígueme.

Mientras nos dirigimos al interior de la casa de mis padres, Olivia no para de hacer preguntas de todo tipo: que si cuál es ese animal, que si el fruto de ese árbol es comestible... que si cuántas hectáreas de terreno tenemos... y yo las contesto entre avergonzada y risueña. He de admitir que a una parte de mí le hace mucha gracia.

—Por aquí —señalo para que Olivia reaccione y ande de nuevo. Se ha quedado parada observando el camino empedrado que conduce a la zona central, donde está la piscina y desde donde se pueden ver el resto de casas, cada una construida en base a un estilo arquitectónico y, por tanto, totalmente distintas entre sí, lo que proporciona una sensación extraña al contemplarlas, como si estuvieras viajando en el tiempo en tan solo un vistazo panorámico.

Ella reacciona a mi llamada y trata de disimular su asombro, aunque para eso es demasiado tarde.

Entramos en casa de mis padres y hago de guía hasta el piso de arriba. No nos cruzamos con nadie, lo cual me sorprende. Suele ser una casa muy concurrida. Entramos en mi habitación y cierro la puerta.

—¡Hala...! —exclama Olivia, con la boca abierta de par en par.

—¿Te gusta?

Ella me mira con una cara que viene a decir algo así como: «¿tú estás tonta o qué? ¡Pues claro que me gusta!», y corre directa al balcón.

—¡Parecen los aposentos de Jasmine!

Su comparación hace que me parta de risa. Nunca se me había ocurrido, pero debo admitir que Olivia lleva razón. Esta habitación es demasiado para una niña.

—Me flipa que hayas decidido venir a una universidad como la mía con las notas que tienes. Podrías haberte permitido cualquier otra —habla, pero le resulta imposible dejar de observarlo todo. Ahora le ha llegado el turno al tocador y a mis pinturas.

—No sé qué decirte, la verdad... Estoy harta de todo esto...

Ella me entrega una mirada casi de odio mientras me muestra mi mejor pintalabios, el *KissKiss Gold and Diamonds*. Fue el regalo que me hizo papá por haber terminado mis estudios con matrícula, y Violet todavía no me lo ha perdonado. Sobre todo, porque es consciente de que ni siquiera lo he estrenado.

—No tengo ni idea de lo que vale —dice, observando la barra labial con detenimiento—, pero me da miedo hasta preguntar.

—En ese caso, mejor no lo hagas —contesto con la intención de echar balones fuera. Creo que no es consciente de que todo eso que brilla a su alrededor son ciento noventa y nueve diamantes de dieciocho quilates cada uno, engarzados en oro. Creo que si se lo confieso, tendré que llamar a emergencias.

Olivia lo deja de nuevo en su lugar —casi con miedo—, y observa la pared del fondo, que se compone de un extremo al otro por puertas correderas.

—Ese es el vestidor —le aclaro antes de que pregunte.

—¿Vestidor? ¿Aquí no hay espacio suficiente para vestirse? —pregunta perpleja, estirando los brazos y dando un par de vueltas sobre sí misma.

—Sí, pero bueno, mi hermano Jack tiene una mesa de billar y otra de póquer ahí dentro; Liam su sala de ordenadores, y Violet y yo... pues un vestidor cada una.

—¿Cuántos sois? —pregunta intrigada.

—Cinco. Gregor es el mayor y vive fuera, en la primera casa de la izquierda, la que está más cerca de la piscina.

—Qué gracia —dice Olivia.

—¿Gracia?

—Sí, que tu hermano comprara una de esas casas para estar cerca vuestra me parece un gesto bonito.

Veo que Olivia no entiende de qué va el tema, pero se lo aclaro lo más rápido que puedo.

—No, Olivia, no lo estás entendiendo. Verás... esas casas que se ven ahí fuera —digo señalando a través del balcón—, son todas de mi familia. Mi padre construyó todo esto para nosotros. De hecho, la de estilo moderno, la que está compuesta por cristales en lugar de paredes convencionales de piedra o ladrillo, es mía.

Olivia pestañea unas cuantas veces tratando de enfocar mi casa, y noto cómo traga saliva para poder hablar, pero no lo consigue. Está anonadada.

—Sé lo que estás pensando —le digo con sinceridad—. Crees que soy una niña de papá que no tiene ni idea de cómo es el mundo. Sé que, ahora mismo, piensas incluso que soy una idiota que no aprecia lo que tiene porque no valora el dinero.

—No... yo... —Pero su cara me confirma que estoy en lo cierto.

—Estoy harta, Olivia, te lo creas o no. Todo en esta vida me ha sido impuesto. Desde la ropa que debo usar, hasta la casa donde debo vivir, pasando por la universidad donde debo cursar mis estudios. ¡Absolutamente todo! Y no puedo más. Trato de no volverme loca, pero creo que para eso ya es demasiado tarde. Por eso decidí no estudiar en la Estatal. Necesitaba sentirme dueña de mi vida. Sentirme viva... y te prometo que, por primera vez en toda mi vida, me siento así.

Conocerme ha sido, casi con toda seguridad, lo mejor que me ha ocurrido en años. Estoy harta de conocer gente que solo se acerca a mí porque su padre quiere hacer negocios con el mío. Gente a la que le importo muy poco... menos que nada... Por eso no quiero que te hagas una idea equivocada de mí. Soy una niña pija, sí, no puedo evitarlo. ¡Mira dónde me he criado! —digo señalando a mi alrededor con ambas manos—. Pero quiero cambiar. Quiero ser mejor que esto. Porque te aseguro de primera mano que no es bueno. Nada bueno.

Olivia se queda pensativa unos segundos, pero enseguida reacciona sonriendo como si nada.

—¡Muy bien! —exclama de un modo jovial—. Seré tu mentora. Te convertiré en una chica del montón, aunque me vaya la vida en ello —dice riendo—. Pero no creo que sea fácil...

—Me imagino... pero no soy tonta, te lo advierto. Aprendo rápido.

—Más te vale, porque como todo esto salga a la luz no sé qué ocurrirá en el campus.

El miedo a que tal cosa se convierta en realidad me revuelve las tripas. No, espera, es hambre.

—He preparado macedonia. ¿Has traído traje de baño?

—Sí, bueno, en la mochila.

—Perfecto. Pues si te parece vamos a la piscina y merendamos allí.

Media hora después estoy dentro del agua esperando a que Olivia salga del vestuario que hay situado junto a la piscina. El agua está perfecta, creo que no saldré de aquí hasta que un evento familiar tipo boda, bautizo o funeral, me obligue a ello. Me hundo en el agua y relajo los músculos. Siempre me ha gustado esta sensación, quizás más de la cuenta. He dado clases de natación desde que tengo uso de razón, y continúo haciéndolo a día de hoy. Por eso me desenvuelvo tan bien aquí dentro, y por eso pensé en hacerme socorrista. Era una buena manera de unir las dos cosas que más me atraen en el mundo: los primeros auxilios, y el agua. Pero al final me decanté por la carrera de enfermería. Me pareció que, como profesión, era más seria y respetable.

Regreso a la superficie y veo a Olivia al borde de la piscina, ataviada con su bikini de dos piezas.

—¡Mierda, Olivia! —grito como una posesa—. Métete en el agua, ¡corre!

—¿Qué pasa? —pregunta un poco asustada.

—Te dije traje de baño...

Olivia se observa a sí misma, sin comprender.

—¡Eso es un bikini! —puntualizo.

—Ya... ¿y?

—Entra, ¡corre! ¡Como te vea mi abuela la vamos a tener!

Olivia salta a la piscina y me veo en la obligación de explicarle el funcionamiento de mi familia. Y para cuando termino, creo que Olivia empieza a comprender el porqué de mi afán por cambiar mi estilo de vida.

—¿Cómo puedes tener memorizadas tal cantidad de normas y pautas a seguir en tu día a día? —me pregunta entre sorprendida y aterrada.

—Supongo que la mayoría de ellas vienen impuestas desde niña y las tengo demasiado arraigadas, nada más. De hecho, hasta hace muy poco ni me lo planteaba porque para mí era lo normal, ¿entiendes?

—Joder... no me extraña que quieras dejar esta vida atrás y convertirte en una chica normal.

—¿Una chica normal? ¿¡Mi hermana!?! —La voz burlona de Jack suena desde el caminito empedrado que conduce hasta la casa de mis padres—. ¡Ni de coña!

Tanto Olivia como yo giramos la cabeza con brusquedad, en la dirección desde donde nos llega el sonido.

—Hola, preciosa —dice mi hermano, saludando a mi amiga al llegar al borde de la piscina. Hince una rodilla en el suelo —como si fuese a pedirle matrimonio—, y por descontado, me ignora—. No te había visto nunca por aquí.

Olivia se sonroja, y acudo en su ayuda.

—Porque es su primera vez —le aclaro, y él sonríe sin dejar de mirarla fijamente.

—No soy muy dado a primeras veces, las segundas siempre mejoran.

Ahora sí que Olivia no sabe dónde meterse, y me veo obligada a cortar a Jack de raíz.

—Déjala tranquila, anda. Vete a marear a otro sitio.

Él sonríe con cinismo y, ahora sí, me dedica una mirada victoriosa.

—Muy bien —dice manteniendo esa expresión que tanto le gusta mostrar en público—. Pero si me largo, me llevo el mensaje de Dexter conmigo.

—¿¡Cómo!? —suelto de forma automática al escuchar su nombre.

—El viernes. Fiesta en la Zeta Phi Epsilon.

—¿La fraternidad de los deportistas? —pregunta Olivia, a lo que Jack sonríe.

—¿Tengo pinta de estar en la de los frikis, preciosa? —Jack dobla un brazo y saca músculo. Lo hace un poco a guasa, pero aun así me avergüenza—. Quiere que vengas —me indica, sin dejar de adorar su bíceps perfecto. Al momento, mira con descaro a Olivia y añade—: Puedes venir acompañada si quieres. Sería interesante.

Tengo suerte de estar en la zona donde toco fondo, porque de lo contrario me hubiera hundido sin remedio. Mi cuerpo se ha convertido en una especie de flan blandurrio incapaz de sostenerse por sus propios medios tras saber que Dexter quiere volver a verme.

—¿Qué le digo a mi socio? ¿Vendréis?

Miro a Olivia ilusionada, pero a ella no parece entusiasmarle la idea.

—Yo no podré —dice con gran pesar en la voz—. Los viernes preparo esquemas de los temas que daremos la semana siguiente, y por la noche tengo noche de chicas.

—¿Noche de chicas? —pregunto intrigada. Suena bien.

—Sí, verás... tengo una amiga que... bueno... es algo insociable. Podría decirse que nos tenemos la una a la otra, y los viernes que no trabaja toca helado, palomitas y serie o peli. Desde hace años. Y este viernes no trabaja.

—¿Y no puedes decirle que venga?

Olivia niega con la cabeza.

—Dudo que acepte.

—Pero podrías intentarlo, ¿no?

—Sí, claro, por poder puedo.

—Perfecto —dice Jack alzándose con gracia, como si hubiese ensayado el movimiento un millar de veces—. Os veré allí entonces. No me falles —le dice a Olivia, guiñándole un ojo.

—Es que...

Pero Jack no la deja hablar. Se da media vuelta y se marcha por donde ha venido, encargándose de menear el trasero con el fin de resultar sexi a mi nueva amiga.

—¡Olivia! —grito, cuando nadie nos escucha—. ¡Te necesito en esa fiesta!



# CAPÍTULO 5

## FRATERNIDAD

Soy una chica de clase alta, lo admito. Me he criado rodeada de lujos y de gente muy dada a celebrar fiestas casi con cualquier pretexto. Fiestas en las que el glamour y el estilo suelen ser el pilar fundamental de las mismas, muy por encima del disfrute o de cualquier otro sentimiento de satisfacción que se pueda sentir estando en un lugar en el que, en teoría, acudes a divertirte y a pasarlo bien.

He asistido a muchas de esas fiestas a lo largo de mi vida, y puedo asegurar que todas eran iguales: mansiones en las que, si te descuidabas, podías perderte; infinidad de rostros y nombres desconocidos que jamás recordaré; música clásica a modo de sonido ambiente, y conversaciones aburridas que no me interesaban en absoluto. Sin olvidar que siempre acudía envuelta en prendas nuevas de diseñadores de moda consolidados, con mi peinado perfecto y mi sonrisa de «niña buena» solicitada por mi padre justo antes de bajar del coche, en la entrada de la mansión de marras.

Recuerdo que Violet lo pasaba en grande. Me atrevería a decir que dichas fiestas eran especiales para ella. Las disfrutaba de un modo que jamás entenderé. Se acercaba a los desconocidos, los saludaba, y al instante era la que llevaba el rumbo de la conversación. Sobre todo si se trataba de los hijos de los invitados, aunque los adultos tampoco se le resistían. Tenía —y tiene— un *sex appeal* digno de mención. Recuerdo que a menudo la seguía con la mirada solo para analizarla y ser capaz de aprender algo de ella, porque en el fondo sentía envidia. Envidia no de ella, sino de su capacidad de disfrute en ese tipo de actos. Veía la reacción de los chicos al conocerla, que siempre solía ser la misma: mirada de sorpresa, sonrisa de idiota, dos besos, reconocimiento físico integral e invitación a tomar una copa. Mientras tanto, yo esperaba a un lado de mi padre a que todo acabara pronto y fuera hora de marcharnos.

Lo que intento decir con todo esto es muy simple. Pensaba que sabía lo que era una fiesta, y lo que significaba divertirse en ella. Pero ahora me doy cuenta de lo equivocada que estaba: nunca había asistido a una de verdad. A aquello a lo que yo iba no eran más que reuniones de peces gordos que solo servían para verificar cuál de ellos la tenía más gorda y larga, nada más. En cambio, esto es otra cosa. La música suena a todo volumen y la gente —que hay mucha—, grita, baila, bebe y, en general, disfruta de un modo salvaje.

Lo primero que llama mi atención es el enorme edificio de ladrillo caravista, con sus majestuosos pilares redondos en la parte delantera otorgándole un aire imponente. Parece antiguo, pero está muy bien conservado. Transmite elegancia y madurez, sensaciones que se pierden casi al instante tras un breve vistazo a la entrada principal: una escalinata repleta de chicos y chicas, bebiendo, fumando y vomitando a partes iguales, a los que deberemos sortear o empujar para acceder al interior. Si la parte visible es así, no quiero imaginarme la que no se ve. Siento ganas de dar la vuelta y desandar el camino, pero me recuerdo a mí misma que Dexter quiere verme, y me obligo a continuar.

—O llegamos tarde, o estos han empezado la fiesta antes de tiempo —suelta Alexa, abriéndose hueco entre un grupo que baila sin demasiado sentido del ridículo mientras sus bebidas se desbordan y caen al suelo. La amiga de Olivia me tiene un tanto descolocada. Olivia me ha advertido antes de conocerla que es de armas tomar, pero de verdad que no me esperaba algo así. Creo que su descripción se queda muy corta, y de momento no es santo de mi devoción. No comprendo cómo pueden ser tan amigas siendo tan distintas la una de la otra—. ¡Cuidadito con manchar mi camiseta favorita, chavales! —les advierte en voz alta y tono amenazante, antes de que ocurra lo que parece inevitable.

Observo su atuendo y reconozco que siento envidia. La chica se ha puesto una camiseta cualquiera de —al parecer— una banda de rock famosa que yo desconocía por completo, y unos simples vaqueros grises sujetos por un cinturón que simula ser una cadena. «Demasiado *underground*», he pensado al verla, pero lo cierto es que le va que ni pintado a su personalidad. No todo el mundo puede vestir así y que le siente tan bien. Y si a eso le añadimos su melena color fuego, la combinación es explosiva. Como ella.

Logramos entrar en el edificio sin altercados, y nos detenemos en el umbral de la entrada.

—Bien, ¿y ahora? —pregunto nerviosa. El motivo de estar en la fiesta no es otro que Dexter, y soy un manojo de nervios. Me he enfundado en un vestido largo que posee una abertura en el vuelo por la que se dejan entrever mis bronceadas y suaves piernas a cada zancada que doy. Es de color negro, y está plagado de círculos de colores que, apostaría, han sido estampados con aleatoriedad por una máquina y no por un diseñador. Aun así, ha sido el elegido. Según Olivia, esta es una de las marcas más «pijas» a las que puede acceder la clase media, de modo que me he resignado a encontrar nada mejor. El tema de la ropa es lo que peor llevo de todo esto, la verdad. Me cuesta encontrar prendas con las que no me sienta estúpida o disfrazada.

Alexa se da la vuelta y en su rostro asoma una sonrisilla.

—Depende de tus prioridades, monada —dice guiñando un ojo—. Yo necesito alcohol, las pollas las dejo para después.

La chica se da la vuelta y, como si acabara de activar un radar, comienza a andar en busca de su preciado líquido.

—Vamos —me insta Olivia a seguirla. Y lo hago.

Nos cruzamos con muchos chicos y chicas que nos miran de arriba a abajo pero que no nos saludan, de modo que dejo de quedar como una idiota al tercer «hola» que sale de mi boca y que no obtiene respuesta. La casa es muy grande, y parece antigua. El suelo es de madera, y lo siento crujir casi a cada paso que doy. No lo oigo porque la música está altísima, pero en condiciones normales, debe de ser insufrible.

—¡Bebe, bebe, bebe, bebe, bebe! —se escucha tras unas puertas que hay al fondo, y Alexa coge la directa. Olivia y yo la seguimos, y al entrar, nos encontramos con una especie de concurso en el que los participantes hacen el pino y beben cerveza al revés. Alexa se gira hacia nosotras haciendo cuernos con sus manos, mientras saca la lengua y asiente una y otra vez con la cabeza. Parece que el descubrimiento ha hecho que deje de estar antipática y nos demuestra que sus músculos faciales funcionan, cosa que no había hecho en ningún momento desde que nos hemos conocido.

—No se lo tengas en cuenta —me ha dicho Olivia en un descuido de su amiga—, es su personalidad, en serio. No es por ti.

No estoy acostumbrada a tratar con nadie así. Jamás se me ocurriría hacerme íntima de una chica que es reacia a relacionarse y cuyo carácter es apático y casi desagradable, pero durante esta semana he podido conocer un poco más a Olivia, y creo que empiezo a conocerla lo

suficiente como para confiar en su palabra y darle un voto de confianza a Alexa. Dudo que tenga cuenta en Facebook, porque dudo más aún que pueda tener alguna otra amistad aparte de Olivia. Pero como *nick* le quedaría bien algo así como «Pelirroja Peligrosa». Sí, suena genial.

Parece que Alexa sabe relacionarse cuando le interesa, y en un momento se hace con el control de uno de los barriles de cerveza y se dispone a hacer el pino ayudada por dos tíos que la rondan con ojitos de «voy a ser agradable contigo hasta que tenga ocasión de metértela».

—Creo que podemos ir en busca de Dexter —me dice Olivia—, esta estará bien.

Me parece buena opción, sobre todo cuando la vergüenza ajena al ver a Alexa hacer el pino con no demasiada desenvoltura toma posesión de mi cuerpo. Salimos de la cocina y atravesamos el pasillo central sin rumbo fijo. Hay unas escaleras que suben al piso de arriba, y una puerta doble que da, me imagino, al salón principal. Le hago un gesto con la cabeza a Olivia, y me sigue al interior del salón. La música suena con más fuerza aquí dentro, ya que al fondo están los altavoces y, sobre una tarima, un DJ bastante venido arriba pinchando la música. No lo hace mal, he de reconocerlo, pero no es un estilo que me guste demasiado. De hecho, no calificaría a esto de música. En fin. Al fondo hay unos barriles inmensos repletos de hielo y cervezas, de modo que me dirijo hasta ellos para servirme una; me siento un poco rara sin nada en las manos. Saco dos quintos, y le ofrezco uno a Olivia.

—¿Y el abridor? —me chilla al oído para que pueda escucharla.

Hago un gesto de ignorancia mientras lo busco alrededor, pero no lo encuentro. De repente recibo un empujón que me hace trastabillar y casi caer al suelo. Doy la vuelta, y cómo no, allí está ella, la chica que me odia a muerte, rodeada de su séquito.

—¿¡Qué coño haces aquí, zorra?

La gente nos rodea, pero en lugar de ayudar, observan entre vítores y aplausos. Olivia da un paso al frente sin amilanarse.

—Aquí dentro, beber. Fuera ya veremos. ¿Salimos?

El DJ disminuye el volumen de la música, y ahora las voces se escuchan con mucha más facilidad.

—Estáis en mi fraternidad, y no queremos zorras pijas en ella.

—Ya veo —dice Olivia echándoles una mirada rápida—, os conformáis con zorras a secas.

La chica da un paso adelante para encararse con ella, pero Alexa hace aparición sujetando una cerveza de lata en una mano y caminando de espaldas mientras arrastra los pies estilo Michael Jackson. Tiene bastante gracia, la verdad, aunque ahora mismo no me apetece reír. La gente empieza a aplaudir la entrada en escena de nuestra amiga, al tiempo que las risas retumban en la estancia y el grupito de chicas la miran ojipláticas. Cuando Alexa se interpone justo entre nosotras y las chicas, hace un giro casi perfecto y termina el movimiento haciéndole el cuerno a su líder:

—¿Cuál de todas va a ser la primera en comerme el coño?

Mantiene la pose unos segundos como si fuese una estrella del rock, y todos los presentes rompen a aplaudir con fuerza y a vitorearla. Y en ese momento comprendo por qué Olivia le tiene tanto cariño. Alexa es única, sin duda alguna.

—¡Esta es mi casa! ¡Os quiero fuera de aquí, YA! —grita, dándole un manotazo a Alexa para que retire el cuerno—. ¡NO HABÉIS SIDO INVITADAS! —La chica está encolerizada.

—Te equivocas, Meg. —Dexter aparece de la nada, interponiéndose entre la tal Meg y Alexa—. Las he invitado yo.

—¿¡Cómo!?! —pregunta la psicópata, visiblemente avergonzada—. ¿Van contigo?

—Sí, así es. Y te agradecería que fueras agradable con ellas.

Meg irradia odio a través de su mirada, y no cede terreno.

—¿Lo sabe Megan?

Su pregunta me pone alerta, pero ya tendré tiempo para averiguaciones.

—No, no lo sabe. Pero no tengo por qué darle explicaciones. Ni a ella, ni mucho menos a ti.  
¿Queda claro?

—¿Meg y Megan? —pregunta Alexa con tono burlón tras dar un trago de su cerveza como si nada—. ¿Qué sois, un dúo cómico o algo por el estilo?

Dexter se gira y le hace un gesto a Alexa para que se calle, y lo sorprendente es que Alexa obedece. Dexter tiene algo que hace que la gente le respete, no sabría definirlo. No infunde temor como mi padre, es algo distinto, como si fuese innato en él. Denota seguridad en sí mismo, y consigue proyectarlo a los que le rodean. Es una cualidad que he descubierto que posee, y que me obliga a plantearme cuántas más tendrá ocultas que aún desconozco y que me volverán loca del todo en el futuro.

—¡Aquí no ha pasado nada! —grita Dexter al aire, pero sin retirar su mirada de la loca de las narices—. ¡Esto es una fiesta, a bailar todo el mundo!

El DJ comprende que el lío ha terminado y vuelve a subir el volumen de la música. Las chicas nos miran de muy malas maneras y no me da la impresión de que vayan a obedecer, aunque para mi sorpresa, al final lo hacen. Dexter las sigue con la mirada hasta que salen del gran salón, y es entonces cuando se relaja un poco.

—Buenas noches, chicas —nos saluda mientras su rostro deja de fruncir el ceño—. Veo que has venido acompañada —me dice.

—Sí, mira, te presento. Olivia y Alexa.

—Encantado.

Dexter va hasta ellas y le da dos besos a cada una. Después viene a mí, sitúa una de sus manos en mi cintura y me da un beso único en una de mis mejillas. El beso dura un poquito más de lo habitual, y me derrito por dentro.

—Siento lo que ha pasado —se disculpa, como si fuese el culpable de lo ocurrido—. Meg puede ser... cómo lo diría...

—¿Tocapelotas? —pregunta Alexa, a lo que Dexter reacciona partiéndose de risa.

—Sí, creo que sí. La has definido a la perfección. Que sepáis que iba a entrometerme un poco antes —dice dirigiéndose a Olivia y a mí—, pero cuando la he visto hacer el Michael Jackson no he podido evitar quedarme parado a ver en qué derivaba todo eso.

—Acababa de derrotar a un chaval metiéndome un litro de cerveza por el gznate, así que no ha sido mi mejor versión.

—¿Lo mejorarás para la próxima vez?

Alexa le da un gran trago a su lata mientras hace un gesto raro con los hombros.

—Na... no creo —dice después de tragar—. Soy más de improvisar y poco de pensar.

—Doy fe —dice Olivia metiendo la puntillita—. Bueno, Dexter, encantada de haberte conocido, pero aquí mi amiga Alexa y yo hemos quedado con unos chicos.

—Joder, Olivia —suelta Alexa—, actúas de puta pena. ¡Si el chaval sabe que no conocemos ni al tato! Lo que pasa —dice, dirigiéndose ahora a Dexter—, es que su nueva amiga, la pija esta de aquí —dice señalándome—, quiere bailar *reggaeton* contigo, ya tú sabes, *brother*...

—¡Alexa! —le grito ofendidísima. Ella forma un círculo con los dedos de una de sus manos mientras que los dedos índice y corazón de la otra los introduce una y otra vez en dicho círculo, simulando un pene y una vagina en pleno acto.

—No te quejes, que te he allanado el camino —suelta sin más mientras se aleja caminando de

espaldas y su gesto se vuelve cada vez más guarro—. Ahora ya no hace falta que habléis.

Nos guiña un ojo y le hace un gesto a Olivia con la cabeza para que la siga. Cuando quiero darme cuenta, estoy a solas con Dexter. Bueno, a solas, solas, no. Una vergüenza palpable acaba de aparecer justo a mi lado. Está tan presente que podría abrazarla.

—Lo siento —le digo con sinceridad—. No era como me lo había imaginado.

—¿Y cómo te lo habías imaginado?

Me sonrojo un poco, pero continúo. Total, las cartas ya están sobre la mesa.

—Pues... no lo sé... quizás te vería a lo lejos hablar con un amigo... me quedaría observándote un rato con miedo de acercarme... las chicas me animarían a hacerlo... pero antes de que ocurriera tú me descubrirías y vendrías a mí... no sé... algo así. Pero todo esto que ha ocurrido...

—En ese caso ha sido casi perfecto.

—¿Y eso?

—Porque prácticamente ha ocurrido como cuentas, solo que he sido yo el que te ha estado observando durante un buen rato con miedo de acercarse a ti.

Su confesión me sorprende.

—¿En serio?

—Claro.

—No me creo que tú sientas vergüenza de ir a hablar con una chica.

—¿Qué quieres decir?

—Pues... que no pareces de esa clase de chicos...

—Soy humano, ¿sabes? Como, duermo... —dice de guasa.

—Es que pareces tan seguro de ti mismo...

—En según qué cosas —admite—. Para otras no lo soy tanto.

De pronto suena *I want to dance*, o lo que es lo mismo, la canción que popularizaron John Travolta y Uma Thurman en *Pulp Fiction*, esa película que nunca he logrado llegar a comprender del todo porque mi cerebro es incapaz de seguir su enrevesado hilo argumental. Dexter me ofrece una mano, y su rostro no se molesta en disimular: se le ve feliz.

—¿Quieres bailar? —pregunta entusiasmado.

Su gesto me sorprende mucho, creo que es la primera vez que un chico me ofrece un baile.

—Claro. Pero te advierto que soy muy buena.

—No esperaba menos —dice sonriendo mientras nuestras manos se funden en una sola.

Me dejo llevar hasta el medio de la pista entre nervios y miradas de la gente. Apenas dura un segundo pero, entre la multitud, atisbo a ver a Jack, que me mira y sonrío. Un pequeño tirón del brazo me hace acudir a Dexter inexorablemente, haciéndome perder a mi hermano de vista. Nuestros cuerpos se unen sin previo aviso, quedando a muy pocos centímetros el uno del otro, y siento que los nervios se adueñan de mí a cada segundo que la manecilla del reloj avanza hacia delante. Nuestras miradas entrechocan y casi puedo ver saltar las chispas. Hay algo entre nosotros que no soy capaz de definir: podría llamarlo atracción sexual, no lo sé. Lo único que puedo asegurar en estos momentos es la facilidad con la que Dexter se mete en el papel de Travolta, y me sorprende. Sus ojos se entornan, su boca pierde la sonrisa y se torna más distante, y comienza a dar esos famosos pasos con la punta de los pies que catapultaron la película a la fama. Yo le sigo, poniendo el culo en pompa, imitando a Uma Thurman lo mejor que recuerdo. Me alejo un poco de él mirándole con cara de «aquí te cojo, aquí te mato», y comienzo a hacer el paso de natación, ya sabéis, ese movimiento ridículo con el que la protagonista simula que está nadando en una piscina... en fin. Visto desde fuera debe resultar bastante absurdo, pero me dejo

llevar. Ya no hay vuelta atrás. Tampoco parece que a Dexter le importe, la verdad, porque se une al movimiento piscinero mientras su mirada me anuncia que no tiene ningún inconveniente en pasar de la pista de baile a la cama. Me lanzo a la piscina apretando mi nariz para no tragar agua, y él forma dos uves con sus dedos y los pasa delante de sus ojos una y otra vez al ritmo de la música. Llegados a este punto me veo obligada a improvisar, porque no tengo memorizada la escena hasta ese punto, aunque parece que él sí. Sus pies se deslizan de izquierda a derecha sin despegarse del suelo mientras pone morritos y sus brazos y caderas acompañan el movimiento. Me lo estoy pasando como nunca antes en toda mi vida, y un cúmulo de carcajadas retraídas salen de mi garganta en estampida. Aun así, continúo lo mejor que puedo imitando sus gestos hasta que Dexter tampoco puede más, y empieza a reír como yo. Me coge las manos y me atrae hacia él, el público aplaude al entender que el *show* ha terminado, y se acerca hasta mi oído para susurrar con cautela:

—Me alegro de haberte conocido.

## CAPÍTULO 6

### *COITUS INTERRUPTUS*

La noche es fresca y clara, tanto que me permite ver brillar de un modo casi mágico el bonito rostro de Dexter. La luna refulge en el cielo e ilumina el camino por el que avanzamos a pequeños pasos, disfrutando el uno del otro de nuestra compañía.

Después de haber pasado la mejor noche de toda mi vida, me atrevo a decir que mentir a mis padres ha sido la mejor decisión que he tomado nunca. Me siento llena de vitalidad, con ganas de comerme el mundo. Bueno, el mundo y al chico que pasea justo a mi lado, por qué no. Le miro de reojo y le veo caminar con aire despreocupado, mientras me cuenta historias del campus. Me gusta oírle hablar, su voz es dulce y cálida, y se expresa muy bien. Se nota que no es solo un amasijo de músculos y que, en su cabeza, hay cabida para cosas tan importantes como la naturaleza o las labores sociales. Y me sorprende. Él se da cuenta, y pregunta:

—¿Qué pasa?

—Nada —contesto, tratando de esquivar la pregunta, pero resultará imposible.

—No me engañes...

Me hace gracia la convicción con la que me cala enseguida.

—Pues... con franqueza... te imaginaba hablando de fútbol y coches, y me estás sorprendiendo...

—Ya... y piensas que estoy fingiendo ser alguien que no soy para llevarte a la cama.

La claridad con la que me habla me hace frenar en seco en medio de la bonita avenida que nos dirige al bloque del campus en el que Dexter está instalado.

—No... yo...

Él da la vuelta al comprobar que mi voz queda rezagada, y me mira con ojitos resignados:

—Puedes hablar con sinceridad, no voy a juzgarte.

—Lo siento... es que...

Sonríe y viene hacia mí con confianza. Cuando me tiene justo enfrente, coge mis manos para entrelazarlas con las suyas.

—No me interesa tu dinero. Me interesas tú.

Su comentario me avergüenza mucho, pero he de reconocer que tiene razón. Mis padres se han empeñado en sembrar una semillita en nuestro interior que nos hace desconfiar de absolutamente todo. Por eso mis padres no tienen amigos, porque creen que todo el mundo se acerca a ellos por intereses. Y no les quito razón, la verdad. Pero odio pensar así, porque siempre me ha impedido abrirme a las personas y ser yo misma. Nunca he disfrutado de nadie como lo he hecho hoy de Dexter. Y no quiero estropearlo.

—Es como nos han educado... —confieso ruborizada—, intento evitarlo, pero me cuesta mucho confiar en la gente.

—Te aviso que tu hermano Jack es mucho peor que tú en ese sentido.

—¿Sí? —pregunto extrañada.

—Ha tardado casi cuatro años en confesarme su nobleza —dice en tono burlón—. Creo que lo ha hecho al comprender que puede confiar en mí.

—Vaaayaaa... —exclamo—. ¿Cuatro años?

—Cuatro años —repite casi con resentimiento—. Con todas sus noches y todos sus días.

—¿Y por qué crees que empezó a confiar en ti?

Su mirada se evade un instante y sonrío de medio lado.

—Una noche se metió en un lío al salir de la cervecería a la que solemos ir. Chocó sin querer con un chico en la entrada, el chico le golpeó sin mediar palabra y... bueno... yo lo vi todo desde la barra. Había más de veinte metros entre ese muchacho y yo, y te diré que jamás en toda mi vida lograré un placaje como el de aquel día.

—¿Placaste al agresor?

Dexter se parte de la risa.

—¿Que si lo plaqué? Ahora lo pienso y me arrepiento, ¿sabes? Podría haberle hecho mucho daño a ese imbécil. Pero una cosa es segura: nunca, en lo que le quede de vida, volverá a pegar a alguien así porque sí. De eso me encargué yo —dice, sonriendo como un crío pequeño—. Y a partir de ese día, tu hermano se abrió más a mí.

—De modo que estoy a salvo contigo... —digo poniendo ojitos de niña mala.

—Ni te imaginas...

Dexter no deja ni un milímetro de distancia entre nosotros. Siento cómo mi corazón acelera el ritmo de un modo estrepitoso, y alzo la cabeza para mirarle a los ojos. Pensaba que iba a besarme, pero no lo hace, solo pregunta:

—¿Confiarás en mí?

La respuesta está más que clara en mi cabeza. Su mirada es limpia y cristalina. Su voz, decidida y segura.

—Sí, claro que sí.

Veo una leve sonrisa asomar en sus labios, y sus ojos se entornan lo suficiente para otorgarle un misticismo extraño. «Es guapo a rabiar», pienso, justo antes de que sus manos retiren los mechones de pelo que caen por mi rostro y terminen apoyadas en mis mejillas. Después, sus pulgares me acarician con suavidad en un gesto que me resulta muy agradable.

—Me encantan tus ojos —confiesa, mientras los escruta con la mirada.

Dirijo mis manos hacia las suyas, y las apoyo sobre ellas. Son cálidas.

—A mí me encantas tú... —contesto, sin sentir un ápice de vergüenza.

—Me alegra oír eso.

Mis cinco sentidos firman un contrato de exclusividad con sus labios, que de pronto vienen a mí, con calma pero decididos. Y cuando me besa, cuando al fin sus deseados labios entran en contacto con los míos, un escalofrío me atraviesa de un extremo al otro mientras mis manos aprietan las suyas sin tan siquiera darse cuenta.

He pensado muchas veces en cómo podría ser este momento con Dexter, y siempre me lo imaginaba de la misma manera: suave y delicado; calmado, como una balsa en mitad de un pantano. Sin embargo, me siento desbordada por la lujuria y me veo obligada a buscar su lengua con énfasis, sin calma y mucho menos con delicadeza. Y a Dexter no parece importarle, porque no la rechaza. Mis sentidos se disparan, y le beso una y otra vez con las ganas de quien lleva demasiado tiempo esperando a encontrar a la persona idónea de quien enamorarse. Él me devuelve todos y cada uno de los besos que le propino, y me entrega alguno más entre medias. Me retiro un instante, pero no le miro a los ojos, sino a sus redondeados y perfectos labios. Respiro hondo un segundo y vuelvo a la carga. Él me coge por la cintura y me alza lo suficiente



para que le rodee con las piernas, así que de pronto me encuentro sobre él, besándole en el cuello, e incluso mordiéndole un poquito. Sus manos me sujetan con fuerza, y me pone a mil sentir las presionando parte de mis muslos. Voy hasta su oreja, la muerdo con suavidad y descubro que le gusta, porque jadea levemente. Sus manos me acarician las nalgas y un soplo que sale de lo más profundo de mí le hace entender que estoy dispuesta a todo.

—¿Quieres subir? —pregunta con suavidad.

—Sí —contesto convencidísima—. Claro que sí...

De modo que Dexter me deja en el suelo y me ofrece la mano, que cojo sin dudar: no quiero perder ni un segundo más. Le quiero dentro de mí.

El bloque donde residen los miembros de la fraternidad está pegado al edificio central (donde se realiza la fiesta, por eso el paseo es corto). No tardamos ni cinco minutos en llegar, pero creo que ambos hubiéramos ido corriendo hasta allí, desesperados por arrancarnos la ropa el uno al otro. En lugar de eso, decidimos besarnos y acariciarnos de camino, tratando de dejar los preliminares finiquitados. Una de mis manos entra en su bolsillo trasero y se afianza allí como si fuese un okupa. Su cabeza se ladea constantemente para besarme, y uno de sus brazos me rodea por encima del hombro mientras que con esa misma mano me acaricia un pecho con disimulo. Siento cómo mi pezón se endurece, y al parecer él también, porque lo rodea con el índice con suavidad mientras su lengua me recorre la boca.

Estoy tan fuera de mí que no me reconozco: por mi mente cruza la idea de lanzarlo al césped y hacérselo ahí mismo, a horcajadas. Y solo de pensar en estar sobre él y cabalgarlo, me excito aún más. Pienso en todo lo que voy a sentir cuando se adentre en mí y entro en estado de ignición.

—Estamos casi —susurra al doblar la esquina.

—Perfecto...

Él sonríe, pero esta vez no me besa, sino que vuelve a ofrecerme la mano y acelera el ritmo, lo cual me indica las ganas que tiene de verme desnuda y me hace incluso un poquito de gracia. Entramos en el patio y Dexter cierra la puerta empujándola con el pie, porque las manos las tiene demasiado ocupadas masajeando mis pechos. Yo le agarro por el pelo y le estiro con fuerza para atraer su boca a la mía, que ya la echa de menos. Sus besos son estupendos. Sé que puede parecer una tontería, pero no todos los chicos con los que he tenido un lío han sabido besar bien. Pero Dexter se defiende a la perfección. De pronto me da un toque bajo la barbilla indicando que alce la cabeza, y al hacerlo, sus labios entran en contacto con mi cuello. Siento su lengua humedeciendo mi piel, y mi entrepierna arder en llamas.

—Vamos —le insto, al ver que no hemos avanzado ni un metro desde que entramos en el patio.

Dexter besa mi cuello a modo de despedida y me ofrece las dos manos mientras camina de espaldas hacia el ascensor. Las cojo a tiempo, y le sigo mientras pongo cara de niña muuuy mala. Él aprieta el botón para que las puertas del ascensor se abran, y, mientras tanto, nuestras lenguas se buscan de nuevo. Esta vez soy yo la que da un paso más, deslizado mi mano hasta su abultado paquete, que por lo visto está a punto de reventar. Pienso en su polla como si fuese prisionera en una celda de la que solo yo poseo la llave.

Las puertas del ascensor se abren y entramos besándonos con ímpetu, como en las películas. Sí, así es como me siento. Como la protagonista de una de esas películas románticas, justo en el momento en que la chica y el chico al fin van al lío. Y menudo lío. Nuestras manos vuelan en cuanto nos sentimos a salvo de miradas indiscretas. Él levanta mi camiseta y se arrodilla ante mí. Sus labios entran en contacto con mi vientre y mi cintura, y sentirlo tan cerca de mi sexo me hace

gemir con suavidad. Le sujeto del pelo y abro un poco las piernas. Él capta el mensaje y me besa sobre el *jean*, lo cual hace que me vuelva loca. No quiero ni imaginar cuando su lengua resbale por... ¡uf! El ascensor emite un sonido agudo y fino, indicativo de que hemos alcanzado el piso. Dexter se levanta y arregla mi ropa en un santiamén, como si aquí no hubiera pasado nada.

Las hojas metálicas se deslizan y me dejo guiar por el pasillo, repleto de puertas. Aquí deben residir muchísimos estudiantes.

—Es aquí —dice al fin.

Se detiene ante una de ellas y saca las llaves para abrir. Entonces lo rodeo con mis manos desde atrás y desabrocho el botón de su pantalón. Él mete la llave, pero no la voltea. En su lugar, ladea la cabeza al sentir mi mano sobre su miembro, y me besa. Reconozco que me excita estar en medio del pasillo, donde cualquiera puede vernos, con su pene en la mano. Me está poniendo a mil el hecho de poder ser descubierta en cualquier momento, y eso es algo que desconocía de mí misma.

—¿Abres o seguimos aquí hasta el final? —digo de un modo muy sucio.

Él contesta girando la llave. Prefiere la intimidad, y me parece perfecto. La puerta se abre, y está todo a oscuras. Tan solo unos pequeños rayos de luz se filtran por las delgadas líneas que quedan entreabiertas en la persiana de la ventana que hay al fondo.

Entramos besándonos con fuerza y Dexter ya está siendo masturbado.

—Levanta los brazos —suplica.

Le hago caso, aunque para eso deba soltarle. Antes de pestañear siquiera, mi camiseta desaparece sobre mi cabeza y mis *jeans* salen despedidos al suelo, quedando en ropa interior en mitad de la estancia. El sujetador que he escogido para la ocasión realza mi pecho y lo redondea, volviéndolo mucho más apetecible. Lo cierto es que no tengo demasiado y siempre me he sentido un poco cohibida en ese sentido. Pero la habitación está oscura, y me siento perfecta.

Las manos de Dexter acuden a mí, acariciando mis hombros, mi espalda y mis muslos. Mientras, introduzco los pulgares en su cintura y tiro del pantalón vaquero hacia abajo, de modo que cae al suelo. Rodeo sus nalgas con mis manos y las aprieto con fuerza. Están duras y firmes, se nota que hace deporte, y me gusta muchísimo. Dexter se quita la camiseta con rapidez, y mi boca acude a su pecho depilado. Recorro sus pezones con mi lengua mientras mis manos retiran su ropa interior y, por supuesto, vuelvo a la carga. Su miembro ha crecido mucho, está perfecto para ser masturbado y lamido.

De pronto, la luz de la habitación se enciende.

—¿Dexter...? —pregunta una voz que suena adormilada.

—¡JODER! —grito como loca.

—¡ADAM! ¿¡QUÉ COÑO HACES AQUÍ!? —grita ahora Dexter.

No tengo tiempo de ver quién es ese tal Adam, ni dónde está. Estoy bastante ocupada tratando de vestirme lo más rápidamente posible. La vergüenza que siento ahora mismo es tan grande que preferiría estar muerta.

—¡Dijiste que hoy no vendrías! —le recrimina Dexter.

—Ya, pero hubo cambio de planes. Te he enviado un mensaje...

—¡JODER!

Dexter da la vuelta y trata de taparme lo mejor que puede.

—Pasa al baño —me ofrece con un gran sentimiento de culpa en la voz—. Cámbiate allí...

—No, no... me voy ya —digo a toda prisa. Lo único que quiero ahora mismo es salir lo antes posible de esta diminuta habitación en la que apenas caben dos camas de noventa y un escritorio cochambroso.

—Te acompaño.

—No, qué va —suelto, tajante—. Me voy ya.

—¿Cómo no te voy a acompañar?

—¡Olvídate! —contesto de muy malas maneras—. Tengo chófer, ¿vale? —Dexter asiente, pero no le veo nada convencido—. Además, no estás para ir a ningún sitio.

Mi mirada le indica que continúa con el pene a punto, y que sería bastante ridículo verle así por la calle. Me sorprende la facilidad que tienen los tíos para estas cosas. Después de lo ocurrido, yo no podría tener relaciones ni en un par de horas. Sin embargo, ahí está él, listo para la acción.

Entre la vergüenza, las ganas de irme y el enfado que llevo encima, no me molesto ni en despedirme. Abro la puerta y salgo de allí sin más. Atravieso el pasillo a toda máquina y bajo por las escaleras para no perder tiempo. Paro en medio de la oscuridad que me proporciona el descansillo de un piso inferior, termino de vestirme un poco a lo loco, y saco el teléfono móvil del bolsillo.

—Annie —dice mi justiciero de la noche—. ¿Qué pasa?

—Hola, Theo. Estoy en el campus, en la avenida de las casas de estudiantes —digo, mientras abro el portón para salir a la calle—. ¿Podrías venir o pido un taxi?

—En veinte minutos estoy ahí —contesta, servicial como siempre.

—¡Vale! Pues te espero en la zona que hay...

De pronto una catarata de agua helada me cae de golpe por encima, como si me encontrara en medio de una tormenta en el océano y el barco del que formo parte como tripulación se clavara en el mar tras un intenso oleaje, volcando sobre mí una inmensa ola de treinta metros. No reacciono al principio, porque no sé qué está pasando. Pero de pronto siento cómo soy sepultada por un material que desconozco. Es áspero, seco y se adhiere a mi cuerpo como si tuviese pegamento. Los ojos me pican, y trato de retirar de la cara parte de lo que sea que acaba de caerme. Entonces, una luz blanca intermitente me ciega y, a continuación, escucho pasos que se alejan a toda velocidad, entre alguna que otra risa. «Fantabuloso, Annie», pienso para mis adentros, «acabas de sufrir tu primera novatada».

## CAPÍTULO 7

### COMIDA FAMILIAR

Tras todo un fin de semana oculta en el interior de mi casa —no me refiero a la de mis padres, sino a la mía, mía, la acristalada que está situada al fondo a la derecha, justo entre la de Jack y Violet—, puedo asegurar que la posibilidad de no regresar nunca a la universidad es más que factible.

Paja. El baño sigue repleto de paja. Por más que me esfuerzo en limpiarlo, siguen apareciendo más y más restos por todos los rincones. Es lo que me cayó por encima justo después del chaparrón la noche del viernes, tras la fiesta y el calentón con Dexter. Se pegó a mi cuerpo como las lapas a las rocas, y no hubo manera de poder volver a casa sin parecer un maldito espantapájaros viviente. Además, el agua que me caló hasta los huesos era una mezcla extraña y pegajosa —por el olor apostarí que se trata de miel—, y, por supuesto, destrozó mi pelo y mi vestido. Si llego a llevar puesto un Armani, me muero.

Recuerdo las risas de aquellos que se cruzaban conmigo, las burlas... nadie se dignó a echarme una mano. Olivia y Alexa ya se habían marchado de la fiesta hacía rato, y no me quedaba nadie a quien acudir. Y por supuesto, no iba a llamar a Dexter. Después de lo ocurrido y de la vergüenza que me hizo pasar, no estaba preparada para que me viera de ese modo. El cupo de humillación para aquel día ya estaba cubierto más que de sobra.

Theodor no tardó más de los quince minutos que aseguró que tardaría, pero se me antojaron años. No había un lugar en el que poder ocultarme, y al final decidí unirme a las risas y posar con la gente con la que me cruzaba haciendo de espantapájaros. De ese modo pude soportar la sensación que crecía dentro de mí, y que me hacía sentir la chica más idiota de todo el maldito campus universitario.

Cuando vi aparecer el coche familiar, casi rompo a llorar. Recuerdo la reacción de Theodor al llegar, bajando del coche sin tan siquiera apagar el motor y acudiendo hasta mí para resguardarme entre sus brazos.

—¿Qué es todo esto? —preguntó con preocupación.

—Nada...

—¿Cómo que nada!? Entra ahora mismo.

Theodor me abrió la puerta del coche y después entró conmigo en la parte trasera. Agradecí el contraste de temperatura entre el interior y el exterior: en septiembre, por las noches comienza a refrescar. También di gracias por los cristales tintados, que me salvaron de más de una mirada indiscreta, aunque a esas horas los pocos que deambulaban por el campus eran rezagados de la fiesta... la maldita fiesta...

—¿Quién te ha hecho esto!? —preguntó enajenado.

—Qué importa...

—¿Cómo que qué importa!? ¿Tú te has visto!? ¡Estás llena de... paja! ¿Qué coño es esto!? —Theodor lanzó la pregunta al aire mientras me arrancó parte de lo que me había caído por

encima—. ¡Hay que devolver el golpe! —dijo convencido, y a continuación añadió—: ¡Puedo ir ahora mismo y hacer que se caguen encima! ¡Joder si puedo!

—Theodor... —dije a punto de romper a llorar—, solo quiero ir a casa...

La expresión del hombre cambió por completo al verme tan abatida: pasó de asemejarse a la de un asesino en serie, a regalarme una mirada de cariño que no había visto jamás en sus ojos. Al parecer me tiene aprecio —más del que podía llegar a imaginar—, y le dolió en el alma verme así.

—Me parece bien —dijo—, pero hablaremos de esto cuando te encuentres mejor. ¿Me oyes?

—Vale...

—Vale.

Theodor me miró unos pocos segundos, apretó la mandíbula con rabia y salió enfurecido de la parte trasera para sentarse al volante, pero antes de entrar dio un vistazo rápido a ambos lados de la amplia avenida, oteando el horizonte en busca de una mirada furtiva a la que culpar. No detectó nada. Le vi apretar el volante con fuerza nada más tomar asiento, y aguardar más tiempo del normal antes de darle al contacto.

Poco después estábamos en la parte trasera de casa, frente a la puerta secundaria que da al jardín y a casa de Gabriela.

—Ve a tu casa y cámbiate allí —ordenó, refiriéndose a mi segunda residencia, esa que está casi vacía y deshabitada por completo—. ¿Tienes ropa limpia?

—No —contesté—. Nunca me ducho allí. La tengo toda en casa de mis padres.

—No te preocupes —dijo tras meditar un poco—, ahora te acercaré algo.

—Pero es de madrugada... si mi padre te ve deambulando por la casa...

—Tranquila, no me verá —dice muy serio, mostrando una confianza digna de alguien que sabe de lo que habla; alguien acostumbrado a entrar en casas ajenas en mitad de la noche y al que no le tiembla el pulso al hacerlo. Por primera vez comienzo a entender por qué mi padre confía tanto en él y le tiene en tan buena estima. Theodor es un todoterreno, y es muy posible que en una vida anterior se haya dedicado a cosas turbias.

Por todo eso puedo afirmar con contundencia que gracias a él estoy aquí, en mi casa deshabitada, con ropa limpia y tumbada sobre el cómodo sofá reclinable —capaz incluso de dar masajes— que hay en medio del despejado salón, tratando de apaciguar mi mente. Y he de reconocer que estoy más tranquila. Las primeras veinticuatro horas después de la fiesta fueron terribles. Lloré sin consuelo, sintiéndome estúpida y humillada a partes iguales, recordando una y otra vez el momento embarazoso en la habitación de Dexter, y, después, las risas de la gente tras la novatada.

Pero hoy es un poco diferente. He pasado la mañana escuchando música y dejándome llevar. Suele ocurrirme cuando escucho la radio. Imagino que soy cantante y que voy de aquí para allá promocionando mi música, que de pronto suena en la radio. Después me imagino sobre un escenario, al público ovacionándome, y creo de verdad que otro mundo es posible para mí. Cuando vuelvo a la realidad y comprendo que nunca podré tener una vida así, me resigno y vuelvo a mis lujos. Lujos que cada día me aborrecen más y me llenan menos.

Hoy es domingo, y por tanto, habrá comida familiar. Solemos sentarnos a la mesa sobre las once para vernos y hablar un poco. No es como las cenas protocolarias de fin de mes, pero se le asemeja bastante. Siempre acaban habiendo preguntas molestas e indagaciones, y eso me pone un poco alerta. Espero ser capaz de repetir el éxito de Jack, que lleva cuatro años logrando engañar a todo el mundo, y además, de un modo magistral: jamás sospeché nada. Cuando hablaba de su universidad, de sus trabajos, de sus compañeros... todo parecía real. Y papá le

creyó hasta la última palabra. Espero tener la misma suerte.

Respiro hondo y me levanto del sofá porque ya es la hora. Salgo al jardín y de camino a casa de mis padres llamo a casa de Gregor. Su mujer se asoma rápidamente y, como de costumbre, me lanza al enjambre de bestias, que ya la desbordan. Todos mis sobrinos —excepto el enano— aparecen de golpe, recordándome la famosa escena de la estampida del Rey León, y me rodean entre gritos:

—¡Tía! ¡Tía! ¿Jugamos a los vaqueros?

—Nooo, chicos, hoy no se puede. Es hora de comer en casa de los abus.

—Jooo —protesta número tres—. ¡Yo quiero!

—Y yo quiero muchas otras cosas, pero hay que aguantarse —trato de explicarle, pero antes incluso de terminar la frase, recibo un puntapié en la espinilla que provoca que todos los niños presentes salgan corriendo en busca de asilo político.

—¡Joder! —grito de dolor y me veo obligada a apoyarme en el tronco de una palmera que hay justo a mi lado. A veces los mataría. Por separado son manejables y cariñosos, pero juntos... son una bomba de relojería. Donde mejor se comportan suele ser en la mesa, han salido a mi hermano y son unos tragones. Mientras les des de comer, estarán calmados. Veamos qué ocurre hoy durante la comida.

Entro en casa de mis padres cojeando a través del ventanal del salón, que está abierto de par en par, cosa extraña, a decir verdad. Eso solo suele ocurrir en contadas ocasiones, y siempre cuando hay invitados a comer. A mis padres les gusta que aquellos que vienen de fuera queden maravillados de las vistas, y que piensen que todos nuestros días son así, cuando en realidad ese ventanal permanece cerrado más de trescientos días al año, y con las cortinas echadas. A veces tengo la sensación de que mi vida no es más que un *spot* publicitario de esos chabacanos, que trata de venderle a la gente lo maravilloso que puede ser nuestro día a día. En fin.

Voy a la cocina a figonear un poquito, me gusta saber qué voy a comer antes de sentarme a la mesa. Nunca me hicieron gracia las sorpresas culinarias de última hora.

—Buenos días, Gabriela.

—Buenos días, señorita —devuelve el saludo, como siempre con mucha educación—. ¿Todo bien? —pregunta en clave, estilo segunda guerra mundial.

—Sí, bueno, más o menos. Gracias por preguntar.

El tono de mi voz la pone sobre alerta, deja de remover el guiso —que por cierto, huele increíble—, y me mira con cara de preocupación. Sin embargo, su tono de voz sigue siendo jovial y no acompaña a su expresión, tratando de no despertar sospechas si alguien escucha desde algún punto de la casa:

—Espero que nuestra última conversación le sirviera para algo.

No suelo hacer lo que estoy a punto de hacer, pero me siento débil a nivel emocional y no puedo evitar ir hasta ella para darle un abrazo. La mujer deja la cuchara de remover dentro del cazo, y me devuelve el gesto.

—Gracias por todo, Gabriela. Eres la mejor... —le susurro al oído.

Después le doy un beso en la mejilla a la mujer que ejerció de madre y me crio; la que siempre estuvo presente y me ayudó con sus sabios consejos en los malos momentos. La que se molestó, noche tras noche e ignorando su cansancio, en transportarme a mundos increíbles donde cualquier cosa era posible. La que, tal vez sin darse cuenta, puso algo de cordura en medio de toda aquella locura artificial. La que se esforzó por hacerme ver el valor real de las cosas, y la importancia de ganarlas con el sudor de tu frente. Esa mujer es Gabriela, y por todas esas cosas y muchas otras que me guardo solo para mí, la quiero tanto. Y cuando el abrazo termina y me

separo de ella, compruebo que se ha emocionado y que varias lágrimas resbalan por sus tostadas mejillas. Sin decir nada, la mujer se limpia y sigue a sus quehaceres. Su discreción es una de sus tantas virtudes. Y yo rompo el hielo tratando de obviar lo ocurrido, haciendo como si este momento no hubiera existido para nosotras, a pesar de que ambas lo recordaremos por siempre con añoranza.

—¿Qué tenemos ahí? —pregunto, mientras trato de recomponer mi malograda voz.

—Un guiso de patata, zanahoria, judía, ajo, setas y pollo.

—¡Tu plato estrella! —celebro, dando saltos de alegría. Es una de mis comidas favoritas.

—Lo sé —dice sonriendo orgullosa—. Alguien me dijo que una chica muy linda necesitaba un empujoncito.

Ahora entiendo. Parece que Theodor y Gabriela han hablado, y la mujer trata de hacerme sentir mejor.

—Muchas gracias...

Ella gira la cabeza y me guiña un ojo.

—¿Has visto a mi padre? —pregunto, cambiando de tema.

—Sí, dijo que iba a reunirse en su despacho por negocios.

—Oh, vaya. Vale.

Contaba con hablar con él en privado antes de entrar en el salón para que de ese modo no me avasallara durante la comida con preguntas sobre la universidad, y sobre todo, para que Violet no se metiera por el medio. Es mi primer día de mentiras a gogó, y no estoy segura de estar preparada.

—Voy a ver si veo a alguien.

—Muy bien, señorita. Vaya avisando de paso, la comida está casi lista.

—¡Gracias, Gabriela!

Salgo de la cocina y me quedo en silencio en medio del corredor. Últimamente esto parece la típica casa de película de terror, en la que no hay ni un alma rondando por ella hasta que de repente, ¡zas! La chica con la que arranca la cinta es asesinada. Trago saliva y me muevo con rapidez, me he dado miedo a mí misma con mis pensamientos. Vuelvo al salón y escucho a los peques en el jardín, de modo que vuelvo a la seguridad del interior, no quiero que me vean los caníbales. Me acerco al despacho de mi padre, que está al fondo de la planta baja, y apoyo el oído sobre la puerta, como tantas y tantas veces hice de pequeña, cuando lo único que quería era jugar con él, aunque solo fueran diez minutos. Ahora, sin embargo, los motivos han cambiado. Simplemente soy un poco cotilla, nada más. Oigo el murmullo de voces, pero no se distinguen las palabras. De modo que Gabriela está en lo cierto, y papá está reunido.

Doy media vuelta y decido subir las escaleras. Puede que Jack esté en su habitación. Ayer no lo vi, y quiero saber si ha llegado a sus oídos la noticia de una novatada a una chica nueva del campus. Llamo a su puerta, pero no responde. Abro, asomo la cabeza, pero la habitación está vacía. Las luces de neón con las que rodeó por completo la habitación siempre están encendidas, y le dan a la estancia el aspecto de una sala de fiesta o algo similar. Un poco extraño, pero no quedan mal, la verdad. Jack posee estilo, y no tiene miedo a demostrarlo.

Voy hasta la puerta de Liam, y llamo sin intención de abrir. Jamás se me ocurriría.

—Quién es —pregunta de un modo apático.

—Annie —contesto.

—¿Qué quieres?

—¿Está Jack contigo?

—No —contesta a su manera, es decir, de modo escueto.

—¿Y lo has visto?

—No —contesta de nuevo.

—Vale, gracias...

Liam no dice nada más, y cuando voy a llamar a la puerta de Violet, la campanilla de la abuela suena desde abajo. «Mierda...», pienso enfurruñada. Tengo a esa mujer atragantada, como cuando te clavabas una espina de pescado en la garganta y no hay forma humana de que se vaya. Pruebas a beber, y nada. A comer un pedazo de pan, y tampoco. La espina se aferra con uñas y dientes, y mientras aguanta, te hace la vida imposible. Bueno, pues esa espina es mi abuela, y yo, la garganta en la que está clavada.

Violet sale de repente de su salón de maquillaje y pedicura, y se dirige al piso inferior. Pasa por mi lado, me mira de arriba abajo casi con asco y, en lugar de saludar, sonrío de medio lado y pasa de largo. La conozco lo suficiente para saber que ha pensado algo así como «qué asco de ropa, no me la ponía ni muerta. Pero qué quieres, Vio, es Annie, no tiene estilo ni gusto».

Dejo que me saque ventaja, no sea que nos veamos obligadas a hablar, y cuando considero que ya no veré su culo perfecto pavoneándose frente a mí, me decido a acudir a la llamada de la bestia. Entonces escucho el sonido característico del cerrojo del despacho de papá, y me veo obligada a descender los escalones de tres en tres. Es un sonido que tengo guardado a fuego en mi interior, y que detesto sobremanera por todo lo que representa. La puerta se abre y me quedo de pie observando sin pudor, total, es mi casa. Entonces veo a mi padre que, como de costumbre, se ha levantado para abrirle la puerta a su cliente/socio. Pero al parecer no era una reunión de negocios, porque es Jack el que sale del despacho, sonriendo. Al verlo me relajo, he de admitirlo. Mucha de la gente con la que se reúne papá no suele gustarme. Soy bastante buena calando a las personas, y rara vez me equivoco. Y el radar se me suele disparar siempre que focalizo mi atención sobre ese despacho.

—¡Jack! —reacciono al verlo—. Te estaba busc...

Entonces aparece Dexter en el umbral de la puerta, le da la mano a mi padre, sonríen, y mi mundo se desmorona. Al final sí que se trataba de negocios y, para más inri, mi radar se dispara a modo de advertencia.



## CAPÍTULO 8

### *DESENFRENO*

Rara o, cuanto menos, extraña. Así definiría a la comida familiar de hoy. Por un lado, Jack, Dexter y mi padre, bromeando y pasándolo en grande. Por otro, Violet, intentando captar la atención de Dexter. Y por si fuera poco, mi abuela observando con ojo avizor la jugada, transportando su mirada de Dexter a mí y de mí a Dexter, sin necesidad de esconderse. No sé cómo lo hace esa mujer, pero creo que es bruja. Y si a eso le añadimos el hecho de que a cierta edad toda persona se cree con derecho a decir aquello que piensa sin filtros... pues tenemos un problema. Aun así, la mujer no se ha atrevido a hablar. Puede que tenga dudas, pero sé a ciencia cierta que sospecha. Y lo hace por culpa de Dexter y sus miradas furtivas de soslayo. Mi abuela ha cazado varias de ellas al vuelo, y sabe seguir un rastro. Es como un sabueso, o un detective de esos de novela negra que tan de moda están hoy en día.

Pero lo importante es que no ha habido preguntas sobre mí, ni sobre la universidad. De modo que, en parte, he de agradecer la visita de Dexter. Visita que, debo admitir, me ha molestado muchísimo. Es cierto que me llamó el sábado varias veces y que no le cogí ni una llamada, pero a mi entender, si hubiera estado interesado en mí, hubiera venido a casa a hablar conmigo. A fin de cuentas, es amigo de Jack y nadie hubiera sospechado nada. En fin.

Al terminar de comer no me ha apetecido quedarme al resopón y, a la menor oportunidad, me he marchado a mi casa. Mi padre, Jack y Dexter se han quedado en el salón, y mi padre habrá aprovechado para abrir su minibar y sacar su mejor *whisky*, ése con el que le encanta dárselas de entendido. He visto demasiadas veces esa función y, pese a algún pequeño cambio o improvisación, siempre suele ser idéntica: un par de horas de conversaciones banales sobre el gobierno, los tipos de interés de la banca, la importancia de invertir en bolsa, etc., etc.

La temperatura hoy es muy agradable e invita a llevar los hombros destapados, de modo que decido sustituir mi vestido de tirantes por un bikini. Abro el ventanal que da a mi balconcito curvo, y me apoyo sobre la barandilla a contemplar el paisaje a la inversa de como suelo estar acostumbrada. Una suave brisa acaricia mi piel. Pocas veces he subido aquí, pero hoy tengo excusa: Dexter está en casa de mis padres y no me apetece estar allí. Bueno, y porque desde esta ubicación puede que lo vea en el jardín o en el interior del salón de mis padres. Sigo enfadada por lo ocurrido, pero en el fondo me muero por verlo y tenerlo al lado. *C'est l'amour...*

Desde mi torre de vigía atisbo siluetas y movimiento de gente en el interior del salón, pero la distancia y el follaje de las palmeras no me permiten distinguirlos con claridad. De pronto, Gabriela comienza a cerrar la cristalera y comprendo que la fiesta ha terminado, al menos para mí, resignándome ante la evidencia: Dexter no ha venido por mí, solo por intereses personales. Eso hace que me sienta endiabladamente mal por dentro, y que vaya en busca de mi MP3 para evadirme un rato. Unto mi piel con protector solar y abro la tumbona que guardo dentro de un armario de exterior empotrado que hay en uno de los laterales del balcón. Me tumbo a tostarme, introduzco los cascos en mis oídos, y mis penas desaparecen. La música tiene ese efecto en mí, y

me encanta.

De pronto, unas manos tapan mis ojos y mi corazón da un vuelco. Entre que no esperaba a nadie y que con los cascos no escucho nada, casi me da un infarto. Bueno... por eso y porque mi cerebro ha pensado en Dexter de forma automática y una emoción vertiginosa me ha colmado de golpe. Las manos se retiran, pero delante de mí no hay nadie. Entonces, el rostro de Dexter entra en mi campo de visión desde uno de los laterales, mostrando una sonrisa que busca mi perdón y, que sin duda, acelera aún más mi corazón.

—¿Cómo estás? —pregunta con bastante cautela.

—¿Cómo has entrado? —digo, fulminándolo con la mirada. Él rodea la tumbona y se arrodilla a mi lado.

—Jack tiene llaves...

Mi cara debe de hablar por sí sola, de modo que Dexter lo aclara un poco más.

—Ha usado tu casa en un par de ocasiones... ya sabes...

Solo de pensar en mi hermano desnudo teniendo relaciones en cualquier rincón, me dan escalofríos.

—Siento lo que pasó... puedo explicarlo —dice, refiriéndose a la fatídica noche—, porque tiene explicación... de verdad, pero si no quieres escucharla lo entiendo, no fue una situación agradable.

Me dan ganas de gritarle que la vergüenza que sentí en su departamento no fue nada en comparación con la que sentí después, tras la novatada, y que si estoy así no es solo por él, que para nada es el centro del universo... pero... en realidad... sí que lo es. Al menos para mí...

Le miro intentando parecer indiferente, y él se lanza a dar sus explicaciones:

—Mi compañero me dijo que no estaría esa noche, que dormía fuera... y cuando llegamos... bueno, creo recordar que estaba demasiado ocupado como para pensar en cualquier otra cosa que no fueras tú... así que lo siento en el alma.

—¿Por eso has venido hoy? ¿A pedirme perdón? —pregunto con retintín—. ¡Ah, no! A hablar de negocios con mi padre, es verdad. Se me había olvidado.

Dexter pone cara de resignación, pero sabe que estoy en lo cierto.

—No es así exactamente. Ayer te llamé muchísimas veces, estaba preocupado porque sabía que estarías molesta, quería explicarte lo ocurrido... y te recuerdo que no quisiste hablar conmigo. Y la cita con tu padre la tenía concertada para hoy desde hace varios días, de modo que Jack me sugirió que no viniera a verte ayer sábado, porque si tu padre me veía rondarte tendríamos problemas.

—Y mi padre es más importante que yo, claro —escupo con lengua viperina, a lo que Dexter reacciona acercándose más a mí.

—No, pero mentiría si dijera que el negocio que intento llevar a cabo con Jack no es importante, porque lo es, y mucho. Y tu hermano me suplicó que no viniera, porque de hacerlo, podría haberlo puesto en peligro. Espero que lo entiendas.

Sigo sin decir nada, y él remata la faena:

—Ayer fue un día eterno y agónico. No saber nada de ti casi me vuelve loco. Solo quería verte, hablarte y pedirte disculpas. Si te hice sentir mal, lo lamento. Nada más lejos de mi intención. Pensaba que sería una noche perfecta, tú y yo... a solas... ya sabes... pero se estropeó... y ahora no sé qué hacer para que me perdones, porque necesito tu perdón, Annie. Necesito volver a verte, saber más de ti... porque cuanto más descubro, más me gustas.

Le miro de reojo y no puedo evitar asomar una media sonrisa por más que lo intento.

—Continúa —digo en un tono mucho más amable—. Vas bien.

—Eres graciosa, divertida y bonita como ninguna otra —dice acariciando un mechón de mi pelo mientras su sonrisa me indica que el juego es de su agrado—, y quiero pasar todo el tiempo que pueda contigo. Rodearte entre mis brazos, acariciarte...

—Ven aquí. —Y nuestros labios se encuentran de nuevo.

Sus palabras son medicina paliativa. Logran calar en mi sistema nervioso y apaciguarme como si de morfina se tratara. Sin embargo, sus labios provocan en mí una taquicardia descontrolada, y su lengua, un incremento de mi temperatura corporal preocupante.

—¿Estoy perdonado? —pregunta, a escasos milímetros de mi boca.

—No lo sé... —digo empleando un tono de voz sugerente—, eso depende de tu habilidad con las manos...

La mirada obscena que le entrego le hace sonreír victorioso, y viene a mí sin dudar un segundo. Su lengua entra en mi boca y una de sus manos acaricia mi vientre, que aún está suave del bronceador. Después me besa en el cuello y desciende hasta mis pechos sin ser consciente aún de que no suelo anudar la parte superior del bikini, por lo que en un simple movimiento quedan al descubierto ante sus sinuosos labios. No pierdo detalle de su reacción lasciva al verlos, y me excito un poco más de lo que ya estoy. Me lanza una mirada de aprobación, y no me lo pienso ni un maldito segundo:

—Son tuyas...

Dexter ya no sonrío, como si de repente la cosa se hubiera puesto seria y quisiera dar lo mejor de sí mismo. De modo que vuelve a mi boca, me besa un par de veces más y, cuando lo considera oportuno, desciende de nuevo serpenteando con su lengua. Rodea uno de mis pechos con suavidad, lo humedece y, poco después, siento su lengua, cálida y húmeda, endurecer mi pezón a base de pequeños y delicados flirteos. Lo noto crecer en el interior de su boca tras cada nuevo escarceo de su lengua, mientras una de sus manos acaricia mis muslos, preparando así el terreno. He de admitir que me sorprende el hecho de que no se corte, teniendo en cuenta que estamos en el balcón que da al exterior.

—¿Quieres entrar? —pregunto sin tan siquiera molestarme en abrir los ojos.

—¿Crees que nos ven?

Me planteo su pregunta seriamente, y la respuesta es no. La única casa habitada es la de Gregor, y queda demasiado escorada y alejada. A mis lados están las casas de Jack y Violet, y ninguno de ellos las visita nunca, al menos de día. La de Jack, por altura, sería la más comprometida. Su terraza queda bastante por encima de la mía, y desde allí podrían vernos.

—¿Sabes dónde está Jack? —pregunto, mientras me retuerzo de placer ante su lengua juguetona.

—Con Liam —contesta, sin sacar mi pecho de su boca.

—Entonces sigue...

Parece que Dexter esperaba mi aprobación para ir un paso más allá. De pronto separa mis piernas, y sus labios descienden recorriendo mi vientre, mis caderas y mis muslos. Una de sus manos estimula uno de mis pechos con suavidad, mientras que la otra me regala suaves caricias por el costado. En condiciones normales sentiría unas cosquillas terribles, pero estoy tan caliente que puede que las yemas de sus dedos se deshagan al contacto con mi piel.

Sus labios besan la parte interna de mis piernas y ascienden hasta llegar a la comisura del bikini. Su lengua se desliza justo en la unión entre la tela y mi piel, y me vuelvo loca. Siempre me ha fascinado la sensibilidad que tengo en esa zona, y me dejo llevar. Mis sentidos se disparan, y mis brazos se entrecruzan sobre mi rostro, tapando mis ojos, mientras que, sin posibilidad de evitarlo, me muerdo el labio inferior con fuerza. Entonces, Dexter retira con uno

de sus dedos la tela que cubre mi sexo, y lo besa con mimo una y otra vez. Respiro hondo al sentir el contacto de sus labios, y es entonces cuando su lengua lo acaricia de un extremo al otro, y pierdo el control.

Le agarro del pelo y dirijo sus movimientos, indicándole dónde parar y donde avanzar. En ocasiones freno, ejerzo un poco de presión, y su lengua entra un poco más, captando el mensaje a la perfección.

Cuando me siento preparada, le retiro hacia atrás con suavidad, pero él es reacio a dejarme ir: su lengua vuelve a mí un par de veces más.

—Como no frenes, me correré...

Él sonrío de un modo muy pícaro y vuelve a darme otro pequeño lametón.

—Me encanta comerte —susurra en mi oído mientras se posiciona sobre mí.

Su voz casi me excita más que su lengua en mi sexo, y beso su boca mientras desabrocho su cinturón. Después deshago el botón, y deslizo sus vaqueros y su ropa interior de una, de modo que su miembro queda ante mí, sin ningún tipo de pudor.

—¿Estás cómodo? —pregunto.

—Estoy mejor que nunca —contesta.

Sonrío justo cuando le beso una última vez, antes de deslizarme hacia debajo hasta encontrarme con ella. Tiene un tamaño perfecto, y estoy deseando sentirla dentro de mí, pero antes la sujeto con una de mis manos y la dirijo a mi boca. Le propino unos suaves y delicados besos con mis labios recién humedecidos y después, deslizo mi lengua desde su base hasta la punta. Dexter se retuerce, y es entonces cuando aprovecho y la introduzco en mi boca. Entro y salgo, en un principio, con movimientos suaves y delicados. Al salir, la retiro por completo y deslizo la lengua por el tronco. Vuelvo a introducirla, y empiezo de nuevo.

Cuando considero que la cosa no puede ir a mejor, sitúo las palmas de mis manos sobre sus muslos y, con una leve presión, le indico que es la hora. Él se retira lo suficiente para que pueda posicionarme, y lo hago dándole la espalda sobre la tumbona. Parece que la posición le gusta, porque acude a mí sin pensarlo.

Me besa a lo largo de toda la espalda y lo hace modo alpinista, afianzando cada agarre, asegurando un ascenso perfecto. Primero besa mis nalgas mientras sus manos acarician mis costados. Acto seguido, sus labios recorren mi columna vertebral hasta llegar a la base de mi cuello que, al recibir su cálido contacto, provoca que se erice todo el vello de mi entregado cuerpo. Dexter aprovecha para coger mis pechos y volverme loca. Después juega con su lengua detrás de mi oreja mientras su miembro roza deliberadamente con mi sexo.

—Hazlo... —digo, fuera de mí, lujuriosa como nunca antes había estado.

Ladeo la cabeza en busca de su boca, que acude a mi encuentro enseguida. Estoy a punto de explotar. Espero aguantarle, porque el hormigueo previo al orgasmo se abre camino a través de mis piernas. Entonces le siento entrar dentro de mí, y no puedo evitar soltar un profundo gemido. Arqueo mi cuerpo, y Dexter comienza a entrar y a salir con movimientos acompasados y de una intensidad media, es decir, perfecto. De pronto, las sensaciones que me transmite cambian por completo, y es debido a que Dexter se inclina para hablarme al oído:

—Me encantas...

Su confesión en pleno acto me hace sentir muuuy bien, lo admito, pero no contesto nada romántico. Ahora mismo solo puedo pensar en lo que tengo entre las piernas y, con suerte, en controlar mi orgasmo, que está creciendo en mi interior de un modo arrollador.

—Un poco más rápido —le suplico entre susurros.

—No aguantaré —me advierte. Yo ladeo el rostro sonriendo.

—Yo tampoco.

Sus manos sujetan mi cintura, su cuerpo se eleva un poco aún a riesgo de ser visto desde el otro extremo del jardín, y me penetra con mucha más intensidad que al principio. Siento su miembro dentro de mí, pero esta vez es fiero y rudo, terminando cada penetración con una pequeña embestida.

—¿Va bien? —pregunta, preocupado.

—Joder... claro... dame...

Sus embestidas aumentan todavía más, y el hormigueo llega a mí, desbocado.

—¡Ahora...!

Mi trasero se pone rígido, al igual que mis piernas y mi espalda. Él continúa dando lo mejor de sí mismo, transportándome al séptimo cielo. Mi mente no puede pensar en nada que no sean palabras malsonantes cuando el orgasmo llega a mí. Estoy desinhibida. Muerdo mis labios y no puedo dejar de repetir «más, más, más», una y otra vez.

—Estoy a punto... —dice Dexter.

—Aguanta un poco más... dame más...

Sus embestidas siguen a petición mía, y Dexter gruñe mientras entra y sale una y otra vez, con fuerza. Es una bestia.

—¡Ya está! —le aviso cuando siento que he alcanzado la cumbre—. Córrrete...

Y sin pensárselo dos veces, Dexter se retira y se masturba sobre mí. Ladeo la cabeza para ver su rostro de placer. Su respiración es agitada, suda y parece agotado.

—No te lo he dicho, pero podías correrte dentro... llevo el DIU —digo, con carita de niña picacona.

No se lo piensa dos veces, la mete de nuevo y viene hacia mí. Siento la penetración con más intensidad, y cuando su rostro se posiciona junto al mío, me besa con dulzura.

—Lo dicho —dice, mientras nuestros labios siguen en contacto—. Me encantas, Annie Richmon.

—Y tú a mí.

—¿Te ha gustado?

—¿Y a ti? —contesto, sonriendo.

—Yo he preguntado primero —responde, mientras me entrega otro beso.

—¿Tú que crees?

—¿Sinceramente?

—Sí.

Él me escruta con la mirada.

—Que ha sido tu mejor vez —asegura con convicción.

—Uuuy... —digo bromeando—, te noto muy subidito...

Dexter retira su miembro y se pone en pie en medio del balcón.

—No lo niegas... —dice sonriendo.

—¡Agáchate, que aún te verán! —me desgañito con recién adquirida preocupación.

Dexter ladea su cadera y otea el jardín con rapidez.

—No importa que me vean —asegura en tono burlón—, porque pensarán que soy... —Dexter se petrifica mirando al infinito, en una pose que me resulta familiar—, el *David* de Miguel Ángel.

La expresión de su rostro me hace muchísima gracia, porque se ha metido en el papel de estatua a la perfección. Pero el repertorio no acaba ahí: sin previo aviso modifica su postura. Dobra la rodilla derecha, retrasa la pierna izquierda un poco, gira su tronco, y su brazo derecho

se estira hacia atrás hasta límites insospechados.

—*El Discóbolo*... —anuncia, manteniendo el tono humorístico en la voz, y vuelvo a troncharme de la risa. La verdad es que físico no le falta. Parece una estatua griega, con la única diferencia que esta tiene el miembro del tamaño adecuado, y no uno de esos micropenes que siempre llamaron mi atención.

—Déjalo, por favor... te pueden ver... —digo preocupada, y él reacciona simulando que se sienta en el aire mientras apoya su mentón sobre uno de sus puños cerrados.

—*El Pensador*...

—Idiota... —digo riendo—. Vamos a la ducha, anda. No quiero problemas.

Dexter sonrío al fin, saliendo así de su papel de estatua griega, y viene a mí, que ya estoy dentro de casa, esperándole. Verle avanzar de ese modo, desnudo y seguro de sí mismo, hará que jamás pueda volver a pensar en él de ningún otro modo. Dexter acaba de quedar grabado en mi memoria como el ser casi perfecto que es. Me besa, y sus manos van hasta mis nalgas, las agarran desde la base y me alza con firmeza. Yo le rodeo el cuello con los brazos y mis pechos, aún firmes, rozan su piel mientras nos besamos con pasión.

—Estás manchada —dice, sin importarle demasiado. Sus manos continúan en mi culito.

—¿Por qué será? —pregunto de forma pícaro. Él pone cara de no haber roto un plato en su vida.

—Ni idea... ¿porque eres un poco sucia?

Me acerco a su oído para realizar una confesión que me avergüenza un poco, pero que es real.

—Soy mucho más sucia de lo que nadie imagina...

Por su expresión, deduzco que esto último le ha gustado.

—¿Qué te pensabas? —añado—, ¿que era una mojigata?

—En absoluto... pero reconozco que cuanto más te conozco, más me sorprendes.

—Aún no has visto nada... te advierto que me he cortado un poquito...

Él sonrío.

—Yo también.

Nos besamos de nuevo, esta vez con mucha más pasión y mucha más lengua. Tengo una sensación extraña en el cuerpo. Por primera vez en toda mi vida creo haber encontrado a la persona perfecta con la que compartir la vida... y la cama. Alguien que, en principio, podría acoplarme a la perfección. Jamás había sentido nada parecido. A su lado me siento plena de vitalidad, como si de repente todo tuviese sentido y nada más importara. Me siento feliz a niveles que desconocía por completo, y no quisiera que esto acabara nunca.

—¿Podrías con una segunda ronda? —pregunta sin tapujos.

—La pregunta correcta es... ¿puedes tú? —digo, sujetando su pene con una de mis manos, masturbándolo un poquito.

—Dame quince minutos y verás.

—Ve metiéndote en el hidromasaje. Está en mi habitación, la del fondo.

—¿Hidromasaje? —pregunta sorprendido.

—Sí. ¿Por? ¿Te gusta la idea?

—Suena erótico... —admite, a lo que sonrío y puntualizo con picardía:

—No lo sabes tú bien...

Me besa de nuevo, pero esta vez sin lengua. Es un beso distinto. Menos salvaje y, por tanto, mucho más sincero. Me gusta.

—Voy a por tu ropa —digo—, se ha quedado en el suelo del balcón.

—Vale.

—Prepárate para que te coma entero.

Nuestras miradas se despiden como si se tratase de un adiós en el andén de una estación, y nuestros caminos fueran a separarse durante largo tiempo. Pero la realidad es que pretendo volver a tenerlo dentro de mí en menos de treinta minutos. «*C'est la vie*», pienso, mientras salgo a recoger la ropa a hurtadillas. Cuando la tengo toda, me asomo con mucho disimulo. Mis sobrinos han salido a jugar al jardín, por lo demás todo parece tranquilo. Vuelvo al interior pensando si prefiero tener relaciones en el hidromasaje o en la cama, porque confío plenamente en sus capacidades amorosas y en que estará listo para mí en unos minutos. Estoy deseando volver a hacérselo de nuevo. Y todos estos pensamientos lascivos que inundan mi cabeza y que me hacen no estar centrada en nada que no sea Dexter y su entrepierna, han impedido que me percate de la silueta que nos ha estado observando desde el balcón de Violet todo el tiempo. Silueta que, con probabilidad, ha visto nuestro acto desde su inicio hasta su fin, y que ahora, moverá ficha con la única intención de lograr el propósito para el que vino a este mundo: hacer que mi vida sea lo más parecida a un auténtico infierno.

## CAPÍTULO 9

### *VUELVEN A LA CARGA*

Es lunes y puedo afirmar que, tras el fin de semana, me siento perfecta o incluso mejor que eso. El sábado fue malo a rabiar. Lloré muchísimo, y pensé que no volvería a pisar la universidad. Sin embargo, el domingo fue... ¿cómo podría definirlo? ¿Salvaje? ¿Increíble? No, demasiado simplificado. Agotador le iría mejor. Después de follar con Dexter en el balcón, lo hicimos en el hidromasaje. Del hidromasaje pasamos a la cama y, tras una buena charla, le supliqué un cunnilingus. Me corrí dos veces más. Viéndolo en retrospectiva, el domingo fue un día redondo y, gracias a Dexter, he decidido ser valiente y volver al campus.

—Estate tranquila —dijo, tratando de animarme, justo después de enjabonarnos y antes del cunnilingus—, esas cosas pasan casi a diario. En cuatro años he visto muchas novatadas, ocurren con demasiada frecuencia. Te aseguro que la gente dejará de hablar de ella en pocos días. Pasa siempre.

—Eso espero...

—Claro que sí. ¿Qué te apuestas?

Le miré con cara de niña mala.

—Todo lo que quería ya me lo has dado. Dos veces —puntalicé.

Él sonrió tras abrir mis piernas con un movimiento de su mano derecha, suave y firme.

—Tengo un par de ases en la manga.

De lo que vino después tan solo recuerdo la sensación de su lengua recorriendo mi sexo, y la locura. Ahora, mientras espero a Olivia en las inmediaciones de la universidad, los recuerdos indecentes de mi encuentro con Dexter me hacen entrar en calor a pesar del descenso de las temperaturas.

Todavía no he decidido si le contaré las peripecias de mi domingo salvaje, pero si lo hago, por supuesto omitiré cualquier detalle sucio o escabroso: nunca me ha gustado hablar de mi vida sexual. Esa información siempre la he guardado para mí y para el chico con el que he compartido ese momento puntual de la vida, en gran medida porque en la cama no soy la misma que en la calle.

—¡Annie!

Miro hacia el lugar del que proviene la voz, y veo a mi compañera de clase avanzar hacia mí. Parece contenta. Lleva puesto un vestido que parece de seda, pero que dudo que lo sea. Es blanco, con detalles florales estampados aleatoriamente, y parece fresco.

—Hola —saludo cuando nos encontramos.

—Hace frío —contesta ella.

—Sí, el tiempo está muy raro.

—Ya te digo... —A Olivia le da un pequeño escalofrío—. ¿Vamos a clase? Necesito calor.

—Si lo prefieres nos hacemos un café. Da tiempo.

Olivia lo piensa un instante.



—Vale, va. —Se anima al fin, y comienza a andar—. Un café me irá bien. No he dormido casi recuperando las horas del viernes.

—¿Cómo? —pregunto sin llegar a entender.

—Tengo la costumbre de ir un par de temas por delante. Por eso los inicios de curso se me hacen un poco cuesta arriba, igual que los finales.

—¿En serio? —digo sorprendida—. Yo todavía no he tocado un libro ni repasado una sola nota, acabamos de empezar y apenas hemos hecho nada.

—Ya... lo mío no es normal... —dice un poco avergonzada—. Por eso no quería ir a la fiesta, sabía que después se me amontonaría la faena. Por cierto... hablando de fiesta...

—Ni me hables... —la interrumpo con desgana.

—¿Te fue mal con Dexter? ¡Si lo tenías a huevo!

La miro volteando los ojos hacia arriba y su sorpresiva cara me confiesa que apostó a mi favor: está convencida de que me pasé la noche del viernes cabalgando a Dexter en su departamento.

—El viernes hubo problemas técnicos —digo, usando el sarcasmo.

—¿Y eso? Cuenta, cuenta...

—Pues... no estábamos solos... así que no pudo ser...

—¡Hala! —dice, llevándose las manos a la cabeza—. ¡Qué dices!

—Lo que oyes. Pero el domingo le pusimos remedio, tranquila... —suelto con tono pícaro mientras uso mi sonrisa perversa.

—¿¡SÍ!?

La miro a los ojos de un modo directo y asiento victoriosa. Ella saluda a un par de chicas que pasan por nuestro lado, y que cuchichean de un modo muy poco discreto.

—Sí —afirmo victoriosa.

—Se veía venir. Desprendíais química en la pista de baile... me disteis un poco de envidia, lo reconozco.

—Pero... ¿tú no tienes novio?

—Sí, sí... Matt... y le quiero un montón, no me malinterpretes. Pero cuando os vi bailando de esa manera... sin vergüenza ninguna... sin importaros lo que pensarán de vosotros el resto de las personas que había allí... me di cuenta de lo sosa que es mi vida habitualmente, y sentí envidia. ¡Pero de la sana, eh! —dice riéndose.

—Pues ponle remedio —le aconsejo, mientras compruebo cómo aumenta la afluencia de gente conforme más nos acercamos a la cafetería.

—Ya... pero con la tontería ya son varios años juntos, y eso que sientes tú ahora, las mariposas... con el tiempo desaparecen. Es una pena, pero es así.

Sé que Olivia está en lo cierto, y que tarde o temprano a mí también me ocurrirá. Lo pienso, y me da mucha lástima. Me gustaría sentirme así el resto de mi vida. Creo que si eso fuera posible —quiero decir, enamorarse y mantener las mariposas para siempre—, las parejas no romperían. Sería casi imposible, porque en este momento me siento como si flotara en una nube.

Olivia abre la pesada puerta de la cafetería y la sostiene para darme paso al tiempo que hace una reverencia sarcástica, y no es necesario que explique la broma: acaba de llamarme princesa, y me hace gracia. El interior del local está repleto de gente, es una barbaridad. Tanto, que me siento abrumada. Es la prueba de fuego para saber hasta qué punto la novatada del viernes ha calado entre la gente. De momento, nada. Parece que paso desapercibida. Me siento como si esta fuese mi prueba definitiva para ser aceptada en el grupo de élite que todo gobierno tiene en las sombras, y que cada fin de mes salva el mundo sin que nadie se entere. Bueno, igual he

exagerado un poco, pero de verdad que estoy muy nerviosa.

Avanzamos hacia la barra y el chico de piel morena que prepara los cafés nos mira un instante mientras trabaja a todo tren. Me quedo embobada observando la cantidad de notas mentales que es capaz de guardar en su cabeza, y la rapidez con la que las ejecuta, sin olvidar una sola de ellas en ningún momento.

—¡Eh! Que acabas de empezar con Dexter...

Vuelvo a la realidad, y su comentario me ruboriza.

—No, no... no es eso...

Ella sonrío de medio lado.

—¿Ah, no? ¿Y entonces?

—Me ha sorprendido el chico. ¿Has visto lo rápido que es?

La verdad es que está como un queso (por supuesto que me he dado cuenta), pero no pienso admitirlo. Olivia levanta el dedo índice, y el chico frena en cuanto saca un segundo no sé de dónde.

—Decidme, chicas.

—Dos cafés con leche.

El muchacho asiente, da media vuelta y continúa apretando botones de la máquina industrial que tiene delante. Olivia se inclina hacia mí, y me suelta:

—Eso seríais vosotros en la cama, un café con leche...

Mis ojos se abren como platos y me pongo roja como un tomate, pero tiene razón. Mi piel, de un blanco pálido, y la suya, tostada y cálida, contrastarían de un modo irresistible. La imagen del muchacho dentro de mi cama, desnudo y listo para la acción, me hubiera hecho estremecer en cualquier otro momento de mi vida. Pero ayer, Dexter me dio ración y media de sexo del bueno, y creo que he saciado mi sed de hombre para el resto de la semana. Eso, o me he enamorado como una idiota.

El chico da la vuelta, sirve algunos cafés pendientes, y poco después está frente a nosotras.

—Cuatro con ochenta, chicas.

Que el precio de dos cafés sea inferior a cinco dólares me deja perpleja.

—Déjame invitarte —digo sacando el monedero.

Le entrego un billete al chico, que parece ansioso por despacharme y continuar a lo suyo. Miro detrás de mí al escuchar unas risas, y justo al observar a las chicas que ríen, estas callan y disimulan.

—Aquí tienes —dice el muchacho, dejando el cambio sobre el mostrador y regresando a sus líos.

—Gracias —dice Olivia, dirigiéndose al chico en primer lugar, y a mí en segundo por la invitación.

Parece que el muchacho va demasiado liado como para responder, pero no pienso que sea un maleducado. Tiene tanto jaleo que apostaría a que no se ha dado ni cuenta. Cojo los cafés y sigo a Olivia hasta una pequeña mesa que está vacía en un lateral de la sala. Hay manchas de café resacas por toda la mesa, lo que hace que me plantee cuándo fue la última vez que alguien le pasó una simple bayeta húmeda. Me siento con un poco de repelús, y Olivia se percata.

—Así son las cosas por aquí: precios de risa y servicios mínimos.

—Mínimos sería si alguien limpiara las mesas de vez en cuando. Esto es menos que mínimo...

—Pero hacen un café buenísimo. Ya verás.

Observo la taza con respeto, y la volteo para asegurarme de que no tiene restos de carmín en

ninguno de sus bordes.

—¿Quieres que saque de mi bolso la luz ultravioleta? —pregunta Olivia con sarcasmo.

—Ja, ja, ja —río con sorna—. No hace falta, no creo que haya restos de sangre en la taza.

Olivia da un sorbo a su café, lo saborea y añade:

—La luz ultravioleta no solo detecta la sangre... ya sabes...

Su sonrisa pernicioso me obliga a retirar el café con un asco ilimitado, y ella se parte de la risa.

—¡No me lo puedo creer! ¿¡En serio eres tan escrupulosa!? ¡Es una broma!

—¡Pues sí! —contesto un poco ofendida—. Estoy acostumbrada a otros... ambientes... ya sabes. Todo esto es nuevo para mí.

—Pero si no es más que una cafetería.

De pronto, dos chicas pasan por nuestro lado simulando que montan un búfalo mientras una grita «¡Yeeehaaaa!» y la otra «¡Vamos, granjera!». Mi expresión muestra lo poco de acuerdo que estoy con Olivia, y ella sonrío de un modo infantil como diciendo «bueno, sí, igual tienes razón». Da otro sorbo a su café, que humea dando muestras de mantener el calor, y se lanza al ataque:

—Bueno, entonces qué, cuenta... ¿es bueno en la cama?

Mi risilla nerviosa sale a flote, y sonrío como una boba.

—Sí, sí que lo es —contesto escuetamente, como si de esa manera la conversación fuese a terminar antes de tiempo.

—¿Del uno al diez?

—¿Tú los puntúas? —pregunto sorprendida.

—No puedo —contesta—. Solo he estado con Matt, no puedo comparar.

—¿¡SOLO CON MATT!? ¡NO JROBES!

Veo que ahora es ella la avergonzada. Me gusta haberle podido dar la vuelta a la tortilla. Tal vez me escaquee de hablar sobre mi vida sexual con una maestría digna de estudio.

—Sí... empecé con él de muy cría... —confiesa—, y hasta hoy.

Se hace el silencio, y su rostro parece haber perdido de pronto la jovialidad.

—Algún día te arrepentirás de no haber ido de flor en flor —le aseguro.

—No empieces tú también con eso, por favor. Es lo mismo que me dice Alexa, aunque con otras palabras. Os aseguro que soy muy feliz con él, pero claro, cuando os veo con vuestros ligues pues... eso... que me dais un poco de envidia.

—No pretendía hacerte sentir mal, lo siento.

—No, no, tranquila, no pasa nada. Si en el fondo tenéis razón, pero... ¿qué culpa tengo yo de haber encontrado al chico perfecto a la primera? —dice sonriendo de oreja a oreja.

—¡Claro que sí! Piensa que eso que tienes tú con tu chico es lo que andamos buscando Alexa y yo desesperadamente. Así que, en realidad, somos nosotras las que deberíamos tener envidia de ti. —Es evidente que no estoy del todo de acuerdo con esa teoría que acabo de sacarme de la manga, pero es cierto que en algún momento de mi vida me gustaría encontrar al chico perfecto para mí y estar con él para siempre.

—¡Pues tienes razón! —exclama Olivia—. ¡Nunca lo había pensado así!

—Perdona...

Una voz me hace dar media vuelta, y un chico de preciosos ojos verdes que está sentado en la mesa que hay justo detrás de mí, me aguarda blandiendo una bella sonrisa.

—Hola —contesto—, dime.

—¿Sabes dónde puedo comprar trigo y avena por aquí cerca?

Su pregunta me descoloca del todo. Mira que me han intentado entrar con diferentes excusas a lo largo de mi vida, pero esto se lleva la palma.

—Eeeh... no... lo siento. No tengo ni idea.

—¡Oh, vaya! —dice de un modo sobreactuado—. No importa. Gracias.

El chico inicia el movimiento para regresar a su posición natural, pero a medio camino frena, y vuelve a mí.

—¿Y estiércol? —pregunta con sorna. Sus amigos empiezan a reír a carcajadas, y me siento humillada sin saber por qué. El chico de ojos verdes no espera ni a que le conteste, se levanta de la silla, sus amigos le siguen, y mientras salen de la cafetería riendo, se chocan las manos y se abrazan victoriosos.

—¿A qué coño ha venido eso? —pregunta Olivia.

Mi cerebro empieza a trabajar a toda máquina. «¡Más madera!», les gritan unas neuronas a otras, mientras empiezo a atar cabos: risas de soslayo, chicas montando en búfalo, estiércol... «¡JODER!».

—¿¡Qué pasa!?! —pregunta Olivia con preocupación, al comprobar cómo el blanco de mi cara se torna pálido a nivel de cadáver examinado por forense sobre mesa metálica.

—¡Joder, joder, joder!

Levanto mi culo de la silla mostosa y con un movimiento grácil y ligero, alzo mi bolso del suelo y me dirijo hacia la salida de la cafetería tratando de no fijarme en nada ni en nadie, pero me resulta imposible. Todo aquel con quien me cruzo en el camino me observa de modo fugaz, y siento cómo me analizan casi al instante. Algunos no se molestan en disimular la sonrisa que les inunda el rostro al verme, pero casi me preocupan más aquellos que sí lo hacen cuando los descubro. Y la pregunta es: «¿Por qué?».

Salgo de la cafetería sin rumbo fijo. Avanzo casi a trompicones, y estoy convencida de que, si me viera desde fuera, me avergonzaría de mí misma al verme avanzar dando zancadas dignas de un gigante, tan poco femeninas.

—¡AL RICO HENO! ¡AL RICO HENO! ¡ALIMENTA TU CABALLO AL MEJOR PRECIO!

Al grito que realiza un muchacho al que acabo de dejar atrás, se unen las risas de varios más que le rodean. Por descontento que no me atrevo a girarme y a pedirle explicaciones, creo que empiezo a saber de qué va el tema.

Doblo la primera esquina con la que me encuentro, tratando de escapar de todas esas miradas que me atraviesan, y me encuentro de bruces con un grupo de chicas que están paradas ante un tablón de anuncios de los que tanto abundan por toda la universidad, y sobre los que se suelen colgar carteles del tipo: se venden libros de segunda mano, busco compañeros de piso por la zona, etc., etc. Entonces me percató de que una de ellas señala una imagen que hay colgada en él, y cuyo tamaño es desproporcionado en comparación con los diminutos carteles que abarrotan el marco.

Me acerco hacia la multitud, temerosa de estar en lo cierto, y mi corazón da un vuelco cuando mis sospechas se hacen realidad: en la imagen aparezco yo, justo después de haber sido empapada de aquella sustancia pegajosa, y de haber sido cubierta desde la cabeza hasta los pies de paja. «¡El fogonazo de luz!», pienso. «¡Me hicieron fotos!».

—¡Qué pasa! —pregunta entre ahogos.

Voy hasta el tablón rebosante de ira. Me abro paso casi a empujones, cojo el cartel que tanta gracia le hace a todo el mundo, y lo arranco de cuajo. Las risas que hasta ese momento había en

el lugar se disipan de forma repentina, y salgo del grupo abriéndome paso entre miradas indiscretas.

—Esto pasa —escupo, entregándole la imagen a Olivia.

—¿¡Qué coño es esto!? —pregunta, haciendo un esfuerzo horrible por disimular la sonrisa.

—Digamos que he tenido un fin de semana movidito...

Olivia observa la fotografía —que parece hecha por un profesional—, en cuya parte inferior se puede leer «**LA GRANJERA**» en letras mayúsculas y marcadas en negrita, para que no haya confusión alguna. Y me asombra —a la par que me revienta—, el hecho de que el fotógrafo haya captado, sin ningún tipo de duda, la expresión facial más ridícula que he visto en mi rostro en toda mi vida.

—¿Y cuándo pensabas contármelo? —pregunta ofendida.

—Confiaba en que hubiera sido una novatada sin más.

—Pues... siento decirte que alguien tiene demasiada prisa por hacerte la vida imposible.

Miro a mi alrededor con la intención de ver algo que me resulte sospechoso, pero hay tanta gente observándome sin ningún tipo de escrúpulo que me resulta imposible detectar nada importante.

—Ya lo veo —digo con rabia.

—¿Y ahora? ¿Qué hacemos?

Las últimas palabras de Olivia activan mi lado sensible. Al parecer, el problema es más grave de lo que pensaba, y ahora sé de primera mano que se prolongará en el tiempo más de lo esperado. Por ese motivo mis ojos se empapan sin remedio, al tiempo que una angustia indescriptible se aferra a mi garganta. Me siento humillada. Tanto, que de pronto el aire se torna denso y apenas entra en mis pulmones. Creo que estoy sufriendo un ataque de ansiedad, pero no estoy segura porque diría que es el primero de mi vida.

—Tú no lo sé —digo a duras penas—, pero yo vuelvo a casa a esconderme.

# CAPÍTULO 10

## *EXILIO*

He vuelto a mi escondite, a mi guarida. Al único lugar en el mundo en el que me siento libre y dueña de mi vida. Y no, no estoy en el probador de una de mis boutiques favoritas, sino en la terraza donde Dexter y yo nos conocimos a fondo. Muy a fondo.

Mastico de modo concienzudo una ensalada que he comprado de camino a casa y hago tiempo a que se haga la hora en que, se supone, regreso de clase. No quiero llegar demasiado pronto, levantar sospechas y que me descubran a la primera de cambio.

La temperatura es muy dispar en esta época del año entre las primeras horas de la mañana y las del mediodía. Ahora hace calor, y puedo permitirme el lujo de tumbarme al sol en ropa interior y agradecer la suave brisa que me acaricia la piel. El móvil suena, y acelero el movimiento de la mandíbula al masticar los canónigos.

—Dime... —contesto muy apagada, con la boca aún llena de comida.

—¿Cómo estás? —Dexter parece preocupado, lo cual significa que ya se ha enterado.

—Mal.

—No tendrías que haberte marchado. ¿Dónde estás?

—En nuestra terraza... —digo con desgana.

—¿Por qué no vuelves? —pregunta—. Aún llegarías a la última clase, ¿no?

—¿¡Sabes cómo me han humillado esta mañana!? ¿¡Crees que puedo volver ahí como si nada!?

Él respira hondo, le escucho a través del iPhone.

—Yo te acompaño a clase. ¿Te parece bien?

La idea suena fantástica. De hecho, se convierte casi en la única opción mínimamente viable que me queda. A él lo respetan en el campus, igual que a Jack. Si me vieran paseando a su lado, no se atreverían a burlarse de esa manera. Pero recuerdo que tiene entrenamiento, que si falta sin justificación no puede jugar el partido del fin de semana, y que si no juega puede perder su beca, gracias a la cual está en la universidad.

—No te preocupes, de verdad. Ve a entrenar, es importante para ti.

Él respira hondo de nuevo.

—Tú eres más importante.

Su respuesta me deja anonadada.

—No... el fútbol es tu futuro, no lo olvides.

—Creo que no lo entiendes, Annie. El futuro me importa una mierda. El futuro está donde estés tú.

El silencio se hace presente tras este breve instante de sinceridad desmesurada, y por mi parte, el único motivo es que no quiero que se percate de que me ha hecho llorar de emoción.

—¿Lo dices en serio? —pregunto al fin, tratando de no sonar débil, aunque no estoy segura de haber logrado mi objetivo—. ¿No juegas conmigo?

—¿Jugar? —pregunta un poco indignado—. Nunca había ido tan en serio con nadie. Nunca había sentido nada parecido por nadie.

—Vale... —digo llorando.

—Eeeh... no quiero verte así... ¿me oyes? Me salto el entrenamiento y paso a buscarte.

—No, o sea, sí pero no. No quiero que mi padre sospeche nada de momento. Si descubre lo nuestro descubrirá lo de la universidad, y tu negocio con Jack peligrará. Es mejor que no, de verdad. Estoy bien —miento.

—Entonces... ¿nos vemos mañana? —pregunta con voz dudosa.

—No sé si me atreveré a ir...

—A ver... esto pasará, créeme. Siempre pasa...

—Es la segunda novatada en dos días consecutivos...

—Pero eso no significa nada. Piensa que forma parte de la misma, lo tenían pensado desde el principio. ¿O acaso crees que el que hizo las fotos pasaba casualmente por allí?

—No...

—Pues ya está. En mi opinión, esto ha terminado. Pero como vean que eres débil y que te afecta, entonces serás un blanco fácil.

—No digas eso... —No me había planteado la posibilidad de convertirme en el objetivo número uno de las novatadas de este año. Si eso ocurriese, dejaría la universidad sin ninguna duda.

—Te lo digo para que aprendas de tus errores. Tienes que intentar que no te afecten estas cosas, reírte de ellas en lugar de humillarte. Es la mejor opción que tienes para que se olviden de ti.

—Lo dices como si fuese muy fácil.

—No digo que lo sea, pero no tienes muchas más opciones. De todas formas, me atrevería a apostar a que esto ha terminado.

—¿Tú crees?

—Sí —dice, aunque no me resulta demasiado convincente—. ¿Vendrás mañana?

Pienso la respuesta unos segundos mientras imagino sus labios besándome, y solo por eso merece la pena el riesgo.

—Vale, iré. Pero quiero tus labios encima de los míos la mitad del día, ¿está claro?

—¡A la orden, mi Capitana!

A veces tiene salidas que me hacen mucha gracia. Es un buen chico, guapo, atractivo, cariñoso y gracioso. Y en la cama tiene dos facetas: la tierna, y la dura. De modo que, puedo afirmar, es mi chico ideal.

—Voy a comer —dice, interrumpiendo mi risilla.

—Vale. Que vaya bien el entrenamiento.

—¡Claro! ¡Soy el mejor, recuerda! —dice empleando un tono chulito, pero forzado. Él no es así.

—En la cama, seguro.

—Joder, Annie, no me digas eso que me salto el entrenamiento... —Su comentario provoca en mí un ataque de risa—. Te cuelgo, que me has puesto nervioso.

Continúo riéndome a carcajadas mientras él se despide con un «te echaré de menos de aquí a mañana». Lo dicho: me encanta.

Termino mi ensalada y me recuesto al solete del mediodía. Sin darme cuenta pierdo la noción del tiempo y, al regresar de mi descansito, me visto, recojo la tumbona, cojo mi bolso —que hace la función de mochila—, y me arreglo un poco el pelo antes de volver a casa de mis padres.

Atravieso los pocos metros que separan la entrada de mi casa del camino central, con el corazón encogido. Me cuesta menos de diez segundos, pero es el único instante en que si alguien me viera, sabría que no he ido a la universidad y que me he refugiado en mi casa vacía. Y llegarían las preguntas para las que, tal vez, no tuviera respuesta.

Pero lo logro, nadie me ha visto. Alcanzo la piscina sin complicaciones y ahora enfilo hacia la casa principal. Entro en ella convenciéndome a mí misma de que el día ha sido magnífico, y antes de poder saludar en voz alta como siempre suelo hacer, la voz de mi padre desde su despacho me convierte en piedra por fuera y hielo por dentro.

—¡Annie! ¡A mi despacho!

Por el tono que emplea tengo bastante claro que algo malo ocurre, y lo más probable es que tenga que ver con la universidad. «¡Mierda!», pienso con rabia, «¡Jack me va a matar!».

—¿Papá? —pregunto con la voz más melosa que soy capaz de esgrimir. Pero mi padre no se amilana.

—¡Al despacho, ahora!

Los treinta metros que me separan de la sala que tanto odié de niña se me antojan eternos, como en esas películas de terror en las que la puerta se aleja más y más del protagonista, por mucho que éste trate de alcanzarla. Por desgracia logro llegar hasta ella, y asomo la cabeza.

—¿Papá? —mi voz suena ahora temblorosa, nunca se me dio bien ocultar el miedo.

—Siéntate —ordena tajante.

Entro en la sala para obedecer, y es entonces cuando observo a mi padre, sentado tras su robusta mesa de antiguo roble, y compruebo que no está solo. A su izquierda hay un segundo hombre al que no había visto en toda mi vida. Está de pie en un lateral de la estancia, y su semblante no es tan serio como el de mi padre, aunque tampoco parece alguien con sentido del humor. Por otro lado, a su derecha y sentada en una silla del despacho, con la espalda totalmente recta y las manos apoyadas sobre las rodillas en un gesto que resulta incómodo a la vista, descubro a mi abuela con actitud inquisidora. Y eso no es bueno.

Me siento y aguardo.

—¿De dónde vienes? —Mi padre siempre ha sido de afrontar los problemas de frente, sin tapujos. Tanto en lo profesional, como en lo personal.

—De clase... —digo sin demasiada convicción.

Mi padre me escruta con la mirada. Me conoce demasiado, y creo que sería incapaz de mentirle sin que lo detectase.

—Repetiré la pregunta, por si no la has entendido. Y no la repetiré una tercera vez. De modo que... ¿de dónde vienes?

Su voz suena mucho más amenazante de lo que parece, lo cual hace que me plantee la posibilidad de decir la verdad. Pero mi cerebro me juega una mala pasada, y contesta omitiendo información.

—A ver... vengo de mi casa. He comido allí una ensalada. Pero venía de clase, lo que ocurre es que he salido un poco antes.

La mirada de mi padre me resulta extraña. Es como si me creyese y a la vez no lo hiciese, no sé cómo explicarlo.

—¿Puedo ver tus libros? ¿Los llevas en el bolso?

«¡Mierda!».

—Sí, toma. Pero funcionamos más bien por apuntes, no hay libros como tal.

Saco un pequeño grupo de hojas cochambrosas sobre las que tomé notas el viernes, y se las entrego. Mi padre les da un vistazo rápido, pero es el otro hombre el que da un paso adelante



mostrando cierto interés. Mi padre se las da, y el hombre las examina de forma exhaustiva sin decir ni una palabra.

—¿Y bien? —pregunta mi padre a ese hombre, que me mira directamente a los ojos y lanza la pregunta que dará al traste con todo.

—¿Enfermería? —dice, rompiendo así la sensación extraña que generaba en el ambiente su presencia silenciosa. Su voz suena agradable, como si se tratase de un buen tipo. Miro a mi padre tras la pregunta del hombre misterioso, y compruebo que su mirada es de absoluta perplejidad.

—Sí... —contesto, intimidada hasta la médula.

—¿Cómo que enfermería! —exclama mi padre, indignado.

El hombre misterioso realiza una segunda pregunta, protegiéndome —de momento— de la furia de mi padre.

—¿Dónde cursas tus estudios?

Ahora sí que sí, los ojos de mi padre se convierten en puro fuego. Su mandíbula se tensa, su ceño se frunce, sus puños se cierran, y en general, su expresión se torna amenazadora.

—En la universidad de California —admito al sentirme acorralada.

—¿¡CÓMO!?! —exclama mi padre, alzándose incluso de su sillón—. ¿¡Qué significa eso!?

El miedo me recorre de un extremo al otro del cuerpo, y empiezo a temblar.

—No lo sé... yo... yo...

—¡Ni se te ocurra ponerte a llorar como una cría! ¿¡Me escuchas!?! Espera... —dice de pronto en un tono distinto, como si acabara de caer en la cuenta de algo importante.

Mi padre abre una carpeta de cuero que tiene frente a él, en la mesa, y empieza a pasar hojas a toda velocidad. De pronto, en una de ellas, alcanzo a ver una fotografía tamaño carnet de Dexter, pero no logro leer nada porque mi padre la extrae con agilidad mientras la observa con ojos rebosantes de ira.

—Aquí... —dice mi padre.

De pronto, voltea la hoja y la estampa contra la mesa, de forma que puedo leerla.

—¿¡Por eso te matriculaste en esa mierda de universidad!?! —pregunta, señalando con el dedo la hoja.

—¿Qué es eso? —pregunto en voz alta a pesar de saber muy bien de qué se trata. No es, ni más ni menos, que un informe sobre Dexter: nombre completo, edad, estado civil, estudios, notas, lugar de residencia, familiares directos... vamos, que mi padre lo ha estado investigando.

—«Eso» es la vida del mamarracho al que te estás fornicando en el balcón de «mi» casa.

El mundo se me cae a los pies al escuchar la acusación directa y segura de mi padre. Tanto, que me planteo la posibilidad de que haya cámaras de seguridad instaladas por la casa sin nuestro consentimiento: no sería nada descabellado.

—Esa casa es mía, ¿no? —replico, tratando de mostrar seguridad y de ocultar la vergüenza que siento.

—Clint, ¿te importaría dejarnos aquí?

El hombre asiente con la cabeza y le da la mano a mi padre.

—Ha sido un placer poder ayudarte.

—Y yo te lo agradezco enormemente. En breve tendrás noticias.

El tal Clint asiente de nuevo y suelta la mano.

—Señora...

Mi abuela ni siquiera le mira a la cara, su mirada está clavada en mí como si de ese modo pudiera demostrarme el odio que me tiene de un modo mucho más claro y efectivo que de costumbre, y creo que lo consigue.

El hombre sale de la sala cerrando tras de sí. Y en cuanto la sala queda insonorizada, mi padre comienza su ataque.

—¡Punto número uno: me has mentido! ¡No solo no te has matriculado en la Estatal, sino que además, ni siquiera lo has hecho en una carrera digna! ¡Punto número dos: la casa que te asigné en el complejo no es tuya! ¡El día que ganes tu propio dinero y pagues una casa, podrás decir que es tuya! ¡Mientras tanto, vives en mi casa, y por tanto, acatas mis normas! ¡Y son muy sencillas: haces lo que yo diga, cuando yo diga, y como yo diga! Y si no te gusta, ¡PUERTA! ¡Y punto número tres: si quieres fornicar como una prostituta, te vistes como tal y te vas a un hotel! ¡De ese modo quizás empieces a ganar algo de dinero!

Las palabras de mi padre me hieren a la par que me dejan atónita. Puedo entender algunas de las normas, pero jamás hubiera imaginado que fuera tan retrógrado en según qué cosas. Pero el problema es que la cosa no termina ahí:

—¡Y vas a dejar a ese mamarracho! ¡Si lo veo cerca de ti hundiré su miserable existencia más de lo que ya la ha hundido él solo!

Eso último me pone en alerta.

—¿Qué significa eso? —pregunto, en un término medio entre enfadada y asustada.

—Significa que su familia está arruinada hasta las cejas, y que el único motivo por el que ha entrado en tu vida es para llegar con más facilidad hasta mí. Pero si ese crío piensa que nació ayer, significa que no me conoce. Puede que embauque a una mojigata como tú, pero no a mí.

—¡Te equivocas, papá! ¡Él no es así!

—¡Todos son así, ilusa! ¡Todos nos buscan por lo mismo! ¿Crees que Clint ha venido hasta aquí solo porque le caigo bien? ¡Ese tío no puede ni verme! ¡Para él, no soy más que un millonario poderoso al que le interesa hacerle un favor! ¡Despierta de tu inopia, joder! ¡A ese chico solo le importa el negocio que tiene a medias con tu hermano! ¿Sabías que su familia se dedica a la construcción y que la última crisis les hizo perder la empresa y la casa? ¡No tienen nada, por eso se han encargado de la obra del local de Jack! ¡Por eso tu querido Dexter está aquí, ignorante! ¿Crees que tú le importas más que sus padres y sus hermanos!? ¿De verdad piensas que tiene relaciones contigo porque te quiere?

Me ruborizo a niveles altísimos, y la vergüenza de que mi padre me haya podido ver en pleno acto me hace sentir sucia por dentro.

—Si descubro que tienes cámaras, te denunciaré —escupo, tratando de sonar amenazadora, pero nada más lejos de la realidad. No soy más que una chiquilla sin argumentos frente a un lobo hambriento y sediento. Lobo que sonrío con cinismo.

—Mi cámara de vigilancia tiene piernas y ojos, cariño. Y lo ha visto todo —dice señalando a mi abuela, que continúa mirándome del mismo modo, sin inmutarse.

Sus últimas palabras provocan que algo en mi cabeza haga clic, y que todos los sentimientos que se agolpaban hace un segundo en mi interior desaparezcan como por arte de magia.

—Papá... lo has conseguido. Te ha costado años, pero lo has conseguido. Enhorabuena.

Me levanto de la silla y me dirijo a la puerta sin más.

—¿¡Qué significa eso!? ¿¡Dónde crees que vas!? ¡No hemos terminado! —grita, enfurecido. Pero ya es tarde. Creo que me he liberado. Sus palabras no han provocado en mí ni un ápice de temor. Por eso soy capaz de dar media vuelta, mirarle a los ojos con una frialdad impensable, y contestarle con sonrisa cínica:

—Oh, sí. Ya lo creo que sí.

Salgo de allí con paso firme y decidido, y a cada uno de más que doy, me siento un poco más segura y fuerte. Subo las escaleras, voy hasta el vestidor de mi habitación y, de un pequeño

recoveco que hay en un lateral, saco mi maleta de viaje. La observo un segundo, pero es tan desmesurada que decido dejarla de nuevo en su sitio y coger la de mano.

Si lo hago, lo haré con lo imprescindible.

Abro el armario y saco toda esa ropa barata que uso para la uni. Hago triaje, y lo que sobra lo dejo en su sitio, no me parece bien dejarlo tirado y que se tenga que encargar Gabriela de recogerlo. Gabriela... la echaré de menos. Probablemente más que a nadie.

Guardo el secador de pelo, el rímel, mi pintalabios de diario, y un brillo en el estuche metálico de lujo que hay sobre el tocador hace que recuerde mi «*KissKiss Gold and Diamonds*», y lo coja sin dudar. Puedo ser una orgullosa, pero no una idiota, hasta ahí podíamos llegar.

Me detengo unos segundos a observar el jardín desde el balcón, a sabiendas de que no volveré a hacerlo en mucho tiempo. Gabanna se posa en la barandilla, frente a mí, como si un sexto sentido le hubiese advertido de la inminente despedida.

—¡COMPRA! ¡COMPRA! ¡VENDE! ¡VENDE!

Jack se encargó que todos los parloteos de nuestro amigo tuvieran que ver con *Wall Street*, lo cual provoca que cuando mi padre recibe visitas de negocios y los saca al jardín a tomar algo, se lo pasen en grande.

—Te echaré de menos, amiguito...

Soy consciente de que el animal no me entiende, pero soy como una de esas señoras mayores que le hablan a su perro como si fuese un nieto. En fin, son muchos años viéndolo revolotear a mi alrededor, y le tengo mucho cariño. El animal alza el vuelo mientras grita: «¡ACTIVO FINANCIERO! ¡ACTIVO FINANCIERO!», y a mí me parece una despedida perfecta.

Vuelvo al interior, le digo «adiós» en mi mente a la habitación que me ha visto crecer, y me marcho para siempre.

# CAPÍTULO 11

## ALEXA

Aunque quisiera, no sería capaz de describir cómo me siento. Desahuciada, sin dinero, y sin un techo donde pasar la noche. Suena increíble, pero he pasado de tenerlo todo a no tener nada y, para mi asombro, me siento bien. Mejor que eso: me siento liberada. Ahora me doy cuenta del nudo que tenía instalado en la boca del estómago y que me ha acompañado a lo largo de mi vida. Pero el nudo ya no está, y ahora puedo coger aire con una facilidad que me asombra.

—Estate tranquila —dice Olivia—. No creo que le importe.

Me dan ganas de decirle que estoy más tranquila que nunca, pero tampoco quiero dormir en la calle, así que me limito a asentir y a aguardar a que Alexa nos abra la puerta de su apartamento. Cuando lo hace, el olor a tabaco casi me tira de espaldas.

—¡Hostia! —exclama, sin soltar el cigarrillo de la boca—. ¿¡Qué coño hacéis aquí!?

—¿Podemos pasar? —pregunta Olivia. Alexa me mira de arriba a abajo, observa la maleta y compruebo cómo sus ojos se voltean. No se molesta en disimular, creo que eso sería demasiado para ella.

—Adelante —dice, apartándose a un lado mientras que con un gesto de su mano nos da permiso para entrar. Olivia va delante de mí.

—Gracias... —le agradezco justo al pasar a su lado.

—No las des todavía.

Alexa cierra la puerta y me sigue a través del diminuto recibidor hasta llegar al interior del diminuto salón. Sus proporciones son tan ridículas que soy capaz de comprender cómo debe sentirse un hámster dentro de su jaula. Esto parece un zulo. Un zulo de un adolescente, pero zulo al fin y al cabo. Las paredes están plagadas de pósteres de diferentes bandas de *rock and roll*, la pintura está desconchada en según qué zonas, y en el techo alcanzo a ver una mancha de humedad que se asemeja a la imagen de una galaxia.

—Sentaros y desembuchar. —Alexa recoge una lata de cerveza que hay en el suelo, y le da un buen trago—. ¿Qué se cuece por aquí?

Olivia se sienta, y yo la sigo como perro a su amo. No me gusta la sensación que tengo ahora mismo, es como si estuviera mendigando.

—Su padre la ha echado de casa, y está intentando localizar a su... —me mira, dudosa—, ¿novio?

—Sí... más o menos... pero no coge mis llamadas...

—Y quieres quedarte aquí —escupe Alexa sin tapujos.

—He intentado ir a un hotel, pero mi padre ha cancelado todas mis tarjetas y no tengo dinero.

Alexa me mira fijamente sin decir ni una palabra. Da una profunda calada, exhala el humo, y duda un poco.

—Duermes en el sofá —suelta de pronto, tras escrutarme con su mirada pétrea—. Solo tengo una habitación, no pretendía que esto se convirtiera en un motel. Y prohibido andar en pelotas

por la casa, eso solo puedo hacerlo yo. Si te pones cachonda al verme desnuda, es cosa tuya. A mí me van los tíos, aunque por una muñequita como tú lo mismo hasta me lo planteo.

Escucho la risa de Olivia, pero estoy tan avergonzada que no soy capaz ni de mirarla.

—Te está tomando el pelo, tranquila —me aclara—. Ya la irás conociendo.

Alexa pasa la punta de su lengua por la comisura de sus labios, y su mirada lujuriosa me desnuda al instante, haciéndome sentir indefensa. Casi tengo miedo de que Olivia se marche y nos deje a solas. Después, Alexa suelta un gruñido salvaje bastante exagerado, como diciendo: «Tranquila, que es coña», y por fin me relajo.

—¿Queréis tomar algo? —pregunta, dando por finalizada la entrevista.

—No, gracias... es casi hora de cenar —contesto.

—Aquí no hay horarios, nena. Esto es como la jungla —dice, sentándose al revés en una de las sillas plegables que hay por el salón, es decir, con el pecho apoyado contra el respaldo—: se come cuando hay hambre, se bebe cuando hay sed, y se folla cuando se puede. Eso sí, tú no tienes habitación, así que si te traes a un tío y te lo quieres zumar en mi cama, proclamo mi derecho de pernada.

—¿El qué? —pregunto, sin entender lo que significa.

—El derecho de pernada, ya sabes... como los ingleses con los escoceses...

Mi cara debe ser un poema, porque tiene que aclararlo de un modo muy poco sutil.

—¡Coño! ¡Que tengo derecho a comerme la polla de tu chico antes que tú, eso es todo!

Olivia se tira al sofá a partirse de la risa a mi costa, lo que me hace sentir aún más avergonzada.

—¿No has visto *Braveheart*? —pregunta Alexa.

—No. La verdad es que no.

Su cara se pone blanca como la pared.

—¡OLIVIA BISSETTE! ¿¡A QUIÉN COÑO HAS TRAÍDO A MI TEMPLO!? —Alexa vuelve a dirigir toda su atención hacia mi persona—. ¿¡*El señor de los anillos!*? ¿¡*Misión imposible!*? ¿¡*Snatch!*? —pregunta, atónita por completo.

Mi cara debe mostrar una perplejidad absoluta, por lo que ella sigue intentándolo:

—¿¡*La jungla de cristal!*? ¿¡*Los cazafantasmas!*? ¿¡*Regreso al futuro!*?

Niego con la cabeza, y ella alza las manos al aire mientras grita: «¡OH, JOODEEER...!».

—No es perfecta —suelta Olivia como si yo no estuviese delante—, pero es adoctrinable, tranquila.

—¿Adoctrinable? ¡Lleva años de retraso, joder! ¡Es una distancia inabarcable! —Me mira de nuevo a mí—. ¡Dime al menos que no te ha sonado a chino!

—*Misión imposible* sí que la vi... —digo en voz baja, casi con miedo de contestar.

—¡Pero eres rubia, joder! ¡No la entendiste! ¡Vale! —dice, levantándose de la silla de un brinco—. ¡Tenemos trabajo! ¡No pienso convivir con una tía que no entiende mis paridas!

Alexa da vueltas por el salón como si tuviese que tomar una decisión que fuese a afectar a la vida de miles de personas. Termina su cigarro de tres caladas rápidas y lo tira al suelo. «Fantástico», pienso con ironía tras agachar la vista solo un segundo y comprobar la cantidad de pelusas que hay dispersas por el suelo.

—Para mañana quiero una lista con lo imprescindible, Olivia. Clasificado por año de estreno, género y nota media en Filmaffinity. Y quiero también que...

—Perdona... —la interrumpo con brusquedad, por lo que frena en seco y me lanza esa mirada suya que parece vacía—. No te preocupes... en serio... mi idea no es quedarme demasiado tiempo... no pretendo molestar...

—Claro... no pretendes molestar... —contesta ella, empleando un tono sarcástico. Al parecer la he ofendido, pero antes de poder siquiera explicarme, habla de nuevo y además, con lengua viperina—: La casa no es lo suficientemente buena para la nena, ¿verdad? A pesar de que la nena va a dormir bajo techo, y gratis...

—¡No, no! ¡No es eso!

—Mira, bonita, si te crees que no te tengo calada la llevas clara. Solo con ver tu pelo, tus uñas y tu piel, tengo muy claro quién eres. Pero tranquila, no voy a dejarte en la calle, no soy tan hija de puta. Puedes quedarte esta noche, usar mi mierda de casa y largarte mañana... si sobrevives, claro. Por mí no hay problema.

—Alexa... —dice Olivia, pero su amiga no atiende a razones.

—Me voy a por tabaco.

Alexa coge su cartera y sale de casa dando un portazo.

—Tu amiga parece inestable... —digo, tras unos segundos muy incómodos. Me deja perpleja que exista alguien capaz de salir a comprar con el pijama de la noche puesto.

Olivia coge una de mis manos y el gesto casi me obliga a mirarla a los ojos.

—Es mi mejor amiga —dice con sinceridad—. Tiene carácter, eso es evidente, pero es la mejor persona que he conocido nunca. Está enfadada con el mundo, eso es todo, pero te aseguro que si haces el esfuerzo valdrá la pena.

—Es que tengo la sensación de que no le gusto.

—Puede que si hubieras visto la cara de asco que has puesto al entrar en su casa, tal vez entendieses su actitud.

—¿Tanto se me ha notado? —pregunto, avergonzada.

Olivia asiente mientras doy un vistazo rápido a la sala.

—A Alexa no le han ido bien las cosas nunca —me explica—, como puedes observar. No es como tú, que lo has tenido todo desde siempre y no has tenido que pelear absolutamente nada. De hecho, podríamos decir que ella es todo lo contrario a ti. Lo poco que ves aquí, el sofá, la nevera, la mesa... lo ha pagado de sus sueldos miserables que ha ganado trabajando en mil sitios distintos en tan solo dos años. Pero no escucharás su historia de mis labios, tendrás que ganarte su confianza para que sea ella la que se abra a ti... si decides quedarte, claro.

—Es que creo que no le gusto.

—A Alexa no le gusta nadie.

—Tú sí —digo.

—Sí, yo sí —admite—, pero yo me lo he currado. Las amistades hay que trabajarlas. A veces, ese esfuerzo se ve recompensado, como en mi caso con Alexa. En otras no sirve de nada. No tengo claro si en tu caso, serás de las primeras o de las segundas, pero eso no significa que no puedas intentarlo...

Me levanto del sofá y doy una vuelta por el salón ojeando los pósteres. Hay bandas conocidas como AC/DC, Iron Maiden o Metallica, y otras cuyos nombres no había escuchado jamás. Me detengo bajo la mancha de humedad que hay en la talla del techo, y la observo unos segundos.

—El vecino de arriba, que le está tomando el pelo. El tío no llama al seguro y al final le caerá el techo encima.

—¿Y por qué no lo denuncia?

—Alexa no es de ir a la poli, prefiere solucionar las cosas de cualquier otro modo antes que metiéndose en líos.

Su argumento me parece un poco estúpido, pero imagino que tendrá sus motivos. No me extrañaría nada que Alexa hubiera tenido problemas con la justicia en algún momento de su vida

y ahora no quiera saber nada de ellos. Al mirar el techo reparo en el color amarillento que tiñe las paredes, el tabaco hace estragos en la pintura.

Se escucha el sonido de unas llaves entrando en la cerradura, un ruido cochambroso al girar y voltear el cerrojo, y un chirrido viejuno que me eriza el vello de los brazos cuando la puerta se abre. Es como si acabara de teletransportarme a una cabaña maldita en el bosque y el asesino de marras estuviera intentando asustarme. Sin embargo, es Alexa quien aparece en el salón. Sujeta un cigarrillo recién encendido en los labios y una cerveza de una marca que no había visto en mi vida, en la mano.

—Bueno, qué, ¿el apartamento cumple con la normativa de la nena para pasar una noche gratis, o te piras?

Espero un instante con la esperanza de que ocurra un milagro, tipo película, y mi teléfono suene en el último segundo. Pero Dexter no llama, y el instante se alarga más de lo normal, resultando incómodo.

—Sí, sí... me quedo... —confirmo al fin. He tratado de sonar convincente, pero creo que a estas alturas no engaña a nadie, ni siquiera a mí misma.

—¡Pues venga! Coged vuestros bolsos de furcia que nos vamos a celebrarlo.

## CAPÍTULO 12

### *DAR CERA, PULIR CERA*

Un temazo muy famoso reverbera en la sala y alucino con la cantidad de gente de mi edad que hay en el local, para ser el día que es.

—En la universidad funciona así —me explica Olivia—, la mayoría salen a diario. Les da igual que sea lunes.

Su comentario me pone sobre alerta.

—Pero... ¿todo esto es gente de la universidad?

—Todos, todos... no, pero en su mayoría sí.

Mi cara de pánico habla por sí sola.

—Olvídate, ¿vale? Te han puteado un poco, sí, pero no es nada en comparación con otras novatadas que he visto, de verdad.

—¿En serio? —pregunto miedosa.

Olivia se aproxima a mí y me susurra:

—Una vez vi cómo nombraban caballero a un muchacho... eso sí es fuerte.

—No sé qué es eso.

—¿No sabes que es qué? ¿Nombrar caballero?

Alexa llega hasta nosotras justo en el momento perfecto para sacarme de dudas.

—Nombrar caballero consiste en sujetar a un tío entre varios, levantarlo en el aire, abrirle las piernas y reventarle las pelotas contra un poste o farola.

—¿¡Qué dices!?! —exclamo aterrada.

Olivia asiente con gesto taciturno, y Alexa deja los quintos en la pequeña mesita circular que nos hemos agenciado. La sala está repleta de ellas, son altas hasta decir basta, y estamos de pie a su alrededor porque lo de conseguir tres taburetes va a resultar una misión imposible.

—¿Y qué le pasó al muchacho? —pregunto, mientras alcanzo mi bebida.

—Creo que esa noche se hizo una tortilla con sus propios huevos.

—¡Alexa! —le espeta Olivia.

—¿¡Qué!?! ¿Acaso es mentira?

Doy un pequeño sorbo y compruebo que es tostada. «¡Mierda! Odio la cerveza tostada».

—Lo que intento decirte, Annie, es que lo que te ha pasado a ti podría haber sido mucho peor, ¿entiendes?

Asiento mientras escudriño a la gente que hay repartida por el local en busca de mi posible agresor. La mayoría no parecen de primer curso. Los chicos que hay en clase, en su mayoría, son bastante críos. A veces me detengo a observarlos y me asombro de sus estupideces. En cambio, estos parecen más adultos. Y digo parecen porque los tíos son tíos, sin más. Es complicado encontrar a uno con la cabeza amueblada.

Me doy cuenta de que el local tiene un rollito *vintage* muy bien llevado. O el dueño tiene mucho gusto, o no ha escatimado en contratar a un buen decorador de interiores. Viendo el



resultado, esto le ha debido de costar unos cuantos miles. Han jugado con la iluminación para diferenciar varias zonas, y que cada una juegue un papel distinto en la decoración. Nosotras estamos en la zona, digamos, intermedia. En la principal, la iluminada con luz blanca, está pensada para grupos de amigos que charlan y ríen. En la zona situada justo al fondo, donde la iluminación es tenue y las mesitas están pensadas para dos, se agrupan las parejitas entre caricias y arrumacos. No me parece el sitio ideal para una primera cita, pero sí para una segunda, por ejemplo. Y después, la zona donde estamos nosotras, que digamos, hace de nexo de unión entre las otras dos, con una iluminación anaranjada y cálida. Aquí es donde está ubicada la pequeña pista de baile, en la que varias chicas se mueven y contonean en busca de tío, evidentemente. Parecen bastante idiotas, a juzgar por sus gestos y los comentarios que alcanzo a leer en sus labios.

En la barra con forma de «U» que se encuentra en el centro del local, veo a varios camareros trabajar sin descanso. Uno prepara cócteles de un modo fabuloso, mientras que otro sirve cañas a diestro y siniestro. Se nota que tienen escuela, porque se les da de fábula.

—¡Qué asco de música, joder! —suelta Alexa, por lo que dejo de lado la inspección técnica que estaba haciendo al local.

—¿No te gusta? —pregunto.

Ella me mira con cara de querer asesinarme.

—Me dan ganas de cortarme las venas. ¿Eso responde a tu pregunta?

—Pero es la música de moda...

—¡La gente es gilipollas! ¡Eso es lo que pasa! Si montara un bar, solo pondría rock.

—Pero no todo el mundo tiene tu gusto... —le dice Olivia.

—¡Ni el suyo! —grita, refiriéndose a las idiotas que bailan en la pista.

—No, pero son mayoría... —digo, entrometiéndome.

—¡Que le jodan a la mayoría! ¡Ahora veréis!

Alexa se bebe la cerveza de un trago y se va directa al chico que prepara los cócteles.

—¿Qué va a hacer? —le pregunto a Olivia.

—¿Por qué? ¿Te da miedo? —dice riendo.

—Mucho.

—Pues... conociéndola... pretende embaucar al camarero para que cambie la música.

—No lo hará —afirmo convencida.

—¿El qué? ¿Embaucarlo, o cambiar la música?

—Embaucarlo para que la cambie.

—¿Qué te apuestas?

Miro a Olivia, que sonrío convencida de su victoria.

—Lo que quieras. No van a poner rock en un local como este. Es imposible.

Olivia me ofrece la mano para formalizar la apuesta, y yo la acepto sin dudar.

—Observa.

Miramos a Alexa embobadas y, por un momento, me siento un poco incómoda observando a alguien de modo tan concienzudo. La vemos apoyarse sobre la barra con los codos, y a juzgar por la mirada del muchacho que va y viene de los ojos de Alexa a sus pechos, diría que está pronunciando su escote. El chico se pone nervioso. De pronto no parece capaz de preparar un cóctel. Alexa coge una aceituna que tiene el chico en un cuenco, se la lleva a la boca de un modo sugerente y él deja de trabajar: parece que ha captado toda su atención. De pronto, el chico da media vuelta y busca algo cerca de la caja registradora. Trata de aparentar serenidad, pero para nada. Vuelve y le entrega un bolígrafo a Alexa, que lo coge y reclama su mano. Él sonrío

mientras ella escribe algo en su antebrazo. Cuando termina, se inclina hacia él y le susurra al oído. Al chico le brillan los ojos, y ella aprovecha para coger un quinto que hay en la barra y que, indiscutiblemente, no le pertenece. Entonces vuelve hacia nosotras con una cara de guarra que me resulta increíble.

—Annie se preguntaba dónde habías ido —le comenta Olivia cuando llega a la mesa. Alexa sonrío, mostrando todavía la misma cara.

—Lo descubriréis muy pronto —dice.

Olivia y yo nos miramos, y mucho me temo haber perdido la apuesta. Cuando la canción de *reggaeton* que estaba sonando termina y arranca una balada de rock, mi rostro se descompone.

—Voy a calentarlo un poco más —dice Alexa—, quiero que esta noche me rellene como si fuese un bollo de crema.

Alexa va hasta la pista de baile con su quinto en la mano, que de pronto no parece de baile ya que todo el mundo se pregunta qué ha pasado con la música. No digo que la balada *Always* de Bon Jovi no sea buena, que lo es, pero no para un local como éste ni para un público... cómo decirlo... tan normal.

El grupo de chicas que bailaba en la pista hasta hace un minuto comienza a dar voces y a abuchear el cambio. Me paro a observarlas con detenimiento, cosa que no había hecho hasta este momento, y su modo de mirar a Alexa no me gusta un pelo. Unas a otras se van avisando entre risas de que hay una loca bailando sola en la pista, y empiezan a rodearla mientras ríen con descaro frente a ella. La cuestión es que las chicas me suenan, y no sé muy bien...

—¡Annie! ¿Esas no son las del otro día? —pregunta Olivia, alterada.

Mi cerebro se pone a trabajar con rapidez, pero no es necesario que fustigue a mis neuronas más de la cuenta: Meg, la idiota que quiere partirme la cara desde el primer día y su séquito de niñas más tontas que una ameba, están rodeando a nuestra amiga. «¡MIERDA!».

Olivia corre hasta la pista, y yo la sigo. No nos preocupamos en coger los bolsos, ahora solo importa Alexa. Tropezamos con demasiada gente de camino, y un chico nos recrimina el empujón que acabamos de darle. Me disculpo una y otra vez, y creo que mi cara hace que la mayoría nos permitan pasar, porque doy la impresión de que algo grave sucede. Nunca me han gustado este tipo de conflictos, sé de antemano que no estoy preparada para ellos, pero debo acudir. No puedo ser tan cobarde y dejar tiradas a las chicas.

Olivia llega un par de segundos antes que yo, lo suficiente para coger a una de las niñas tontas de la blusa y zarandearla a un lado, abrir un hueco y entrar al círculo central con Alexa. La sigo, y antes de darme cuenta estamos rodeadas.

—Mira quién está aquí! —exclama la tal Meg—. ¡Es nuestra noche de suerte, la granjera ha venido!

El grupo en general empieza a reír, excepto una de ellas, que se encara conmigo.

—¿Es esta? —pregunta con un desprecio masivo.

—Sí —contesta Meg—. Esta es la zorra.

Alexa ata cabos enseguida.

—¡Entonces tú debes ser Megan! —dice eufórica—. ¡Joder! ¡Que ganas tenía de saber a quién le había robado el novio aquí la pija de mi amiga!

Los ojos de la chica que tengo enfrente me dicen que Alexa ha dado en el blanco, porque se avivan como la mayor hoguera del mundo.

—¿Esta? —pregunta con un desprecio aún mayor que el anterior, cosa que hace un segundo parecía impensable—. ¿Me estás diciendo que este pedacito de mierda es nuestra granjera? ¿Que este trocito de estiércol está intentando comerse la polla de mi Dex?

—¿Dex? ¿En serio? —Alexa habla sin que le tiemble la voz, es alucinante. A mí me tiemblan hasta las orejas.

—¡Cállate, puta pelirroja! ¡O te saco del local y te arranco la piel a tiras! —Alexa sonrío, y Megan se centra ahora en ella. Parece que no tolera que la humillen—. ¿Quieres comprobarlo?

Hasta ahora, Alexa estaba disfrutando, pero llegados a este punto parece que la cosa cambia. Igual que su expresión, que se vuelve amenazante.

—Te lo explicaré de forma gráfica —dice nuestra amiga en un tono excesivamente serio.

Alexa golpea el culo de su botellín contra la esquina de una viga de carga. Lo hace como en las pelis, con una facilidad pasmosa, como si lo hubiese estado practicando de modo habitual, y el gesto le queda tan bien que veo al grupo entero de chicas retroceder un paso. Al estar rodeadas, nadie se percata de lo que ocurre en el centro de la discusión, y estoy aterrada: de pronto, Alexa se ha armado con un objeto que aparenta cortar como mil cuchillos, y lo peor de todo, tiene cara de atreverse a usarlo.

—Solo hay un modo de que acabemos la noche si seguimos por este camino —aclarar nuestra amiga pelirroja—. Yo, en la parte trasera de un coche patrulla, y tú —dice, apuntando a la tal Megan con el vidrio—, dentro de una bolsa de plástico negra.

La cara de Megan se vuelve blanca como la pared.

—¿Qué? —pregunta Alexa dando un paso adelante—. ¿Seguimos?

Veo a Megan tragar saliva e intentar disimular el pánico que siente, pero es tarde, todas lo hemos visto. Miro al resto, y la expresión es la misma para todas ellas. Alexa lo ha logrado.

—Estás loca... —es lo único que se le ocurre decir a Megan mientras trata de ganar tiempo a la desesperada. Alexa baja el vidrio, da un par de pasos al frente y contesta:

—No sabes cuánto.

La música gana de pronto protagonismo, ya que nadie dice una sola palabra. Tras unos segundos así, con Alexa y Megan mirándose a los ojos fijamente, es Meg la que acude al rescate de su amiga.

—Vámonos, anda, que no merece la pena.

Megan se deja convencer con demasiada facilidad y se marchan del local, eso sí, lanzándome miradas de psicópata al cruzar la puerta. Me enfado conmigo misma por ser incapaz de reaccionar: una simple despedida alegre con la mano hubiera sido perfecta, pero ni siquiera eso. Soy estúpida. No sé cuántas veces me han defendido de esas energúmenas, y yo todavía no he movido un dedo.

—Chicas... —digo apesadumbrada—, lo siento mucho...

—¿Por qué? —pregunta Olivia.

—Por todo esto... es culpa mía...

—¿Qué dices? ¡De eso nada!

Pero Alexa se entromete en la conversación, sin filtros, igual que los niños.

—¿¡Cómo que no!?! ¡Tienes que defenderte, joder! —me recrimina—. ¿Qué coño te pasa? ¿Te gusta que te humillen? ¿Es algún tipo de fetiche?

—No...

—¿¡Entonces!?

—Nunca le había pasado algo así —le aclara Olivia—. Es la primera vez que tiene este tipo de problemas.

—Vamos, que me has traído a casa a una virgen.

Su comentario me avergüenza, pero es la verdad. Es mi primera vez, y no sé cómo actuar.

—Vamos a hacer una cosa —dice Alexa cambiando su tono de voz—. Te quedas en mi piso

unos días y me comprometo a adiestrarte. Haré de ti una máquina de matar, un soldado de hierro, un puto Terminator. Y cuando el entrenamiento finalice, pequeño saltamontes, sabrás defenderte solita de esas pijaputas.

—Gracias —digo, emocionada. Delante de mí está la tía con más ovarios que he conocido nunca, dispuesta a enseñarme todo lo que sabe. De pronto, hace el gesto que los asiáticos usan en las pelis a modo de saludo formal, y la imito. A fin de cuentas, acabo de convertirme en su discípulo, y le debo respeto.

—¡Olivia! Deja de reír y haz algo útil —le suelta—. Vete buscando tocones de madera y una playa desierta. Al alba comienza nuestro entrenamiento.

—Sabes que ella no es Daniel San, ni tú el señor Miyagi, ni esto *Kárate Kid*, ¿verdad? —bromea Olivia.

—¡Calla! ¡No me cortes el rollo, joder, que aún tengo el botellín en la mano!

## CAPÍTULO 13

### ÁNGEL DE LA GUARDA

La noche se ha esfumado en un soplo, y tras varias horas bailando con las chicas, consideramos que ya es hora de dar por finalizada la fiesta. Si fuera por Alexa, esto podría tener la duración de una boda gitana, pero teniendo en cuenta que dentro de un par de horas deberíamos estar en clase, puede que ya esté bien. Alexa se despide del camarero a su manera, situando sus dedos índice y corazón en forma de uve sobre sus labios y sacando la lengua entre ellos... en fin, sin demasiada sutileza.

Fuera hace frío, a pesar de que el alcohol todavía me da algo de calor. Olivia no ha bebido casi y no ha dejado de amenazar con marcharse, pero al final ha aguantado.

Si tuviera que hacer un balance de la noche, sería positivo a pesar de todo. Hemos bailado y reído hasta decir basta, y el incidente con las animadoras no nos ha afectado en absoluto. Además, tenemos a Xena en el grupo —así se ha autodenominado Alexa durante toda la noche—, de modo que nada malo puede ocurrirnos.

—No tendría que haber venido... —se lamenta Olivia.

—Joder, hija —farfulla Alexa mientras se enciende otro pitillo—, deja de quejarte. ¡Para una vez que sales!

—Tendrían que prohibir que locales así abrieran entre semana —asegura.

—¡Coño! ¿Por qué te crees que está a las afueras? ¿Por gusto?

Lo pienso un segundo y Alexa tiene razón. Este local no podría estar en una calle cualquiera de un barrio de ciudad. Los vecinos no permitirían tanto escándalo, e incluso el ayuntamiento. Probablemente no concedan licencias para estos sitios.

De pronto suena un silbido, y las tres nos giramos a la vez. Es Theodor, que está apoyado sobre el capó del coche, como casi siempre.

—¿Quién es ese viejo? —pregunta Alexa.

—El chófer de mi padre —contesto sin pensar. El alcohol pasa factura, sin duda.

—¿Chófer? —Noto que Alexa se tensa, pero nos sigue a una distancia prudencial.

—¡Theo! —digo de un modo demasiado amistoso. Soy consciente de que nunca le he hablado de este modo, pero no logro evitarlo. Los párpados me caen, el cansancio empieza a hacer mella en mí, y verlo aquí significa que pronto estaré en el apartamento de Alexa, tumbada sobre su sofá. Sofá que ahora mismo se me antoja comodísimo—. ¿Qué haces aquí?

Theodor no dice nada, me observa a mí en primer lugar, y después a las chicas.

—Entrad en el coche, es tarde —dice, sonando casi a orden—. Os llevo a casa.

—¡Y una mierda! —contesta Alexa—. ¡Yo no subo al coche de ese tío!

—Es de confianza —digo, tratando de convencerla—. Es amigo de mi padre desde hace... ¿veinte años, Theo?

El hombre no contesta, solo se despega del coche y comienza a andar hacia Alexa.

—¡Eh! ¡Qué coño quieres!

Theo se sitúa justo frente a ella y con un leve gesto pausado y tranquilo, le quita el cigarrillo de los labios. Lo tira al suelo, lo apaga con el pie, y dice:

—En mi coche no se fuma.

—¡Espero que tampoco se viole, viejo!

Alexa puede ser muy molesta cuando se lo propone y el comentario podría haber ofendido mucho a Theodor, pero por el contrario, el hombre continúa como siempre, impassible. Sostiene la mirada de Alexa lo suficiente para que esta se sienta incómoda y, cuando es consciente de haberlo logrado, acude a la puerta trasera, la abre, y nos hace un gesto para que entremos. Cómo no, Alexa lo hace en último lugar, y dudosa.

—¿Dónde escondes el alcohol, Ambrosio? —le pregunta en tono burlón una vez instalada y consciente de lo lujoso que es el coche por dentro. Lo que no sabe es que está a punto de arrepentirse de haberlo hecho. Theodor da media vuelta y, por primera vez en toda mi vida, le veo reaccionar de un modo brusco. Coge a Alexa de un brazo, da un tirón firme hacia él y, cuando la tiene un poco más cerca, aprieta sobre su hombro con una sola mano. Alexa se desploma sobre mí al instante.

—¿¡Qué has hecho!?! —pregunto aterrada. Olivia es incapaz de decir nada, pero su cara muestra una expresión de terror imposible de disimular.

—Es una técnica de defensa personal, nada más. Vuestra amiga dormirá unas horas. Me estaba tocando... la moral.

Respiro aliviada. Por un momento he pensado que Theodor se había vuelto loco. Miro a Alexa, y parece relajada. El «truco» me ha dejado estupefacta.

—Bien, explicadme lo que ha ocurrido ahí dentro con esas chicas.

—¿Nos has visto? ¿Estabas dentro? —pregunto sorprendida, pero Theodor no responde de modo directo a mi pregunta.

—Habéis tenido mucha suerte, ¿lo sabéis? —no contestamos, pero no es necesario. Él continúa—: Esas cosas no suelen terminar bien. Vuestra amiga os ha salvado el culo, pero ha cruzado una línea que no se debería cruzar nunca. Es peligroso.

—¡Si la buscan la encuentran! —contesta Olivia, tratando de defender a Alexa—. ¿Qué más puedo decir?

—¡No quiero que digas nada, solo que cierres el pico! —Theodor impone mucho y le hacemos caso. Es mayor, sí, pero se le ve rudo y fuerte, y además, seguro de sí mismo. Es un hombre de pocas palabras, y hoy está batiendo el récord—. ¡Si quieres acabar con tus huesos en la cárcel, allá tú! ¡Es lo único que conseguirás siguiendo a alguien así! ¡Pero no os la llevéis por delante! —dice, refiriéndose a mí—. ¿Entiendes? ¡Ella no aguantaría ni tres días en un correccional! ¡Ni ella, ni tú!

Olivia está asustada, lo veo en su rostro, pero también ofendida. Le molesta que Theo esté hablando de ese modo de Alexa, y reacciona:

—¡Y tú qué sabrás de correccionales! —le espeta.

La mirada del hombre cambia del todo y, en un movimiento furioso, levanta su camisa. Tiene varias cicatrices bastante feas repartidas por su torso. Parecen cortes.

—Por cada una de ellas, hay un tío dentro de una caja de pino. —Su confesión nos deja patidifusas, sobre todo a mí, que no tenía ni idea—. No soy de los que hablan sin saber de qué lo hacen. La cárcel es muy jodida, y las peleas de bares no suelen llevar a ningún otro sitio. Sois unas crías, joder. Tiraros del pelo y daros dos bofetadas si queréis, pero dejáros de hostias o tendré que tomar cartas en el asunto, ¿estamos?

Las dos asentimos, y yo siento que voy a llorar.

—¿Te envía papá? —pregunto, tras volverme blandita al pensar en mi familia.

—No —contesta—. Es extraoficial.

Theodor está velando por mí, y eso me hace sentir a salvo casi de cualquier cosa. Es como si tuviera un ángel de la guarda. Uno capaz de dormir a una persona usando tan solo una mano.

—Gracias... —digo visiblemente emocionada.

Él me guiña un ojo y se convierte en el Theodor de siempre.

—¿Dónde os llevo? —pregunta.

—A la calle Whitman, por favor.

—Muy bien.

El coche se pone en marcha, y nosotras nos relajamos un poco. Coloco la cabeza de Alexa sobre mis piernas y la observo. Creo que aunque la zarandee, no despertará. Es asombroso. Parece que empiezan a despuntar los primeros rayos de luz, y tengo claro que hoy no piso la universidad. Voy a tener que tomarme el curso en serio y no hacer esto de modo habitual, de lo contrario me quedaré atrás y me costará mucho esfuerzo ponerme al día.

—¿Quiénes eran esas niñas? —pregunta Theodor al poco de ponernos en marcha.

—Nada... —digo restando importancia—, he hecho unas amigas nuevas en la universidad...

Busco su mirada a través del espejo, y la encuentro, como siempre.

—¿Te están puteando?

Theodor nunca me había hablado así. Siempre ha sido muy correcto en el uso de las palabras, pero parece que hemos ascendido un escalafón en nuestra relación.

—Sí... podría decirse que sí...

—¿Quieres que haga algo?

Olivia nos observa como un espectador en la butaca de un cine, expectante, como si de un momento a otro fuera a encargarle a Theodor el asesinato de mi enemiga.

—Me las arreglaré...

Theodor asiente, y ya no dice nada más en todo el trayecto. Atravesamos la ciudad que aún duerme, sigilosos como gatos. Los semáforos en rojo en amplias avenidas vacías se me antojan estúpidos, pero así funciona. Cuando por fin llegamos al destino, Olivia rebusca en los bolsillos de Alexa.

—¡Mierda!

—¿¡Qué!?! —pregunto.

—No encuentro sus llaves. No las lleva.

—¿Seguro?

—Joder, seguro. Mira en el bolsillo del culo.

Metó mi mano dentro, pero nada.

—¿Y ahora qué? —pregunto.

—A mi casa no puedo ir con las dos, y menos con Alexa así. Mis padres me matan —asegura Olivia.

La miro, y un fino hilillo de baba le cae sobre mi muslo. Theodor se ladea en su asiento, mira hacia nosotras, y nos da instrucciones:

—Coged a vuestra amiga y haced como si estuviera borracha. Nos vemos en el portal. No quiero que nos vean salir del coche a todos y alguien llame a la poli.

—Tampoco pasaría nada, ¿no? No hemos hecho nada —afirmo.

—Sí... ya... pero no me interesa que me vean con tres crías, una de ellas inconsciente. Créeme.

Asiento sin indagar más y salgo del coche a duras penas. Desde el interior, Olivia me ayuda a

sacar a Alexa, y una vez fuera, la sujetamos entre las dos como si fuese un muñeco.

—Aparco y vengo. Id hacia la puerta del patio.

Le hacemos caso sin mediar palabra, y el coche desaparece tras la primera esquina. Avanzamos a duras penas cargando el peso de Alexa sobre nuestros hombros y, al llegar al portal, descubrimos que está abierto.

—¿Cómo lo ves? ¿Podremos subir con ella a cuestras los dos pisos? —pregunto. Olivia duda.

—Son muchos escalones.

—Ya lo sé...

—¿Esperamos a tu chófer/mercenario?

Su comentario me hace mucha gracia.

—No es ningún mercenario...

—¿Pero tú lo has visto bien?

—Sí... ya lo sé... pero es muy buen hombre, en serio.

—¡Ha estado en la cárcel, joder! ¡Y ha matado! ¡Él mismo lo ha dicho!

—También lo sé... estaba contigo en el coche, ¿recuerdas?

—¿Y?

—Pues que es Theodor... ¡jamás me haría daño!

Olivia no parece convencida.

—Subamos a esta mula hasta arriba, anda —dice Theodor entrando en el patio en ese momento. ¿Es posible que haya escuchado la conversación? Espero que no...

—Te recuerdo que no tenemos las llaves.

—Tranquila, que de eso me encargo yo —me contesta.

Theodor coge a Alexa y la carga él solo. Es increíble la fuerza que tiene este hombre. Le seguimos mientras asciende peldaño a peldaño sin inmutarse.

—Es aquí —señala Olivia al llegar al segundo piso. Theodor deja a Alexa en el suelo, y saca su cartera de uno de sus bolsillos. Abre el compartimento de las monedas y extrae una especie de alambre. Mira a ambos lados antes de empezar, aunque es evidente que no hay nadie más que nosotras aquí. Parece un vicio adquirido, algún día le preguntaré. Introduce el alambre por donde deberíamos meter la llave y, tras unos pocos movimientos, se escucha un «clic».

—Para dentro... —Y la puerta se abre ante nosotras.

—Me alegra que Alexa no haya visto esto —dice Olivia sorprendida—, de lo contrario, querría aprender a hacerlo.

Theodor tuerce el morro ante el comentario, pero no dice nada. Pasamos tal y como nos ha ordenado, y él se encarga de levantar el peso muerto de Alexa del suelo.

—¿Dónde la dejo? —pregunta al llegar al salón con ella entre los brazos.

—Por aquí —indica Olivia, y Theodor la sigue. Cuando regresan al salón, no me da tiempo ni a darle las gracias por lo que ha hecho.

—¡Annie, ven conmigo!

La dureza con la que me habla no da pie a protestar, así que le hago caso y le sigo por el pasillo hasta la entrada de la casa, lejos de Olivia y, por tanto, de escuchas indiscretas.

—No voy a poder estar ahí cada vez que tengas problemas.

—Ya lo sé, no te pre...

—Me preocupo —me interrumpe—. Eres lista, tal vez la que más en tu familia. Siempre he visto en ti un gran potencial. Pero déjate de bares, de peleas y de hostias, ¿está claro?

—Yo no quería...

—¡Las cosas nunca suceden porque uno quiera, joder! ¡A veces basta con estar en el lugar



equivocado en el momento equivocado! ¡Así de simple! —Su mirada cambia de golpe, perdiéndose en un punto en el infinito.

—Theo... yo...

Él regresa del lugar al que sea que haya ido, y en un tono mucho más delicado, añade:

—Un día cometes un error... y años después, el error te sigue a todas partes, como un jodido cáncer. Y por más que quieras, no te deshaces de él. Nadie vuelve a verte con los mismos ojos, y desapareces. Nunca te buscan, ni tratan de saber si te encuentras bien. Un día te olvidan, y el dolor que eso provoca te acompaña a donde quiera que vayas. Cada día, cada hora, cada minuto...

Theodor enmudece de repente, y me doy cuenta de que ambos lloramos.

—Theodor...

Me entrega una mirada en la que tan solo hay cabida para la tristeza.

—Estás a tiempo, Annie. Estudia, aprende cuanto puedas, saca unas buenas notas y fórjate un futuro. Puedes hacerlo.

Por como suenan sus palabras, diría que Theo confía plenamente en mí, y eso me halaga. Me abalanzo sobre él como no había hecho nunca antes, y le doy un abrazo intenso. Noto que el hombre no sabe ni cómo responder, pero poco a poco siento sus brazos rodearme con cautela.

—Gracias, Theo. Pensaba que en lugar de corazón tenías un pedazo de hielo. Pero me equivocaba...

De pronto, el abrazo por su parte se vuelve intenso, y me sorprende aún más.

—Gracias a ti... —susurra el hombre muy despacio, casi tratando de que ni yo misma lo escuche.

Cuando nos separamos, limpio mi cara porque está empapada de tanto llorar. La suya también, pero él no la limpia. Creo que necesitaba soltar lo que fuera que llevara dentro, y no se avergüenza.

—Es tarde —dice—. Acuéstate un rato, anda.

—Queda una conversación sobre el pasado pendiente.

Él me mira solemne, y asiente.

—Quizá algún día...

## CAPÍTULO 14

### «THE ROCKBAR»

Debería haberme quedado en el apartamento de Alexa tratando de recuperarme de la resaca, pero sobre todo, poniéndome al día con las clases. No llevamos ni dos semanas desde que empezaron, pero todavía no he ojeado ni un solo apunte, así que no estoy tranquila. Más teniendo en cuenta que mi compañera es la persona más organizada y concienciada del mundo. Sus estudios son lo primero, incluso por delante de ese tal Matt —tan guapo y perfecto— del que solo he escuchado hablar. Imagino que tendrán sexo telefónico, porque si no, es que no lo entiendo.

Yo, en cambio, me dejo llevar con demasiada facilidad. Mi teléfono suena, Dexter me susurra «te echo de menos» al otro lado de la línea, y solo con eso logra hacerme olvidar las dudas y los miedos que mi padre se ha esforzado por implantar en mi cabeza. De modo que cuelgo el teléfono y corro en su busca. Soy así, qué le voy a hacer.

El tacto de la arena en los pies desnudos siempre me ha gustado, desde bien niña. Es una sensación que me relaja y casi me obliga a mirar al horizonte infinito y a pensar en la vida y en lo insignificante de nuestra existencia. A veces creo que me he equivocado de carrera y debería haber tirado hacía algo relacionado con la filosofía, porque cuando mi cabeza se dispara no hay quien la pare.

Su brazo me rodea por la cintura, haciéndome regresar. Apoyo mi cabeza en su hombro y continuamos paseando por la orilla del mar sin decir nada, simplemente disfrutando del instante juntos. El mar moja mis pies una vez más, y ya no parece que esté tan frío como hace unos minutos.

—Está un poco más adelante —dice.

—Tengo ganas de verlo —contesto.

Unos chicos juegan a *voleyball* en una red que hay en medio de la playa, y un hombre pasa a nuestro lado con un perro. Al finalizar el verano, permiten que la gente acuda con sus animales. Es una norma que nunca me ha parecido bien, pero reconozco que ya no hace tiempo para baños, así que trato de ser tolerante y no digo nada al respecto. Dexter me sorprende cuando llama al pastor alemán y se separa de mí para jugar con él. Es en situaciones como esta cuando dejo de verlo como el chico atractivo que es, y lo veo como el chico cariñoso y agradable que cualquiera querría tener a su lado. Después se despide del dueño del animal, con el que ha hecho buenas migas enseguida, y vuelve conmigo.

—Me fascina tu facilidad para relacionarte.

—¿Y eso? —pregunta extrañado.

—Siempre lo haces. Llevarte bien con la gente, caer bien, gustar... ya sabes...

—Intento ser amable, nada más.

—¡Nada más! ¡Como si eso fuera tan fácil!

—Uuuyyy... ¿estás celosa?

—¿YOOO...? NOOO... —digo con la intención de sonar irónica. Dexter se ríe y me abraza con fuerza.

—Bueno, tú tienes otras cualidades.

Me da bastante respeto la respuesta, pero aun así pregunto:

—¿Ah, sí? ¿Como cuáles?

—Eres valiente —dice convencido, lo cual me hace sentir estúpida.

—Eso no es cierto.

Él frena, y me detiene del brazo.

—¿Cómo qué no?

—Ya te he contado lo que pasó anoche...

—No considero que pegarse de madrugada en un bar sea de valientes, sino de estúpidos.

Lo pienso, y me ruborizo.

—Tú no eres así, y por eso no hiciste nada. Pero eso no significa que no seas valiente.

—¿Tú crees? —pregunto insegura.

—Tu padre te dio a elegir entre tu familia o yo, y te largaste. Es lo más valeroso que alguien ha hecho por mí nunca.

—¿Valeroso? —digo en tono burlón—. ¿En qué caballeriza ha resguardado su corcel, caballero? —Él se ríe, pero aún no he terminado—. Lo estará ensillando su escudero, ¿cierto? Tendrá infinidad de gestas importantes que realizar hoy, ¿me equivoco, mi señor?

—Idiota...

Dexter se ruboriza y agacha un poco el rostro. Me encanta...

—Ven aquí, bobo.

Él lo hace, me rodea con sus brazos y me humedece los labios.

—Hemos llegado —dice.

Su noticia me pilla desprevenida, pensaba que aún faltaba un poco. Al parecer ha querido que lo viera justo desde enfrente, y no desde la lejanía. Sus manos se sitúan en mis hombros, y sin previo aviso me voltea. Justo frente a mí, al terminar la arena y tras el paseo marítimo, hay un edificio que, arquitectónicamente hablando, se asemeja al estilo árabe, aunque no del todo. Sus paredes son lisas en el exterior, posee un par de torreones y varias bóvedas, unas más grandes que otras, acabadas todas ellas en punta. Hay algunos balcones distribuidos en la planta superior, y ventanas con formas de lágrima salpicando la fachada.

—¡Wow! —exclamo—. ¡Es una pasada!

—¿¡En serio!? ¿¡Te gusta!?

Mis ojos no pueden separarse del edificio, creo que acabo de enamorarme.

—Ya lo creo... ¿de quién fue la idea?

—Mía.

—Enhorabuena —digo de corazón—. Tienes mucho ojo.

—Claro, me fijé en ti.

Su comentario hace que dé media vuelta y le mire sonriendo como una boba.

—No puedes compararme con algo así, no me parezco en nada.

—¿Cómo qué no?

—Dime una sola cosa en la que me parezca a ese increíble edificio. Una sola —digo, convencida de que no será capaz.

Dexter se acerca hasta que su boca queda a un centímetro de mi oído:

—Los dos brilláis por fuera, pero guardáis lo mejor en el interior.

Ahora soy yo la que se ruboriza, y de pronto soy arrastrada hacia el local que, algún día, se

convertirá en el local de moda al que salir un sábado por la noche. Lo veo.

Cruzamos el paseo marítimo y accedemos a las inmediaciones del edificio a través de la única entrada posible, una puerta grandísima de hierro que me recuerda a las que se suelen ver en las típicas películas de terror cuya acción transcurre en una mansión abandonada rodeada por varias hectáreas de terreno. Pero el paisaje que tengo delante es bien distinto: un bonito jardín con amplias zonas de recreo se abre paso delante de mí, regalándome imágenes multicolor, frescas y ligeras, que me envuelven en un aura muy agradable.

—Aquí instalaremos bancos y la gente podrá salir a tomar el fresco, fumar, charlar... Imagina que conoces a un chico interesante ahí dentro y sales aquí para hablar con él y conocerlo mejor. ¿Qué te parece?

—Es un sitio bonito, está muy bien.

—Eso pienso yo. La mayoría de los locales de este tipo no tienen más que un triste aparcamiento en la entrada donde la gente sigue de fiesta con los equipos de los coches. Aquí será diferente. Podrás tomarte un respiro.

—Es buena idea.

—También hay piscina —dice señalando hacia donde nos dirigimos—, pero tendremos que pensar qué hacer con ella. El alcohol y el agua no son buenos compañeros.

—No, la verdad es que no.

Bordeamos lo que queda de edificio, pasamos junto a la piscina de la que acaba de hablar, y llegamos a la entrada principal. La puerta es amplia, parece de madera, y tiene aspecto de pesar una tonelada y media.

—Sígueme —dice emocionado.

Saca un manojito de llaves del bolsillo y escoge una que es grande, está oxidada y parece del siglo quince. La puerta se abre, Dexter la empuja hasta el fondo y, al entrar, una sensación de amplitud me invade por completo.

—¡Wow! —exclamo por segunda vez en menos de cinco minutos.

—¿Te gusta?

Miro hacia la bóveda y me asombra el efecto que produce, logrando que las distancias se magnifiquen y todo parezca más amplio. Frente a mí hay una escalinata que asciende al piso superior, y los inmensos ventanales dejan pasar una luz que casi parece divina. Todo es blanco, más aún si tenemos en cuenta que todavía están de obras y tanto el polvo como la escayola campan a sus anchas.

—Me parece increíble, de verdad.

—Muchas gracias. No sabes hasta qué punto esto es importante para mí.

Comienzo a pasear por la estancia. Me doy cuenta de que el suelo es de mármol —material caro donde los haya—, y de que la barandilla de la escalinata parece bañada en oro.

—¿Esto lo habéis construido de cero? —pregunto, ignorante de mí.

—Nooo, qué vaaa... La base ya estaba hecha, y hemos respetado muchas cosas. Tanto a Jack como a mí nos parece que la estética es brutal, pero no encaja del todo. Tendremos que hacer algunos cambios por aquí y por allá... en fin. La idea es aunar distintos estilos en un mismo local.

—¿Cómo? —Trato de entender lo que quiere decir, pero no lo logro.

—¿Nunca te ha pasado que has salido de fiesta con unas amigas y has acabado en un local que no te gusta, escuchando música que ni te va ni te viene?

—Sí, claro.

—Pues aquí no te pasará. Podrás cambiar de sala, de estilo, de música y de gente.

—¿¡En serio!?

—Esa es la idea. ¿Qué te parece?

—Innovadora y atractiva. Hará que la gente venga aquí desde lejos.

—Eso espero...

De pronto le noto preocupado.

—¿Todo bien?

—Sí. Todo bien.

Ahora es él quien empieza a vagar por la sala.

—Allí estará el guardarropa —me indica—. Allí los baños de la sala principal, la de *reggaeton*. Allí la barra. Al otro lado, la sala de pop nacional e internacional. Allí...

Dexter está emocionado, es evidente. Cualquiera persona lo estaría en su situación, con un primer negocio tan ambicioso como éste entre manos. Le observo mientras habla y casi me emociono con él. Me alegro mucho de que sea una persona con aspiraciones en la vida, es justo lo que ando buscando.

—¿Hay alguna superficie plana sobre la que pueda apoyar la espalda aparte del suelo? —pregunto, interrumpiendo el *tour* turístico.

—¿Por qué? ¿Te encuentras mal?

—No, qué va... es que me estás poniendo tontorrón... por tumbarme y que me lo hagas.

Dexter se sorprende, sin duda alguna.

—Mujer... alguna cosa podremos apañar —suelta, mientras acude a mí con ojos incandescentes—. Ven, sígueme.

Me da la mano y me guía escaleras arriba. El piso superior está muy retrasado en comparación con el inferior. Trastos de los albañiles por doquier, paredes inacabadas, techos...

—¿No trabajan hoy? Es entre semana, ¿no?

—No... verás... nos hemos quedado sin fondos. No hay dinero para materiales, ni mucho menos para pagar a albañiles.

Y entonces lo entiendo todo.

—Por eso necesitáis a mi padre —afirmo.

—Por segunda vez.

—Pero la primera no cuenta. Es tradición familiar que papá nos ayude con un primer negocio. Después, es cosa nuestra.

—Sí, lo sé, me lo explicó Jack. El problema es que no contábamos con ciertos desperfectos del local que han incrementado el precio de un modo bestial. Nos hemos quedado a cero.

—Y habéis vuelto a pedirle dinero.

—Correcto. Pero como ya sabes, no va a ayudarnos. Con una mínima inversión por su parte podríamos terminar con esto. Intentamos buscar fondos, tu padre era la última opción. Pero no nos quedó más remedio. Jack tuvo que arrastrarse, pero no sirvió de nada. Está enfadado contigo y conmigo, por lo nuestro... Somos el motivo de que esto no siga hacia delante.

—Lo sé, y lo siento.

—No tienes la culpa de que tu padre no quiera verme.

Se genera un silencio incómodo en el ambiente, pero lo rompo nada más sentirlo.

—Podéis pedirle ayuda a Liam. Acaba de ganar un millón de dólares.

—Lo sé, pero Jack no quiere abusar. Liam se va a encargar de la web, redes sociales, publicidad... Ya es demasiado.

—No creo que le importe.

—Es lo que le digo a Jack, pero no quiere. Prefiere buscar otras alternativas.

—Bueno... la cuestión es que acabéis la obra... y que me apoyes donde quieras, ya me da igual si es suelo, pared o techo. Voy a desestresarte.

Dexter se ríe y, sin mediar palabra, se quita la sudadera negra que lleva puesta. Su pecho depilado queda al descubierto, y cuando llega hasta mí, lo primero que hago es llevar mi lengua hasta su boca. Sus manos me sujetan por la cintura y alzo mis brazos. Dexter me comprende a la perfección, desliza mi vestido playero hacia arriba y me deja en ropa interior. Le beso con fuerza una última vez antes de dar unos pasos atrás. Él me observa con atención mientras le lanzo una mirada lujuriosa y me quito el sujetador sin dudar un segundo. Mis pechos quedan al descubierto, tiro la prenda al suelo y, a continuación, retiro las braguitas. Todo sin dejar de mirarle, por supuesto. Parece que lo he puesto bastante a tono, pero aún no he terminado. Doy unos pasos más hacia atrás hasta dar con la espalda en una pared, y abro mis piernas. Mi sexo se abre.

—Ven aquí... —le indico.

Dexter viene a mí decidido y, con el ímpetu de un tsunami, me recorre el cuerpo entero con su lengua. Lame mi cuello y el lóbulo de mi oreja, mis pechos y pezones, mi vientre y mis muslos. Por último, su lengua entra en contacto con mi sexo, sin freno y sin control. Le ayudo separando un poco más las piernas mientras que con las manos le enmaraño el pelo y le obligo a adentrarse más en mí. Con un movimiento pélvico deslizo mi sexo por su lengua, arriba y abajo, y Dexter deja de moverse: ahora soy yo la que lleva el ritmo. Voy y vengo mientras su lengua entra en mis labios y me recorre una y otra vez. Cuando la sensación de hormigueo se vuelve casi irrefrenable, me detengo.

Le indico que se levante, y él lo hace, pero despidiéndose de mi sexo con unos dulces besos. Durante el recorrido de vuelta no olvida detenerse en los puntos de interés turístico, y me acaricio mientras su lengua vuelve a mis senos. Cuando se siente saciado, acude a mi boca. Muerdo su labio y, mientras humedecemos nuestras bocas, desabrocho sus *jeans*. Antes de darme cuenta tengo su miembro entre mis manos y le masturbo con suavidad, a pesar de que está más que preparado. Me arrodillo y mi lengua comienza a hacer de las suyas. Lo escucho gemir y me pongo aún más caliente, qué le voy a hacer. La observo un instante, la sujeto con fuerza y le masturbo sin dejar de mirarle a los ojos. No pierde detalle de lo que ocurre aquí abajo, y parece que le gusta. Nuestras pupilas se dicen muchas cosas, todas sucias, y vuelvo a meterla en mi boca sin retirar la mirada. Él gime de placer, me sujeta la cabeza con las manos, y se adentra en mi boca. Me detengo y le dejo hacer. Emplea un ritmo estable y suave, y mi lengua se vuelve loca. De pronto comprendo que mis manos están libres, y que estoy perdiendo el tiempo. Las deslizo por la parte trasera de sus muslos hasta alcanzar su firmes y tersas nalgas, y las acaricio mientras lo devoro.

—Ven aquí... —dice.

Y le hago caso sin chistar. Cojo la mano que me ofrece para levantarme y, nada más hacerlo, me voltea, dejándome cara a la pared. En este punto Dexter realiza una serie de movimientos, rápidos y precisos, que me posicionan y me dejan lista y preparada para el acto: sus manos dirigen las mías para que se apoyen contra la pared, después da un pequeño golpecito en mi vientre indicando que debo sacar el trasero hacia fuera, y por último, una de sus manos me coge el pelo con fuerza mientras su miembro frota mi sexo hasta hallar la puerta de entrada. Se cuela hacia dentro con una facilidad pasmosa y, antes de darme cuenta, estoy siendo embestida una y otra vez. Se nota que Dexter es un chico fuerte y atleta.

Separo una de mis manos de la pared y la llevo hacia detrás. Toco sus abdominales, tensos y duros, y después sus pectorales. Solo de pensar que estoy teniendo un sexo tan bueno con el

chico que tanto me gusta, me estremezco. Su pene entra y sale sin descanso, y Dexter no parece resentirse del esfuerzo. Ladeo el rostro y le observo de soslayo, pero me detecta. Y al hacerlo, acude en busca de mi boca. Su mano libera mi cabello y coge uno de mis pechos justo antes de besarme, y el cóctel hace que todo se acelere demasiado.

—O frenas o me correré ya... —le advierto.

—Hazlo cuando quieras.

—¿Y tú? —pregunto preocupada entre beso y beso.

—En cuanto te corras, me corro.

Me fascina el control que tiene sobre su cuerpo. Yo soy incapaz. Si digo que voy, es que voy, y no hay más vuelta de hoja.

—Dame... —le susurro, haciendo caso a su sugerencia de correrme cuando lo desee.

Dexter no dice nada, pero sus embestidas hablan por sí solas. Separo mis piernas un poco más, y de pronto la siento con más intensidad. El sonido que producen nuestros sexos me excita de un modo inimaginable, y siento cómo el orgasmo llega a mí.

—Jo... derrr...

Sus manos sujetan mi cintura en el instante preciso. Me dejo llevar: gritos, jadeos, palabras malsonantes... todo, mientras logro el mejor orgasmo de mi vida, orgasmo que empapa mis muslos y me deja, literalmente, temblando. Y cuando todo acaba y al fin logro tomar aire, Dexter retira su pene de mi interior y se masturba. Ahoga varios gritos de placer y, cuando termina, doy media vuelta, me arrodillo, y lo beso con delicadeza a modo de despedida. Veo que le gusta y repito varias veces más.

Su teléfono suena, y parece interesado en coger la llamada.

—Ni se te ocurra —le digo bromeando.

—Puede que sea importante —dice él.

—Ya...

Pongo carita de pena por tener que separarme de mi nueva amiguita, la masturbo un poquito más y me la llevo a la boca. Dexter se retuerce.

—Ve, coge la llamada... —digo, tras sacarla de mi boca—. No pasa nada...

Vuelvo a meterla otra vez y Dexter se retuerce de nuevo.

—Vamos... —digo en tono burlón, con la boca llena—, podría ser importante...

Él ríe, yo vuelvo a lamerla y, como suponía, la llamada pasa a un segundo plano.

## CAPÍTULO 15

### *LOCURA «MODO ON»*

Han pasado dos días. Enteros. Con sus horas, minutos y segundos, todos ellos eternos. Dexter ha dejado de llamarme, y me estoy volviendo loca del todo. Solo ha contestado a un mensaje de texto diciendo «lo siento», y poco más. Mi cabeza no deja de darle vueltas a todo, y no logro comprender. Nuestro último encuentro fue increíble, o al menos eso creía yo. La visita a su futuro negocio... sexo salvaje... y después... nada. Terminó el día, nos despedimos como siempre, entre abrazos y arrumacos... no recuerdo que ocurriera nada extraño entre nosotros. No es lógico que no me haya llamado ni una sola vez, ni mucho menos que no haya venido a verme. Soy lo bastante mayorcita como para entender cuándo alguien pasa de mí, pero de verdad que esto no me lo esperaba. Creía que Dexter estaba a gusto conmigo. Reíamos, parecía feliz... «¡MIERDA! ¡TENGO QUE LLAMARLE!».

Miro a mi alrededor y observo la puerta de salida, que se encuentra al final de la inmensa escalera ascendente. Lo pienso un segundo antes de actuar, y lo agradezco: resulta casi imposible escapar de aquí sin convertirme, de forma irrefutable, en blanco absoluto de todas las miradas. Ahora maldigo el haber hecho caso a Olivia para situarnos en las primeras filas. El profesor McGregor no ha dejado de hablar desde que llegamos, y en numerosas ocasiones lo hace mirándonos fijamente a nosotras, con lo cual, desaparecer estilo David Copperfield va a estar complicado.

—¿Qué te pasa? —me pregunta Olivia en voz baja y un poco molesta. Estoy más nerviosa de lo que pensaba y, al parecer, no dejo de moverme.

—Me tengo que ir.

—¿Dónde? Te perderás la charla, es interesante.

Hace rato que dejé de escuchar, así que no tengo muy claro de qué está hablando en realidad McGregor. Sintonizo la emisora y me obligo a centrar mi atención unos segundos. El hombre, treintañero, físico atlético y de bastante buen ver, da media vuelta y encara la pizarra para acompañar con algún gráfico sus palabras. «¡AHORA!».

Me levanto con la agilidad de un gato montés y asciendo la escalinata con la velocidad de un atleta olímpico. No miro a los lados, tengo bastante claro que soy el centro de todas las miradas excepto de la única que me importa, la de McGregor.

Alcanzo la puerta en tiempo récord, giro la manivela, abro la hoja y, justo antes de atravesarla, la voz del profesor me detiene.

—Señorita Richmon —dice, empleando su tono neutro, ese que siempre emplean los empresarios rivales de mi padre en las reuniones protocolarias a las que se obligan ellos mismos a asistir. Ese que infunde temor.

—¿Sí? —pregunto a media voz, mientras doy la vuelta para mirarle a la cara. Creo que es lo mínimo que puedo hacer, al fin y al cabo, me acaba de pillar con las manos en la masa.

—Siento aburrirla con mis sermones. Pensaba que disfrutaba de las clases.



—¡No, no! ¡No me aburre, de verdad!

—Pero se marcha.

—Sí... es que... ha ocurrido algo...

El hombre me mira en silencio, como esperando una respuesta un poco más elaborada, pero alguien por el fondo se me adelanta.

—¡Tiene que ir a por estiércol para los caballos!

Las risas se extienden como un virus letal por toda la sala, pero el profesor permanece impasible al comentario.

—Lo siento —digo avergonzada. El hombre dirige su mirada hacia el rincón del que ha salido el grito y a continuación vuelve a mí.

—Me gustaría hablar con usted —dice—. Mañana, después de clase.

—Vale —contesto mientras intento filtrar y desechar todas esas incesantes y nocivas risas que calan en mí, y que depositan un poso negro y espeso, similar al del café, en el fondo de mi alma.

—Tiene mi permiso para marcharse, señorita Richmon —dice el hombre—. En cuanto a usted —señala con el dedo a un muchacho que se encuentra sentado en el fondo—, lo quiero en primera fila el resto del curso.

El chico pone mala cara, se queja y protesta, pero McGregor insiste:

—¡Aquí y ahora! ¡O fuera! ¡Como usted prefiera!

El chico me mira con odio, recoge su mochila con desgana y acude a primera fila, tal y como se le ha ordenado.

—¿A qué espera, señorita Richmon? Vaya a hacer eso que debe hacer. Confío en que sea importante.

—¡Sí, perdón! ¡Gracias!

Dexter tiene entrenamiento, y no pienso esperar ni un minuto más para saber qué está pasando. He de admitir que es la primera vez que hago algo así por un chico. Hasta ahora siempre han sido ellos los que han ido detrás de mí intentando enamorarme o recuperarme. Nunca a la inversa. Por eso me siento tan rara. ¿Sentirá Dexter al verme lo mismo que he sentido siempre yo en estas situaciones? Espero que no, porque recuerdo que era una sensación desagradable. Siempre me resultó difícil comprender por qué una persona no es capaz de asumir que una relación está rota, sin más, y sin embargo, ahora soy yo la que no quiere comprender. Paradojas de la vida.

Salgo a toda velocidad del bloque y comienzo a andar deprisa por la zona peatonal. El entrenamiento empieza en breve, y confío en poder verlo antes de que entre a cambiarse. ¿Por qué no lo he pensado antes?

Todavía escucho risas y comentarios por todas partes, y me afectan más de lo que desearía. Daría lo que fuera por frenar y pedir explicaciones a toda esa gente a la que ni siquiera conozco, pero ni me atrevo, ni tengo tiempo. Ahora solo importa Dexter, nada más.

Cruzo el campus por completo hasta llegar a la zona arbolada que hace de antesala del estadio de fútbol. No es que sea un estadio como tal, pero tanto los miembros del equipo como los alumnos de la universidad lo llaman así. Creo que de ese modo se convencen de que el equipo es grande, cuando en realidad es bastante mediocre. Eso no lo digo yo —que no entiendo nada de fútbol—, es la conclusión a la que llego tras ver un listado con los resultados de los últimos años del equipo. Han encadenado derrotas hasta que llegó Dexter. A partir de esa fecha, el equipo empezó a obtener victorias. Esporádicas, eso sí, pero que lo alejaban de las últimas posiciones de la liga.

Cuando llego a las gradas recuerdo el encuentro con las chicas, cuando Olivia se puso chula y

yo ni tan siquiera había rozado los labios de Dexter. Ahora lo he probado todo de él, he bebido de la fuente, y no puedo dejarlo. Estoy enganchada.

Miro a mi alrededor, pero no veo a nadie. Puede que haya llegado a tiempo. Ascendo las gradas para asomarme por la barandilla que hay al fondo y poder ver el aparcamiento. Hay numerosos coches en él, incluyendo el de Dexter, un coche familiar de color negro. Escucho voces y alguna que otra risa tonta, y me dirijo al lateral con cautela. Asomo la cabeza con disimulo y veo a varios jugadores del equipo avanzar hacia el terreno de juego. Ya se han cambiado y están listos para empezar. Ninguno lleva el casco puesto, de manera que reconozco a Dexter enseguida. Charla con un compañero, ríen y bromean. Se le ve feliz. Cuando me dispongo a llamarle, aparece Megan con una minifalda azul y un top a juego, pompones en las manos y coletas en el pelo. Juro que nunca entenderé a las animadoras y esa faceta suya de vestirse como quinceañeras ridículas. No sé si es que existe algún manual de éxito en el mundo editorial estilo «La animadora zorrón: trucos, sugerencias y alguna que otra cosa», pero están todas cortadas por el mismo patrón. Vista una, vistas todas. Solo que a esta le tengo algo más de manía, sobre todo cuando veo que detiene a Dexter y comienzan a hablar.

La ira se adueña de mí.

Megan acaricia su hombro mientras le susurra a saber qué. Dexter sonrío, y eso me enciende. Se acercan a la pared para cobijarse del sol, y eso los saca de mi campo de visión. Estoy justo sobre ellos, a unos tres o cuatro metros, y soy consciente de la facilidad con la que revelaré mi posición si me asomo a mirar por encima de la barandilla, pero no puedo evitarlo. Asomo la cabeza con cautela, y vuelvo a verlos. Ella sujeta los pompones con una sola mano mientras que con la otra acaricia uno de los brazos de Dexter. ¿Por qué no se la quita de encima? ¿Por qué no la manda a la mierda? Entonces empiezo a escuchar su conversación.

—¿Cómo pudiste estar con ella? —pregunta Megan—. Es asquerosa...

—Ya te lo he explicado... ¿tengo que hacerlo otra vez?

—¡Todas las que hagan falta! Solo de pensar en ti y en ella se me revuelven las tripas, joder.

—Ya lo sé... lo siento. Me equivoqué...

Escucho la conversación como si se tratara de una película y yo fuese un mero espectador, como si todo esto no fuera conmigo. Escuchar a alguien que te importa hablando sobre ti de ese modo provoca unas sensaciones que no le deseo a nadie. Me siento insultada, usada y engañada. Aunque no entiendo muy bien por qué.

—¡Sigo esperando! —le recrimina ella.

—¡Si ya te lo he dicho! ¡Contaba con el dinero de su padre! Pero ese tío es un hueso duro. Pensaba que enamorando a una de sus hijas estaría hecho, pero me equivoqué.

Al oír esto último, un grito ahogado sale de mi garganta obligándome a retroceder un par de pasos para no ser vista. Todo a mi alrededor empieza a dar vueltas, me mareo y tengo que aferrarme a la barandilla del fondo de la grada para no caer desplomada.

«¿En serio voy a tener que darle a mi padre la razón en toda esta historia? ¿Dexter no es más que un aprovechado? ¡No puede ser, pero... es lo que acaba de salir de su boca con total claridad!». Todos estos pensamientos rebotan en las paredes internas de mi cráneo, que en estos momentos está vacío. Solo hay hueco para Dexter y para todas esas ideas que prácticamente nada tienen que ver con el chico que creí conocer. Si ha estado fingiendo todo este tiempo, es un gran actor, de eso no hay duda.

Recobro el aliento y vuelvo a la carga. Asomo la cabeza de nuevo y no logro dejar de mirar. Una fuerza muy superior a mí me empuja como agua arrastrada por la corriente. Están un poco más acurrucados, ella continúa haciéndole arrumacos, y él se deja llevar. Entonces Megan se

lanza a su boca y, justo en el momento en que van a besarse, empujo con el pie una piedra de tamaño mediano. Lo hago de forma involuntaria, ni siquiera me había percatado de su presencia, pero la cuestión es que esta cumple con su cometido. Cae de forma inexorable al vacío, dejándose llevar por la insistente gravedad, cumpliendo con una misión que será crucial para el devenir de los acontecimientos. Es decir, cae en picado hasta dar en el centro de la cocorota de Megan, impidiendo que sus labios y los de Dexter entren en contacto. Se escucha un fuerte clic y, a continuación, a Megan gritando como una cría pequeña.

Me escondo con rapidez, pero soy consciente de que estoy vendida. Es decir, las gradas tienen tres paredes, las dos laterales y la del fondo. El único modo de salir de aquí sería por la parte delantera, pero si lo hago, lo más probable es que me encuentre de frente con Dexter y Megan, que no tardarán en dar la vuelta para ver quién les ha lanzado la piedra. Y no hay escondite posible, tan solo hay gradas de hormigón y el cuerpo a tierra nunca ha sido mi especialidad.

«¡MIERDA!».

Doy un par de vueltas sobre mi propio eje sin saber qué hacer. Megan menciona a mi madre varias veces, lo cual me deja claro que en cuestión de segundos doblará la esquina y me verá aquí arriba. Y ése será el fin para mí, a todos los niveles existentes.

«¡MIERDA, JODER!».

Acabo de entrar en modo locura total, esa que me obliga a hacer cosas que de ningún otro modo me atrevería a hacer. En este caso, pasar las piernas sobre la barandilla de la pared del fondo y descolgarme del muro. Calculo que hay una caída de unos tres metros, pero descontando mi altura tal vez no me mate. Es inevitable que mire hacia abajo una vez me he descolgado. Entonces comprendo la estupidez que acabo de cometer: en estos momentos, mis delicadas y débiles manos son lo único que me separan de una caída cuanto menos aparatosa.

—¡Eh! ¡Una loca va a saltar el muro! —grita alguien desde abajo.

—¡¿Qué haces ahí!? —grita una segunda persona.

Probablemente Megan y Dexter ya estarán en las gradas, preguntándose qué ha pasado. Estarán escuchando los gritos de la multitud y acudirán a ver qué ocurre. Y me verán aquí colgada. De modo que...

Suelto las manos del borde al que se aferran y caigo al vacío. El estómago me da un vuelco y, al golpear contra el suelo, siento un fuerte dolor en el pie derecho al torcerse. Pero no importa. Estoy abajo, y todavía respiro.

Varias personas se acercan a ayudarme, pero me escabullo entre ellas cojeando y sin mirar atrás. Es posible que Dexter esté observándome desde lo alto de las gradas, y de ser así, no le quedará la menor duda de hasta qué punto estoy loca por él.

## CAPÍTULO 16

### SOPLO DE ESPERANZA

Intento estar centrada, pero me resulta casi imposible. Mi cabeza solo puede pensar en Dexter y en Megan, y en qué estarán haciendo en estos momentos. Y sí, ya sé que no debería hacerlo. Que Dexter es un cerdo aprovechado y que nunca le he interesado lo más mínimo, pero no puedo evitarlo. Mi cabeza los imagina fornicando como animales mientras que mi cuerpo permanece inerte sobre el sofá de Alexa, viendo una trilogía de películas antiguas que, desde mi punto de vista, son una completa estupidez.

—¿Qué pasa? ¿No te mola? —pregunta Alexa, entre sorprendida y molesta.

—¿Si soy sincera me golpearás?

Ella me mira, duda, pero enseguida responde.

—Depende de lo sincera que seas.

—El argumento es absurdo. —Suelto la bomba, pero es Alexa la que explota.

—¡Ey, ey, ey! ¡Cuidadito, bonita! —dice, apuntándome con el dedo—. Hablamos de *Regreso al futuro*, cuidadín.

Miro a Olivia, que sonrío y disfruta de la escena.

—¡Pero si es ridículo!

—Olivia —dice Alexa medio en broma—, sujétame que me conozco. Que la vamos a tener.

—¡Pero vamos a ver, pon la pausa! —digo, casi enfadada. Olivia me hace caso, y comienzo —: ¿A ninguna os mosquea que su propia madre no lo reconozca? Es decir, ¿no se supone que él es Calvin Klein? ¿Y no lo recuerda!? ¿Aparece un tío buenorro de repente en tu vida cuando eres adolescente, te enamoras de él porque es la caña, y unos años después tienes un hijo que es idéntico... y no lo recuerdas!? ¿En serio!?

—¡Pero esa no es la cuestión! —suelta Alexa, tras incorporarse del sofá, exaltada.

—¡Pero cómo no va a ser la cuestión!

—¡No! ¡Es imposible recordarlo!

—¿¡Pero cómo va a ser imposible!?

—¡Piensa que Marty apenas está seis días en el pasado, y de esos seis días, su madre no lo ve en todo momento! ¿Quieres que recuerde a la perfección a un chico que apareció en su vida hace veinticinco años, estuvo un par de ratos con él, y después desapareció sin dejar rastro? ¿Sin dejar ni siquiera una foto? ¿En serio? ¡Eso no lo consigue ni Colombo, joder!

—¿Quién es Colombo? —pregunto.

—Jooodeer... —Alexa se echa las manos a la cabeza y Olivia se parte de la risa en el sofá.

—¿Qué te hace tanta gracia? —Estoy bastante irritada y soy consciente de que mi tono de voz no es demasiado agradable. Entre el dolor en el pie y el del corazón, no estoy de humor para nada.

—Tranquila, niña bonita, no quieras arrebatarme el galardón a tía antipática del apartamento.

Ni siquiera me disculpas, simplemente permanezco callada con la mirada clavada en la

pantalla. Noto cómo mis ojos se tornan vidriosos, y Olivia —que siempre tiene mucho más tacto que la bruta de Alexa—, intenta llegar hasta mí.

—A ver, bombón. Qué pasa. Puedes hablar con nosotras. Lo sabes, ¿verdad?

—¿Qué? ¿Tu macho cabrío ya no te empotra como una perra?

Olivia la fulmina con la mirada, y Alexa alza las manos en son de paz.

—Es por ir al grano y agilizar, nada más. Es evidente que está así por eso, joder.

—Tacto, Alexa, por Dios. Solo un poquito.

Empiezo a conocer a la pelirroja y empiezan a importarme muy poco sus comentarios, la verdad. Sé que lo hace sin maldad, ella es así de bruta, qué le vamos a hacer. El timbre de la puerta suena de pronto y Alexa acude a abrir, de modo que me quedo a solas con Olivia.

—A ver, ¿qué está pasando? —me pregunta.

—Dexter pasa de mí. Así, de repente. Y ahora está tonteando con la gilipollas de la animadora.

—¿En serio? —Su rostro muestra un nivel de asombro bastante elevado.

—Sí...

—¿Estás segura? Es decir...

—Los he visto. He ido a hablar con él, y me los he encontrado... ya sabes...

—No, no sé.

—Tonteando.

—¿Tonteando?

—Sí, ya sabes. Cuando empiezas con alguien y tienes esa mirada tonta en la cara que no te puedes quitar ni a bofetadas.

—Pero es que la animadora tiene esa cara siempre...

—Ya... pero no hablo de ella... sino de él...

—¿Qué me quieres decir? ¿Que el mismo chico que hace una semana estaba bailando contigo de aquel modo en esa fiesta, ahora, de golpe y porrazo, pasa de tu cara y quiere estar con su ex?

Asiento sin decir nada porque de hacerlo, mis propias palabras me dañarían de modos inimaginables.

—No me lo creo —dice tajante.

—¿El qué? —pregunto intrigada.

—Que Dexter no quiera saber nada de ti. Su aura desprende algo especial cuando está contigo. Y porque esas cosas se notan, Annie, y ese chico está coladito por ti.

—¡Le escuché! ¡Dijo que lo único que le importa es el dinero de mi padre para reformar su maldito local!

Las palabras salen desgarradas de mi garganta, exactamente igual que las lágrimas de mis ojos. Siento un fuerte quemazón recorriendo mi pecho, y mis puños se vuelven blancos de tanto apretarlos.

—No sé por qué ha podido decir tal cosa —suena una voz varonil desde el umbral de la puerta—, pero te aseguro que miente.

Olivia y yo desviamos nuestras miradas en dirección a la voz, y tras Alexa, Theodor aparece en el salón. Tiene un brazo en cabestrillo, y el rostro desmejorado.

—¡Theodor! ¿¡Qué haces aquí!? —pregunto confusa.

—Vengo a pedirte disculpas —confiesa sin ningún tipo de pudor—. Necesito hablar contigo. ¿Puedo? —pregunta, señalando el sofá.

—Claro, claro —digo enseguida—. Siéntate. ¿Qué te ha pasado ahí?

Theodor mira su brazo un instante, pero no contesta. Toma asiento y observa mi pierna.

Ahora que está más cerca veo que tiene fuertes marcas en el cuello.

—¿Cómo vas? —me dice—. ¿Puedes apoyarlo?

—Sí, bueno, regular. Me duele. Pero estoy bien.

—Tuviste suerte. Podrías haberte roto una pierna, la cadera, o incluso un par de vértebras. Caíste de muy alto.

—¿Viste la caída? —pregunto avergonzada, a lo que él asiente.

—Llevo varios días siguiéndote. Por eso estoy aquí. Al menos —dice cambiando el tono de voz a uno más distendido—, puedo asegurarte que Dexter no descubrió que la loca que había saltado el muro eras tú.

Me pongo roja como un tomate, pero me siento un poco más aliviada. El objetivo final del salto era ese.

—Espera, espera, espera —suelta Alexa, entrometiéndose como siempre—. ¿Saltaste al vacío y te jodiste una pata huyendo de tu chico? ¿En serio?

Olivia tiene claro lo que hay que hacer. Se levanta del sofá, va hasta su amiga y la rodea con el brazo.

—Te invito a una birrita, anda.

—¿Has visto, Annie? —La expresión en la cara de Alexa se vuelve jovialidad pura—. Olivia sabe cómo tratarme. Sé de sobra que lo hace para quitarme de en medio, pero aun así no me importa. Toma nota y aprende, princesa Disney.

Las dos desaparecen del salón —Alexa realiza el gesto de anotar en un bloc mientras me mira con descaro—, y tras el sonido de la puerta de entrada cerrándose, Theodor y yo continuamos donde lo habíamos dejado.

—¿Por qué me has estado siguiendo? ¿Te manda mi padre!?

—Estoy aquí por mi propia cuenta —contesta, negando con la cabeza—. Tu padre ya no puede ordenarme nada porque ya no formo parte de la plantilla.

La noticia me deja helada. Theodor, Gabriela... son personas que llevan conmigo toda la vida. Pensar en mi familia y en mi hogar es pensar en ellos también, y ahora, la sensación que se me queda en el cuerpo es la misma que cuando te notifican que ha fallecido un familiar. Es extraño, pero es así.

—¿Qué ha pasado si puede saberse?

Theodor me mira, aprieta los dientes, y escupe:

—He hecho cosas por tu padre de las que no estoy orgulloso, Annie. Sobre todo en los inicios de nuestra relación, cuando él estaba empezando en sus negocios y... digámoslo con suavidad... necesitaba algo de apoyo logístico para lograr sus objetivos. Con los años se afianzó en el sector, y cuando eso ocurrió, llegamos al acuerdo de que no volvería a realizar trabajos turbios.

El hombre se queda en silencio y su mirada se empapa, pero se controla. No derrama ni una lágrima.

—Sin embargo, hace unos días me pidió un favor personal. El último, aseguró. Y le debo tanto a ese hombre que no pude negarme. Pero fue un encargo... extraño. Era la primera vez que tu padre quería estar presente.

Siempre había intuido que papá podía estar metido en cosas turbias, pero ahora que Theodor lo confirma, la sensación que se adueña de mí es, cuanto menos, desagradable. Casi aterradora.

—¿Qué te pidió que hicieras? —pregunto, con voz temblorosa. Él me mira a los ojos y me pide disculpas sin emplear una sola palabra.

—Algo fácil, en principio. Tenía que amedrentar a un crío, nada más.

—¿Cómo?

—Ya sabes... darle un escarmiento... acojonarlo... puedes llamarlo como quieras.

Mi cabeza empieza a trabajar, como siempre en estos casos, y encajo las piezas con suma facilidad.

—¿Quién era ese crío?

—¿Aún no lo sabes?

—¡Qué le habéis hecho a Dexter! —grito encolerizada, a lo que Theodor no responde. Se limita a agachar la cabeza—. ¡CONTESTA! —grito, mostrando una rabia que hasta ese momento jamás había habitado en mí.

—Empecé tratando de amedrentarlo, como siempre. En la mayoría de los casos funciona. En este, no. Dexter no se acojonó.

—¿LE GOLPEASTE?

—Tenía que hacerlo. Tu padre estaba presente, y no podía fallarle. Pero miraba a ese muchacho, y solo podía pensar en ti. En lo mucho que te dolería cuando te enteraras.

—¿Qué le hiciste?

—En realidad nada. Quise empujarlo contra una pared, pero ni se movió. El chaval es fuerte, se mantuvo firme como una roca. Nunca me había pasado algo así.

Dexter juega al fútbol y se nota. Si puede aguantar placajes de chicos que pesan más de cien kilos, puede con Theodor.

—¿Y después? —pregunto con muchísimo miedo.

—Después me dobló el brazo como si fuese de mantequilla, me cogió del cuello y me dobló en el suelo.

—¿Todo eso te lo hizo él? —pregunto, señalando su brazo dañado y sus marcas del cuello.

—Sí, bueno. Para ser sincero, opuse algo de resistencia, pero no demasiada. No quería hacerle daño al chaval, pero tampoco quería que tu padre se diera cuenta de que me estaba dejando doblar por el crío.

—¿Por qué hizo algo así papá? ¿Por qué te envió a hacerle daño?

—Tu padre no lo considera digno de estar contigo. No lo aceptará en la familia. Por eso quería asustarlo, para que te dejara y no se atreviera a acercarse a ti.

Entiendo lo que dice Theodor, pero no tiene ningún sentido.

—Pero... si dices que Dexter no se asustó... si dices que incluso se defendió... ¿por qué no quiere saber nada de mí?

Theodor respira hondo.

—Porque, como te he dicho antes, tu padre quería venir a la «reunión».

Trago saliva y hago la pregunta del millón de dólares.

—¿Qué hizo mi padre? —remarco cada una de las palabras conforme salen de mi boca, temiendo lo peor.

—Lo que mejor sabe hacer.

—¿Le amenazó?

—Sí —afirma Theodor—. Le ordenó que me soltara y que se olvidara de ti. Le aseguró que le daría todo el dinero que necesitara para acabar su local y que no tendría que devolverlo. Sacó un talonario y extendió el cheque allí mismo.

La confesión de Theodor me hace mucho daño, porque confirma lo que imaginaba: Dexter escoge el dinero antes que a mí, igual que todas las personas que he conocido a lo largo de mi vida. Siempre es el dinero. Siempre. Es el culpable de todos los males del mundo. Sin él, la humanidad sería un lugar mucho más hermoso en el que vivir, no me cabe la menor duda.

—Annie... —dice Theodor en un tono de voz que suena a culpabilidad—, deberías hablar con

el chico. Hay algo de toda esta historia que no me corresponde a mí contarte, sino a él... si quiere hacerlo.

Sus palabras me intrigan, pero por su forma de hablar tengo bastante claro que no debo insistir. Theodor parece un hombre de palabra, y creo que acaba de sincerarse conmigo como nunca antes lo había hecho con nadie.

—Gracias por venir, Theodor. Pero no sé si iré a hablar con Dexter. Le vi con otra chica... y... bueno...

—Annie —me interrumpe de forma suave—, Dexter está enamorado de ti. Lo vi en sus ojos cuando lo amenacé con que dejara de verte. No había visto una mirada así nunca. Ni siquiera en la cárcel.

Theodor se levanta, dando por finalizada la visita. Le acompaño hasta la puerta y cuando la cruza, se detiene un instante.

—Solo tienes que hablar con él y todo encajará. Confía en mí.

El hombre no espera a que conteste, comienza a descender escalones sin mirar atrás. Se le ve hundido. Cada pisada que da parece más pesada que la anterior, como si soportase una carga enorme sobre los hombros que siempre ha tratado de ocultar y que al fin puede mostrar sin reparos. Le observo con detenimiento y lo lamento mucho por él, porque intuyo que hay cosas que no me ha contado y que necesita soltar.

—¡Theo! —grito con cariño. Él da media vuelta tras el primer tramo de escaleras, se detiene, y me observa en silencio—. Gracias por no fallarme.

Theodor sonrío y desaparece sin más.



# CAPÍTULO 17

## *REVELACIONES*

Sabía que los sábados por la mañana la gente sale a la playa a pasear, a tomar el sol, a leer un libro o incluso a hacer deporte, pero lo que no sabía era que existen valientes capaces de darse un chapuzón aun cuando el verano ya ha terminado y el sol ni siquiera ha subido lo suficiente como para proporcionar al agua esos cinco o seis grados que, seguro, le faltan para estar perfecta.

Los niños juegan en la orilla, los ancianos pasean a lo largo de la costa, y varios veleros cruzan el horizonte, tejiendo una imagen agradable y cálida. Me siento al borde del paseo marítimo a observar el paisaje y, de paso, a pensar con algo de claridad. Sé de sobra a lo que he venido, pero necesito ese último empujoncito que, sin duda, me daría Alexa si no me hubiera negado a ser acompañada. Quería hacerlo sola, y aquí estoy, asustada y con el corazón encogido por los nervios. Ladeo la cabeza y veo el edificio que se convertirá en el mayor local de moda de toda la costa. Desde donde estoy se escucha el jaleo que provocan los obreros trabajando en su interior, que contrasta con la tranquilidad que se respira aquí fuera.

Respiro hondo y me levanto. «Vamos allá».

Cruzo el paseo de la playa, voy hasta la entrada y compruebo que está abierta de par en par. Asomo la cabeza, pero no veo a nadie en el jardín, de modo que me adentro sin más. Estoy convencida de que Dexter no estará muy lejos, es sábado y seguro que viene a supervisar el trabajo.

—¿Hola? —No obtengo respuesta, así que continúo un poco más. Bordeo el edificio, recorro casi la totalidad del jardín, y atravieso la puerta principal.

—¿¡Hola!?! —repito, una vez más, dentro del edificio. El resultado es el mismo.

El ruido de una máquina en el piso superior es infernal. Hay una cantidad de polvo en el aire que casi me impide respirar, y los trabajadores se dan voces unos a otros, pero comprendo que si no lo hicieran no podrían oírse. Entre esas voces detecto la de Dexter, y mi cuerpo se tensa sin remedio. La valentía que me ha empujado a venir hasta aquí se esfuma por completo y siento la necesidad irrefrenable de dar media vuelta y marcharme, pero justo en el momento en que me decanto a favor de dicha idea, alguien me saluda.

—Hola, buenos días. ¿Querías algo?

Doy media vuelta y un calco de Dexter me sonrío educadamente. Es un chico algo más alto y delgado que él, pero tiene toda su cara. El parecido es asombroso.

—Hola —contesto titubeando—, buscaba a Dexter.

—¡Eres Annie! —dice, maravillado.

—Sí...

—¡Encantado! ¡Soy Morgan! Te daría un abrazo, pero te mancharía ese bonito vestido.

—No te preocupes...

—¿¡Ah, no!?! ¡Pues ven aquí, hermanita!

Morgan me apretuja y me da un fuerte abrazo.

—Muchísimas gracias por todo —dice tras el apretón—. Dile a tu padre que vamos a dejar el local perfecto, ¡ya lo verás! ¡Somos muy buenos en esto! Mi padre es un manitas y... ¡Espera! ¡MI PADRE! ¡YA VERÁS CUANDO TE VEA! ¡CON LAS GANAS QUE TIENE DE CONOCERTE! ¡ESPERA UN MOMENTO!

Morgan sale corriendo escaleras arriba, y yo me quedo perpleja. Es como si Dexter les hubiera hablado de mí, pero no les hubiera contado las últimas noticias, es decir, lo de nuestra ruptura y eso...

El sonido de la máquina para en seco, y escucho a Morgan desde abajo.

—¡VEN CONMIGO! ¡PAPÁ! ¡NO TE LO VAS A CREER! ¡VAMOS!

Unos segundos después veo aparecer a Morgan, que estira del brazo a un señor de pelo blanco con cara de incertidumbre. Bajan las escaleras a trompicones y se plantan delante de mí. Morgan parece eufórico.

—¡Papá! ¡Es Annie!

El chico no deja de mirar a su padre, como si no quisiera perderse ni un solo detalle de la reacción del hombre. Por su parte, el padre de Morgan y Dexter me mira con cara incrédula. Tiene unas pequeñas gafas apoyadas de mala manera sobre la punta de la nariz y las empuja con el meñique hasta situarlas correctamente, como si de otro modo no pudiese verme bien. El hombre me pega un vistazo de arriba a abajo, y a continuación mira a su hijo.

—¿Es ella? —pregunta asombrado, como si yo fuese una estrella de Hollywood y el hombre, mi mayor admirador.

—Sí —afirma Morgan—. Es ella. ¿Cómo te quedas?

—¿Annie?

La voz de Dexter pronunciando mi nombre provoca que deje de atender al hombre que tengo enfrente y desvíe la mirada hacia el piso superior. Dexter está al borde de la escalera, sin camiseta, con la tez cubierta por una fina capa de polvo blanquecino. Desearía poder entregarle una sonrisa, pero me siento incapaz.

—No estoy presentable —se lamenta el hombre afligido, sin percatarse de que no le estoy ni mirando—. No contaba con tu visita. Es un placer.

—El placer es mío —contesto, tras retirarle la mirada a Dexter de modo deliberado—, y no se preocupe... no tenía previsto venir hoy por aquí, ha sido pensado y hecho. Le pido disculpas.

—¡No, no, no! ¡Estás en tu casa! ¡Puedes venir tantas veces como quieras! Solo que... bueno... me hubiera gustado conocerte en otro ambiente, ya sabes. Estamos aquí gracias a tu padre, y hubiera preferido abrirte las puertas de mi hogar, no sé... una comida familiar tal vez, algo así... ya sabes.

—Papá, no te enrolles, anda, que eres un experto —suelta Dexter al llegar hasta nosotros. Muestra una expresión que me desconcierta, nunca la había visto antes.

—¡Papá solo intenta ser amable, capullo! ¡Sabes la ilusión que le hace conocerla!

Dexter suspira muy profundo.

—Perdona, papá... no pretendía...

—No pasa nada, tienes razón. A veces me enrollo —el hombre sonrío—, en fin. Imagino que queréis estar un rato a solas. Tu hermano y yo seguimos sin ti, ve con ella un poco y ahora vuelves.

Noto cómo el hermano de Dexter pone mala cara, pero no dice nada.

—Gracias, papá.

—De nada, campeón. —El hombre me mira—. ¡Dexter se hará jugador profesional! ¡Ya lo verás! —Agarra con fuerza la nuca de Dexter y lo zarandea como si fuese un muñeco—.

¡Siempre he confiado en él! ¡Sé que algún día lo lograré!

Me doy cuenta del pequeño detalle: Morgan ha empezado a subir escaleras antes de que el discurso de su padre siquiera empezara. Debido a venir de dónde vengo, diría que tengo un máster en este tipo de rencillas familiares, y aquí ocurre algo. Diría —casi con toda probabilidad— que el hermano de Dexter está celoso, pero no es más que una primera impresión, podría estar equivocada.

—Bueno, bonita. Ha sido un placer —dice el hombre—. Estás invitada a una cena en casa.

—¡Papá! —interrumpe Dexter—. ¡Ya vale, por favor!

El hombre detecta algo extraño en su hijo, y su expresión cambia. Asiente, y obedece.

—Nos vemos —se despide al fin.

—Un placer —contesto con educación. El hombre se marcha al piso superior siguiendo el sonido de la máquina que Morgan ha debido conectar de nuevo, dejándonos a solas. Entonces, Dexter rompe el hielo.

—¿Salimos fuera?

Asiento, y él hace lo mismo. Comienza a andar y le sigo.

—Siento no haberte llamado —dice tras detenerse frente unos rosales—. Sé que no tengo excusa, así que solo diré que lo siento. De veras.

Sus palabras suenan sinceras, pero no me vale. He venido hasta aquí buscando respuestas, y no me iré sin ellas.

—Theodor vino a verme —suelto de un modo bastante tajante.

—¿Quién?

—El hombre que mi padre envió a amenazarte.

Dexter trata de disimular, pero llega tarde. Le he cogido por sorpresa, y ni siquiera le doy tiempo para buscar un argumento medio decente con el que excusarse.

—Lo sé todo —añado, por si le queda algún tipo de duda—. Te dieron a elegir: el dinero para tu local, o yo. Y escogiste el dinero.

Mi mirada está cargada de resentimiento, pero mi voz suena diferente. Suena a dolor. Y es que algo así lo hubiera esperado de cualquiera de los chicos con los que me he relacionado a lo largo de mi vida, pero no de él. De él esperaba mucho más. Muchísimo. Y jamás algo tan sucio y rastrero.

—No es tan sencillo. Nunca lo es —dice.

—Sí lo es. Dinero o Annie. Y escogiste dinero. Eres igual que todos. ¡No! ¡Peor! ¡De otros lo hubiera esperado! Pero de ti...

Esto último le duele, lo veo en su mirada. Y su reacción es la de un animal salvaje.

—¡No tienes ni puñetera idea de lo que dices! ¿¡Me oyes!? ¡Ni idea!

—¿Ah, no? ¡Pues ilumíname!

—¡Mi familia está arruinada! ¿Entiendes? ¡Arruinada! ¡Y todo por mi culpa! ¡Todo por esta mierda de negocio en el que me he metido! —Dexter aprieta la mandíbula con fuerza y sus músculos se tensan—. ¡Tu hermano y yo compramos un local con problemas en su estructura! ¿Entiendes? ¡Y mis padres me avalaron para poner mi parte! ¡Pero nos quedamos sin dinero para la reforma porque restaurar un edificio así de dañado es una locura! El local debería estar abierto ya y generando ingresos, pero eso no ocurrirá hasta que terminemos la obra, y la obra no acabará nunca si nos quedamos sin dinero. ¿¡Entiendes!? ¡Y tu padre nos lo va a proporcionar! ¡Hasta el último dólar! ¡Pagaré las facturas de mi familia hasta que el negocio sea rentable y pueda devolverle todo lo prestado! ¿Comprendes? ¿¡Crees que quería renunciar a ti? ¿¡Eso crees!?

De pronto las piernas me tiemblan y no soy capaz de contestar.

—Te quiero, Annie. No puedo dejar de pensar en ti. Nunca había querido así a nadie. ¿Me oyes? ¡Nunca! Pero esto no trata de ti o de mí. Trata de mi familia. De mi padre y de mi madre... —Su gesto cambia de pronto, mostrándome su lado más humano y vulnerable—. Si esto sale mal acabarán en la calle —añade, con gran pesadumbre en la voz—, y será culpa mía...

Dexter me da la espalda y mira al cielo. Se queda en completo silencio, pero aun así lo oigo: maldice, grita y llora en su interior de un modo imperceptible, pero desgarrador.

—¿Desde cuándo estás así? —pregunto preocupada. Intuyo que todo esto que ha estado guardando dentro le ha podido hacer mucho daño. Él toma aire profundamente y lo exhala con calma, tratando de no volverse loco.

—Desde hace demasiado. No duermo, ni como. Tengo el estómago cerrado. He bajado de peso. En los entrenamientos no estoy bien, y el místico empieza a darse cuenta. Hoy hay partido, y no estoy a la altura... pero mi padre cuenta con que logre llegar a primera división. Está convencido de que lo haré, pero cada día que pasa es más difícil que eso ocurra.

—Pero ahora ya has solucionado el problema, ¿no? —digo resentida—. Ya tienes dinero para poder acabar tu negocio.

—Sí.

—¿Entonces? ¿No deberías poder dormir y comer, y jugar, y ser el mejor? ¿No tienes lo que querías?

Dexter da media vuelta, viene hasta mí y se sitúa a apenas unos milímetros, desde donde puedo sentir su respiración.

—No, no tengo lo que quiero.

—Ya, claro...

Dexter da un paso atrás, ofendido.

—¿No me crees?

No contesto y, como suele decirse en estos casos, el que calla otorga.

—¿Tan mal lo he hecho? ¿¡En serio!? ¿Tanto como para no creer en mí cuando digo que te quiero?

—Bueno... —digo sin modificar el resentimiento que transmite mi voz—, si no te hubiera visto con tu animadora, tal vez te creería...

Dexter se queda perplejo, y su rostro mezcla la ofensa y la sorpresa a partes iguales.

—¿De qué me hablas?

—Ayer... os vi en el estadio...

—¿Ayer? —Le observo cómo se detiene un instante a pensar, pero enseguida cae en la cuenta—. ¡Nooo...! ¿¡Fuiste tú!? ¿¡La de la piedra en la cabeza!?

Aprieto los labios de tal modo que se unen y forman una fina línea que muy poco se asemeja a una boca y, que para más inri, admite mi culpabilidad en los hechos de los que se me acusa. Para mi sorpresa, Dexter comienza a reír a carcajadas.

—¿¡Qué!? ¿¡De qué te ríes!?

—¿Yooo...? De nada, de nada... —Pero él continúa haciéndolo sin poder parar. Lo cierto es que esta situación provoca que me relaje un poco y pueda hablar sin pensar cada palabra antes de decirla.

—¿Cómo que «de nada, de nada»!? ¡Vamos! ¡Dímelo! —le exijo, sin darme cuenta de que me ha contagiado la risa.

—¡Si llegas a ver la cara de idiota que se le quedó cuando le cayó la piedra en el centro exacto de la cabeza! ¡Menuda puntería tienes!

—¡Te juro que fue sin querer! Pero... la verdad... es que no me sabe nada mal...

—¡Claro que no! ¡Se lo merece!

—¿Tú crees? Estabas muy sonriente con ella... parecías feliz...

Mi voz se envuelve en un manto de miedos e incertidumbres, y él se percata.

—Fingía ser feliz, que no es lo mismo, y por lo que parece, lo hice bien.

—¿Cómo que «fingías»? —pregunto extrañada—. ¿Qué quieres decir?

—¿Pensabas que estaba interesado en ella?

—¡Pues claro! ¡Es tu ex!

—Precisamente por eso, no quiero volver a estar con ella en la vida. Bueno, por eso... y porque he estado con una chica que la supera en todo.

Me ruborizo, pero continúo.

—¿Entonces?

—Siempre he sabido que no es buena persona, pero ahora no me cabe la menor duda. Llevo varios días acercándome a ella, buscando respuestas en plan detective privado, ¿sabes? y... bueno... ¡lo logré! —Dexter sonrío de medio lado, y desvela el misterio—: Megan está detrás de tus novatadas. Es la culpable.

—¿¡Cómo!? ¿¡Lo has averiguado!?

—Sí, me lo confirmó ella misma. Lo malo es que para que confiara en mí tuve que decirle que tú y yo habíamos terminado. Le hice creer que tenía alguna posibilidad de volver conmigo, y picó el anzuelo. Es mala, pero también un poco imbécil.

—¿Eso significa... que no estás con ella? —Siento cómo la confianza en mí misma crece tras cada palabra que sale de mi boca.

—Solo quiero estar contigo, Annie —contesta con convicción—. Puedes dudar de todo lo demás, pero no de eso.

Dexter viene hasta mí, recoge mi rostro entre sus fuertes manos y lo dirige, provocando que nuestras miradas confluyan.

—Te quiero. No tengo dudas de lo que siento. Eres lista, graciosa y además, bonita. Tengo muchísima suerte de que alguien como tú se interese por un bruto como yo.

—No eres un bruto...

—Sí que lo soy. Y un tarugo. No me aceptaron en la universidad por mis notas, sino por mi juego.

—¿Eres bueno?

Él me mira, serio como pocas veces lo he visto, y contesta:

—El mejor. Cuando salgo al terreno de juego me transformo en una bestia. Por eso me sorprende que alguien como tú, que podría tener a cualquiera, se interese por alguien como yo. Pero ahora mismo... es complicado...

—¿Por lo de mi padre? ¿Por el dinero?

—¡Claro! ¡Por qué si no!

—¡Pero solo es dinero...! ¡Podemos solucionarlo! Estoy segura...

—¿Ah, sí? ¿¡Cómo!?

—Puedo hablar con Liam.

—Tu padre ya ha cerrado esa puerta. Jack ya lo ha intentado.

—Vale... déjame pensar...

—No hay nada que pensar, necesito a tu padre.

Dexter acerca su rostro hasta el mío y recoge mis labios con los suyos. El beso suena a despedida... a disculpas... y cierro los ojos para sentirle, pensando que esta podría ser la última vez en que mi alma roce el cielo.

—¡No! —exclamo eufórica rompiendo el momento—. ¡No lo necesitas! Mi padre es un experto en hacerte creer que dependes de él, pero no es así. ¡Me niego a aceptarlo!

—Pero...

—De pero, nada. ¿Cuánto dinero te falta para terminar la obra!?

Dexter duda, y cambio la pregunta.

—¿Cuánto te ha prestado mi padre esta última vez?

—Cincuenta mil dólares.

—¿Ése es mi precio? Quiero decir... si le devolvieras ese dinero... ¿seríamos libres?

—En principio, sí. Lo anterior que ha aportado lo ha hecho a través de Jack, y en teoría no cuenta.

—Exacto. No cuenta. Es tradición que papá nos ayude en nuestro primer negocio, y éste es el de Jack. Eso significa que si le devolvemos los cincuenta mil dólares el problema estará zanjado. ¿Correcto?

—Sí, así es. Pero no tenemos esa cantidad de dinero, ni manera de conseguirla.

—Algo se me ocurrirá. ¿No has oído nunca la expresión «el dinero llama al dinero»?

—Sí —dice sonriendo.

—Pues eso. Soy hija de multimillonario. Confía en mí.

Le guiño un ojo y él sonríe como no lo ha hecho nunca.

—Gracias por estar a mi lado... —dice apesadumbrado. Parece que se siente mal por lo ocurrido.

—No vuelvas a dejar de llamarme cuando tengas un problema gordo. Me llamas, lo hablamos, y te ayudo en lo que haga falta. ¡Tarugo!

Mis manos se apoyan en su pecho, perlado a causa del sudor del trabajo físico, y las suyas me rodean la cintura.

—Entonces... ¿estamos juntos? —pregunta, incrédulo.

—¡Claro! ¿Qué crees? ¿Que mi padre enviará a un sicario a matarte si se entera?

Su cara se vuelve blanca como la pared, y yo me parto de la risa.

—Papá ha intentado asustarte y amenazarte, y no pasará de ahí. Intentemos que no se entere de esto mientras buscamos una solución a lo del dinero, y listo. ¿Te parece?

—Me parece.

—Entonces bésame, se acabó la charla.

Nuestras lenguas se encuentran con furia tras varios días sin verse, y se muestran un gran afecto. Deslizo mis manos por su espalda hasta quedar sujetas a sus fuertes omóplatos, y comprendo hasta qué punto lo echaba de menos.

—Tengo ganas de tenerte dentro... —susurro.

Dexter me besa en la punta de la nariz.

—Yo también. Pero hoy no puedo... tengo que acabar aquí y...

—Lo sé, lo sé... tienes partido. Tranqui.

Dexter asiente.

—¿Vendrás a verme? —pregunta.

—¡No me lo perdería por nada del mundo! ¡Eso sí! Puede que me pongas tontorrón y te haga una visita a los vestuarios cuando acabe...

—Podemos tratar el tema después, por qué no... —dice sonriendo de forma pícaro.

—Claro. Mientras tanto, le daré vueltas a lo del dinero. ¿Hecho?

—Hecho.

Nos miramos sin decir nada, y una sensación increíble inunda la escena.

—Te he echado de menos —confiesa, mientras acaricia una de mis mejillas—. Me llenas de vida —Su comentario me sonroja—. Estoy deseando que acabe el partido y se haga de noche —dice justo antes de besarme y volver al trabajo.

## CAPÍTULO 18

### *CAFÉ CON DERBI*

Mientras regreso al piso de Alexa me doy cuenta de que el sol brilla con más intensidad que nunca, de que el azul del despejado cielo es más claro y de que los pájaros cantan formando un coro que me acompaña en mi recorrido turístico por la ciudad. Llevo varios días viviendo con ella y, aunque la pelirroja no me lo ha echado en cara con demasiado ahínco, no tardará en hacerlo. No es de las que se calla las cosas.

Olivia no coge mis llamadas —estará durmiendo todavía—, así que tendré que esperar para poder hablar con alguien «cuerdo» sobre lo que acaba de ocurrir entre Dexter y yo.

Llamo al timbre desde el portal. Alexa no me ha dado copia de las llaves y, por lo que parece, tendré que esperar a que llegue. Aprovecho para abrir mi cartera y contar los billetes que me quedan. Lo normal en mí sería llevarla repleta y ni siquiera saber la cantidad exacta que hay en su interior. Gracias a eso he ido tirando desde que me marché de casa de mis padres, pero han pasado ya quince días y, por primera vez desde que tengo uso de razón, veo su fondo color piel oscura y me preocupa. Soy consciente de que no puedo seguir así mucho más tiempo, viviendo gratis en casa de una desconocida y sin trabajo, sin forma alguna de mantenerme a flote. Cierro la cartera de golpe y empiezo a comprender lo que implica no disponer de dinero. Hasta ahora creía que lo entendía, pero no era consciente de lo equivocada que estaba. Es una sensación angustiada.

Aun así, rebusco en la cartera y saco un par de mis últimos billetes, necesito un café. Bueno, y otros cincuenta mil billetes como estos, pero eso tendrá que ser después de espabilar un poco.

Paso de largo una cafetería italiana que parece muy *chic* y acudo al primer Starbucks que me encuentro. No me cuesta demasiado porque según el último estudio hay más de veinticuatro mil de ellos repartidos por todo el mundo, la inmensa mayoría en los Estados Unidos. Son como una especie de pandemia, extendiéndose sin control a lo largo y ancho del globo. En fin.

Entro, pido mi café solo con panela, lo pago con dolor al desprenderme de los cuatro dólares que cuesta, y me siento a saborearlo con calma. Pienso en todo lo ocurrido con Dexter y con mi padre, en los cincuenta mil dólares, en mi cartera vacía, en mi futuro inmediato, y me abrumo de un modo sobrecogedor. Por primera vez desde que me marché de casa de mis padres soy consciente de que, tal vez, me precipitara. El mundo es un lugar difícil en el que vivir, sobre todo si no estás acostumbrada a hacerlo.

Ladeo la cabeza y observo a la chica que me ha atendido. Ahora prepara unos capuchinos para un grupo de amigas que charlan y ríen mientras recogen su pedido. La chica que los prepara parece maja, siempre con una sonrisa en la cara. No debe de cobrar ni mil dólares por todo un mes de trabajo aquí, pero aun así, parece contenta.

«Un momento».

Me levanto de la mesa, dejo mi café sin terminar sobre ella como diciendo: «Cuidado, que está ocupada», y voy hasta la chica. Cuando se percata de mi presencia, acude a mí sin que ni



siquiera la llame.

—¿Querías algo más?

—Sí... eeeh... en fin... estoy buscando trabajo. ¿Sabes si hace falta alguien?

—¿Tienes experiencia?

—No...

—¿Has trabajado en algo relacionado con esto anteriormente?

—No...

—Vale... veamos... ¿llevas un currículum encima?

—Tampoco... lo siento... lo acabo de pensar ahora mismo.

—Ya, vale. Prepara uno y tráelo, pero dudo que a mi jefe le encajes. Aquí viene mucha gente a diario, y buscan personas con experiencia.

—Ya...

La chica se acerca a mí y me habla muy bajito.

—Siempre puedes mentir en el currículum y espabilar rápido. Eso ya es cosa tuya.

La muchacha me sonríe y continúa a lo suyo. Entrega los cafés a las chicas y detrás de ellas aparecen dos chicos de piel oscura. Hablan en italiano, y la chica de la cafetería no entiende el idioma. Observo la escena como una espectadora y, al ver que no logra comunicarse con ellos, me entrometo.

—Te están pidiendo dos cafés largos, uno con leche sin lactosa y el otro solo, sin azúcar.

La chica de la barra me mira sorprendida.

—¿Sabes idiomas?

—Cuatro. Inglés, francés, castellano e italiano. Y chapurreo algo de chino.

—¡Nooo...! ¿¡En serio!?

—Sí.

—Ponlo en el currículum y tráelo cuanto antes. A mi jefe le va a dar un paro cardíaco.

—Estoy estudiando enfermería, así que lo del paro cardíaco también podría solucionarlo.

—¡Estupendo! —ríe la chica—. Yo estaré aquí hasta mediodía. Pero si vienes esta tarde di que has hablado con Camren, por si acaso.

—Vale, pues me pongo a ello. ¡Gracias!

—¡A ti!

La chica da media vuelta, continúa preparando el pedido de los extranjeros, y yo regreso a mi mesa. Me siento y saco mi teléfono móvil para buscar en internet cómo preparar un buen currículum, nunca he hecho uno porque nunca lo he necesitado. Cuando desbloqueo el móvil me doy cuenta de que está en silencio, y de que tengo infinidad de llamadas perdidas. Deslizo el dedo, pero antes de poder comprobar quién me ha llamado tantas veces, el teléfono suena de nuevo. No tengo guardado el contacto, así que no sé de quién se trata.

—¿Diga?

—Hola, ¿cuánto cobras?

—¿Perdona? —La pregunta me deja confundida.

—Por una mamada. Que cuánto cobras.

—¿Cómo?

La llamada se corta, me quedo como una idiota observando la pantalla, y al instante vuelve a sonar, pero no es el mismo número.

—¿Hola? —pregunto dubitativa.

—Hola, guapa. ¿Podemos vernos hoy?

—¿Cómo que si podemos vernos hoy?

—Sí, para follar.

—¿Cómo que...?

Volteo el teléfono incrédula y me quedo paralizada observando la pantalla, como una boba. Escucho al tío que hay al otro lado de la línea, que pregunta si sigo ahí, pero no soy capaz de hablarle. Me repulsa.

La llamada se corta y no entiendo nada. El teléfono vuelve a sonar, pero esta vez es un SMS indicándome que durante mi breve conversación he recibido otra llamada. No comprendo qué está pasando, y mientras trato de entender, el teléfono vuelve a sonar. Es un tercer número desconocido.

—¡Qué coño...!

Esta vez no descuelgo, directamente apago el terminal y lo suelto encima de la mesa como si abrasara. Lo que acaba de ocurrir es surrealista, pero enseguida me olvido. Tengo cosas más importantes en las que pensar. Por ejemplo, en cómo voy a conseguir cincuenta mil dólares. Así, sin más. Sin ayuda de nadie. Calculando que el sueldo aquí sea de mil dólares, necesitaré cincuenta meses para ganar esa cantidad, y sin gastar un solo centavo, claro. Es una locura. Nunca me había planteado las cosas de ese modo. Siempre he vivido tan bien que jamás me he parado a pensar en las personas que viven al día y dependen del trabajo que realizan. Por primera vez empiezo a valorar todo lo que mi padre ha conseguido en esta vida y puedo llegar a comprender por qué se entromete en las nuestras y las dirige de ese modo enfermizo. El mundo es una jungla, y mis hermanos y yo lo tenemos todo para poder vivir tranquilos el resto de nuestros días. Imagino que para papá, haber logrado algo así debe hacerle sentir orgulloso. Lograr el bienestar de toda tu familia a esos niveles, pudiendo ofrecerles todo aquello que necesitan, no es algo que todo el mundo pueda permitirse. Recuerdo, por ejemplo, viajar a Disney World cada año por mi cumpleaños desde que tengo uso de razón. Repetimos tantas veces aquella operación que llegó un punto en que, sin que nadie me dijera nada, tenía la maleta preparada de antemano porque sabía que nos marcharíamos. Ahora lo pienso y es imposible, por ejemplo, que esa chica... Camren, el día que tenga un hijo, pueda permitirse algo así. Y me da mucha lástima.

Suspiro y termino mi café. Confío en que Alexa haya regresado al apartamento, en que tan solo necesitara un triste paquete de tabaco, y decido volver a intentarlo. Estoy deseando darme una ducha y arreglarme para esta tarde. Tengo muchísimas ganas de ver a Dexter en un partido oficial.



Las gradas están abarrotadas y el público, ansioso. Por lo que he podido escuchar a una pareja de señores que tengo detrás de mí, este partido es un derbi. Y se ve que eso es algo importante. Por lo visto, la universidad que viene a enfrentarse a la nuestra es la universidad rival. La enemiga a batir. Y no se recuerda un inicio de liga como éste.

Los jugadores comienzan a salir al terreno de juego. Son los rivales, vestidos de azul y naranja. Al diseñador de vestuario de su universidad me gustaría poder decirle unas cuantas cosas sobre la combinación de colores y lo que se puede lograr con un buen resultado... y con uno malo. Éste es desastroso, casi duele a la vista. Me recuerdan a muñecos de acción infantiles de los que usan mis sobrinos en el jardín, de esos con los que se entretienen arrancándoles brazos y piernas para después entremezclarlos y crear monstruosidades. Pues bien, cualquiera de esas monstruosidades resulta más atractiva —visualmente hablando— que esto que tengo delante.

Los abucheos se inician en cuanto el primero de ellos pisa el terreno de juego, y ya no cesan hasta que nuestros chicos aparecen por el túnel de vestuarios. Nuestro amarillo y negro está bien repartido, y los chicos tienen un aspecto futurista que les da un plus de peligrosidad. Los jugadores charlan en un corrillo antes de posicionarse en el campo, y veo a Dexter y a Jack intercambiar unas palabras de última hora.

Un señor entra en el terreno de juego —deduzco que será el árbitro—, y reúne a los capitanes para hablar. Dexter acude a la llamada, al parecer es el líder del equipo y ni siquiera me lo había dicho. No es de los que usan ese tipo de artimañas para fardar delante de una chica, y esos detalles, que en principio deberían ser insignificantes, son los que le convierten en alguien

especial.

Tras una breve charla con el árbitro, regresa con los suyos mientras cubre su rostro con el casco. Está para comérselo... El cargo de capitán le va como un guante, y si además es tan bueno como dicen, es comprensible.

El balón pasa a manos del equipo rival, lo que significa que nos toca defender. Miro alrededor mientras empieza el encuentro, pero no veo caras conocidas, sino todo lo contrario. La inmensa mayoría son personas de mediana edad, imagino que familiares de los jugadores, que vienen a apoyar. Pero chicos o chicas de la universidad, los justos. Entonces veo al padre de Dexter unas filas más abajo, algo escorado a la derecha, y nuestras miradas se cruzan. El hombre sonrío de oreja a oreja y alza el pulgar al aire mientras la expresión de su rostro me lanza un chorro de ilusión y energía. Se le ve un buen hombre, y mi primera impresión al conocerle fue muy buena. El hombre me hace un gesto con el índice, parece que señala algo a mi alrededor. Miro, y comprendo: el asiento que tengo justo al lado está vacío. Le hago un gesto positivo con la cabeza y le indico que venga. Él sonrío aún más que antes, y comienza a sortear personas para poder alcanzarme.

—Hola, bonita. Me alegra verte aquí, eso motivará a Dexter muchísimo.

—Bueno... no me ha visto, pero le dije que vendría.

—Eso es suficiente. Si sabe que estás aquí, lo hará bien. Ya lo verás.

El partido comienza y los golpes se suceden uno tras otro. Ver un deporte así de bruto en vivo y en directo siempre me ha hecho apartar la vista justo antes de los encontronazos. No puedo evitarlo, no me gusta ver cómo otros se golpean y caen de esas formas tan rudas. Pienso que por muy preparado que estés físicamente, estas cosas terminan pasando factura.

—¿Te gusta el fútbol? —me pregunta el padre de Dexter.

—Lo cierto es que soy muy poco aficionada a este tipo de deportes.

—¿Ah, sí? ¿Y a qué deportes eres aficionada, si puede saberse?

—Bueno... la hípica me encanta desde bien niña. El pádel también.

El hombre me mira un instante durante el cual soy capaz de escuchar aquello que piensa, pero no me importa. Es lógico que me vea como una niña de papá, malcriada y engreída.

—Ojalá yo hubiera podido darles todas esas cosas a los míos también. —Su mirada no se despega del terreno de juego, y su voz suena lastimera.

—Sé por lo que están pasando... —me sincero con él—, y espero que todo se solucione pronto.

—¡Claro que sí, bonita! ¡Gracias a tu padre podremos terminar la obra y Dexter se convertirá en hombre de negocios! —su voz se resquebraja por un momento, pero la recupera en cuanto puede—. Estoy muy orgulloso de él...

El público enmudece de golpe y veo el balón volar por el aire y cruzar gran parte del campo como un misil. Un jugador del equipo rival lo recoge a la perfección y atraviesa el terreno de juego como un animal salvaje perseguido por un depredador en medio de la selva. Sortea varios jugadores y al final es abatido. Pero al parecer ha avanzado muchos metros, y eso es malo para nosotros.

Pasan los minutos y la cosa no mejora. El rival nos está dando una buena tunda, y perdemos.

—De momento no se le ha visto —dice una voz detrás de mí.

—Dale tiempo, pero no es lo normal —contesta otra.

—Espero que no me hayas hecho perder el tiempo.

—¡No, no! Es muy bueno, ya lo verás. Me hubiera gustado que lo vieras la temporada pasada, cuando la terminó era una bestia.

—Pues ahora parece un gatito.

—El parón le ha sentado mal, sí. Pero confío en él. Dale unos minutos.

—Si la segunda parte arranca del mismo modo, me largo.

Ladeo la cabeza con disimulo y veo a los dos hombres, trajeados y con aspecto de empresarios. Uno de ellos lleva un cuaderno de notas en el que no deja de apuntar cosas. El otro se limita a observar el partido.

El primer tiempo está a punto de terminar y el padre de Dexter está muy nervioso, parece que va a sufrir un infarto. Me dan ganas de explicarle los riesgos que acarrearán estas cosas a cierta edad, y darle datos reales de la cantidad de personas que mueren todos los años a causa de infartos en eventos deportivos, pero creo que el pobre ya tiene bastante: están perdiendo el derbi en casa, y el partido que está haciendo su hijo es muy regularo.

—¡Joder! ¡No le sale nada! —maldice el hombre.

—Tiene que relajarse...

—¡No puedo, por Dios! ¿¡Estás viendo eso!? ¡Es el peor partido de su vida!

—Ya lo veo, ya.

—¿Qué le pasa? Él no juega así...

—Dexter tiene mucha presión sobre sus hombros últimamente. —El hombre me mira y aguarda a que añada algo más, cosa que hago enseguida—. Los estudios, el equipo, el negocio, la reforma, el dinero, el aval... es demasiado.

—No lo había pensado...

Sus palabras suenan a pesadumbre, y sé que son ciertas. Su expresión no miente.

—Está agotado, física y mentalmente...

—Dios... es culpa mía...

El hombre sigue a su hijo con una mirada repleta de culpabilidad.

—¡No! ¡Qué va! —digo, tratando de suavizar un poco el tema. He provocado que se sienta fatal, y lo lamento—. Pero debería tener un respiro, creo que de lo contrario explotará.

El hombre asiente con expresión taciturna en el rostro, pero no dice nada. Y es en ese instante cuando la conversación que tiene lugar justo detrás de mí entre dos señores del público, cobra mayor presencia y le presto aún más atención.

—Yo me largo —dice el del cuaderno de notas—. Ha sido una pérdida de tiempo.

—No te vayas, por favor. Sé que va a sorprenderte.

—¿A estas alturas? ¡Va a terminar la primera parte!

—Lo sé, lo sé... pero hazme caso, joder.

Me giro con disimulo y los observo discutir. El que se empeña en marcharse tiene una expresión agria en el rostro, mientras que al otro se le ve... ¿disgustado? No sabría decir...

—¿Cuántos años nos conocemos? ¿¡Eh!?

—Ya lo sé...

—¿¡Y cuántas me he equivocado!?

El hombre que quiere marcharse y que ya estaba haciendo mención de alzarse de su asiento recapacita tras las últimas palabras de su amigo y apoya de nuevo el trasero en el asiento de hormigón.

—Lo he visto jugar varias veces, te digo que Dexter es un jugador formidable.

«¡JODER! ¡LO QUE ME TEMÍA!».

Me levanto de forma automática y, nada más hacerlo, comprendo que tal vez debería disimular, ya que estoy justo frente a ellos y les estoy tapando el terreno de juego. De modo que hago unos estiramientos torpes como si me dolieran los huesos, y me desplazo de modo lateral

molestando a todos los espectadores, uno tras otro, hasta llegar a lo que parece un pequeño hueco entre dos personas. De modo que ahora comienzo a bajar gradas como puedo, clavando los pies allá donde veo un pequeño resquicio de hormigón, y evito entrar en contacto visual con nadie, ya que todo el mundo me mira con cara de muy pocos amigos. Pido disculpas una docena de veces antes de llegar a ras de suelo, y en ese instante suena el pitido que indica el fin de la primera mitad. Miro rápidamente hacia donde están sentados los dos hombres, y compruebo que no se marchan.

«¡BIEN!».

Miro a todas partes en busca de Dexter pero, al ir todos con el equipaje, no lo localizo. Los jugadores empiezan a retirarse hacia el vestuario y corro hacia el terreno de juego sorteando público a derecha e izquierda. Justo en el momento en que dejo detrás de mí a la marabunta de gente y salgo al pasillo que conecta el campo de juego con los vestuarios, tropiezo con fuerza con alguien que se cruza en mi camino. El golpe es fuerte, caigo al suelo y creo que la espalda me hace «crac». Antes de poder siquiera recuperarme, escucho gritos a mi alrededor. Levanto la vista y veo al grupo de animadoras sobre mí, increpándome. Entonces veo a la asquerosa de Megan en el suelo, llorando mientras se sujeta un tobillo con las manos.

—¡QUÉ HAS HECHO, ZORRA! —me grita la tal Meg desde arriba.

—¡Como le hayas roto el tobillo te vas a cagar! —dice otra, bastante alterada.

—Yo... no... yo...

Trato de disculparme en vano porque, ni me lo permiten, ni va a servir de nada. El mal ya está hecho, y nuestra enemistad —si ya era eterna—, ahora se ha extendido a lo largo y ancho de la vía láctea, más allá de los confines del universo —del explorado y del inexplorado, de los dos.

Aparece un hombre —que no sé quién es—, y se interesa por Megan, a mí que me den. Debe de ser fisioterapeuta, porque empieza a manipularle el tobillo para comprobar que pueda hacer su estúpido numerito de baile. Megan chilla, y él niega con la cabeza. Como veo que no pinto nada aquí, me levanto a duras penas. Mi espalda parece que está bien, y dejo de preocuparme por ella. Entonces empiezan a pasar por todas partes jugadores del equipo, pero no veo a Dexter. Miro hacia el terreno de juego y le veo en medio del campo, solo. Se ha quitado el casco y parece pensativo. Como nadie me presta atención —salvo para algún que otro insulto o amenaza—, decido marcharme de allí e ir en busca de Dexter, que no me ve llegar porque lo alcanzo por retaguardia.

—Hola. —Pero no me devuelve el saludo. Su mirada está fija en el césped, y no la levanta—. ¿Qué te pasa?

Al fin reacciona, me mira, y habla:

—Estoy bloqueado. No logro pensar. No logro anticiparme a la jugada o al rival. No soy yo...

—Ya lo veo... tranquilo.

—No estoy tranquilo. Estoy... estoy...

—Estás en mil sitios menos aquí.

Él asiente, pero no dice nada.

—Necesitas motivación.

—Sé lo que intentas y te lo agradezco, de verdad, pero no lograrás que remonte el partido.

—¿Tú crees? —digo con mi voz picarona, esa que siempre capta su atención.

—Sorpréndeme —dice, con un poco menos de desgana.

Yo sonrío, y le lanzo la noticia:

—Hay dos ojeadores en las gradas, justo detrás de mí. Los he escuchado hablar. Uno se quiere marchar, el otro le insta a quedarse. Uno le ha hecho venir al otro para verte jugar. Le ha dicho

que eres muy bueno y le ha convencido para quedarse a la segunda parte.

El rostro de Dexter cobra vida de repente.

—¿¡Estás segura!?

—Tanto como que te quiero, y que confío en ti. Sé que puedes darle la vuelta al marcador.

Dexter quiere hablar, pero le interrumpo.

—Me dijiste que cuando salías al campo eras una bestia. Y si he venido hasta aquí es para ver a esa bestia, no a un Dexter llorón. Ahora vete al vestuario, motiva a tus compañeros, sal al campo y demuestra de lo que eres capaz. ¡Vamos!

Dexter me alza en volandas delante de todo el estadio mientras la música suena y las animadoras hacen lo que pueden sin su capitana al mando. Dexter me besa, la gente nos ovaciona, y una felicidad desmesurada me desborda por completo.

Cuando mis pies entran en contacto con el suelo, me siento liviana. Como si flotara sobre una nube de algodón.

—Gracias, Annie.

—Vete, corre. Te quedan cinco minutos de descanso.

—Me sobran tres —contesta con convicción. Después sonrío con energía y sale corriendo al vestuario. Entonces, mientras lo observo perderse en el túnel, siento la mirada de Megan y del resto de chicas clavadas en mí. Levanto la cabeza tratando que mis músculos faciales plasmen lo mejor posible la felicidad que siento ahora mismo, y regreso con el padre de Dexter fingiendo una calma inexistente, reconozco que las posibles represalias por esto ya me tienen inquieta.

Cuando regreso a mi asiento no puedo evitar mirar a los ojeadores. Los dos me sonríen con complicidad.

—Espero que hayas logrado motivar a tu amigo —dice uno de ellos, el que no confía en Dexter. Yo me ruborizo enseguida.

—Te estamos muy agradecidos —suelta el otro, sonriendo también—. Veremos qué ocurre.

El padre de Dexter no comprende los comentarios de esos señores, pero tampoco pregunta. Se limita a darme las gracias con un gesto sincero, y a esperar a que se reanude el partido, cosa que no tarda en suceder. Los jugadores regresan, Dexter sale en cabeza, y el resto le sigue en formación. Se posicionan frente a las gradas, el público enmudece, y Dexter da un grito. Suena grave y profundo. A continuación, sus compañeros lo replican, a modo de eco. Entonces comienzan a bailar una danza extraña, algo que se asemeja a un ritual africano. Se compone de patadas al suelo, golpes al pecho y gritos casi de guerra. Da miedo, doy fe de ello. Las gradas no tiemblan, pero poco debe faltarles. La contundencia con la que realizan los movimientos y los golpes, y la armonía entre los jugadores, es magistral. Ninguno de ellos falla un solo paso. Parecen una colmena, como si Dexter fuera la abeja reina y dirigiera al resto con la mente, de un modo equilibrado y perfecto.

Observo al equipo rival, que aguarda a que éstos terminen su ritual. Finalmente, tras unos últimos gritos que suenan casi asesinos, el baile termina y el público explota de emoción. Dexter retira su casco, me busca entre el público y, cuando me encuentra, se da dos pequeños golpes en el pecho, a la altura del corazón, y me señala con el dedo índice. Entiendo que es su manera de darme las gracias en público. Y no es hasta el momento en que lanza su último grito y acude al encuentro, que comprendo lo petrificada que estoy. Su mirada era otra, como si el chico atento y perfecto hubiera desaparecido y, en su lugar, se hubiera instalado un ser poderoso, algún tipo de dios vengativo capaz de cualquier cosa. Uf, sin querer me he puesto tontorróna...

Dexter va hasta el centro del terreno de juego, encara al capitán rival, se queda a apenas un palmo de distancia de él, se coloca el casco como diciendo «ya estoy aquí, que empiece el

espectáculo», y se golpea dos veces con contundencia en la cabeza. El árbitro le separa, indicándole que debe mantener las distancias, y Dexter obedece sin retirar la mirada del enemigo.

—Eso es otra cosa —asegura su padre con emoción—. Ése sí es mi Dexter. Míralo. ¡Mira esa actitud! Es la de un campeón. La de un líder.

La verdad es que razón al hombre no le falta. Dexter parece el comandante de un gran ejército formado por un pequeño puñado de hombres que le seguirían al fin del mundo si hiciera falta. A la muerte incluso.

—¿Será capaz de remontar? —pregunto a su padre, que no deja de silbar y de alzar los brazos como un loco fuera de sí.

El hombre ladea su cara y me sonrío con confianza.

—Creo que todavía no le conoces lo suficiente. Dexter es capaz de lograr cualquier cosa que se proponga.



## CAPÍTULO 19

### *EL EQUIPO A*

Veó mis manos danzarinas moverse de un lado para otro sin permiso, y mi pierna izquierda temblar con una rapidez inusual. Soy consciente de que los nervios me devoran, pero me resulta imposible frenarlos. Han acudido a mí en cuanto me han nombrado por megafonía. Mis orejas se han puesto en punta como las de un perrete cuando escucha un sonido que lo alerta, y me he visto obligada a abandonar la clase de Salvador para acudir a la llamada inesperada.

Me detengo a observar las orlas antiguas que hay colgadas a lo largo y ancho de la amplia estancia, y me detengo en la promoción del setenta y cinco. En un momento se han convertido en favoritos para hacerse con el título de «Peinados más ridículos de la época». Mientras alucino con eso, maldigo a mi reflejo del cristal y a los diseñadores de ropa barata: sigo sin lograr que los *jeans* se adapten a mi cuerpo, y estas ridículas camisetas de ocho dólares con dibujitos de franquicias famosas no hay por donde cogerlas.

En cuanto a la orla, me sorprende que no haya ni una sola mujer e imagino que en aquella época quizás no tenían derecho ni a estudiar. Es increíble cómo ha cambiado el mundo en tan pocos años y todo lo que las mujeres han sido capaces de conseguir a base de pelear. Por eso me alegro tanto de haber nacido en la época en la que lo he hecho y, no lo negaré, en parte porque los chicos de las fotos me resultan muy poco atractivos. Pero los peinados no eran lo único horrible: al parecer las ortodoncias no existían y las gafas de cristal delgado tampoco, eran de culo de vaso. Da la impresión de que alguno de los muchachos que estoy viendo va disfrazado en pleno Halloween.

«¡Un momento!».

De pronto, un chico de ojos vivos y sonrisa inmensa capta mi atención. Su pelo largo y liso dejado caer de medio lado me recuerda a los cantantes clásicos europeos de la época, y me transmite positividad y energía. De entre todos, destaca por simpatía y naturalidad, cosa que me hace dudar aún más de que sea él. Pero no, no hay lugar a dudas. Es él: el chico de la foto es papá. Mucho más joven, mucho más risueño, y mucho más humano de lo que es hoy día. Estudiante de una universidad pública de esas que tanto odia, y... ¿con el Miller de mi madre de soltera? ¿¡Cómo!?

La puerta en la que cuelga un pequeño letrero en el que se lee «dirección» se abre, un hombre de mediana edad me indica con la mano que puedo pasar, y el Scooby Doo de mi camiseta me guiña un ojo a través del reflejo.

Entro en el despacho y el buen gusto surge de la nada. La estancia me recuerda demasiado al despacho de mi padre, con su desmesurada mesa de auténtica madera al fondo, su moqueta mullida y suave que acompaña con delicadeza cada una de tus pisadas, y sus paredes forradas de tablones de madera, que te engañan y te invitan a ir a pescar al lago. Transmite calma y madurez, y logra que me relaje un poco.

—Siéntese, por favor —me indica sin más preámbulos, y acepto la invitación. El hombre

rodea el escritorio y toma asiento.

—Bueno, señorita, cuénteme... ¿cómo le va por aquí? ¿La universidad es de su agrado?

El hombre me observa con detenimiento.

—Eeeh... sí... la verdad es que sí.

—He comprobado que viene de uno de los centros estudiantiles privados más prestigiosos de todo el país, y que posee un currículum excelente con el que podría haber sido aceptada en cualquier universidad... —El hombre ojea unos papeles que estaban dentro de una carpeta sobre su mesa mientras habla, pero dudo que esté leyendo nada. Creo que, simplemente, se trata de una costumbre adquirida a través de los años—. Me pregunto por qué escogió usted esta. Al fin y al cabo, tenía opciones más que de sobra...

—Quería una vida humilde, nada más.

El hombre escudriña entre mis gestos mientras respondo, como si tratara de averiguar si estoy mintiendo. Reconozco que me siento un poco cohibida, a pesar de que trata de ser amable y educado. Es como si hubiera un motivo oculto en todo esto, y aún no me hubiera sido revelado.

—Eso está muy bien —asegura—. Es una decisión adulta y responsable.

—Supongo, no sé.

—Sobre todo si tenemos en cuenta de dónde viene. No me había parado a averiguar quién es usted y, créame, me he llevado una buena sorpresa al descubrir que se trata de la hija de...

—¡Ni lo nombre!

El director no esperaba que le diera un corte de ese tipo y detecto ofensa en la expresión de su rostro.

—Disculpe... no pretendía ser grosera —digo un poco abochornada—, pero me marché de casa porque mi padre no aceptaba que quisiera vivir de otro modo.

—¿De qué modo? —pregunta intrigado.

—Ya sabe... de un modo real...

—La realidad es un término muy difuso, señorita. Lo que para uno es real, para otro puede no serlo.

—Pues en ese caso, digamos que quería una universidad que me aceptara por mí misma, y no por mis apellidos. Buscaba ir a un lugar donde nadie me conociera y pudiera hacer amistades que no quisieran nada a cambio. Buscaba una vida... real. A eso me refiero.

—Entiendo —dice al tiempo que asiente con la cabeza—. ¿Y la ha encontrado?

—Demasiado —digo tras exhalar un fuerte suspiro.

—Muy bien, señorita Richmon —dice el hombre tras adoptar una posición algo más cómoda—. ¿Sabe por qué la he hecho llamar?

Trago saliva y me agarro al reposabrazos, porque intuyo que viene curva.

—No, la verdad —contesto con la boca pastosa.

—Verá... hemos recibido quejas de una alumna. Asegura que usted la agredió de manera pública, y está pensando en denunciarla. ¿Puede usted contarme algo de todo esto?

Mi cara es un auténtico poema.

—¡No me lo puedo creer...!

—Con lo cual, sabe de lo que le estoy hablando...

—¡Pero si es ella la que me ha hecho la vida imposible desde el día que llegué!

—Cuénteme.

—¡No sé por qué! Bueno, en realidad, sí. Por un chico, ella es su ex. Ahora el chico está conmigo, y me tiene enfilada.

—Sin embargo, la que tiene un esguince en el tobillo es ella. Asegura que usted la agredió...

—¡Porque tropezamos sin más! ¡Chocamos en el estadio, justo cuando ella salía a hacer su estúpido baile! ¡Tropezamos, y ella se torció el pie! ¡Pero no fue intencionado!

—¿Sabe lo que supone para el equipo de animadoras que su líder esté fuera de juego? —pregunta empleando un tono de voz más agresivo—. Sí... imagino que sí lo sabe.

—Si está insinuando que lo hice a propósito se equivoca, no tengo ni idea de lo que eso implica ni de qué manera va a afectarle. Pero sean cuales sean las consecuencias, las tiene bien merecidas. Así que me da lo mismo, ¿entiende? Ella me ha hecho cosas peores en estas dos semanas que llevamos de curso.

—¿Peores que acudir a locales nocturnos a amenazar con botellines de cristal rotos a muchachas indefensas?

«Joder, Alexa... joder...».

—¡No soy una matona! ¡Y eso no ocurrió así! —me defiendo enojada.

—Sin embargo hay testigos...

—¡Vale, pero no ocurrió así!

—¿Entonces niega que ocurriera?

—No, pero...

—Por lo tanto, ocurrió.

—Sí, pero no fui yo... ¡fue una amiga de una amiga!

—De modo que amedrentaron a esa alumna entre varias amigas...

—¡No! ¡De eso nada!

—¡Pero si es lo que acaba de decir!

—¡SI ME DEJARA HABLAR DE UNA PUÑETERA VEZ A LO MEJOR PODRÍA EXPLICARME!

Esto último, incluso enfadada como estoy, se me antoja demasiado. Tanto, que el director de la universidad no duda ni un segundo.

—¡Pues no! ¡No puede hablar! ¡Quiero que sepa que esta universidad no ha tolerado, ni tolerará, actitudes agresivas o violentas por parte de sus alumnos, dentro o fuera de sus muros! Espero que las rencillas que pueda tener con su compañera queden zanjadas en este mismo instante, porque de lo contrario, no volveré a interceder por usted. ¡Le advierto que la próxima vez no tendrá tanta suerte y terminará balbuceando ante un juez! No sé muy bien quién se ha creído que es, ni si está acostumbrada a esto allá de donde venga, pero aquí, señorita, no toleramos a matonas de tres al cuarto ni mucho menos a niñas malcriadas. ¿Le ha quedado claro?

—¡Pero yo...!

—¿¡LE HA QUEDADO CLARO!?

El tono de la conversación se ha elevado a límites de estratosfera, y comprendo que va a ser imposible que este hombre me escuche. Está ciego, y no seré yo quien le haga cambiar de opinión respecto a lo sucedido.

—Sí —contesto a regañadientes.

—¡No la he escuchado bien, señorita!

—¡He dicho que sí!

—Perfecto, eso quería oír. Ahora puede usted marcharse. Y por su bien, espero no verme obligado a volver a llamarla a mi despacho en los años que le queden de carrera. —Se forma un silencio incómodo, y el hombre da por finalizado el monólogo.

Salgo del edificio malhumorada como nunca antes lo había estado en toda mi vida. Me siento insultada, humillada y lo que es casi peor, ignorada. No sé qué tiene esa tal Megan, pero es capaz de engatusar a todo el mundo, incluso al director de la maldita universidad. Estoy mareada y

necesito un respiro, de modo que avanzo hasta un banco que hay en un pequeño cuadrado que hace de jardín, y me siento a la sombra de un árbol. Apenas he tenido tiempo de tocar la madera con el trasero, cuando McGregor aparece frente a mí, a lo lejos. Siempre me ha gustado su estilo: camisa a cuadros, vaqueros claros, pelo moreno y barba de una semana que le sienta de maravilla. Y de físico no anda nada mal. Por algo le llamamos «el leñador». Se nota que se cuida, desde luego. Avanza con andares de hombre seductor, y en su rostro aparece una sonrisa al verme.

—Tu carótida está a punto de estallar.

—Mejor no pregunte por qué...

—Walt se hace mayor, y cada día le viene el cargo más grande. Son muchas presiones, y solo le faltaba la capitana de las animadoras, alumna de matrícula, asegurando ser víctima de *bullying* en su centro.

—¿Se ha enterado?

—Todo el profesorado está al corriente.

—¡Pero yo no soy la acosadora! ¡Es ella! ¡Ella me está haciendo la vida imposible! ¡Me tiraron miel y paja desde una azotea, y me hicieron fotos que después colgaron por toda la universidad! Desde entonces me llaman «La granjera» —digo sollozando—. ¡Y ahora, no sé cómo, han averiguado mi número de teléfono y lo han colgado en algún sitio diciendo que soy prostituta! ¡No para de sonar! ¡Mire!

Saco mi teléfono móvil del bolso y se lo muestro.

—No suena porque lo tengo en silencio, si no me volvería loca. ¿Lo ve?

La pantalla no deja de iluminarse, y McGregor me roba el terminal y descuelga.

—Hola guapo... —dice afeminando la voz todo lo que puede, lo cual reduce mi ira sustancialmente—, ¿quieres venir a conocerme? Claro... lo que haga falta... aham... sí... claro, guapo, como tú quieras... —McGregor empieza a contonearse mientras habla, como si fuera un actor de teatro y se hubiera metido de lleno en el papel—. Te advierto que he perfeccionado mi técnica... ¿sabes? Ah, ¿que no lo sabes? Pues te informo, verás... soy experta en sadomasoquismo. Aham... sí, exacto, ese rollo de hacer daño, sí. Tienes que probar mi pisada de huevos con tacón de aguja, te va a encantar.

McGregor me mira de repente, pone cara de extrañeza, y dice:

—Ha colgado...

—¡No sabía que era tan gracioso! —admito, mientras me troncho de la risa.

—Se hace lo que se puede... y por favor, no me hables de usted... me faltan treinta años para la jubilación.

—No, no... perdón... era por educación...

—Soy el profesor más joven de la universidad —dice hinchando pecho—. Buscaban un guaperas para desnudarse en el calendario de invierno... y me llamaron a mí.

Su desparpajo me gusta, es divertido estar con él.

—Me tendrás que avisar cuando salga el calendario a la venta —bromeo, a lo que él reacciona cambiando de tema.

—Cuéntame más sobre lo que te está ocurriendo, Annie.

McGregor genera confianza en mí, no sé cómo explicarlo. Parece que me escucha y que se interesa por lo que tenga que decir. De modo que hablo sin filtros.

—Esa chica, Megan, quiere hacerme la vida imposible porque estoy saliendo con su ex. La noche del botellín... ¿conoces la historia? —pregunto antes de continuar. Él asiente, y sigo—. Esa noche nos acorralaron en la pista de baile y mi amiga tuvo que amenazarlas para que se

largaran y nos dejaran tranquilas. Intentaron golpearme también en el estadio de fútbol, y el día de la fiesta en la hermandad... bueno, ese día solo querían echarnos de allí, pero lo hicieron delante de todo el mundo. Hay un montón de testigos, y aun así, es capaz de reunirse con el director y camelárselo de esa manera... no quiero ni imaginar de qué es capaz...

McGregor asiente.

—No tienes muchas opciones, Annie.

—Diría que ninguna...

—No, ninguna tampoco. Pero es delicado.

—¿Delicado?

—Sí, porque no sé si eres ese tipo de chica...

—¿A qué te refieres?

—Bueno... a que la única opción que se me ocurre es que contraataques.

Analizo sus palabras una a una, hasta que las asimilo.

—¿Entiendes lo que quiero decir?

—Sí, creo que sí —contesto.

—Pues eso. Por lo que cuentas no parece que te vaya a dejar en paz, de modo que lo único que se me ocurre es que contraataques. Eso no se lo esperará. Estoy seguro de que te considera una mosquita muerta, y ahí es donde tienes que sorprenderla.

—Ya, pero el director...

—El director no suele entrometerse en las típicas novatadas entre alumnos. Y si lo hiciera, yo saldré en tu defensa. A mí me escuchará.

—¿Harías eso por mí?

—Claro. A pesar de que me dejes colgado en las tutorías...

—¡Lo siento, lo siento, lo siento! —digo de corazón, porque lo había olvidado por completo—. ¡Me olvidé! —Me llevo las manos a la cara y la tapo avergonzada—. Tengo demasiados problemas últimamente.

Mi cabeza empieza a dar vueltas a la idea que McGregor ha tenido, y de pronto lo veo claro.

—¡Me tengo que ir! —digo saltando del banco, recuperando de pronto toda la energía que el director me había absorbido. McGregor me observa sin decir nada, pero sonriendo—. ¡VOY A REUNIR A MI EQUIPO! —grito entusiasmada—. ¡Necesito un plan! ¡Y alguien me debe un entrenamiento con tocones de madera en una playa desierta!

## CAPÍTULO 20

### PLAN MAESTRO

No sé en qué momento he logrado esto, pero me siento orgullosa. Es como en esas películas de espías en las que un grupo de élite de un gobierno cualquiera se reúne para una última misión secreta. Misión en la que, si uno de ellos falla, todos caen y el mundo se va al traste. Bueno, igual estoy emocionándome un pelín más de la cuenta, pero teniendo en cuenta que Alexa está eufórica, creo que es comprensible.

—¿Encuentras algo, cerebro? —le pregunta a Liam, situando su cabeza encima de su hombro izquierdo. Éste deja de teclear en su portátil y la mira con cara de agotamiento.

—Si dejaras de hablar quizás me concentrara...

—Lo sé, cerebro, lo sé. Pero estoy emocionada, joder, no puedo evitarlo. ¡Mi casa es el puto centro de operaciones! ¿¡No es la puta hostia, Olivia?

Olivia se ríe y asiente mientras estruja su mente en busca de un plan maligno con el que acabar con Megan y su séquito de zorras vampiresas chupafalos. Así las ha bautizado Alexa hace apenas un minuto, a mí no se me hubiera ocurrido en la vida. Por desgracia no soy tan ingeniosa.

—Ven aquí —me indica la pelirroja. Yo la miro con desconfianza, y ella insiste—: ¡Que vengas, pequeño saltamontes!

Levanto mi culo del sofá y me sitúo justo frente a ella, donde me indica con las manos.

—Bienvenida a tu primera clase de defensa personal —dice mientras aparta una silla que hay en medio del salón—. Hoy aprenderemos a coagular una cara. ¿Estamos? —Alexa se ha empeñado en enseñarme a pelear, por si las cosas se complican más de la cuenta. Respiro hondo y asiento con sutileza.

—¿Qué pasa? ¿No quieres saber defenderte?

—Sí, sí —contesto con rapidez—. Solo que nunca imaginé que necesitaría aprender a pegar... Alexa cambia su expresión y sus gestos.

—*Welcome... to the real world* —dice modificando su tono de voz por uno masculino y grave. Olivia se parte de la risa en el sofá, y más tarde comprenderé que Alexa es una experta imitando a Laurence Fishburne en Matrix, pero claro, todavía no me han obligado a ver esa peli, por lo que la broma se me escapa.

—Primera lección y quizás la más importante: golpea tú primero. La mitad de las peleas terminan antes de empezar.

—Pero... eso no tiene sentido... En el momento en que golpeo yo primero... ¿no se supone que la pelea ya ha empezado?

—Ya salió la quisquillosa... ¡Es un modo de hablar, coño! Significa que si le sueltas una hostia sin avisar, probablemente no tengas que soltar una segunda.

—Vale.

—¿Está claro?

—Sí.

—Muy bien. Lección número dos: puntos donde golpear si eres una novata.

Alexa da un paso hacia mí y me pongo en guardia. Imagino que los golpes llegarán de un momento a otro.

—Si tienes acceso al felpudo, patada directa. Es un clásico, pero funciona. En caso contrario, y si tuvieras fuerza, te diría que le dieras un rechazazo en medio de la cara, pillando nariz y boca. Pero como eres más floja que un pedete de gato, tienes que dar el golpe en la boca del estómago, justo en el hueco que queda entre la caja torácica y el ombligo.

Alexa coge una de mis manos y la lleva a su vientre.

—Aquí. ¿Lo notas?

—Sí.

—Si das un golpe fuerte y seco aquí, la zorra se quedará sin aire unos segundos, que por supuesto, aprovecharás para realizar una de estas dos acciones: o seguir golpeando con todo lo que tengas, o huir como una rata.

—Vale.

—¿Vale?

—Vale.

—Pues deja de acariciarme el vientre porque me estás poniendo cachonda, rubita.

Liam deja de teclear y da media vuelta sin disimular. Parece que ha sonreído, y verlo me da una alegría inmensa. Es un chico que siempre está serio y que no suele bromear. Y cómo no, el detector de libido de Alexa se activa:

—Tranquilo, si nos lo montamos te aviso. Entre vosotros no tenéis por qué tocaros, eso sería incesto.

Liam regresa a toda prisa a su burbuja informática, y Olivia reacciona como casi siempre ante estas cosas: se tira al sofá y se tapa la cara con un cojín. Y si ella reacciona así, significa que Alexa se ha pasado de frenada.

El timbre de la puerta suena, y Alexa me hace un gesto con el índice que viene a querer decir: «No te muevas de ahí, no he terminado contigo». Cuando desaparece por el pasillo, me acerco a Liam.

—¿Qué? ¿Cómo vas?

—Pues no encuentro nada que pueda serme útil. En la base de datos de la universidad no hay nada. Sus notas son medianamente buenas. Es miembro activo del consejo estudiantil, capitana de las animadoras...

—¿Entonces?

—Pues que por ahí no sacaremos nada. Ya os dije que no me parecía un buen plan. Si queréis trapos sucios de alguien tenéis que ir al meollo.

—Pues tú dirás...

—Su correo electrónico y sus *cookies*. Si accedemos a su ordenador encontraremos cosas. Todo el mundo oculta algo.

—Vale... ¿y cómo lo hacemos?

—Pues no será fácil. Necesito estar conectado a una red wifi al mismo tiempo que ella. De ese modo podré hacerme con el control de su ordenador y averiguar sus claves para poder usarlas en cualquier otro momento con calma.

—¡Tranquilito, James Bond! —suelta Violet, entrando por la puerta como una auténtica diva. Retira sus inmensas gafas de sol, y su cara de asco al observar el piso de Alexa habla por sí sola —. ¿Así que... aquí es donde vives desde que te fuiste de casa?

Sus palabras suenan a incredulidad. Violet guarda sus gafas en su desmesurado Louis Vuitton

de más de dos mil dólares, y da una ojeada rápida a la estancia.

—¿Algún problema? —pregunta Alexa, mientras se prepara para una demostración *in situ* de la primera lección.

—No soy yo la que tiene un problema.

—¿Qué haces aquí? —interrumpo. No me gustaría que la discusión fuese a más.

—Jack me dijo que una niñata te está haciendo la vida imposible, y eso no puedo consentirlo —contesta Vio sin tan siquiera mirarme a la cara—. Que tu vida sea un infierno es cosa mía —añade sonriendo. Jack y Dexter entran a continuación en el salón.

—¿Qué? ¿Hemos avanzado algo? —pregunta Dexter tras besarme.

—Algo —digo—. Parece que necesitaremos entrar en su ordenador, y Liam tendrá que cometer unos cuantos delitos para ello.

—Pues no suena muy convincente la cosa, ¿no?

—¡Por eso le estoy enseñando a dar puñetazos! —exclama Alexa—. ¡Dejaros de tonterías! ¡Lo único que tiene que hacer Annie es abordarla cuando esté sola, y darle de hostias! ¡Esa es la mejor medicina!

—De eso nada —le replica Liam—. Los trapos sucios de internet son mejores. Seguro que tiene búsquedas de porno, conversaciones en chats, o incluso algún perfil en una red social de contactos. Podría encontrar imágenes o videos sexuales, yo qué sé.

—¿En serio? —pregunta Alexa.

—Claro. De todo.

—Joder, casi me pones cachonda. Retiro lo de las hostias —informa al grupo—, la opción de Liam es mejor.

—La opción de Liam es una porquería —suelta Violet sin cortarse un pelo y con ese tonito de superioridad que tanto me molesta.

—¿Y qué propones? —Olivia despierta de su letargo, como si hasta ahora no hubiera confiado en el plan, pero al ver a Vio en escena, por fin creyera en el milagro.

—Dejadme pensar un momento.

Violet va hasta la mesa del salón, deja su bolso sobre ella, saca un cigarrillo y se lo muestra a la dueña de la casa.

—Si me invitas a uno no hay problema.

Violet saca un segundo cigarrillo y se lo entrega a Alexa. Los encienden, y mi hermana comienza a andar por la sala.

—Veamos... hasta donde yo sé, la chica popular de la uni te quiere muerta. Te tiene en el punto de mira, y el motivo es el cachas éste de aquí. ¿Correcto?

—Correcto —le confirmo.

—Eso es malo —dice ella.

—¿Malo?

—Sí, bastante. Hay muy pocas cosas que una mujer no perdona, y una de ellas es que le roben el chico. Eso te obliga a descartar el diálogo y la posibilidad de desgaste por el paso del tiempo.

—¿Quieres decir que no me dejará en paz?

—Exacto. Eres su enemigo mortal, la que la ha humillado públicamente y sin escrúpulos. Eres la zorra que se folla a su chico, y no dejará de acosarte.

—Pues que la infle a hostias es la única opción.

Violet da una calada enorme a su cigarro mientras observa a Alexa en silencio.

—¿¡Qué!?! —le espeta Alexa.

—Existen mejores maneras de joder a una mujer, y todas ellas sin necesidad de usar la



violencia. Lo sabes, ¿verdad?

Nuestra amiga pelirroja se retuerce pero no contesta, aguarda a la revelación de Violet.

—Tenemos que averiguar qué es lo que más le gusta a esa zorra en este mundo.

Violet está imponente. Habla con una seguridad apabullante, y empiezo a pensar que la niña rica y tonta es solo un personaje, y que detrás hay mucho más.

—Ser animadora —dice Dexter sin dudar—. Eso es lo que más le gusta. Bueno, eso... y todo lo que conlleva, claro: fama, adulación... en fin.

—Me gusta —reconoce Violet—. Es un punto de partida perfecto.

—Pero ese trabajo ya está hecho —asegura Olivia—. El sábado, Annie le torció un tobillo y Megan no podrá bailar en un par de meses al menos.

Violet absorbe la info mientras da vueltas al salón. En ese momento, Liam entra en escena.

—Annie... ven a ver esto...

Voy hasta él y me situó a su espalda.

—¿Qué pasa?

—¿Es esta la orla de la que hablabas?

Miro la imagen que hay en el monitor y afirmo con la cabeza. En ella está la versión juvenil de papá, mucho más risueña y vivaracha que la actual. Pero el apellido que consta a sus pies no es Richmon, sino Miller, que si no recuerdo mal, era el apellido de soltera de mamá.

—¿Ves como sí? ¡Te lo dije! ¡Te dije que papá aparecía en una orla del instituto!

—¿Qué pasa? —preguntan casi a la par Jack y Violet.

—Que papá estudió en vuestra universidad —contesta Liam.

Jack me aparta a un lado de un modo brusco y se agacha a observar de cerca la imagen.

—¿Qué coño...?

—¿A ver? —Violet también parece interesada. Lo cierto es que, el descubrimiento, resulta desconcertante.

—Puede que formar parte de una universidad pública le hiciera odiarlas con tanto ahínco —dice Jack—. Incluso puede que por eso le cayera esa melenaza estilo Beattle... —Su risa se debe escuchar desde el badulaque de la esquina, pero algo en toda esta historia me huele a chamusquina e impide que me contagie de ella... no sé cómo explicarlo.

—¿Qué significa eso? —pregunta Vio, casi con preocupación—. ¿Cómo puede ser que papá usara el apellido de soltera de mamá siendo tan joven?

—Eso no es lo raro, Violet —digo tras hacer un cálculo matemático bastante rápido, pero acertado—, sino el hecho de que papá y mamá se conocieron un par de años más tarde.

Violet se queda pensativa unos segundos.

—Creo que me va a explotar la cabeza —dice.

—A ver, los Brady —interrumpe Alexa con cara de aburrimiento—, dejáros de incógnitas a lo Agatha Christie y vamos con lo que de verdad importa: la guerra de la animadora y su caída del trono. ¿Cómo lo hacemos?

—Veamos... creo que lo tengo —dice Vio, regresando al centro del salón. Sus palabras generan una gran expectación, y todos los presentes la rodeamos y observamos con atención.

—Deberíamos unir aquello que más ama con aquello que más odia. O sea, tú —dice, señalándome con el índice.

—¿Y qué significa eso? —pregunta Olivia al ver que no comprendo qué quiere decir.

—Bueno, pronto lo sabrás. ¡Liam! ¡Te necesitamos! Vas a tener que indagar en internet.

Mi hermano asiente sin más.

—Tú eres la empollona, ¿no? —dice, señalando a Olivia—. Bien, tendrás que redactar una

carta.

—¿Una carta para qué? —Intento comprender, pero voy muy perdida.

—La carta es lo de menos, lo importante en todo esto es que tú estés en forma, hermanita.

—¿En forma?

—Sí —afirma Violet, dando una última calada a su cigarro—. Como salga bien, te juro que será la hostia.

# CAPÍTULO 21

## *¡A PETARLO!*

Quince días han pasado, para ser exactos. Estoy nerviosa e impaciente a partes iguales, y no puedo dejar de mordirme las uñas por más que me moleste hacerlo. Sé que el momento ha llegado y, cuanto más cerca está, menos capaz me siento de lograrlo. He de admitir que Violet es muy buena urdiendo planes, porque éste es increíble. Aunque no lo hubiéramos logrado sin la ayuda de Liam y sus recursos. Es increíble con qué facilidad es capaz de entrar en ordenadores ajenos y rastrear trapos sucios. De ese modo puede lograr casi cualquier cosa, el chantaje es lo que tiene...

Escucho el bullicio de la gente a pesar de encontrarme dentro del vestuario. Sé que soy la próxima, y en cuanto el organizador aparezca por esa puerta, tendré que salir sin más dilación. Me observo reflejada en el espejo y empiezo a dudar de mi cordura: puede que me viniera un poco arriba al decidir la indumentaria, sobre todo si tenemos en cuenta que no consulté al resto del equipo. Cuando me vean aparecer les va a dar un síncope...

Los aplausos del público me obligan a despegar la mirada del amplio espejo, y siento el suelo temblar bajo mis pies. No me ha parecido que hubiera tanta gente en las gradas, pero es posible que desde que bajé a cambiarme de ropa, haya llegado más público. Pensar en eso hace que el miedo se apodere de mí, y justo en ese instante, cuando las dudas se intensifican atrapándome entre sus redes, suenan unos golpecitos en la puerta.

—Ya estoy...

Las palabras salen de mi garganta sin ningún entusiasmo. Soy consciente del ridículo al que estoy a punto de exponerme, y no sé si estoy preparada. Para mi sorpresa, la puerta se abre y la atraviesa Dexter.

—Soy yo... solo querí... ¡JO... DER! —exclama en el momento en que me ve, separando las dos sílabas que forman la palabra.

—Hola... —contesto, cabizbaja y abochornada.

—¿Qué... cómo... cuándo?

—Lo he alquilado. Si me dices que no es buena idea me lo quito en un segundo...

Dexter viene hacia mí, me ofrece una mano, la acepto, y me da varias vueltas como si fuese una bailarina de juguete, de esas que viven dentro de una cajita musical.

—Estás... increíble —dice, sonando sincero.

—¿¡En serio!? ¿No lo dices para calmarme?

—Increíble es poco. Espero que no lo tengas que devolver antes de mañana, porque te quiero así vestida en la cama.

Lejos de ruborizarme, su comentario me excita y me calma. Me hace olvidar por qué estoy aquí, y me obliga a recordar nuestros momentos desnudos, sus embestidas, su sabor...

—Pagaré recargo... —digo, sonriendo como una chica mala. Su sonrisa picarona reaparece, y un segundo después tengo su lengua en mi boca—. Te lo voy a hacer como no te lo he hecho

hasta ahora —aseguro.

—¡Wow...! Sabes que eres una bomba en la cama, ¿verdad?

Sonríó un poco más y asiento.

—Algo he oído. —Paso mi mano por su paquete, solo para saludar—. ¿Ya está así? —pregunto, sorprendida al sentir el potente bulto.

—¿Pero tú te has visto? —dice señalando el espejo—. Eres una especie de fantasía hecha realidad, ¿qué quieres?

—Concentrarme, y no me dejas. Vete... anda... —digo, mordiéndome el labio inferior y despidiéndome de mi amiguita con una caricia a través del pantalón—. Esta noche te como entero. Y cuando digo entero, es entero.

Dexter me besa con suavidad.

—Quería desearte suerte, nada más —dice, acariciando mi nariz con la suya.

—No... tú lo que querías era verme desnuda. —Saco la lengua a modo de burla infantil, y él se ríe.

—Vale, me has pillado, eso es cierto. Pero si nos ponemos quisquillosos, tampoco has hecho un gran descubrimiento: SIEMPRE quiero verte desnuda.

Volteo los ojos, le obligo a dar media vuelta y le doy un cachete en el culo para que se ponga a andar.

—Sal, venga. Tengo que hacer mis respiraciones de taichí antes de que... —unos golpes suenan en la puerta y el encargado me indica desde fuera que es mi turno— ¡Mierda! Me toca salir.

—Me voy, me voy, me voy. ¡Lo siento! ¡Lo harás genial!

Dexter sale del vestuario y le escucho decir al encargado que me dé cinco minutos. Yo me miro de nuevo en el espejo, tomo aire con toda la calma que puedo, y cierro los ojos. Comienzo a sentir mi respiración, ascendiendo y descendiendo con suavidad, llenando mis pulmones hasta que mi caja torácica se siente plena. Tras unas cuantas repeticiones, mi ritmo cardíaco desciende y mi organismo se oxigena. Mucha gente se burla de esto, pero si supiesen que la mayoría de las personas que sufren de estrés y se hinchan a pastillas solucionarían su problema haciendo algo tan sencillo como esto solo diez minutos al día...

La puerta se abre tras un tiempo prudencial, y el encargado de las aspirantes me indica que ha llegado mi momento. Respiro hondo una última vez y le sigo por el túnel que lleva directo al estadio. El hombre me indica que me detenga, situando la palma de su mano abierta frente a mí. A continuación me da las instrucciones pertinentes:

—Sales, vista alzada, saludas al público, al jurado, te posicionas en el círculo y esperas a que suene la música. Tú eras la del country, ¿sí?

—Sí.

—Muy bien. Suerte.

Los nervios me hacen ser maleducada y ni siquiera le doy las gracias. No puedo pensar en nada más que en el posible ridículo al que estoy a punto de someterme. Mi mirada está fija en la intensa luz blanca que se cuelga al final del túnel, y trato de concentrarme todo lo que puedo.

—Adelante —me indica el hombre—. Te toca.

Doy un gran suspiro y avanzo hacia mi destino con convicción, o al menos, con toda la convicción de la que puedo hacer uso ahora mismo. Cuando llego al exterior, el público enmudece. Saludo con la mano siguiendo las instrucciones recibidas, trato de mostrar mi mejor sonrisa a pesar de sentirme bastante ridícula, y me posiciono en el círculo central. Entonces miro a las gradas en un acto involuntario, y puedo ver todas las caras desencajadas, incluidas las de

Olivia, Alexa, Violet y Jack. Liam no ha venido, pero tampoco contaba con que lo hiciera. Coloco mi sombrero de paja en su posición exacta sobre mi cabeza, y veo la reacción de Alexa, que se lleva las manos a la cabeza, literalmente, aunque su sonrisa me dice que está sorprendida para bien. Parece que mi disfraz de granjera ha causado sensación. El público comienza a silbar, a aplaudir, y a volverse loco. Jack y Dexter se levantan de su asiento y se unen a los vítores. Hay tanto estruendo que parece que los organizadores aguardan a que el público se calme un poco antes de conectar la canción. Doy un par de golpes sobre el césped con las botas y recoloco uno de los tirantes del peto vaquero, que parece que se ha aflojado. La camisa roja a cuadros diminutos me da bastante calor, pero imagino que más que la camisa, son los nervios del momento. Miro al jurado, les guiño un ojo y me sorprendo de mí misma logrando que crean que disfruto con esto.

La canción seleccionada comienza a sonar, posiciono mis brazos en jarra y meneo la cintura al ritmo de las primeras notas musicales. El plan de Violet es perfecto: pocas personas me conocen tanto como para saber que soy una bailarina increíble. Las clases de danza a las que me sometieron de niña sumadas a las de baile urbano a las que asistí por amor propio, hacen que sea una bomba en la pista de baile. Y Megan, que se encuentra junto al jurado, está a punto de descubrirlo en primera persona.

Doy unos primeros pasos sencillos y bastante simples antes de que Darius Rucker comience a cantar. Logro relajarme y meterme de lleno en la increíble canción. Es poco conocida, pero apasionante. Me siento totalmente identificada con ella. Se titula *Wagon Wheel*, y habla de un chico que lo deja todo por ir en busca de su chica, y dice así:

Yendo al sur por la zona de los pinos  
Estoy hojeando mi camino  
En el mapa hacia Carolina del Norte  
Levantando la vista a la carretera  
Y rezando por ver luces  
Llegué a la parte baja de la costa en pocas horas  
Tomando un ramo de flores de cerezo  
Estoy esperando llegar a Raleigh  
Para ver a mi chica esta noche.

Confío en que llegue al jurado. La música crece en intensidad tras unos primeros compases que me permiten dar pasos a derecha e izquierda estilo *cowboy*, y es en ese instante cuando cojo mi sombrero y lo lanzo al aire en un gesto de liberación. Entonces dejo que la música fluya por todo mi cuerpo y me dejo llevar.

Así que, muéveme, chica,  
Como una rueda de carro  
Muéveme como tú quieras  
Hey, chica, muéveme  
Muéveme, chica, como el viento y la lluvia  
Muéveme como un tren hacia el sur  
Hey, chica, muéveme.

El silencio sepulcral que se había instalado en el público al sonar la música, de pronto se convierte en expectación y algarabía. Y esa sensación de estar gustando me hace sentir tan bien que incluso me atrevo a improvisar algunos pasos de baile ridículos estilo Alexa, incluyendo el del lazo de vaquero que le lanzo a Dexter —simulando que lo atrapo con él y lo atraigo hasta mí—, o el de montar a caballo, movimientos que me van que ni pintados con la indumentaria y mi apodo de granjera.

Intento crear una mezcla que resulte sensual, estilosa y, en ocasiones puntuales, cómica. Mi intención es demostrar al jurado que soy capaz de lo mejor y de lo peor, y que no tengo vergüenza ni miedo de reírme de mí misma.

Después de tres minutos dejándome llevar, doy un último salto y me clavo en el suelo justo cuando la canción termina. El público se pone en pie, al igual que el jurado. Pero si soy sincera, no me siento realizada. Puede que el público sea sincero, pero sé que el jurado ha sido chantajeado por Liam y eso hace que su reacción no me transmita nada, al menos positivo. Por lo visto, todos ellos guardan secretos que prefieren mantener ocultos, y eso significa que, aunque hubiera realizado un baile horrible, se hubieran puesto en pie del mismo modo.

Me quedo unos segundos en esa posición mientras los aplausos me acarician por doquier, y un poco después, cuando me siento algo mejor conmigo misma, me levanto y encaro a los miembros del jurado. Megan es la única que no se ha dignado a levantarse, aunque tiene excusa por lo del pie. Su cara muestra un enfado inusual. Verme aquí, optando a su puesto temporal como capitana de las animadoras, es más de lo que puede soportar. Y ahora que tengo al público y al jurado eufóricos, más aún. De ahí la expresión de su rostro, mucho más visceral de lo que suele ser habitual en ella. Y me alegro sobremanera. Eso significa que el plan de Violet es perfecto: desde el primer instante supo que lo que más le dolería a Megan sería que la humillara destronándola. Puede que Megan sea una zorra de mucho cuidado, pero Violet la supera. Es más retorcida y cruel. Su maquiavélico plan no consiste solo en humillarla, sino en arrebatarle aquello que más quiere: su capitania, y con ella, la popularidad y el poder. Es decir, su esencia. Hemos atravesado su corazón sin contemplaciones ni medias tintas, como en las pelis de vampiros cuando abren el ataúd y clavan la estaca de madera de golpe y porrazo en el pecho del vampiro líder. Pues eso, pero con una zorra en lugar de un chupasangre.

Una miembro del jurado me indica que salga del campo por mi izquierda, y lo hago mientras me despido de todos con una espectacular sonrisa. Una vez en el lateral, otra chica se acerca a mí.

—¡Muy bien! ¡Has estado genial!

—Gracias —digo, con el corazón bombeando sangre a diestro y siniestro.

—Si quieres, puedes ir a cambiarte de ropa. Quedan tres chicas, y después el jurado tiene que tomar una decisión, así que hay tiempo.

—No, tranquila —digo tras observarme un instante a mí misma—, así está bien.

—Como quieras. ¡Suerte!

—Gracias.

Miro hacia las gradas y veo que soy el foco de atención. Todos me observan, unos con algo más de disimulo que otros, pero me observan al fin y al cabo. Voy hasta las escaleras para reunirme con mi grupo y, al empezar a ascender, me encuentro con el resto de las animadoras, entre las que no se encuentra Meg, porque es una de las aspirantes al trono de plástico y purpurina. Nos miramos un segundo y antes de que puedan decir nada, hago caso de la primera lección de Alexa, la de golpear primero, aunque la aplico a la dialéctica:

—Aquí huele a mierda, ¿no? —Lanzo la frase al aire como si no fuese dirigida a nadie en

concreto. A continuación miro las suelas de mis botas—. Podría haber pisado estiércol en mi granja, pero creo que son vuestras bragas, que os habéis cagado encima. Rezad para que no gane, porque como lo haga, éste será vuestro nuevo modelito. Ya veréis qué divertido.

Sonrío y les lanzo un beso al aire. Ninguna dice nada, y todas me miran del mismo modo: en silencio y con cara de pánico mal disimulada.

Acudo hasta Dexter y el resto sintiendo la euforia recorrer mis venas, y tomo asiento.

—¡Ha sido la puta hostia! —suelta Alexa a lo bestia—. ¿¡Dónde coño has aprendido a bailar así!?

Sonrío tímidamente, y Jack contesta por mí.

—Mis padres siempre se empeñaron en que aprendiéramos danza, pintura, música... en fin, cosas de ricos, ya sabes.

Alexa suspira, casi enojada.

—No, no sé, pero tampoco hace falta que te esfuerces. ¡Joder, Annie! ¡Te las has follado a todas, ya verás! ¡Te van a nombrar a ti, fijo!

—Daba igual como lo hiciera... ¿no? Liam ya se ha encargado de esa parte.

Todos callan y se lanzan miraditas, lo que me indica que algo no anda bien.

—Bueno... —comienza Violet—, verás... en cuanto a eso...

—¿¡Qué pasa!?! —pregunto asustada.

—Pues... que nuestro hermano no pudo cumplir con su parte del plan —termina Jack.

—¿¡CÓMO!?!

—Liam no lo vio claro —me explica Vio—. Tras indagar un poco, descubrió que el padre de la chica rubia que forma parte del jurado —la que está sentada justo a la izquierda—, es policía, lo que incrementaba las probabilidades de denuncia. Y el delito es más grave de lo que parece. De modo que decidimos no contártelo para que vinieras sin miedo al concurso y lo hicieras lo mejor posible. Y... ¡Oye! ¿Sabes qué? No ha estado nada mal, hermanita. ¡Lo has hecho muy bien! ¡Diría que tienes opciones!

—¿Me estáis diciendo que me he presentado a un concurso de animadoras pensando que estaba ganando y he hecho el ridículo así vestida... para nada?

—Para nada no, mujer... —se entromete Dexter—, tú ya me entiendes...

Su broma sexual me hubiera hecho gracia en cualquier otro momento, pero no en este. La encargada de presentar a las aspirantes nombra a la siguiente participante, y no nos queda más remedio que callar y observarla aparecer en el terreno de juego. La chica va ataviada con el clásico uniforme de animadora —formado por una ridícula minifalda y un top ajustado—, cómo no, en colores chillones casi fosforitos, y sujeta un par de pompones en las manos. La muchacha saluda, se sitúa en mitad del círculo, la música suena y comienza a bailar.

Resulta ridícula.

—Pues así, todas —dice Olivia en mi oído tras leerme la mente—. Ha sido horrible hasta que has aparecido.

—¿En serio? —Sus palabras me aportan una gran calma.

—En serio. Enhorabuena. Tienes que enseñarme a bailar.

—Hecho —digo sin miedo de mostrar el orgullo que Olivia ha logrado que sienta ahora mismo.

—Genial.

La aspirante a capitana da unos cuantos pasos mal dados, se lía un poco con los pompones, recupera el control, y termina su espectáculo —si es que se le puede llamar así—, del modo más digno que puede. A nivel artístico ha sido horrible. A cualquier otro nivel, también. «Una menos

de la que preocuparme», pienso para mis adentros.

Indican a la chica que salga por el mismo lugar por donde he salido yo, y no tardan en llamar a la última participante: Margaret Williams. Imagino que se trata de la segunda de a bordo en el equipo de animadoras zorronas sin escrúpulos, y no me equivoco. La chica sale con la indumentaria oficial, y el público se viene arriba: parece que es la favorita en todas las apuestas, y por eso sale en último lugar. Se posiciona, mira a su queridísima amiga del alma —es decir, a Megan la Coja—, y asiente con confianza. Con demasiada confianza. No me gusta.

La música suena y Meg (o Margaret, que suena más a señora mayor y me hace bastante gracia, lo reconozco) comienza a bailar francamente bien. La canción que ha escogido es perfecta: actual yailable, cosa que no puedo decir de mi elección. Sus movimientos son arriesgados, y la mayoría le salen clavados. De pronto extrae una vara que, al parecer, tenía sujeta a uno de sus muslos, y la despliega tras un movimiento rápido y preciso. Entonces comienza a realizar malabares con ella al tiempo que se desliza por la pista de baile con elegancia y clase. Es buena, debo admitirlo por mucho que me pese.

Cuando la canción finaliza y Meg deja de moverse, respiro hondo. Soy consciente de lo difícil que lo tengo. Ella lo ha hecho francamente bien, y juega con la ventaja de ser miembro del club desde hace dos años. Eso, sumado a que es la mejor amiga de la actual capitana, la convierte de modo automático en favorita para alzarse con el triunfo. Maldigo para mis adentros, y Dexter me coge de la mano.

—No importa si ganas o pierdes. Lo importante es que les has plantado cara en su propio terreno, y ahora se lo pensarán dos veces antes de volver a meterse contigo.

—Te equivocas.

—¿Tú crees?

—Tercera lección —digo, bajo la atenta mirada de Alexa—: remata a tu adversario en el suelo. No importa el daño que ya le hayas hecho, si te marchas y dejas que se levante, volverá a por ti. En cambio, si le atacas una y otra vez estando en el suelo, entenderá que no debe volver a meterse contigo.

—¿Y qué tiene que ver eso aquí? —pregunta Dexter, confuso.

—Esto es como una pelea —le explico—. He soltado la primera bofetada, pero si ahora pierdo y me marchó... todo esto no habrá servido de nada, ¿entiendes? Porque a sus ojos seré débil y vulnerable, y volverán a por mí. Por eso necesito ganar, necesito darle el golpe de gracia.

Alexa se inclina hacia delante para sobresalir de la fila y poder mirarme a la cara. Y lo hace adoptando una expresión que no comprendo al principio.

—Ganar, perder, no importa —dice, tratando de sonar igual que el señor Miyagi. De hecho, la frase es suya—; si peleas bien, ganas respeto, y entonces nadie te molestará.

A lo que le contesto, usando el mismo tono de voz pero otra de sus frases, que por el motivo que sea se quedó grabada en mi mente tras ver la película:

—Pelear no es bueno, pero si debes hacerlo, gana.

Alexa no es capaz de contener la emoción:

—Joder, pequeño saltamontes, me vas a hacer llorar —dice, casi con lágrimas en los ojos—. Y yo que pensaba que mis clases no estaban sirviendo para nada...

—¿Cómo que no? ¡Has sido un maestro increíble!

—¿Has oído eso, Olivia? ¡Lo has oído! —grita Alexa.

Olivia se ríe mientras asiente.

—¡Lo hemos logrado! ¡La pija acaba de hacer una referencia a *Karate Kid*!

—Lo he oído, Alexa, tranquila.



—¿¡CÓMO QUE TRANQUILA!? ¡LO HEMOS LOGRADO, JODER!

—Ey, ey, ey... —digo cortando el rollo—, que *Regreso al Futuro* me sigue pareciendo absurda.

Alexa me atraviesa con su mirada.

—Habías escalado unos cuantos puestos en el Top de «tías normales y corrientes convertidas en auténticas frikis por Alexa y Olivia», pero con tu último comentario te has quedado a mitad de tabla, bonita.

—Conseguiré que admitas que el guion no tiene ningún sentido —digo, sintiéndome por primera vez parte del grupo.

—¡Y una mierda! Antes me corto las venas.

La conversación se interrumpe cuando el encargado del evento se dirige al círculo central donde nos hemos situado todas las participantes, y comienza a hablar por el micro.

*Querido público, muchas gracias por vuestra asistencia. El jurado se tomará unos minutos para decidir el veredicto. Pueden estirar las piernas si lo desean. En breve regresamos. Gracias.*

—Me voy a hacer un piti. —Alexa se levanta, y Jack con ella—. Me fumo encima...

—Te sigo.

—Cómo no. —La pelirroja se da una cachetada en el trasero y Jack no se molesta en disimular las ganas que tiene de desnudarla y ponerla a cuatro patas. Desde que la conoció, Olivia ha quedado relegada a un segundo plano. Ha fijado a la pelirroja en su radar de busca y captura, y no parará hasta tenerla desnuda en su cama y comérsela enterita, como hace con todas. Pero algo me dice que Alexa lo pondrá firme. Lo pienso y sonrío: no se merece menos.

Se alejan, y el resto esperamos pacientes a que el jurado regrese.

—¿Qué creéis que va a pasar? —pregunto, un pelín asustada. El silencio se hace presente, y cuando parece que nadie va a contestar a mi pregunta, Dexter coge una de mis manos, la aprieta con fuerza, y me mira a los ojos:

—Estamos a punto de averiguarlo. Tú tranquila...

## CAPÍTULO 22

### *AVE FÉNIX*

Un último domingo de mes cualquiera estaría en mi habitación de casa de mis padres, enfundándome en ese vestido arcaico y preparándome psicológicamente frente al tocador. Pero este no será un último domingo de mes cualquiera. Entro a trabajar en apenas una hora y aun así, nada me impedirá hacer lo que tengo que hacer.

Violet, Jack y Liam esperan mi llegada, para el resto será una sorpresa. Es la primera vez que regreso desde que decidí marcharme. No he hablado con papá ni una sola vez desde entonces. Tampoco es que se haya molestado en llamarme para saber de mí, pero probablemente haya enviado a algún detective a seguirme y sea consciente de dónde vivo y con quién voy. De hecho, es muy probable que sepa más sobre mi vida o sobre mis nuevas amigas, que yo misma. Me pregunto qué ocurriría si decidiera colarme en su despacho y fisgonear en sus cajones... ¿encontraría un dossier con informes detallados de Alexa y Olivia? Lo cierto es que no me sorprendería.

Dexter me coge de la cintura justo frente a la puerta trasera, la que da al jardín y a la casita de Gabriela. Me observa unos segundos en silencio y, a continuación, besa mis labios. Son mullidos y agradables.

—No tienes por qué hacerlo —susurra.

—Lo sé. Pero necesito hacerlo.

—Sabes que vuestra relación puede empeorar después de esto, ¿verdad?

—También lo sé. Pero aun así...

—Tienes que hacerlo. Te entiendo.

—Gracias por ponerte en mi lugar... y por acompañarme.

Dexter asiente y me besa de nuevo.

—Estamos juntos en esto, así que vamos —dice convencido.

—No hace falta que entres si no quieres.

—Pero sí que quiero.

—¿No te da miedo mi padre? —digo medio riendo.

—No... bueno... en realidad la que da miedo es tu abuela. —Me parto de la risa, y él añade —: ¿Has visto «La visita»?

—No, lo siento. Ya sabes que no soy muy de cine.

—Pues olvídale, es una chorrada. ¿Qué? ¿Entramos?

Saco mi manojito de llaves del bolso a modo de aprobación y rezo para que papá no haya cambiado las cerraduras tras mi exilio.

—Vamos —digo, después de girar la llave y comprobar que los cerrojos siguen siendo los mismos.

Cruzamos el frondoso jardín y avanzamos con decisión a la batalla. Somos conscientes de los peligros a los que nos enfrentamos, pero no tememos al destino. No, mientras permanezcamos

juntos.

—Tranquila. —Dexter me frena en mitad del sendero empedrado y me acerca a él—. Estoy a tu lado, recuérdalo.

—Lo sé.

Nos perdemos en nuestras miradas y me siento plena, como si no necesitara nada más en el mundo que su respiración y sus latidos. Como si el resto de las cosas fueran nimiedades de las que desprenderse y despreocuparse.

—¡Acciones preferentes! ¡Acciones preferentes!

El estridente parloteo de mi inseparable amigo rompe el momento, pero admito que no me importa. Echaba de menos esa voz desgarrada, pero sobre todo, sus garritas sujetas a mi hombro. Y cuando Gabbana se posa sobre mí, una sensación de nostalgia me embriaga con sutileza.

—Hola, amiguito... —digo conteniendo la emoción—. ¿Cómo está mi bichito?

Mi compañero de balcón frota su cuerpecito verde contra mi cara a modo de saludo. Parece contento de verme, y lo demuestra moviéndose nervioso de un lado para otro. No recordaba cuánto amor me proporcionaba mi diminuto amigo.

—¿Te gusta? —le pregunto a Dexter.

—¡Caída de la bolsa! ¡Caída de la bolsa! —repite el animal una y otra vez, y Dexter se ríe.

—Deberíamos seguir.

—Sí, vamos.

Damos unos pasos más con mi amiguito sujeto sobre mi hombro y, tras superar los rosales, dirijo la mirada hacia el enorme ventanal del salón, que está abierto de par en par. En su interior puedo ver a toda la familia reunida alrededor de la mesa. Mi abuela la preside, como siempre, y entramos en su campo de visión. Le sostengo la mirada y compruebo cómo frunce el ceño nada más verme.

En lugar de decir nada, la mujer coge su asquerosa campana y la hace sonar. Todos los presentes callan de golpe, la observan en silencio y, siguiendo la trayectoria de su destructiva mirada, recaen en nuestra presencia.

Avanzamos sin amilanarnos y mi amiguito alza el vuelo justo antes de adentrarnos en la boca del lobo.

—¡Annie! —exclama mi padre, casi emocionado, alzándose de su asiento.

—Papá... mamá... —saludo del modo más desapegado que puedo mientras todos los presentes me observan con perplejidad. Es probable que Gregor sea el más sorprendido, ya que a pesar de haber hablado con él todos los días desde que me marché, no sabía nada de mi visita. Entonces caigo en la cuenta de que llevo puesto el uniforme a cuadros grises y blancos de la cafetería, con gorra incluida.

—¿Qué... es... eso...? —pregunta Violet con asco, refiriéndose —cómo no—, a mi indumentaria.

—Mi ropa de trabajo —contesto orgullosa.

—¿Haces de tablero de ajedrez humano?

—No —le contesto sin sentirme insultada—, trabajo en una cafetería. Empecé la semana pasada.

—¿Por qué? —pregunta papá bastante indignado—. ¿Qué necesidad tienes tú de eso? ¡De humillarte de ese modo!

—Yo no me humillo, papá, sino todo lo contrario. Me gusta el trabajo. Me lo paso bien, y me siento realizada. Por primera vez en mi vida he aprendido lo que cuesta de ganar el dinero. Por primera vez estoy viviendo de verdad.

—¿A eso le llamas vida? ¿A trabajar en una cafetería de mala muerte?  
—La cafetería es bonita, no es de mala muerte —le replico.  
—¿Y se puede saber cuánto ganas?  
—¿Para qué quieres saberlo? Te va a parecer ridículo.  
—¿Cuánto? —insiste mi padre—. ¿Mil dólares? ¿Mil doscientos?  
—Mil cien, Malcom —contesta Dexter por mí, bastante enojado.  
—¿Mil cien dólares? —Mi padre no espera respuesta, simplemente lanza la pregunta al aire tratando de entender—. ¡Pero si tu paga mensual aquí era más alta! ¿¡Qué intentas demostrar!?  
¿¡Eh!?! ¿¡Qué ganas con todo esto!?!  
—Ser feliz, papá. Eso es lo que gano.  
—¿¡Eso significa que aquí no eras feliz!?! ¿Es eso lo que quieres decir?  
—No, papá... no estás escuchando...  
—¡Por supuesto que te estoy escuchando! ¡Pero no es a ti a quien oigo! ¡Es a este... demócrata! ¡Y ni siquiera son palabras tuyas las que salen de tu boca, sino de su estúpido padre!  
Dexter reacciona apartándose a un lado y dando un paso al frente.  
—Mida sus palabras, Malcom.  
—¿Te cueles en mi casa sin invitación y me amenazas delante de mi familia?  
—No, pero si me falta al respeto a mí o a los míos, le paro los pies. En su casa, o en cualquier otro lugar. ¿Lo entiende?  
Se nota que mi padre no está acostumbrado a que le hablen en ese tono. La gente que suele reunirse con él lo hace por negocios, y lo tratan del mejor modo posible para que mi padre esté contento. Por eso, esto le pilló por sorpresa.  
—¿Me vas a dar lecciones de respeto, muchacho? —le recrimina—. ¿Tú, que entraste en la vida de mi hija para conseguir más dinero? ¿No tenías bastante con lo que ya me habías sacado acercándote a Jack, sabandija?  
—Eso no es cierto.  
Mi padre lanza sobre la mesa su servilleta de trapo y viene hacia nosotros dispuesto a todo.  
—¿¡Cuánto dinero os he dado a ti y a tu familia, eh, muchacho!?! —El hombre está fuera de sí—. ¡Dime! ¿¡O acaso has perdido la cuenta!?!  
—Sé muy bien cuánto dinero le debo, Malcom. Igual que mi padre. Y le devolveremos hasta el último dólar.  
—Si tu negocio funciona...  
Jack se levanta de su asiento.  
—Papá, por favor... cálmate.  
—¡No me calmo, joder! ¡Todo esto es culpa tuya! ¡Tú trajiste a este... aprovechado... a mi casa! ¡Me embaucaste!  
—No es ningún aprovechado... Dexter no es así, papá, de verdad. —Jack intenta hacer entrar en razón a mi padre, pero creo que eso es imposible a estas alturas. Papá ha cruzado la línea, y no parece que exista la posibilidad de hacerle recular.  
—¡No me he acercado a Annie por su dinero! —grita Dexter, desesperado de que no se le escuche.  
—¡Cállate! —le ordena papá—. ¡No quiero oír su nombre saliendo de tu sucia boca!  
—¡Papá! —exclama Gregor sin moverse de su asiento, y papá aguarda a que hable: siempre ha tenido en consideración su opinión, Gregor es su consejero más fiel—. El muchacho ha venido hasta aquí a dar la cara, aun siendo acusado de algo tan grave como de lo que le acusas. Eso dice mucho de él, ¿no crees?

La expresión de odio de mi padre se vuelve más agresiva si cabe, y me veo en la obligación de apartar a Dexter a un lado y situarme entre él y papá. Por cómo aprietan los puños, creo que es lo mejor.

—Papá, te estás equivocando —le aseguro—. De verdad.

—Lo dudo —afirma sin apartar su mirada de Dexter—. ¿Sabías que le di a elegir entre el dinero que le faltaba para poder acabar su estúpido negocio o estar contigo? Adivina qué escogió.

—No, papá —le corrijo con rapidez—. Le diste a elegir entre su familia arruinada o yo, y tomó la decisión adulta. La decisión que cualquier persona sensata aceptaría. Y tú lo sabías. Conocías sus problemas personales, sabías que el banco estaba a punto de echarlos a la calle... y aun así, primero enviaste a Theodor para que le hiciera daño.

—¿¡Cómo!?! —Gregor se levanta de su asiento como si tuviera un muelle en el culo, y trata de asimilar las palabras que salen de mi boca.

—No te sorprendas, Gregor —le digo de un modo bastante cínico—. Papá es capaz de eso y de mucho más. ¿No lo sabías? —la expresión de perplejidad de Gregor contesta en su lugar—. Me sorprende, la verdad... —digo, dirigiéndome de nuevo a papá—, sobre todo teniendo en cuenta tu pasado real... Malcom Miller.

La boca de mi padre se abre de par en par al escuchar un secreto enterrado durante años saliendo de mi boca de un modo tan natural y directo. Pero mi mirada no está atenta a la reacción de mi padre, sino a la de mi madre, que hace que todas mis sospechas sobre lo que aquí está ocurriendo cojan cada vez más fuerza.

—¿Qué has dicho? —suelta papá, asustado como nunca antes lo había visto.

—He dicho que no comprendo por qué le tienes tanta manía a Dexter cuando en realidad, eres más parecido a él de lo que quieres hacernos creer. De hecho, si lo piensas bien, nuestra historia de amor es muy parecida a la vuestra —digo dirigiéndome a mamá, que llega hasta nosotros a un ritmo bastante acelerado—: chica de familia rica se enamora de chico de familia humilde. ¡Uy! ¿Os suena de algo?

La mirada de mi padre ya no rebosa de ira. Ahora se asemeja a un lago en calma perdido en mitad de un paraje natural, rodeado de cantos de pájaro y rayos de sol primerizos. Reconozco una guardia baja en cuanto la veo, y ataco sin piedad.

—Pero... ¿por qué renunciaste a tu apellido, papá?

El hombre alza la mirada y me muestra un Malcom vulnerable. Alguien que por fin puede quitarse su armadura y mostrarse al mundo tal y como es. Su cabeza se hunde entre sus hombros, su espalda se encorva de modo exagerado, y sus piernas le pesan una tonelada a juzgar por cómo arrastra los pies hasta el sofá de cuero.

—No lo sé, cariño... —contesta derrotado tras dejarse caer de golpe—, ojalá lo supiera...

—¿¡Cómo que no lo sabes!?! —le espeta mi madre, enojada—. ¿Qué es lo que no sabes?

—No sé por qué acepté ciertas condiciones... ya sabes... cuando planeamos la boda... cuando decidimos unirnos en matrimonio... ésa es la verdad —contesta mi padre sin despegar su triste mirada del suelo.

—¿Qué condiciones, papá?

Gregor está ahora frente a mi padre, tratando de hacerle volver de donde quiera que haya ido. Creo que de todos los presentes es el único que, como yo, se ha percatado de que lo que aquí está ocurriendo es más grave de lo imaginable.

—Renunciar a mi apellido... ser la cabeza visible de los negocios... pero no la pensante... ya sabes...

—¿¡Cómo!? —pregunto sorprendida—. ¿Estás diciendo que eres... —pienso una palabra que no suene ofensiva, pero me resulta imposible, no existe—, un pelele? —digo al fin.

De pronto, la imagen que siempre he tenido de mi padre se rompe en mil pedazos. El empresario indestructible ya no existe, y ahora aparece ante nosotros el marido bobo que se deja manejar cual títere por titiritero. Mi padre asiente compungido, y veo a alguien distinto en él. Alguien más humano y mucho más cercano.

—¿Qué tonterías dices, Malcom? —Mi madre trata de restar importancia al asunto, pero es demasiado tarde—. ¡Has participado en todas las decisiones que han tenido que ver con la empresa! ¡Para eso cambiamos tu apellido! ¿No lo recuerdas? ¡Para ganar fuerza! ¡A los hombres los respetan!

—¡Esperad un segundo! —digo alzando la voz todo lo que puedo, tras hacer un descubrimiento bastante importante—. ¡Eso significa que...

Mi padre me ve venir de lejos y termina la frase por mí:

—Que vuestra abuela no es mi madre, sino la de vuestra madre.

Mis hermanos y yo miramos a la abuela al mismo tiempo, que permanece impasible en la misma posición y el mismo lugar que cuando entré, y exclamamos todos a la vez.

—En serio, ¿qué está pasando aquí? Habéis puesto cámaras y me estáis vacilando, ¿verdad? —Violet no sale de su asombro, y se acerca a la abuela a mirarla de cerca. Ahora que lo dicen, el parecido con mamá es asombroso, pero nunca lo había pensado. Papá siempre la ha llamado mamá, pero jamás me hubiera imaginado que se trataba de un gesto cariñoso entre suegra y yerno.

—Estudiaste en una universidad pública de bajo prestigio —digo, tratando de retomar el rumbo de la conversación, y sacando a la luz los descubrimientos realizados por Liam en la red—, y te criaste en una familia humilde, papá. ¿Por qué odias tanto a Dexter? En realidad, tenéis mucho en común.

Papá suspira profundamente.

—No lo odio, pequeña...

—¿Entonces?

La rabia aparece en su rostro, y la focaliza toda en mi abuela.

—Llevo toda mi vida intentando ganarme su respeto, mamá. Dejándome la piel por complacerla. Por atenderla como es debido, como merece, a usted y a sus nauseabundos negocios. —Después, papá vuelve a mí y continúa—. No odio a Dexter. No te odio, chaval —le dice a él directamente—. Nunca podría hacer algo así. Pero mi hija tiene razón: soy un maldito pelele.

—¡Malcom! —grita mi madre.

—¡Cierra el pico!

El modo en que mi padre contesta a mi madre nos deja atónitos a todos. Nadie se atreve a abrir la boca, y me sorprende que sea Dexter el encargado de hacerlo:

—Malcom, escúcheme. Un equipo de primera me ha fichado para formar parte de su cantera. No es un fichaje multimillonario, pero me permitirá devolverle todo su dinero mucho antes de lo previsto. Mi padre tenía razón, si me esfuerzo podré llegar a primera división.

—Viviremos bien, papá —añado, tratando de tranquilizarlo—. No te preocupes por mí.

Papá me entrega una mirada repleta de amor y cariño, y me hace un gesto para que me acerque a él.

—Estoy muy orgulloso de ti, pequeña —dice cuando me siento a su lado—, más de lo que imaginas.

—¿De verdad? —Mi voz suena insegura, y papá lo detecta.

—Eres todo lo que yo hubiera deseado ser. Perdóname...

Sus palabras me llegan tan hondo que me hacen temblar. Me emociono, y rompo a llorar. El hombre coge mis manos y las besa con delicadeza.

—Claro, no soy rencorosa, ya lo sabes.

—Lo sé... —Papá sonrío, y mamá viene hasta nosotros.

—Malcom, debemos hablar —dice ella. Mi padre la obsequia con su mirada más desafiante, y contesta:

—Ya lo creo que vamos a hablar, pero lo vamos a hacer aquí. Ante nuestros hijos. —La expresión de mi madre cambia, parece perpleja.

—No hablaremos de nuestros asuntos delante de nadie, y menos aún de ese... aprovechado.

Sin querer, mamá deja bien claro que siempre ha sido ella la que no ha querido a Dexter. Él también se da cuenta, y se dirige a ella sin pelos en la lengua:

—Con el debido respeto, señora, no soy como los de su calaña. No me dedico a fisgonear ni a entrometerme en la vida de otros. Sus negocios y su dinero no me preocupan lo más mínimo. — Su voz no tiembla, y suena contundente.

—Y aun así, viniste aquí suplicando dinero —le reprocha mamá—. Puede que en el fondo sí que te importen nuestras finanzas. ¿No te parece?

—Lo único que me importa en estos momentos es saldar la deuda que contraí con su marido lo antes posible. No me gustaría seguir escuchando sandeces el resto de mi vida.

Mamá enarca una ceja.

—¿Crees que estarás con Annie toda la vida?

Dexter me coge de la mano justo antes de contestar:

—No puedo saber algo así con certeza, señora, pero lo que sí puedo hacer es asegurarle que pondré de mi parte para que eso ocurra. —Dexter me entrega una mirada cómplice en la que no queda ni rastro de enfado—. ¿Nos vamos? —dice, calmado por completo.

Asiento y damos media vuelta con intención de marcharnos sin decir ni una palabra más, pero mi abuela no podía dejarnos ir con tanta facilidad.

—Si algún día tu negocio funciona, joven presuntuoso, recuerda a quién se lo debes.

Dexter frena en seco y siento cómo aprieta mi mano con fuerza, pero hace acopio de sentido común y, en lugar de responder algo ofensivo, decide contestar con cabeza.

—Rece para que eso ocurra, señora, porque significará que su nieta vive bien. Aunque si le soy sincero, no creo que Annie me necesite para nada, ni a ustedes tampoco: será una excelente enfermera y podrá valerse por sí misma.

Doy un vistazo rápido a mi familia y me doy cuenta de que Gregor sonrío, de que Violet se muere de envidia, de que Jack no necesita abrir la boca porque Dexter se ha defendido perfectamente, y de que papá parece vulnerable, quizás más que nunca. Pero debo irme. Aquí no hay nada más que decir.

—Si cruzas esa puerta —añade la abuela a modo de amenaza final— serás excluida de cualquier herencia que te corresponda más allá del mínimo establecido por ley. ¿Te queda claro?

—La mujer trata a la desesperada de mantener su poder e influencia sobre mí—. ¡Si sales por esa puerta tu idílica vida acabará para siempre!

Miro a mi abuela con una parsimonia asombrosa. Tanta, que incluso me sorprende de mí misma:

—La vida no se pierde cuando dejas de respirar, abuela, sino cuando dejas de ser feliz. Y no pienso perder ni un segundo más.

Dexter ladea mi rostro y, al verme reflejada en sus pupilas, descubro la emoción que mis palabras han provocado en él. Me sonrío con dulzura y me besa despacio, y cuando nuestros cálidos labios se separan bajo la atenta mirada de mi familia, damos los primeros pasos hacia una nueva vida. Una repleta de cambios y sorpresas para ambos.



## CAPÍTULO 23

### *FOREVER*

Voy por la calle dando saltitos como una cría pequeña, mostrando al mundo mi sonrisa idiota, y subo a casa de Alexa sin pensar demasiado. Hoy es mi gran día y la emoción que siento en estos momentos no tiene parangón. Cuando entro en el salón y la encuentro llorando, deduzco que se arrepiente de haberme entregado un manojito de llaves para que pueda entrar y salir a mi antojo.

—Eh... ¿qué pasa? —pregunto preocupada. Según Olivia, Alexa nunca llora. Dice que su organismo carece de lagrimales, y respalda su teoría aportando un dato —en principio— irrefutable: ¿para qué necesita lagrimales alguien carente de alma y, por tanto, de sentimientos? Pero al parecer, Olivia se equivoca.

—Nada —contesta, secando sus lágrimas y dando una última calada a su cigarrillo.

—¿Cómo que nada? La gente no llora por nada...

Alexa se limpia las lágrimas con rapidez y carraspea un poquito.

—Nada, en serio. Estoy bien.

Su voz suena perfecta, como siempre, lo que me deja bastante claro que Alexa suele fingir con más frecuencia de la que cabría esperar, porque lo hace de fábula.

—Si te preocupa que hable con Olivia, prometo solemnemente que no lo haré.

Alexa me ojea un segundo, duda, pero recapacita.

—Estoy bien.

La miro durante unos segundos y decido poner en marcha el plan B, ese que nunca falla. Por eso voy hasta la nevera a coger dos cervezas bien frías y regreso a sentarme a su lado.

—Intentaré ayudarte en lo que pueda. Te lo debo —digo, ofreciéndole una de las cervezas. Ella muerde el anzuelo. La coge, la abre, da un pequeño sorbo y confiesa:

—Debo dos meses de alquiler. El contrato dice que no puedo estar más de tres sin pagar. El tercero es desahucio.

En ese instante soy yo la que da un gran trago, porque no sé qué decir. Necesito tiempo para macerar la información.

—No habrá hueco para mí en la cafetería esa en la que curras, ¿no? —Su voz suena desesperada.

—Creo que no... —contesto—. Puedo preguntar. —Sé de antemano que no la llamarán. Yo les interesé por mi currículum, pero Alexa no sabe idiomas. Ella solo ha estudiado en la universidad de la vida, y a veces, esa no vale.

—Ok...

Verla así, derrotada, me hace sentir algo en mi interior que hasta ahora no había sentido. Nunca había conocido a nadie con problemas económicos de este tipo, y por primera vez comprendo lo importante que puede ser el dinero. Cuando pienso en la fortuna que mi padre gasta en idioteces que no necesitamos...

—¡Un momento! —digo, saltando del sofá—. ¡Espera!

Voy hasta mi bolso y hurgo en él todo lo que puedo. La cara de Alexa es un auténtico poema.

—Doraemon, ¿qué buscas?

—Espera. Tiene que estar... tiene que estar... ¡aquí!

Saco la mano del bolso y la alzo en señal de victoria, pero al estar mi puño cerrado, Alexa no puede ver lo que hay en su interior. Cuando me siento a su lado de nuevo y la abro, su cara no expresa nada.

—¿Un pintalabios? —pregunta sin más, cogiendo la barra labial para observarla de cerca. Se queda embobada mirando las piedras encastradas, creo que el brillibrilli ha llamado su atención. Entonces comprendo que es imposible que sepa nada acerca de uno como éste. De hecho, lo más probable es que ni siquiera sepa que existen.

—No es un pintalabios. Es «EL» pintalabios —puntualizo.

—No entiendo.

—¿Sabes lo que vale?

Alexa lo mira detenidamente.

—¿Mucho?

—Cuarenta mil dólares.

—¡Y una mierda! —grita, dejándolo caer al sofá como si se tratara de un trozo de carbón incandescente.

—Lo juro.

—¿¡Qué dices!? ¿¡Llevas un pintalabios de cuarenta mil pavos en el bolso y estás durmiendo en mi sofá!?

—Lo guardé en el bolso antes de marcharme de casa, por si tenía una necesidad...

—¿La deuda de Dexter con tu padre no te parece necesidad suficiente?

—El pintalabios no solucionará el problema de Dexter. No tengo el sello de autenticidad, y sin él, no nos darán mucho. Cuatro o cinco mil dólares con suerte. Pero será suficiente para solucionar tu problema. Para eso nos dará de sobra, ¿no?

Y en este preciso instante, Alexa comprende que intento tener un gran detalle con ella.

—Pero...

Está confusa, sin duda, y no se molesta en ocultarlo. Por eso cojo sus manos antes de empezar a hablar:

—Me ofreciste un techo cuando más lo necesitaba, sin pedir nada a cambio. Me salvaste de una paliza en un bar cuando nadie más lo hubiera hecho, sin esperar nada a cambio. Y me adoptaste como pupilo, convirtiéndote en mi maestro sin exigir nada a cambio, excepto que les diera lo suyo a las pijaputas. Ahora tienes un problema, y yo un maldito pintalabios que puede solucionarlo. Así que vamos a venderlo, pagaremos los atrasos, un par de meses por adelantado, y punto.

—No puedo aceptar algo así... —dice llorando.

—¡Claro que puedes! Olivia y tú os habéis convertido por méritos propios en mis mejores amigas, así que por favor, te lo suplico... deja que te ayude...

Alexa empieza a llorar de forma nerviosa. Nunca la había visto así, y se me parte el corazón. Sus vivarachos ojos se empapan y, como no podía ser de otro modo, su orgullo la obliga a disimular lo mejor que puede.

—No sé qué decir... —dice con sinceridad.

—¿En serio? ¿La cabra loca de Alexa... sin palabras? ¡Wow! —exclamo, emocionada—. Eso es más difícil de ver que un Big Foot o un unicornio.

Alexa se abalanza sobre mí y me abraza con muchísima fuerza.

—Gracias...

Su gesto me descoloca por completo. Casi más que el hecho de haberla dejado muda.

—Vamos a ponerlo a la venta, anda —sugiero con cariño mientras nos apretujamos muy fuerte—. Si nos ofrecen menos de cuatro mil, nos estarán intentando timar. Ahí entras tú a negociar, creo que lo harás mejor que yo.

La siento sollozar sobre mi hombro, pero no hago comentario alguno al respecto. Y cuando nos separamos no hace falta aclarar nada: jamás hablaremos de esto con nadie, bajo ningún concepto. Su integridad no se verá manchada, y mi altruismo no se convertirá en motivo de alabanzas ni de palmaditas en la espalda por parte de nadie.

El timbre suena, y el momento se rompe. Alexa se limpia las lágrimas con las mangas, me mira y me sonrío.

—Será Olivia.

—Sí, lo sé.

Un minuto después la morena entra en el salón.

—¿¡Qué!?! —me pregunta exaltada—. ¿¡Ya sabes algo!?!

Parece que Alexa ha vuelto a meterse en su papel de «chica sin problemas», porque Olivia no detecta nada raro.

—Pues... sí... el jurado ya se ha pronunciado.

—¡HOSTIA! —suelta Alexa—. ¡Se me había olvidado que era hoy! ¡Y qué! ¿¡Has ganado!?! —pregunta, conteniendo la respiración.

Mantengo el suspense durante unos segundos, pero no puedo aguantar más.

—¡Tenéis delante a la nueva capitana de las animadoras de la Universidad de California!

El estruendo que se forma a continuación es indescriptible. El salón del apartamento tiembla, literalmente, y mis amigas me levantan del sofá y me apretujan mientras chillan como chiquillas ante su ídolo musical.

—Será solo temporal —aclaro, aunque ya lo saben—, hasta que la zorrana se recupere del tobillo.

—¡Y qué! —dice Olivia, casi enfadada—. Tienes tiempo de sobra para dejar tu huella en el grupo y que esa tipeja se acuerde de ti para siempre.

—Lo sé, lo sé... estoy pensando en algo...

—¡Cuenta, cuenta!

—Pues... he hablado con el de la tienda de disfraces...

—Nooo... —suelta Olivia con una sonrisa de oreja a oreja al comprender mi estrategia.

—Las pienso hacer salir a bailar disfrazadas de granjeras, y vosotras lo grabaréis. Quiero todas las actuaciones en YouTube.

—Con el título *The dancing farmers*, por favor —sugiere Alexa.

—Las vas a hundir, lo sabes, ¿verdad? —Parece que Olivia confía en el plan.

—Lo sé.

—Arrodíllate —ordena Alexa, clavando sus ojos en mí.

—¿Cómo?

—Que te arrodilles, joder.

Le hago caso porque empiezo a confiar en ella —de hecho, puede que sea la persona más de fiar que haya conocido nunca—, y entonces arranca a hablar:

—Por el poder que me ha sido otorgado como líder indiscutible de este pequeño grupo de lunáticas, yo, Alexa Summers, la reina madre, la que todo lo ve, te nombro desde este momento y hasta el fin de los días, a ti, Annie Richmon, destructora de zorras animadoras que no merecen

vivir, miembro imperecedero del clan «Las locas del coño». *In nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti*. Amén.

Alexa ha simulado posar una espada sobre mis hombros en el momento del juramento ante Dios, tal y como se hacía en la Edad Media, demostrándome que está menos cuerda de lo que yo creía. Pero admito que el gesto me emociona. Acaba de incluirme en su reducido y exclusivo grupo de amigas, y lo ha hecho con carácter imperecedero. Y eso es mucho.

—Puedes alzarte, joven caballero —me indica, y yo obedezco.

—¿Ves como no está tan loca? —dice Olivia.

—Chicas... —digo, con la voz aún temblorosa de la emoción—. ¿Salimos a celebrarlo?

## EPÍLOGO

Cinco años han pasado y, al volver la vista atrás y observar el camino andado, me siento orgullosa. Soy consciente de la cantidad de daños colaterales que han provocado mis actos — algunos de ellos todavía colean—, pero es posible que estuvieran destinados a producirse y yo no hubiera hecho más que acelerar el proceso. En cualquier caso, mi vida avanza, plena y feliz, y eso es lo que importa.

Los alumnos suben uno tras otro al escuchar sus nombres por megafonía, y comienzo a ponerme nerviosa. Me hubiera gustado poder estar junto a Olivia, pero este tipo de eventos funcionan de un modo concreto: los alumnos deben situarse donde la organización indica, para que puedan salir en orden alfabético y el resultado sea armonioso, rápido y sin contratiempos.

—Olivia Bissette —resuena de pronto a través de los altavoces que rodean el pabellón, y mi amiga se levanta de su asiento para dirigirse hacia las escaleras que suben al escenario. La toga y el birrete le sientan igual de mal que al resto de alumnos, pero a nadie parece importarle. Ella acude con elegancia a la llamada, recoge su diploma, le da la mano al director de la universidad —el cual le susurra unas palabras—, y saluda al público mientras sus padres y su hermano aplauden y lloran como locos. El hombre, emocionado, besa a su mujer mientras esta trata de immortalizar el momento con su cámara de fotos.

A mí me toca esperar. Soy la última.

Observo a la muchedumbre con atención tratando de reconocer algún rostro entre la maraña de asistentes, pero no localizo a nadie. «¡Un momento!». Detengo la panorámica y retrocedo un poco. Theodor y Gabriela me observan desde uno de los laterales. «¡Han venido!», grito dentro de mí con euforia. Por lo visto no han tomado asiento. Puede que hayan llegado tarde, o puede que se hayan sentido fuera de lugar y hayan creído que no deberían estar aquí. Espero que no sea así, porque verles me emociona. Son dos personas a las que quiero muchísimo, y que se hayan molestado en acompañarme en un momento tan importante de mi vida me demuestra cuánto les importo. Pensar en esto hace que se me forme un poderoso nudo en la garganta y que una sensación de ahogo acuda a mí con fuerza, porque me recuerda la separación de mis padres y, que muy probablemente, no hayan venido. Pero no importa, Theodor y Gabriela sí lo han hecho, y eso me hace feliz.

La mirada de Gabriela se cruza con la mía, y nuestras sonrisas lo dicen todo. Theodor alza su pulgar arriba y me llena de energía positiva, deshaciendo el nudo lo suficiente como para que el aire vuelva a colarse en cantidades que podrían considerarse casi normales.

El acto está a punto de llegar a su fin, el orden alfabético ha comenzado a la inversa y, tras Olivia, nombran a aquellos alumnos cuyos apellidos comienzan por la letra «A». Cuando el último graduado recoge su diploma, el director se acerca al micrófono para hablar, aunque antes debe esperar a que los aplausos del público cesen.

—Como cada año —comienza, dirigiéndose a los alumnos—, debo empezar este discurso expresando lo orgulloso que me siento de todos y cada uno de vosotros. Habéis llegado hasta aquí, y eso es digno de admiración. Enhorabuena, chicos y chicas. Os auguro un futuro

prometedor. No permitáis jamás que se os escape entre los dedos.

Los aplausos no se hacen de rogar y, tras unos segundos de cortesía, Walter hace un gesto con las manos llamando a la calma. Hay demasiada emoción contenida en el ambiente, y cuesta que la gente deje de aplaudir, aunque al final lo hacen.

—Entiendo vuestra emoción —continúa—. La comparto y la aplaudo. Al fin, vuestros hijos e hijas han logrado aquello por lo que llevan tantos años luchando. Un logro que, en sus inicios, se les antojaba demasiado lejano. Pero la vida avanza más rápido de lo deseado y, un buen día, al mirar atrás, descubres que aquel futuro soñado se ha convertido en presente y, de pronto, un abanico de posibilidades se abre ante ti. Eso es lo que deben de estar pensando todos y cada uno de los alumnos que hoy, han logrado su objetivo, pero sobre todo, eso es lo que debe pensar en este momento la alumna que, con gran orgullo, estoy a punto de presentar. Señoras y señores: como director de la universidad pública de California, me enorgullece anunciarles que éste, es un año especial. Y lo es, gracias a ella. Porque no solo ha logrado sacar la mejor puntuación global a nivel interno, sino que ha batido un récord nacional logrando un nueve coma ocho de promedio. Esta alumna se ha convertido, por méritos propios, en la más aventajada de cuantos alumnos han pisado esta universidad, y servirá de ejemplo para las generaciones venideras. ¡Señoras y señores, sin más dilación, les presento a Annie Miller!

Tardo en reaccionar porque no me acostumbro a escuchar mi nuevo nombre. Me costó sudor y lágrimas, horas de papeleos y rollos burocráticos, lograr que anularan el Richmon y permitieran que usara el apellido de mi padre. Pero solo por esto, el esfuerzo mereció la pena.

Me levanto de mi asiento preferente y avanzo hacia la escalera enmoquetada bajo la atenta mirada de todos los presentes. Ascendo entre gritos y aplausos, y siento el calor subir por mis mejillas, exactamente igual que una de esas noches locas en las que Alexa, Olivia y yo arrasamos la barra de cualquier garito y salimos de allí a rastras. Pero hoy no he ingerido ni una sola gota de alcohol. Lo juro.

Llego arriba con paso firme y decisión pétrea, y el director Walt acompaña el aplauso del público con uno algo más suave y diplomático. Al verlo tan cerca recuerdo nuestro primer encuentro, y se me hace raro que sea aquel hombre que me odiaba el que ahora deba tragarse su orgullo y —como diría Alexa— hacerme una felación pública sin ningún tipo de pudor: al fin y al cabo, estuvo a punto de echarme de la universidad. En fin. Le doy la mano al llegar a él, y me devuelve la sonrisa.

—Enhorabuena, Annie.

—Gracias, director.

El hombre me hace un gesto para que acuda al micrófono, pero nadie me había advertido de esto. Mi cara de Jamie Lee Curtis en Halloween hace que el propio director de la universidad comprenda mis miedos. Si Alexa supiera que ya he comenzado a hacer referencias dentro de mi cabeza a clásicos y películas de culto de esas que me obliga a ver, se volvería loca. Quizás hasta tuviera un ligero orgasmo, quién sabe.

—No es necesario un gran discurso —susurra el director en mi oído, tratando de convencerme—. Algo breve. Un «gracias, estoy muy emocionada, ha sido un placer», por ejemplo.

El hombre se retira unos pasos atrás dejándome varada en mitad del escenario. Los aplausos disminuyen —al igual que los gritos—, dándome pie a hablar.

—Ho, hola... —digo con extrañeza al escuchar mi propia voz a través de los altavoces—. Buenas tardes a todos. Gracias por estar aquí. —Doy un vistazo rápido a la sala, que es más grande de lo que parecía desde abajo. Ni rastro de papá, mamá o de mis hermanos, lo cual me hace sentir triste—. Veréis... no he preparado nada... no sabía que debía hablar...

—¡Tú puedes! —se escucha desde el centro de la sala. Miro hacia allí y veo a Dexter junto a Jack y a Alexa, en pie, sonrientes y felices. Verlos me da fuerzas para seguir.

—No ha sido fácil —digo tras meditar unos segundos—. Los últimos años se me han antojado eternos. Días de despertar a las cinco de la mañana y de acostarme a las doce de la noche. Trabajo, clases, estudios... demasiado esfuerzo invertido, y muy poco tiempo libre... —Aquí hago un pequeño parón, pienso, y continúo—. Los que me conocéis, estaréis preguntándoos cómo he podido sacar las mejores notas de mi promoción. Yo os lo diré: gracias a ella —digo señalando con el dedo a Olivia, que ha regresado a su asiento como todos los alumnos—, gracias a Olivia Bissette, la persona más sensata y comprometida que he conocido en toda mi vida. Ella me enseñó a organizar mi trabajo, a no dejarlo todo para el final, lo que significa la palabra «constancia», a no aflojar cuando las cosas se ponen feas. Ha sido mi pilar en el que sostenerme desde el mismo instante en que la conocí. Por eso, y por muchas otras cosas que no pienso nombrar aquí, gracias —le digo a ella de forma directa.

Olivia se emociona y en absoluto se enfada. Ella ha luchado todo el curso para estar justo donde estoy yo en este momento. Lo ha deseado con todas sus fuerzas, ha dado lo mejor de sí misma para lograrlo pero, al final, dos simples décimas me han otorgado la victoria. Lo lamento mucho por ella, y así se lo hice saber en cuanto me enteré de la noticia. Ella me abrazó con entusiasmo y derramó una lágrima en mi hombro. Por eso, cuando nuestras miradas de complicidad —únicas e inigualables— se cruzan, me veo obligada a respirar hondo para poder seguir de una pieza.

—Pero no es la única que ha puesto su granito de arena para ayudarme—continúo—. No podría marcharme de aquí sin mencionar a Jack, a Alexa y a Dexter. Ellos también han sido cruciales en mis triunfos. Son, junto a Olivia, las personas que más me han ayudado en todo momento y sin las cuales, haber estudiado aquí, en la Universidad de California, no hubiera sido tan excitante. Universidad de la que estoy tremendamente orgullosa. Ha sido un auténtico lujo y un placer haber estudiado aquí, y sé que una parte de ella me acompañará a donde quiera que vaya —esta última frase la digo mirando a Dexter con fijeza, y su sonrisa me desarma hasta el punto que mi cerebro queda en blanco y ni los aplausos (que casi se convierten en estruendo) me hacen regresar de mi mundo de fantasía.

—¡Annie Miller, chicos y chicas!

Parece que Walter se ha percatado de la situación y ha acudido al rescate. Su voz logra que encuentre el camino de regreso, pero aún no me siento del todo centrada. Me sorprendo de los aplausos tras mi discurso, que han aumentado en cantidad e intensidad de forma considerable. Descubro a Megan entre el público, agrupada por sus animadoras, pero no le presto demasiada atención. Ella empezó un año antes que yo y todavía no se ha graduado, quizás por eso me mira con esa cara de odio infinito. Bueno, el hecho de que sea mi archienemiga —como la bautizó Alexa—, puede que influya un poquito. En fin. Oteo la sala como el vigía de un barco pirata, sin esperar grandes cambios, cuando de pronto veo a todos mis hermanos entre la muchedumbre. Han venido en plan manada, y ocupan casi una fila de la sala. Mis sobrinos chillan como posesos, y hasta mi cuñada —de cuya teta cuelga mi nueva sobrinita, la nena que tanto anhelaban y que al fin ha llegado a sus vidas—, está aquí, apoyándose. Ahora sí que me emociono de verdad, pero no es hasta que reconozco a mi padre, que rompo a llorar. Es la primera vez que lo veo en un acto formal sin vestir de etiqueta. Lleva puesta una camisa a cuadros y unos simples vaqueros. Y está guapísimo.

—Annie... Annie...

La voz del director resuena en mi cabeza, pero mi sistema nervioso no reacciona a los

estímulos. No es hasta que su mano se posa en mi hombro que me doy cuenta de que permanezco en mitad del escenario, petrificada, con las manos tapando mi boca de forma involuntaria.

—Annie... —insiste el hombre—, hemos acabado.

Reacciono pidiendo disculpas al público, que continúa aplaudiendo con fervor. Me despido con la mano y sigo a Walter hacia la parte de atrás del escenario, donde me despido de él con un abrazo. Nunca imaginé que acabaríamos así, y se me hace raro. McGregor acude también, y aguarda en segundo plano a que Walter y yo terminemos de despedirnos. Después viene hasta mí.

—Enhorabuena, Annie.

—Gracias. Creo que al fin puedo respirar.

Él se ríe.

—Ahora viene lo difícil.

—¿Lo difícil? —pregunto, incrédula.

—Sí, bueno. Los comienzos en cualquier hospital son complicados. Lo comprobarás pronto.

—Asiento, porque entiendo a lo que se refiere—. Ha sido un placer dar clase a alguien como tú. Espero que todo te vaya muy bien, Annie Miller —dice sonriendo—. No me acostumbro, lo siento. Son muchos años de Richmon.

Su comentario me hace gracia, y sonrío.

—Yo tampoco —contesto, estrechando su mano—. Ha sido un lujo tenerte como profesor.

—Me alegro de oír eso.

Ambos sonreímos como idiotas, aunque hay una sutil diferencia: la suya es una sonrisa más amarga, sin duda, y me descoloca. McGregor da media vuelta sin titubeos y le observo alejarse. Debo admitir que la sensación que me deja en el cuerpo es extraña. Siempre me ha parecido un hombre atractivo, siento una gran admiración hacia él y hasta donde sé, es soltero. Puede que si no estuviera Dexter... «¡DEXTER!».

Salgo del escenario por la parte trasera y recorro unos pasillos estrechos hasta llegar a la sala. Una vez allí, corro hasta mi familia. Los peques acuden a abalanzarse sobre mí.

—Pareces Batman, tía —grita el más mayor, o sea, número uno.

—¿Ah, sí? Pues tú, con esa cara llena de chocolate, pareces el Guasón.

—¡No se dice Guasón! ¡Se dice Joker! —me recrimina número dos.

—¡Eso lo dirás tú! ¡Tengo una amiga nueva, se llama Camren, y ella dice Guasón!

—¡NO! —se enfada el pequeñajo.

—¡SÍ! —le replico para chincharlo.

El mayor intenta darme una patada en la espinilla, pero le conozco lo suficientemente bien como para no bajar la guardia en ningún momento, de modo que veo venir su golpe hacia mí, levanto la pierna a tiempo y, con mi toga negra, lo rodeo por completo, atrapándolo como a un delincuente.

—Ya no puedes herirme —digo, varonizando mi acento para asemejarme al hombre murciélago—, porque soy... ¡Batman!

Después de eso lo libero, y el crío sale corriendo asustado. Su madre me mira con mala cara y tiene que salir tras él, mientras número cinco o seis —no sé, ya he perdido la cuenta—, cuelga de su teta.

—Hermanita... —dice Gregor al encontrarse conmigo—, enhorabuena.

Aquí llega el ritual de abrazos, enhorabuenas y besos. Todos quieren hablar conmigo, como si no pudieran hacerlo durante el resto del año. Aunque, si soy sincera, nuestra relación ha



cambiado mucho desde que me marché de casa. Ahora me siento mucho más cerca de ellos. Es curioso. Cuando vivíamos juntos en la misma parcela no nos preocupábamos los unos de los otros. En cambio, ahora es diferente. Parecemos una familia normal, y me alegro de haber contribuido en ello.

Papá es el último en llegar hasta mí.

—Hola, pequeña... —dice con voz temblorosa—. Dame un abrazo...

Me abalanzo sobre él y dejo que mi cara apoye en su pecho como si se tratara de la almohada más mullida del mundo.

—Me alegra tanto que hayas venido...

—No me lo perdería por nada del mundo —dice de corazón—, ya lo sabes.

—Lo sé... pero mamá...

—Perdónala. Las cosas se han complicado los últimos meses. No creo que haya tenido fuerzas para venir.

Me sorprende que después de todo, papá continúe tapándola. Creo que es un deje adquirido con los años, imposible de eliminar de ninguna de las maneras. Pero lo entiendo. Él ha llevado el divorcio mucho mejor que ella. Se ha liberado, creo. Y vuelve a ser el padre que recuerdo de modo vago en sueños. El padre que jugaba y reía. El padre atento y cariñoso. El mejor padre del mundo.

—No importa —digo a media voz—. ¿Has visto a Dexter?

—Sí. Hemos hablado fuera. Le he dicho que me gustaría invitaros a cenar una noche, cuando termine la temporada, si os va bien.

—¡Claro! Sería genial.

—Le he pedido que traiga a sus padres. Es hora de que me abra a ellos... ¿no crees?

Me aparto un poco hacia atrás para coger perspectiva y poder verle mejor.

—¿Quién eres y qué has hecho con mi padre?

El hombre se ríe.

—Soy yo... creo...

—Te noto cambiado —digo con sinceridad.

—¿Y eso es bueno... o malo?

—Me recuerdas al padre que eras hace años. Al que se tiraba al suelo a jugar conmigo.

El hombre se emociona con mi último comentario.

—Vaya... eso no me lo esperaba.

Veo lágrimas asomando por el rabillo de sus ojos, y ahora soy yo la que se emociona.

—Eh... no me hagas llorar.

—¿¡Yo!? ¡Pero si eres tú!

Los dos nos reímos y volvemos a abrazarnos.

—Te echaba de menos, papá.

—Y yo a ti, pequeña. Y yo a ti.

—Malcom... ¿me la prestas un momento?

La voz de Dexter me hace regresar de un mundo idílico en el que mis padres no se han separado, mis hermanos y yo hemos tenido una vida normal con una relación amor-odio muy sana, y mi novio ha sido aceptado en casa desde el primer día.

—Claro —contesta mi padre—. Toda tuya.

Dexter asiente a modo de agradecimiento, y acudo a sus brazos. Creo que nunca había dado tantos abrazos seguidos en toda mi vida, y empiezo a pensar que deberían prevenir sobre esto cuando te matriculas en la universidad, porque me parece de escándalo.

—¿Qué tal? ¿Cómo te sientes? —indaga Dexter.

—Esto es peor que una maldita montaña rusa... creo que voy a vomitar...

—¿En serio!?

—Uff... no lo sé. Estoy ahí, ahí... ¿Qué tal lo he hecho?

—¿La charla? —pregunta él, a lo que yo asiento sin más—. Perfecto.

—¿De verdad? ¿No lo dices por quedar bien?

—No te he mentado nunca, ¿por qué iba a hacerlo ahora?

—Estaba tan nerviosa...

—Lo sé. Te conozco —dice sonriendo con dulzura—. ¡Pero ya está! ¡Lo has logrado!

—¡Es verdad! ¡YA ESTÁ! ¡HE TERMINADO!

Dexter tiene razón. Por fin todo ha acabado: los fines de semana estudiando, las clases, la cafetería...

—Estoy muy orgulloso de ti.

—¿Sí?

—No sabes cuánto.

Dexter me recoge entre sus brazos y me besa con esa intensidad suya que le caracteriza.

—Nuestra vida va a ser perfecta, Annie.

—«Es» perfecta —puntualizo.

Dexter me mira, pero no sonrío. Solo me observa en silencio mientras un destello mágico cruza su mirada.

—Nunca creí que podría querer tanto a alguien —confiesa mientras sus manos se afianzan en mi cintura.

—Yo me siento exactamente igual...

Su mirada continúa escrutándome, pero de un modo sutil y delicado. Único. Entonces aparece Alexa, estropeando el momento.

—Bueno, ¡qué! ¿Vamos a quedarnos aquí hasta mañana mirándonos embobados a los ojos, o vamos a ir a celebrarlo? Os recuerdo que entro a currar en cuatro horas.

Dexter sonrío, creo que Alexa le cae bien. Después me besa con suavidad.

—Vamos... chicos... —Alexa se aburre o se fuma encima, una de dos.

Dexter separa sus labios de los míos para poder hablar con ella.

—Conozco un local que dicen que está muy bien...

—Ah, ¿sí? ¡No me digas! —contesta Alexa en modo irónico—. ¿El mismo en el que trabajo?

—Exacto. El mismo del que Jack y yo somos dueños.

—¿En serio? —la voz de Alexa suena asqueada.

—Bueno... —dice Olivia—, mira el lado positivo. Así ya estás en el curro cuando sea tu hora de entrar.

—Jooodeer...

Alexa y su malhumor, para variar. Olivia me hace un gesto tratando de restar importancia a la reacción de la pelirroja, y me indica con la cabeza que salgamos de ahí.

—¿Alguien quiere acompañarnos? —pregunto a mis hermanos. Como esperaba, uno tras otro declinan la oferta. Parece que su forma de celebrarlo será a modo de comida familiar dentro de unos días, y lo agradezco. Lo que me apetece en estos momentos es bailar con las chicas, emborracharme un poco y comerle la boca a Dexter cuando suene una lenta, así sin más, sin que me importe lo que piense la gente a mi alrededor. Quiero desconectar, reír y chillar, disfrutar como una cría la noche entera, llegar a casa de madrugada y que los primeros rayos de luz nos alcancen mientras hacemos el amor.

Le quiero demasiado, soy infinitamente feliz, y eso es lo único que importa.

**FIN**

**PRÓXIMAMENTE,  
EN LA SERIE AMOR...**

**AMOR... A LA DERIVA**

Sensata, franca y altruista. Así es Olivia Bisette.  
Por eso, cuando Matt la abandona y su trabajo soñado pende de un hilo, la tierra bajo sus pies se agrieta y su mundo al completo se desmorona.

Pero calma.

Annie y la «cabra loca» de Alexa acudirán al rescate, como siempre. Activarán el código rojo y urdirán un plan perfecto y sin fisuras: ¡un crucero sorpresa por el mediterráneo! Alcohol, fiesta y tíos buenos a gogó. Con esa premisa... ¿qué podría salir mal?

Embárcate en la segunda aventura de  
Annie, Olivia y Alexa.

¿Logrará Olivia olvidar a Matt, su novio de toda la vida, y pasar página de una vez por todas?  
¿Avistará a algún chico interesante a bordo del Felicity?  
¿Hallarán nuestras chicas el mojito legendario?

Descúbrelo tú mism@. Entra, emocionate, pero ante todo... disfruta la lectura.

## AGRADECIMIENTOS

Si has llegado hasta aquí, es más que probable que hayas terminado de leer mi primera novela, de modo que te doy las gracias.

Espero haberte hecho pasar un rato agradable y que hayas disfrutado. ¡Yo me lo he pasado en grande escribiéndola, te lo aseguro!

Si lo deseas, puedes dejar tu valoración en Amazon. Sería de gran ayuda para futuros proyectos que (sin duda) llegarán pronto.

Y si deseas estar al tanto de todas las novedades en el universo Amor... puedes seguirme a través de mis redes sociales:

**Facebook:**

<https://www.facebook.com/brunoriberoescritor>

**Instagram:**

@brunoriberoescritor

**Mail:**

[brunoriberoescritor@gmail.com](mailto:brunoriberoescritor@gmail.com)

¡Hasta pronto!